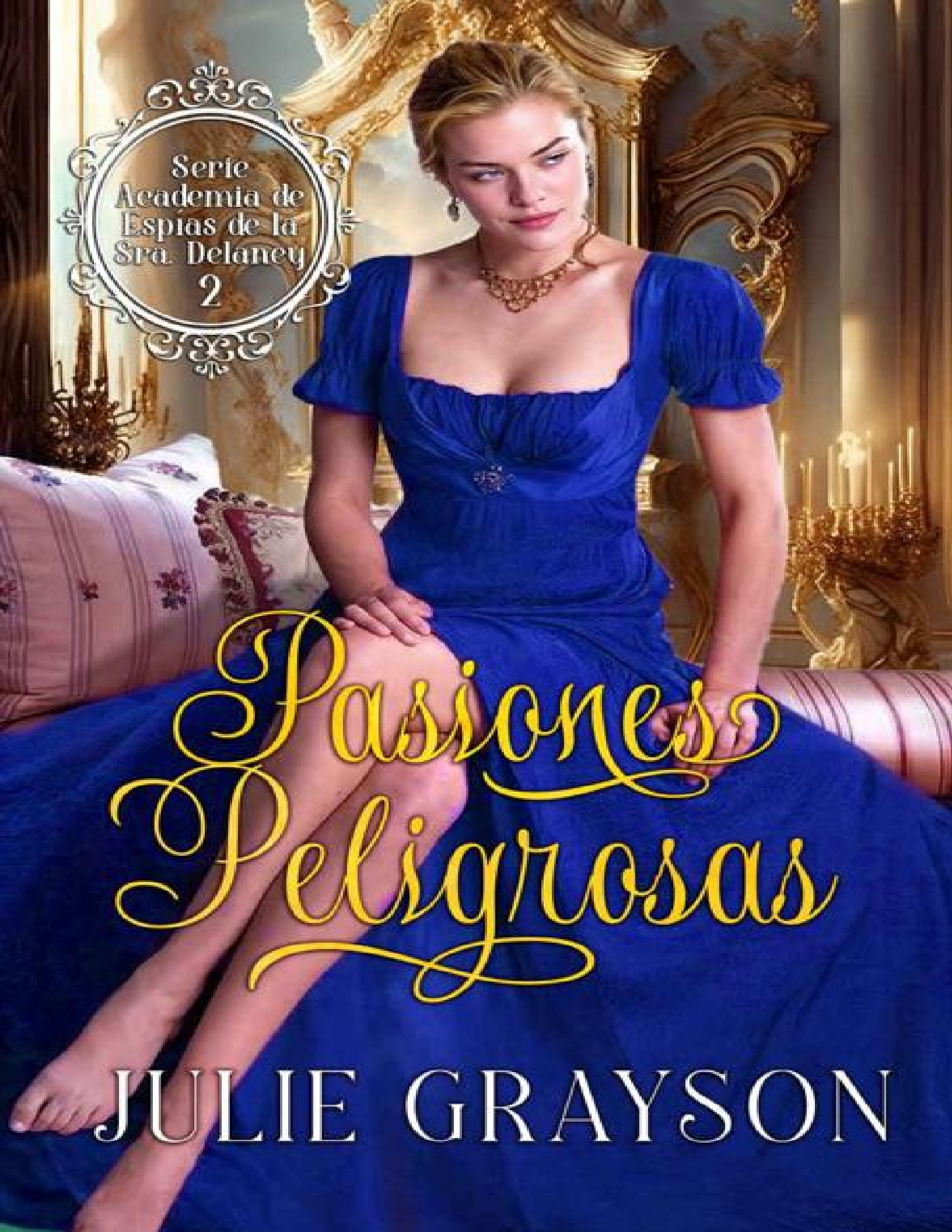

Serie
Academia de
Espías de la
Sra. Delaney
2
Pasiones
Peligrosas
JULIE GRAYSON

Pasiones Peligrosas

JULIE GRAYSON



Copyright 2025 de Julie Grayson

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Había sido entrenada en el arte de la guerra, pero nadie la preparó para afrontar los estragos que causa el amor en un corazón solitario.

Phoebe está lista para su primera misión. Solo que, tras ser descubierta y tener que huir, no esperaba compartir un pequeño camarote con el infame, atractivo y desquiciante **Ivanov**. Un ladrón que tras resultar herido debe ser atendido por Phoebe.

Lo que ella desconoce es que en realidad Ivanov es un espía enviado para asesinar al mismo hombre que ella debe eliminar.

¿Serán capaces de descubrir sus secretos y, de ser así, trabajar juntos? ¿O será su atracción mutua tan explosiva que no podrán permanecer juntos sin que pierdan la cabeza?

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Siguiente libro de la serie

Nota

Capítulo 1

El viento azotaba sus mejillas, un frío duro y cortante que calaba hasta los huesos. Ignorando el dolor, Phoebe se agachó en la silla de montar y espoleó a su enjabonado semental hacia la alta valla de piedra.

—Vuela, Zeus, vuela —susurró, sintiendo que sus propios músculos se tensaban a la vista de las rocas que se erguían en nítida silueta contra las brumas que se dispersaban—. ¡AHORA!

Elevándose en el aire, el gran animal quedó suspendido durante un latido por encima, antes de volver a la tierra atronando en un borrón de flancos agitados y patas batientes. El suelo estaba resbaladizo por la lluvia y el semental tropezó, pero Phoebe recogió las riendas, estabilizó su cabeza y se dirigió hacia el estrecho sendero entre el bosquecillo de robles.

Más rápido. Más rápido. Una mera fracción de segundo podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

A pesar del frío, tenía la cara cubierta de sudor. La pistola. Seguramente estaba justo delante, donde los árboles se adelgazaban hasta formar un pequeño claro. Esforzándose, alcanzó a ver el brillo delator del acero entre las hojas caídas.

Phoebe se inclinó hacia delante. Agarrando el pomo de cuero con una mano, liberó una pierna del estribo y giró a baja altura. Las espinas le arañaron los dedos, pero consiguió enganchar el arma. Un giro brusco, un giro de sus caderas, y estaba de nuevo erguida.

Firme. Sin errores, no ahora. No con todo lo que dependía de su habilidad. Su pulso se aceleraba casi tanto como el galope de su semental. Su corazón golpeaba contra sus costillas, su latido acelerado haciéndose eco de la cacofonía del golpeteo de los cascos y el chasquido de las ramas. Respirando hondo, se obligó a ver únicamente el rostro lascivo que tenía delante: los ojos oscuros como el carbón, el gruñido amenazador, los anchos hombros cubiertos de negro...

Sin vacilar, Phoebe apuntó y disparó.

Se oyó un grito ronco cuando la bala explotó, abriendo un enorme agujero en el pecho de la figura. Disminuyó la velocidad al trote y dio media vuelta, con el acre humo de la pólvora aún pesado en el aire. Por el rabillo del ojo, captó una onda de movimiento entre los árboles. Un hombre joven salió de entre las ramas protegidas.

—¿Está muerto? —preguntó mientras él se agachaba sobre el revoltijo de telas.

—Muerto como un clavo. —Giovanni Marco Musto, Marco para todos sus amigos, sonrió mientras hurgaba en la paja chamuscada. Era un mercenario milanés alto y bien musculado que ejercía de ayudante de instructor de equitación y esgrima en la Academia para Señoritas Selectas de la señora Delaney—. Bravo. Le diste justo en el corazón.

—No me ha hecho daño —reprimió un tic de sus labios.

—Que Dios ayude a cualquier enemigo de carne y hueso que se interponga en su camino —consultó su cronómetro de bolsillo y el destello nacarado de sus dientes se ensanchó—. Una hora magnífica, señorita Phoebe —hizo un alegre saludo mientras cerraba el reloj de bolsillo oro —. Ha rebajado otro segundo el récord de la Academia. Ninguna de las otras estudiantes se acerca a igualar sus habilidades ecuestres.

De perfil acentuaba el artístico alboroto de su cabello oscuro. Se enroscaba en tirabuzones renacentistas alrededor de su cuello abierto, pareciendo suave como la seda en contraste con los músculos esculpidos de sus anchos hombros. La viva imagen de la belleza masculina.

Y bien que lo sabía, pensó con ironía. La Academia -una pequeña escuela escondida en la campiña pastoral de las afueras de Londres- exigía que tanto sus profesores como sus alumnos poseyeran una gama única de talentos. Al parecer, Marco fue elegido no sólo por sus finas habilidades con las espuelas y los sables, sino también por su cuerpo perfectamente cincelado. El joven italiano era llamado a menudo como modelo para las clases avanzadas de dibujo. Una posición de la que hacía alarde con descarada chulería.

Marco mantuvo su pose un poco más antes de girarse con un sugerente movimiento de caderas.

—Ahora, si desea recibir instrucción experta en el arte de la esgrima, pase por mis aposentos después de la cena. Una tutoría privada es suya si lo desea.

—Prepárese para la decepción. Si cruzáramos nuestras espadas, no saldrías vencedor.

—Tanto mejor, bella.

—Dudo que cantaras la misma melodía que un castrato.

Marco aceptó el desaire con una risa bonachona.

—No puedo evitarlo. Los italianos nacemos con una viva apreciación de la belleza.

—Mantenga su viva apreciación abotonada en sus calzones. Al señor Gravely no le haría ninguna gracia si se enterara de que intenta seducir a una de sus alumnas.

Su rostro perdió un ápice de su meneo.

—¡Maldita sea! Usted no… me haría eso, ¿verdad, señorita?

Ella se mordió el labio inferior para contener la risa.

—No, no le delataré. Yo apoyo a un amigo. Incluso cuando su orgullo amenaza con irse de las manos.

—Sí. Todos sabemos de tu lealtad inquebrantable. — Repentinamente serio, pateó una

piedra—. Es una pena que la señorita Verety se haya despedido de nuestras filas.

Phoebe tragó saliva con fuerza, intentando no pensar en el hecho de que su propia salida de la Academia también podría ser inminente. La diferencia era que su amiga y antigua compañera de habitación Verety había aceptado un puesto aún más difícil, mientras que ella…

Desvió la mirada hacia las sombras, reacia a dejar que alguien viera un destello de dolor en sus ojos. Al fin y al cabo, era una de las pocas selectas que habían logrado entrar en la Clase Magistral. Su insignia -un cuervo negro alado tatuado justo encima de su pecho izquierdo- la marcaba como una guerrera endurecida, una asesina entrenada.

Los sentimientos más suaves no tenían cabida en semejante arsenal de talentos.

—La echo de menos —musitó Marco.

—Yo también —le dirigió una mirada escrutadora.

—Sólo tardaré un poco más en terminar aquí. Espere y volveré con usted.

—Si no le importa, prefiero seguir sola.

Antes de que pudiera discutir, Phoebe dio un golpe con las riendas y espoleó a su semental hacia los establos. Su cuerpo se relajó, acompasándose instintivamente al ritmo del galope. Ojalá pudiera ejercer un dominio tan fácil sobre su mente, pensó. Las acrobacias temerarias le resultaban naturales. El acero de una espada o una pistola se adaptaba a su mano como una segunda piel. Pero cuando se trataba de controlar su lengua o su temperamento, se sentía torpe, insegura. Malditos demonios interiores, parecían tener voluntad propia.

—Maldita sea.

El juramento se escapó de sus labios cuando las paredes encaladas y los tejados de pizarra en pico de los establos tomaron forma de entre la niebla. Sus temores, afilados y puntiagudos como la veleta que coronaba la cúpula central, se convirtieron en una presencia palpable en su pecho. Como las garras del curtido halcón cobrizo, se aferraban y no la soltaban.

¿La expulsaría Lord Cavendish de la escuela? Había infringido un número aterrador de normas al interferir en la misión de otra alumna. Pero hasta el momento, el marqués había guardado un ominoso silencio sobre su futuro.

Mirando a su alrededor, Phoebe sintió que el remordimiento y las recriminaciones se hundían aún más. Los campos de tiro, los campos de esgrima, las espartanas aulas y dormitorios... todo le resultaba tan dolorosamente familiar. Era difícil imaginar una existencia fuera de los muros cubiertos de hiedra. Después de todo, había sido su hogar desde… una vida que no quería recordar.

Los miedos, la suciedad, la violencia habían quedado atrás en los barrios bajos de Londres. Incluso su verdadero nombre, si es que alguna vez había poseído uno, yacía enterrado en las sombras. Como todas las alumnas nuevas, había sido conducida al despacho de la directora, una niña delgada y asustada que no sabía qué esperar. Una de las primeras cosas que había hecho la señora Delaney fue pedirle que eligiera un nombre.

Un nuevo nombre para el nuevo mundo en el que estaba a punto de entrar…

Vista desde lejos, la Academia para Señoritas Selectas de la señora Delaney no se distinguía de los demás internados que pulían a las hijas de la aristocracia inglesa hasta convertirlas en Diamantes de la Sociedad. Los terrenos bucólicos, los ordenados edificios de ladrillo al abrigo de los altos muros cubiertos de hiedra. Sin embargo, las apariencias externas podían ser engañosas. La diferencia era como el día y la noche.

Phoebe apretó con fuerza las riendas. Aquí, las alumnas no eran señoritas mimadas admitidas por el pedigrí y la cartera de su familia. Eran huérfanas de la calle, elegidas a dedo por el marqués de Cavendish de los burdeles de Southwark y Santa Giles.

Phoebe se preguntó qué había visto en ella. ¿Una dureza hosca que se negaba a doblegarse ante las sombrías realidades? Incluso de pequeña, había sido terriblemente buena con la espada.

Con sus puños y su furia, había luchado hasta llegar a lo más alto de la clase. A diferencia

de las otras escuelas de acabado, el plan de estudios de la Academia no estaba diseñado para arrojar a sus alumnos una luz de color de rosa, sino más bien para empujarlos al corazón de las tinieblas. Por supuesto, había instructores para enseñar baile comportamiento y todas las demás gracias sociales. Pero mientras otras chicas estudiaban el arte de la acuarela, las Señoritas de Delaney estudiaban el arte de la guerra. Eran el arma secreta definitiva de Inglaterra, enviadas por lord Cavendish para asumir las misiones más difíciles y peligrosas. Sus clases magistrales incluían un riguroso entrenamiento en las artes marciales tradicionales de la esgrima, el tiro y la equitación, junto con las disciplinas orientales más exóticas de la defensa personal y el yoga.

Ojalá hubiera prestado un poco más de atención a las lecciones sobre autocontrol. La acción resultaba mucho más fácil que la introspección.

Parpadeando las gotas de humedad de sus pestañas, Phoebe se obligó a levantar la barbilla. No se rendiría a la autocompasión. Disciplina, deber y un desapasionado distanciamiento de los excesos emocionales: ésas eran las reglas por las que juraban las Señoritas de Delaney. Si sus superiores la consideraban indigna de ese nombre, saldría con la cabeza bien alta.

Desobedecer las órdenes era una transgresión grave. Todos entendían que una Delaney estaba sola cuando se la enviaba a una misión. Pero al enterarse de que su compañera estaba en grave peligro mientras intentaba atrapar a un traidor mortal, Phoebe se había escabullido de la Academia sin permiso para ir al rescate.

Había violado el espíritu, si no la letra, de la ley y, sin embargo, no podía decir de verdad que lo sentía. Parte de la formación básica enseñaba que en su profesión no había reglas. Así que había obedecido a su corazón y no al Manual del Hellion que cada estudiante debía memorizar.

El bien y el mal. La disciplina y el deber. Que su intervención ayudara a derrotar a un peligroso traidor no disminuía, según la directora, la gravedad de la ofensa.

Nadie cuestionaba su valor, sólo su carácter.

—¿Te lo restriego, Phoebe?

Despertada de sus ensueños, negó con la cabeza.

—Gracias, Jem, pero no. Veré que Zeus tenga su avena antes de ir a mi propia cena. —Acarició el liso cuello del semental antes de bajar de la silla. Sus piernas se tambalearon un poco cuando sus botas golpearon los adoquines. Se había esforzado a un ritmo agotador toda la tarde: esgrima, kárate y el campo de tiro a campo traviesa. Como si el dolor pudiera compensarla. Pero al menos los dolores y el agotamiento le impedían pensar demasiado en el futuro.

Sus manos, rígidas por el frío, tanteaban las hebillas de la brida.

—Encontrarás la cebada mucho más sabrosa que el pelo —murmuró, rechazando el aterciopelado hociqueo de su cuello. El hocico de Zeus formó suaves bocanadas de vapor en el frío crepuscular.

Tras curtir el pelaje del semental hasta dejarlo reluciente echó unos cuantos puñados de heno en el establo y cerró la puerta. Cumplido su deber, no había nada que le impidiera reunirse con sus compañeras en el comedor. Y sin embargo, se demoró, reacia a ver el atisbo de compasión en sus ojos. La lástima sólo avivaba su orgullo herido.

Phoebe se salpicó la cara con un puñado de agua fría, decidida a sacudirse el ánimo sensiblero, junto con los grises granos de pólvora que aún se aferraban a sus mejillas.

—¿Necesitas ayuda?

Observó cómo su compañera de piso salía de entre las sombras. Kristen siempre parecía tan segura, tan elegante, moviéndose con una gracia natural que habría estado como en casa en los salones de baile de Mayfair, salvo por el florete y el sable que llevaba bajo el brazo.

—Parece que has tenido una tarde dura —añadió Kristen.

—No ha estado mal.

—No te castigues. Tomaste la decisión que creíste correcta.

—Gracias por no decir que te lo dije —Phoebe ensayó una sonrisa.

Kristen profirió un juramento poco femenino.

—No soy tan inocente en este asunto —esbozó una sonrisa irónica. Marco aún no me ha perdonado que sacara a escondidas su semental de los establos.

—Eres la mejor de las compañeras Kristen. Y cargaste con más que tu parte de culpa.

Su amiga hizo una alegre floritura en el aire.

—Estoy aprendiendo mucho sobre los puntos finos del armamento, ya que me han puesto a pulir toda la maldita armería.

Hizo una mueca de dolor.

—Da Rimini es un bastardo...

—¡PHOEBE!

Volvió en sí al oír el grito estentóreo del jefe de cuadra. Hopkins no solía levantar la voz por encima de un gruñido.

—¡Aquí, señor! —respondió ella.

—Le buscan en el despacho de la directora.

¿La señora Delaney deseaba una audiencia? Su corazón dio un bandazo, la esperanza guerreando con la inquietud.

—¡AHORA!

Las botas embarradas y las pieles de ante no ayudaban a inspirar mucha confianza. Hubiera preferido aparecer más pulida y aplomada que como una desaliñada rata.

—Buena suerte —murmuró Kristen.

Girándose con elegancia, Phoebe mantuvo una zancada militar hasta rodear la puerta del

granero, luego rompió a correr a toda velocidad.



—Salud.

Alexander Ivanov aceptó el vaso de licor.

—Salud —murmuró, bebiendo de un trago el potente vodka.

El príncipe Yuri Feodor Yussapov, jefe de los Servicios Especiales de Inteligencia del Ministerio de Guerra de la Rusia Imperial, rió entre dientes mientras cambiaba a una botella de oporto rubí y les servía a ambos otra ronda.

—Confío en que haya disfrutado de su estancia en Inglaterra.

—Tuvo sus puntos altos, Yuri.

Y también sus bajos. Ivanov frunció los labios, consciente de un sabor ligeramente agrio en la parte posterior de su boca a pesar de la dulzura del vino. La misión encubierta no había salido como había planeado. En realidad, la consideraba en cierto modo un fracaso personal, aunque el resultado final había resultado satisfactorio para sus superiores.

Había sido enviado a Londres para recuperar un documento robado. La frágil alianza entre Inglaterra y Rusia dependía de mantenerlo fuera de las manos francesas, y el zar no había estado dispuesto a confiar en los agentes de Whitehall para realizar el trabajo.

Tal vez porque ni en el más descabellado vuelo de fantasía habría imaginado nadie en la Inteligencia rusa qué forma y manera adoptaría el contraataque inglés.

Ivanov miró malhumorado su oporto. Efectivamente, el papel había sido encontrado, pero no por él. Aunque para ser justos, él había contribuido en cierta medida al éxito de la misión. Los

dos traidores no enviarían más secretos de Estado a través del Canal. Aun así, la idea de verse superado por un operativo rival se le atascó en la garganta.

Haciendo un juramento silencioso, se bebió el resto de su bebida de un trago.

Yussapov, que no era de los que se guardan nada, le lanzó otro astuto golpe.

—No te muestres tan abatido por haber sido superado por una hembra. Se dice que las damas aladas de Lord Cavendish son aves de una pluma única.

—Lo son.

Tanto él como el príncipe se habían asombrado al descubrir que los agentes de mayor confianza de Whitehall eran una fuerza secreta de mujeres guerreras altamente entrenadas.

Y eran buenas. Muy buenas.

Al igual que él. Sin embargo, sólo por los pelos había eludido la vergüenza de ser capturado. Sentado aquí, en la comodidad de la embajada de Estocolmo, era bastante fácil hacer bromas. Pero en aquel momento, no había sido cosa de risa.

Cogiendo la daga cosaca del príncipe, Ivanov hizo girar su punta sobre el papel secante de cuero.

—Sin embargo, podría haberme avisado a mí -y a lord Cavendish- Whitehall de que la misión era conjunta.

—Bah —Yussapov se sacudió la réplica con un gesto arrogante—. Bien está lo que bien acaba. ¿No es así como lo decía su famoso bardo?

—Como soy medio ruso, suelo mirar las cosas desde una perspectiva más melancólica —replicó secamente.

—Para usted es fácil reírse desde la comodidad de su sillón, pero todo el asunto estuvo peligrosamente cerca del desastre por no saber quién era amigo y quién enemigo. Si somos

aliados de los británicos, ¿no deberíamos intentar colaborar un poco más estrechamente?

—Somos aliados incómodos, Alexander. El zar no está muy seguro de poder confiar en el Rey Loco y en sus ministros.

—Aun así, es de descerebrados no compartir inteligencia con Whitehall. —La luz parpadeó en el acero afilado—. Mientras nos rodeamos con las dagas desenvainadas, los agentes de Napoleón nos adelantan.

—Tiene razón. —El príncipe se acarició la barba—. Plantearé la cuestión a Su Alteza Imperial.

Ivanov se sintió marginalmente mejor por haber expresado su opinión. Sin embargo, su estado de ánimo seguía siendo sorprendentemente descontento dada la magnífica calidad del oporto añejo y los cheroots[1] turcos. Inclinándose hacia atrás, apoyó un pie calzado en el escritorio y expulsó un anillo de humo, con la esperanza de librarse también de su humor negro. Quedó suspendido un instante en el aire, un óvalo perfecto en armonía consigo mismo, antes de desaparecer en un sinuoso remolino de vapor fantasmal.

Cenizas a las cenizas... ¿Qué extrañas cavilaciones se habían apoderado de él? Su inclinación eslava por la introspección melancólica solía equilibrarse con el espíritu más despreocupado de su herencia inglesa. Su madre, una vivaracha belleza de Yorkshire, había resultado ser el complemento perfecto para la propensión de su padre moscovita a los enfurruñamientos solitarios.

Ivanov aspiró otra bocanada del acre humo del tabaco. Era consciente de que muchos dirían que había heredado los peores rasgos de ambos padres. Su visión cínica de la vida y su ingenio acerbo ofendían a la mayoría de la gente. Deliberadamente, lo admitió. Fue el primero en admitir que era un bribón sin principios, un granuja sin escrúpulos. Un hombre que poseyera un afinado sentido del honor tendría dificultades para hacer las cosas que se le pedían. Mentiras, robos, seducción... y sí, incluso asesinatos. Su conciencia, si es que alguna vez había tenido una,

estaba sin duda muerta desde hacía mucho tiempo al remordimiento y la recriminación.

—¿Otra copa? —Yussapov le miraba extrañado desde debajo de sus desgreñadas cejas plateadas—. Parece, ¿cómo lo dicen los ingleses? “endiablado esta noche”.

Forzando una sonrisa sardónica, Ivanov le tendió su vaso.

—Limítese al ruso si desea emplear un sarcasmo sutil.

Asumiendo un aire de inocencia herida, el príncipe jugueteó con las leontinas de la cadena de su reloj.

—Simplemente estoy preocupado por usted. Como amigo, me temo que últimamente le estamos pidiendo demasiado.

Ivanov casi se ahoga en una carcajada.

—Me conmueve mucho su tierno sentimiento —respondió después de tragar el oporto—. No es que me engañe lo más mínimo lo que lo motiva. ¿Supongo que tiene otro trabajo?

Un parpadeo de vacilación, y lo que pareció ser un destello de calidez. Pero Ivanov lo descartó rápidamente como un capricho de la luz de las velas. O un producto de su propia imaginación sobrecalentada. Porque cuando Yussapov habló, lo hizo con su despiadado candor habitual.

—De hecho, sí. Esta no requerirá su célebre encanto con las mujeres.

—Está patinando sobre hielo peligroso —gruñó—. Esa broma en particular se está agotando.

—Estás de un humor extraño. —El príncipe cruzó las manos sobre el escritorio—. Pero haré caso de la advertencia y eludiré la cuestión.

—Vaya, vaya, qué piel tan sensible esta noche, amigo. Pero muy bien, me abstendré de hacer más travesuras. —Su expresión se volvió sobria—. Después de todo, no hay nada

remotamente divertido en esta próxima misión.

—¿Qué es?

—Nuestro jefe de Inteligencia en Bruselas fue asesinado la semana pasada. Tenemos buenas razones para pensar que lo hizo Bianchi, el mismo que despachó al enviado prusiano en Varsovia.

—He oído hablar de él —murmuró Ivanov—. Se dice que es el agente más peligroso que tienen los franceses, y muy bueno en lo que hace, —Una mueca irónica afinó sus labios—. Aparentemente los rumores no son muy exagerados.

—Bien, sí —Yussapov agitó su oporto de rubí—. Pero no, confío, tan bueno como usted. —Con los músculos en tensión, se enderezó en su silla.

—¿Qué quiere que haga?

—Matarle, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Ivanov suavemente.

—Como sabe, hemos reanudado las negociaciones con Inglaterra para forjar una alianza entre nosotros y nuestros compatriotas occidentales. Mediante el asesinato y el caos, los franceses esperan desbaratar cualquier acuerdo entre nuestros países.

—¿Dónde está Bianchi ahora?

—En Irlanda. Se quedará varias semanas para fomentar problemas con los irlandeses. Desde allí, creemos que tiene previsto trasladarse a Gran Bretaña, para asesinar a Angus McAllister.

—¿El experto en balística escocés? —Ivanov frunció el ceño—. Eso sí que sería un golpe para los esfuerzos británicos por mejorar sus unidades de artillería.

—Así que comprende la gravedad de la situación.

Se quedó mirando las refracciones de luz de color rojo sangre del cristal.

—No tiene necesidad de ofrecer explicaciones morales. No soy nada pusilánime.

—Eres humano, Alexander. Como yo. No le pido que tome una vida a la ligera —dijo Yussapov en voz baja—. Pero por repugnante que sea, la acción puede salvar a muchos hombres buenos.

Ivanov se limitó a encogerse de hombros.

—Parece cansado.

—No estoy rejuveneciendo —espetó.

Un guiño de oro destelló a la luz de las velas mientras Yussapov jugueteaba con su anillo de sello.

—Quizá haya llegado el momento de pensar en sentar la cabeza. De conseguir una esposa.

—Dios no lo quiera —hizo una mueca—. ¿De verdad me imagina con las piernas atadas a una adecuada belleza londinense o a una señorita moscovita?

El príncipe contempló la pregunta durante cinco segundos antes de soltar un ladrido de risa.

—Confieso que no puedo imaginarle llevando una vida tan ordinaria.

—El trabajo puede ser un ama dura, pero es mucho preferible al aburrimiento del matrimonio. —Un rizo sardónico se demoró en las comisuras de su boca—. Confío en que tenga arreglada la logística para esta misión.

—Una goleta está lista para zarpar en la próxima marea.

—Ah, y yo que pensaba que tendría la oportunidad de explorar las delicias nórdicas de Estocolmo. Una pena —se levantó—. Quizá la próxima vez.

El príncipe empujó un paquete de papeles sobre el escritorio.

—Todos los detalles de fondo están ahí, así como mapas y una lista de contactos.

Ivanov lo deslizó en el bolsillo de su abrigo.

—¿Cuándo regresa a San Petersburgo?

—Aún tengo varias reuniones más con el ministro de la Guerra y sus adjuntos sobre la cuestión polaca. Después de eso… —Se encogió de hombros—. Dios sabe dónde estaré. Como a usted, me envían a donde sea necesario para combatir el fuego con fuego.

—Tenga cuidado de no chamuscarse, Yuri.

—Y tú, Alexander. Contrariamente a lo que usted piensa, soy un viejo tonto sentimental. Me disgustaría mucho enterarme de tu desaparición. Así que procura volver de una pieza en vez de irte chamuscado.

Capítulo 2

—No estoy muy seguro de lo que debo hacer, Charlotte. —El marqués de Cavendish se acomodó en el sofá, su abrigo negro carbón y sus pantalones una mancha sombría sobre el chintz de flores pastel—. No tengo por costumbre cuestionar mis decisiones, pero en este caso…

—Es, lo sé, oneroso, Thomas. Pero por eso existe la Academia, porque no hay respuestas fáciles ni bonitas a las amenazas a las que se enfrenta nuestro país en tiempos de guerra. —Una viuda frágil y delgada como una pluma, con un gorro de rizos gris paloma enmarcando su rostro estrecho, la señora Delaney había presidido la escuela desde sus inicios. La edad había suavizado sus rasgos y embotado el aguijón de su prominente nariz, pero tras las sobredimensionadas gafas, sus ojos plateados brillaban con una intensidad de halcón—. Las chicas lo entienden.

—Lo sé —Cavendish se pellizcó el puente de la nariz—. Sin embargo, eso no hace que sea más fácil dormir por las noches.

—Descanse tranquilo. —Le aconsejó ella—. Proteger a Inglaterra de los enemigos que pretenden destruir su soberanía, sus libertades, es una causa por la que merece la pena luchar. La victoria no llega sin sacrificios.

—Gracias por servirnos una generosa ración de simpatía junto con su magnífico té y sus tartas de fresa. —Se apartó de la luz y sorbió el fragante brebaje.

A pesar de su riqueza y rango, el marqués optaba por pasar gran parte de su tiempo en las sombras. Y por designio propio, no destacaba entre la multitud. A lo largo de los años había aprendido una serie de sutiles manierismos para parecer más delgado y bajo de lo que realmente

era. En cuanto a sus rasgos, eran austeramente patricios, pero cultivando una sonrisa de autodesprecio, suavizaba el filo de la autoridad.

Su pelo no era ni largo ni corto, y su tono castaño ratón, que ahora se volvía plateado en las sienes, tenía eco en los tonos sombríos de su vestimenta. Mucha gente le consideraba un burócrata soso y bastante aburrido. Un hecho que le convenía.

Su título oficial -Ministro del Secretario de Estado para la Guerra- era una tapadera deliberadamente vaga para sus verdaderas responsabilidades. Encargado de contrarrestar el espionaje y las intrigas, se ocupaba de las amenazas más peligrosas y diabólicas para la soberanía de Inglaterra. La Academia había sido una de sus ideas poco ortodoxas. El Primer Ministro le había tomado por loco al principio, pero había convencido al gobierno para que le cediera una antigua finca, que había sido utilizada como pasto de la caballería. Pagaba los gastos de funcionamiento de su propio bolsillo y la señora Delaney supervisaba todas las operaciones cotidianas.

—Sé que te tomas estas decisiones muy a pecho, Thomas. Después de todo, fuiste tú quien escogió a cada una de nuestras alumnas de entre la chusma de huérfanos que vagaban por los barrios bajos.

Cavendish respiró hondo.

—Lamentablemente, tengo muchos entre los que elegir. —Cada año, unos pocos elegidos se incorporaban a las filas de la escuela. Él buscaba en una chica signos de valentía e inteligencia. Y la apariencia. La belleza era un arma en sí misma.

—La vida puede ser injusta, como ambos sabemos —respondió la directora—. Sin embargo, las chicas se enorgullecen de que se les hayan dado las armas para luchar por un bien superior.

—Entonces, ¿le importaría ofrecerme algún consejo de última hora sobre mi elección?

—Para serle franca, no estoy segura de que tenga elección. —Mirando por encima del borde de sus gafas, la señora Delaney cuadró lentamente la gavilla de papeles de su escritorio—. Las últimas evaluaciones de los instructores de Phoebe sólo confirman lo que yo misma he observado. Nadie más aquí puede acercarse a sus habilidades con las armas.

—No tengo dudas sobre su destreza física —dijo Cavendish en voz baja—. Es su estado mental el que es motivo de preocupación. Si alguna vez una misión requirió una cabeza fría y nervios de acero, es ésta. Un movimiento impulsivo, un riesgo innecesario, y ella morirá. Como lo harán otros, como resultado de su fracaso. —El marqués clavó los ojos en su taza, como si tratara de leer las hojas del té. A lo largo de los primeros meses de 1812, Napoleón había obtenido un triunfo militar tras otro en el continente. Inglaterra necesitaba desesperadamente una victoria -aunque fuera pequeña- para demostrar que el Emperador no era todopoderoso—. He leído los informes disciplinarios. Conocer de antemano una debilidad me hace preguntarme si estoy moralmente justificado al pasarla por alto.

—A veces una debilidad puede ser una fortaleza. Todo es cuestión de tiempo y de grado —replicó la señora Delaney—. Ser decisivo, incluso peligrosamente audaz, a menudo puede arrebatar la victoria de las fauces de la derrota.

Hizo una mueca irónica.

—Es usted muy persuasiva.

—Por eso me pagan tan bien por dar una clase magistral de retórica y lógica. —Un brillo se reflejó en los cristales de sus gafas—. Sin embargo, ¿supongo que no se ha decidido?

—No.

—Adelantémonos y llamémosla. Si en el último momento decide un cambio de estrategia, entonces nos reagruparemos e idearemos otro plan de ataque.

Ante el asentimiento de Cavendish, la directora se levantó y se dirigió a la puerta.



Limpiándose las manos en el revés de los calzones, Phoebe trató de quitarse lo peor de la pólvora negra y el aceite de las armas. Una mirada de reojo al cristal de la ventana mostró un rostro manchado de sudor y salpicado de barro, sus ángulos agudos enmarcados por unos mechones indomables que se habían soltado de sus horquillas. Una imagen de temeridad más que de contención.

Aspiró, intentando mantener sus emociones bajo un estricto control. Si esperaban precisión de desfile, se sentirían decepcionados. Y no por primera vez.

Cuadrando los hombros, se sacudió esos pensamientos negativos. Si la derrota era inevitable, mostraría gracia y agallas y…

Maldita sea, lucharía como el mismísimo diablo para hacerles cambiar de opinión.

—Ah, veo que Hopkins transmitió el mensaje —dijo la señora Delaney mientras Phoebe hacía un rápido saludo.

—Sí, señora. He venido lo más rápido que he podido.

La directora miró el rastro de barro y paja que ahora ensuciaba su corredor del pasillo.

—Ya veo.

—Lo siento. Debería haber...

—Pasa, pasa —la directora rechazó la disculpa—. Lord Cavendish está aquí, y tenemos varias cosas que nos gustaría discutir contigo, querida.

Si uno vivía por la espada, no debía temer morir por la espada.

—Antes de que comience, señor, ¿podría decir unas palabras en mi propia defensa?

—Esto no es un consejo de guerra, Phoebe —dijo suavemente el marqués. Sonrió, aunque la arruga de humor no podía ocultar del todo las líneas de tensión grabadas alrededor de su boca y sus ojos.

—Es lo que merezco, señor —replicó ella—. Y sin embargo…

Cavendish era siempre tan amable. Como el padre que ella nunca había conocido. Al encontrarse con su mirada, se preguntó por su edad. Era difícil saberlo. Su pelo, aunque ensartado en plata, seguía siendo espeso y su cuerpo aún parecía delgado y fuerte bajo la elegante sastrería. Había oído rumores de sus hazañas juveniles por Whitehall, historias que parecían contradecir sus rasgos refinados y sus modales cortesanos.

Su ceño se frunció ligeramente.

—¿Y sin embargo?

Despertada de su momentáneo estudio, terminó rápidamente su petición.

—Y sin embargo, me gustaría ofrecer una justificación de lo que hice.

—¿Le apetece primero un poco de té? —murmuró la señora Delaney.

Phoebe negó con la cabeza, temerosa de que el traqueteo de la vajilla pudiera delatar el verdadero estado de sus nervios. Cavendish dejó su taza y cruzó sus bien cuidadas manos sobre su regazo.

—Continúe, entonces.

—Según Sun Tzu, el gran estratega militar chino, el yin y el yang -el calor y el frío- son elementos esenciales del arte de la guerra. Deben estar equilibrados, por supuesto —tragó saliva con dificultad. ¿Se atrevía a seguir y arriesgarse a parecer insubordinada?—. Lo que quiere decir, señor, que la victoria no puede venir sólo de la sabiduría, la organización y la disciplina. Tales cualidades deben complementarse con flexibilidad, imaginación y sorpresa.

—En otras palabras —dijo Cavendish lentamente—, ¿un general debe confiar en sus oficiales en el campo de batalla?

Phoebe deseó poder leer su reacción. El marqués siempre estaba al mando de sus emociones. Ni su inflexión ni su expresión delataban nada. Dirigió una mirada a la señora Delaney, pero la anciana estaba ocupada anotando unas líneas en su cuaderno.

—Sí, señor.

—Un resumen muy incisivo e inteligente del legendario manual de la guerra. Basándose en tales principios, ¿cómo evaluaría su propia actuación reciente?

¿Qué tenía que perder?

—En retrospectiva, señor, no habría hecho nada diferente —forzó una sonrisa—. Salvo quizás por no haberle cortado el cuello al bribón ruso cuando tuve la oportunidad.

¿Fue sólo un parpadeo de las velas o los labios de Cavendish se crisparon? En su defensa, el misterioso señor Ivanov había demostrado ser igual de escurridizo al eludir los esfuerzos de la marquesa por atraparlo. A pesar de una estrecha vigilancia de todos los puertos del Canal, el hombre había desaparecido como en el aire.

Pero no era el destino de Ivanov lo que estaba en discusión, sino el suyo propio.

—Permítame que me explique mejor —prosiguió rápidamente—. Cuando me hizo esas preguntas sobre la lealtad y el compromiso de Verety con la Academia, juzgué que su misión debía ser de la mayor importancia. —Forzando una calma que desmentía la agitación de su interior, Phoebe hizo una pequeña pausa—. También juzgué que corría peligro de fracasar por dos razones: Verety era una traidora o estaba en apuros. En cualquier caso, decidí que yo podía ser la diferencia entre el éxito y el fracaso.

La señora Delaney levantó la vista de sus notas, su mirada intensa, sin pestañear.

—¿Y si Verety hubiera traicionado los principios de nuestra Academia?

—No creí realmente que se llegaría a eso. Pero si hubiera sido así, confío en que habría tenido la fuerza para hacer lo correcto.

Phoebe observó el vapor que salía de la tetera, preguntándose si sus esperanzas de permanecer en la Academia se estaban disolviendo con la misma rapidez.

—Siéntate, Phoebe, y toma algo de sustento.

Como la suave exhortación de la señora Delaney tenía un trasfondo de orden, se encaramó al borde de la silla más cercana y aceptó la taza.

—¿Y bien, Thomas? —murmuró la directora cuando terminó de rellenar su taza—. ¿Satisfecho? —Phoebe intuyó que la señora Delaney no se refería a la comida ni a la bebida.

Cavendish se llevó una mano a la sien.

Para Phoebe, el silencio decía mucho de sus persistentes recelos.

—Señor, antes de que responda, tengo una última cosa que añadir—dijo—. Si me lo permite.

Él asintió.

—En lugar de tomar una decisión definitiva, ¿por qué no me da una oportunidad de probarme a mí misma en una misión propia?

Un ceño fruncido frunció la frente de Cavendish.

—¿Una prueba por combate, por así decirlo? —consideró la idea un momento más—. La idea me parece un tanto bárbara. Si voy a pedirle que arriesgue su vida, debería ser como…

—Piense en ello más bien como un aprendizaje —interrumpió ella—. En realidad, no se puede esperar que me admita en las filas de las Delaney de pleno derecho, ya que mi primer vuelo fue errático. Sin embargo, sería una pena desperdiciar todos los años de entrenamiento sin darme una oportunidad más de probar mis actitudes.

Su expresión grave traicionó un destello de desconcierto.

—Una hábil negociación.

La señora Delaney le había contado una vez a Phoebe que el marqués se había inspirado para crear la Academia tras leer un libro sobre Hasan-I-Sabah, un califa musulmán que crió una sociedad secreta de guerreros en sus ciudadelas de las montañas. Sus hombres eran conocidos por sus habilidades mortales y su lealtad fanática. Y la leyenda decía que nunca fracasaban en una misión. El mero nombre Hashishim –o Asesinos- bastaba para infundir terror en el corazón del enemigo del Maestro.

Al igual que ellos, haría cualquier cosa para demostrar su inquebrantable dedicación a Lord Cavendish y a sus ideales.

—Aunque no lo parezca, señor, comprendo que la victoria no siempre se consigue con una espada —replicó Phoebe—. Un buen general sabe que el compromiso puede ser un arma poderosa —apenas se atrevía a respirar—. ¿Qué dice usted?

Como respuesta, el marqués sacó lentamente un paquete de piel de aceite del interior de su abrigo y lo puso sobre la mesa auxiliar.

—Admito que he tenido sentimientos encontrados hacia usted, Phoebe. Por un lado admiro tu valor, tu convicción. Por otro, me preocupa que tus bravuconadas sean peligrosas. No sólo para usted, sino para todos los que dependen de ti para hacer el trabajo.

Ella asintió.

—Pero la señora Delaney opina que hay que darle una segunda oportunidad. —La esperanza se disparó en su pecho—. Le prometo que no le defraudaré, señor.

Sus labios se comprimieron.

—No me lo agradezca todavía. La misión es muy peligrosa, Phoebe. Si pudiera elegir, no te metería en acción tan pronto. —Sus dedos tamborilearon sobre el paquete—. Sin embargo, la

señora Delaney me dice que no. El trabajo requiere todo un arsenal de habilidades mortales. Usted es, sin duda, la mejor que tenemos.

—¡Gracias, señor! —Haciendo caso omiso de su admonición, esbozó una amplia sonrisa. Pero por mucho que le picaban los dedos para arrebatarle las órdenes, se contuvo.

—Como he dicho, puede que pronto me esté deseando ir al infierno, en lugar de al cielo, una vez que se entere de los detalles — replicó secamente—. Los detalles están todos detallados en sus órdenes. Espero que no sea propensa al mareo.

¿Un viaje por mar? Una oleada de excitación la inundó.

—No, señor. Mi estómago se mantiene en equilibrio. —Después de un momento añadió—: Igual que mi resolución.

—Cuento con ello, porque el hombre con el que se enfrenta es un profesional consumado. El menor desliz por su parte podría resultar fatal —miró el reloj—. Sólo tenemos tiempo para un breve repaso antes de que deba marcharse. Un carruaje le espera fuera para llevarla a la costa.

—Le prometo que vigilaré mis pasos, señor —Phoebe educó su voz a una calma llana—. ¿Qué quiere que haga cuando entre en contacto con él?

—Mátelo, antes de que asesine a otro de nuestros aliados clave.

Cavendish se levantó y fue a calentarse las manos junto al fuego. Ninguna chispa, ninguna llama llegó a su rostro. Envuelto en sombras, sus ojos parecían grises como el bronce de cañón y el peso de sus responsabilidades parecía colgar como balas de cañón de sus hombros.

—Dígame cuándo y dónde. ¿Se dirigía a Francia? ¿A los Países Bajos, a...

—A Irlanda —dijo—. Hemos recibido noticias de que durante los próximos quince días residirá en un remoto castillo del clan O'Malley, cerca de Killarney. Lo han enviado para instruir a varios de sus miembros en los trucos de su oficio antes de trasladarse a Escocia para su próximo ataque.

—Un lugar aislado, una fortaleza erizada de guardias armados — reflexionó—. Esperemos que tenga debilidad por las mujeres.

—Bianchi es francés —respondió Cavendish secamente—. Y se dice que tiene un apetito insaciable por la carne femenina. Lo cual es otra razón por la que ha sido elegida en lugar de uno de mis operativos militares.

—Está a punto de probar el sabor de una *mujer fatal* —Ella pensó un momento—. ¿Alguna preferencia sobre cómo hacerlo?

—Dejo la elección a su discreción, Phoebe.

—¿Es Bianchi el único objetivo, señor? He oído que O'Malley y los suyos son un grupo brutal

Cavendish pareció medir cuidadosamente sus palabras.

—Bianchi es nuestra principal preocupación. No arriesguemos la misión yendo tras los demás. Pero una rebelión irlandesa sería una seria amenaza para nuestro gobierno en este momento. Si hay otras bajas… —No necesitó terminar el pensamiento.

—Será mejor que vaya a recoger mis armas —se levantó.

—Kristen ya había recibido instrucciones de cargarlas en el carruaje —La señora Delaney consultó el pequeño reloj de oro prendido en su corpiño—. Tiene un cuarto de hora para cambiarse de ropa y empaquetar el resto de su equipo.

El marqués le acercó el paquete de documentos a sus manos.

—No quiero que pienses que esto es un castigo o una penitencia —dijo suavemente—. No se enfrente a probabilidades insuperables. Prefiero que vuelvas, lista para otro intento, a que mueras como una heroína en las murallas.

—Lo comprendo, señor. La discreción es la mejor parte del valor — Phoebe esbozó una

sonrisa apenada—. Al contrario de lo que piensan algunos de mis profesores, sí escucho sus lecciones.

—Así que estoy aprendiendo. —Su expresión de sombrío presentimiento se había aligerado un poco—. He enviado mi carruaje por delante y cabalgaré con usted los primeros kilómetros para repasar la logística de la misión. Ciertos detalles no puedo ponerlos por escrito. El resto de la información tendrá tiempo de sobra para estudiarla mientras esté en el mar.

—Buena suerte, Phoebe. Ahora vete. —La señora Delaney agitó las manos.

Hizo un saludo y se alejó rápidamente por el pasillo arqueado. Era una regla tácita que el sentimiento no jugaba ningún papel en las despedidas de la Academia. Aun así, al cruzar el patio, sintió que se le formaba un pequeño nudo en la garganta. Por primera vez, ya no era una estudiante, sino una agente de pleno derecho.

Una de las Señoritas de Delaney. Ahora debía demostrar que era digna de sus alas.

Apurando sus pasos, Phoebe subió las escaleras de dos en dos hasta su habitación. No es que hacer el equipaje le ocupara mucho tiempo. Una adecuada joven de la Sociedad podría necesitar un ejército de baúles para transportar su guardarropa, pero para ella bastaría con una simple bolsa de marinero de lona. Un cuchillo arrojadizo, un juego de ganzúas de…

—Toma esto también —Kristen metió un pequeño libro encuadernado en cuero entre las astillas de acero—. Puedes tener unos momentos de paz para leer.

—Pero no lo has terminado —Phoebe no levantó la vista de enrollar sus guantes de montar en una bola apretada.

—Por eso espero que me lo traigas. Me ha costado un ojo de la cara.

—Gracias, Kristen. Haré todo lo que pueda para mantenerlo indemne.

—Procura que así sea. —Su compañera de piso apoyó una cadera en su escritorio—. O te daré un azote en el trasero.

—Podrías intentarlo —Phoebe probó la flexión de una cuerda trenzada y la añadió a la bolsa—. Pero puede que te encuentres demasiado dolorida para sentarte durante quince días.

Kristen sonrió e hizo la mímica de un intrincado giro de salón.

—No si bailo fuera de tú alcance.

Ambas comprendieron los sentimientos que yacían bajo las bromas. Arrojadas juntas, flacuchas huerfanitas arrancadas de los sórdidos guisos de Londres, se habían hecho íntimas como hermanas durante sus años en la Academia. La única familia que cada una había conocido.

—Tu destreza en el parquet supera con creces la mía —admitió Phoebe—. De las tres, tú siempre has sido la más femenina.

Al ver que su amiga fruncía el ceño, se apresuró a añadir:

—No es que esté menospreciando tus habilidades en la lucha, es sólo que la gracia y el encanto son tus armas, mientras que yo debo confiar en una muñeca de acero y una puntería afilada para vencer a un enemigo.

Su amiga le dirigió una larga mirada antes de contestar.

—No subestimes tus fuerzas.

Mientras se subía la camisa por la cabeza, Phoebe vislumbró su propio reflejo en el espejo. Aunque esbelta como un estoque, difícilmente podría describirse como delicada. No con su estatura, y el atisbo de músculo ágil acentuando las curvas más femeninas. Marco la había comparado una vez con una leona, señalando su melena rubia y su explosivo atletismo. También había destacado su mirada, calificándola de penetrante, depredadora. Los ojos de una cazadora.

Phoebe miró fijamente el brillo del verde durante un instante y luego se apartó. Qué extraño. Ella veía duda donde otros veían determinación. En cuanto a su rostro, mientras que otros describían sus rasgos como llamativos, ella se consideraba bastante corriente.

Alisando los pliegues del lino fresco, se despojó de sus viejos calzones y se puso un par limpio.

—Conócete a ti mismo tanto como al enemigo —dijo en voz baja, citando otro precepto del tratado clásico de Sun-Tzu sobre el arte de la guerra—. Tendré mucho cuidado de evitar cualquier error de juicio.

—No tienes nada que demostrar —Kristen acarició con los dedos la fina cadena de filigrana de su cuello—. A ti misma o a los demás.

Sin confiar en su voz, Phoebe metió una última prenda de ropa en su bolso y tiró de los cordones para tensarlos.

—Una última cosa… —Desabrochando el cierre, Kristen cogió el trozo de plata y el colgante en forma de cuervo y lo apretó contra la palma de la mano de Phoebe.

—¡Este es tu amuleto de la suerte!

—Cuento con que me lo traigas, junto con mi libro, para poder depender de sus poderes cuando me toque volar.

Apretando el pequeño talismán, Phoebe le dio un fuerte abrazo a su amiga.

—Hora de irse.



Niebla. Lluvia. La escalofriante humedad impregnaba cada maldito rincón de los crujientes maderos. Ivanov se ciñó la capa un poco más alrededor de los hombros. Ni siquiera una capa de gruesa marta podía mantenerla a raya. Con el ceño fruncido ante las olas grises, dio otra vuelta

en la estrecha cubierta.

—¿No se encuentra a gusto en un barco? —El capitán holandés se puso a su lado.

—Prefiero el espacio para estirar las piernas. La goleta dio un bandazo—. Y tierra firme bajo ellas.

—Con este viento, pronto llegaremos a nuestro destino.

—No puede ser lo bastante pronto —Ivanov añadió un juramento bastante sonado.

El oficial golpeó inmediatamente con los nudillos la barandilla de madera.

—Los marineros somos muy supersticiosos. Da mala suerte insultar a los dioses del mar.

—Entonces es una suerte que no ambicione una carrera náutica. Tengo muy pocas cosas sagradas, salvo mi propio pellejo. —Secándose las gotas de la frente, hizo una mueca—. Que pronto puede convertirse en escamas de pescado.

—Esto no es más que una llovizna pasajera.

—Creo que iré abajo —dijo, aunque su húmedo camarote estaba diseñado para alguien sólo ligeramente más grande que una rata.

Una vez que hubo encajado su larguirucho cuerpo en la estrecha litera -una proeza que le obligó a llevar las rodillas a la barbilla- Ivanov encendió la lámpara y hojeó la gavilla de documentos. Por supuesto, ya los había leído antes.

Un mareo provocado por el mal tiempo no mejoraba su humor. Odiaba viajar en barco.

Volvió a centrar su atención en los papeles. Los espías de Yussapov habían sido bastante minuciosos. Los antecedentes y logros de Bianchi estaban detallados de forma espeluznante. El hombre era, según todos los indicios, un bastardo despiadado cuya lista de víctimas incluía a varias mujeres y a un niño pequeño. La expresión de Ivanov se nubló. Admitía libremente tener muy poca moral, pero no hacía la guerra a las familias de sus enemigos. Su profesión era un

negocio sucio, y matar una sórdida necesidad, pero en este caso concreto no sufriría ningún remordimiento de conciencia.

Los mapas también parecían excelentes. Las rutas estaban trazadas, los puntos de referencia descritos y varios agujeros de cerrojo marcados a lo largo del camino. Pasó algún tiempo memorizando la información, antes de que las náuseas y un punzante dolor de cabeza le obligaran a apagar la llama. Sin embargo, el golpeteo de las olas contra el casco seguía siéndole extraño y le costó acomodarse al ritmo del océano.

No podía quitarse de encima la sensación de que algo no iba del todo bien. De momento, no podía poner el dedo en la llaga. La sensación era nebulosa, como las corrientes cruzadas de la niebla que surge del mar.

Imposible de asir, pero su remolino le provocaba una punzada en la nuca. Podía tratarse sólo de los efectos nocivos del mal de mar.

Pero él no lo creía así.

El instinto, un sexto sentido para la supervivencia, le había advertido en el pasado de un peligro inminente. Había aprendido a confiar en esas extrañas punzadas, un acto de fe para alguien que tendía a ver el mundo con un desapego sardónico. Después de todo, la confianza no era un atributo muy práctico en su profesión. El engaño y la duplicidad eran mucho más útiles. Mentir se había convertido en una segunda naturaleza…

Hizo una mueca. El Todopoderoso podría ser indulgente, pero había una joven a la que le gustaría ver su alma -o más probablemente su hígado- frita sobre las brasas más calientes del Infierno. No es que pudiera culparla. Había cometido varios errores poco característicos durante su última misión, un hecho que bien podría estar exacerbando su malestar actual.

¿Estaba perdiendo su toque?

Maldito Yussapov. Y malditas las repentinas sacudidas de su sentido del honor inglés. De

algún modo, los mares tumultuosos habían agitado la más extraña mezcla de sensaciones.

Gruñendo un juramento, Ivanov echó mano a la petaca de licor.

Capítulo 3

Esta parte de Irlanda dejada de la mano de Dios no era para los débiles de corazón.

La hambruna había dejado desiertos los duros páramos y, aunque había una belleza sombría en el paisaje, ella sabía que era un entorno duro y hostil para cualquiera que intentara ganarse la vida a duras penas.

Volviendo su atención a los muros cincelados por el viento de la fortaleza de los O'Malley, apuntó su catalejo a una de las torres exteriores. Un jardín primitivo se abría paso entre su base y un bosquecillo de robles achaparrados. La maraña de ramas cubriría su aproximación, y el tejado torreado le proporcionaría un excelente anclaje para su cuerda de escalada. El espía de Cavendish le había informado de que la biblioteca del segundo piso rara vez se utilizaba. Desde allí, ella encontraría un corto pasillo y escaleras de conexión a las cámaras donde el asesino francés estaba acuartelado.

Su propia vigilancia le había confirmado que la biblioteca estaba desierta por la noche. Y aunque le hubiera gustado volver a comprobar cada detalle del croquis del informante sobre la distribución del castillo, había visto lo suficiente del interior como para sentir que podía confiar en lo básico.

Cambió de posición tras el afloramiento de granito. Cavendish también había acertado al calcular que una mujer tendría una clara ventaja para completar con éxito esta misión. Un extraño varón en la zona habría levantado sospechas, pero una simple mujer…

Disfrazada con harapos y pintura grasa, se había acercado al castillo a pie, preguntando tímidamente si podría haber una vacante para una sirvienta. Ninguno de los guardias armados había visto a una arpía demacrada como una amenaza. Le permitieron atravesar las puertas, la habían conducido a las cocinas y le habían ofrecido un tazón de gachas antes de decirle que no había ningún puesto vacante y mandarla a paseo.

La hospitalidad irlandesa era legendaria, al igual que su baja opinión de la capacidad de una mujer para hacer otra cosa que parir hijos.

Un grave error de cálculo por su parte.

El vistazo al interior de la fortaleza había sido bastante útil. Pero incluso antes de sus averiguaciones, Phoebe había decidido que utilizar la seducción como estrategia contra Bianchi era demasiado arriesgado. Dada la ubicación aislada, una joven desconocida coqueta llamaría demasiado la atención de los demás hombres. En cuanto a las otras sirvientas, era probable que todas fueran miembros del clan O'Malley y vigilarían todos sus movimientos.

Su ataque dependería más bien del sigilo.

Satisfecha de haber visto lo suficiente, Phoebe bajó sigilosamente de su percha y regresó a la hondonada donde había escondido sus caballos. Su arsenal, complementado con las provisiones de la balandra de la marina que la había traído a Irlanda, le ofrecía varias formas de atacar al objetivo. La flexibilidad era la clave, y ella había pasado las interminables horas a bordo del barco planeando cada contingencia.

Cavendish no tendría motivos para culparla por hacer un movimiento impetuoso, se juró.

Tras observar la rutina de la fortaleza durante varios días, se había decidido por la estrategia más sencilla. Los hombres de O'Malley se habían vuelto laxos en sus patrullas nocturnas de los terrenos, quizá demasiado confiados en que el profundo desfiladero y el estrecho puente de piedra disuadirían a cualquier visitante no deseado. Pasaban la mayor parte de las horas de medianoche bebiendo y jugando a las cartas en las cocinas. Phoebe estaba segura de

que no tendría problemas para entrar en el castillo sin ser vista y completar su misión en un silencio brutal.

Pasó un pulgar por el filo de su cuchillo. Entrar y salir. Ése era el plan. Pero en caso de que algo saliera mal, tendría algunos trucos bajo la manga.

Nada se dejaría al azar.



La niebla flotaba baja sobre las almenas, suavizando la silueta dentada de las antiguas almenas. Ivanov echó un vistazo más a los terrenos del castillo antes de adentrarse entre los arbustos. La trampilla, con sus goznes gruesos de óxido, estaba justo donde le había indicado su mapa. Esperando que el resto de su información fuera exacta, apartó el musgo y se puso a trabajar en la cerradura.

Cuando la aldaba cedió con un sordo chasquido, Ivanov se echó al hombro un pequeño saco de lona y se deslizó en el interior. Según su croquis, el viejo sótano de raíces conducía a las despensas y, desde allí, una escalera circular daba acceso a las habitaciones donde O'Malley acuartelaba a sus visitantes. Se abrió paso a tientas a través de la penumbra, encontrando el pasadizo detrás de una pila de cajas podridas.

Hasta ahí, todo bien.

Los olores a carne asada y cerveza derramada salían de las cocinas. Ivanov se detuvo para aguzar el oído mientras varios hombres terminaban de comer y se preparaban para relevar a los guardias que patrullaban. A menudo se podía recoger una pepita de información útil entre el amasijo de risas ásperas y maldiciones groseras.

Tras escuchar durante unos instantes, volvió al abrigo de la escalera, pronunciando un

juramento silencioso por su cuenta. Hora de improvisar. Una misión de esta naturaleza rara vez funcionaba como un reloj, se recordó a sí mismo. Por eso había venido preparado.



La cuerda se deslizó sobre las pizarras del tejado, su lazo se tensó sobre uno de los puntales de hierro. Phoebe probó su peso contra su sujeción y luego se enrolló una vuelta alrededor de la mano. Como si tuviera alas, se elevó sin hacer ruido por la cara del muro y aterrizó con ligereza en la cornisa de la biblioteca. Su hoja soltó el pestillo de la ventana, permitiéndole abrir el batiente.

Una vez dentro, se tomó un momento para que sus ojos se adaptaran a la oscura habitación. Entre las nubes y la luna menguante, apenas se filtraba un rayo de luz a través del cristal. Lo justo para mostrar un enorme escritorio de roble, que parecía datar de la época isabelina, estanterías atestadas de tomos desparejados y…

Un leve rasguño sonó desde la esquina más alejada de la habitación.

Agachada junto a un armario, hizo retroceder el martillo de su pistola. ¿Un ratón, quizás? Sin arriesgarse, aflojó su cuchillo de la funda.

El sonido volvió a oírse, esta vez más fuerte, seguido de un parpadeo de movimiento.

No, no podía ser.

Una ráfaga de luz de luna atravesó la habitación, captando otro destello de oro.

—¡Tú! —gruñó. No había forma de confundir la forma delgada y ágil que se materializó desde las sombras. El canalla ruso. Ella habría reconocido aquel característico pelo rubio y el reluciente pendiente en forma de cabeza de lobo a través del humo de azufre y el fuego del infierno.

—Tú —resonó en voz baja, sin parecer más complacido que ella por el encuentro.

Mientras bajaban lentamente sus armas, Phoebe vio que llevaba una tabaquera de oro en la otra mano.

—Ha elegido un lugar extremadamente peligroso para cometer pequeños hurtos, señor Ivanov. Váyase, antes de que esta vez pague su arrogancia con su vida.

El ruso esbozó una sonrisa exasperante.

—Difícilmente mezquino. Esta es una obra de arte renacentista hecha por Cellini. Y vale una fortuna. —Se embolsó el pequeño tesoro—. En cuanto a despedirme de este lugar, iba a aconsejarle que hiciera lo mismo —ladeó una mirada al reloj de caja—. Ahora.

—Gracias, pero he venido a por algo más que una baratija de oro

—Bianchi no está aquí. Se trasladó a Tralee hace dos días.

—¿Cómo...? —empezó ella.

—Confíe en mí.

—¿En ti? Preferiría confiar en una serpiente.

—No hay serpientes en Irlanda, gracias a San Patricio —Ivanov volvió a mirar el reloj.

—¿Teme llegar tarde a una cita? —siseó—. Estoy seguro de que a la dama no le importará que llegues un momento o dos tarde.

—Lo que temo, es que si nos quedamos aquí mucho más tiempo, no habrá partes del cuerpo lo bastante grandes como para identificarlas, y mucho menos placer. —La cogió del brazo y tiró de ella con no demasiada suavidad hacia el alféizar de la ventana—. Vámonos.

—¿Qué demonios quieres decir? —Phoebe se soltó, su pistola se acercó para apuntarle de nuevo.

—He colocado una carga de explosivos en la habitación donde O'Malley ha almacenado su

cargamento de oro francés. Su pérdida tendrá graves repercusiones en su capacidad para fomentar problemas por estos lares, al menos durante un tiempo. —Se encogió de hombros y se acercó al dintel—. Pero como quiera. Enviaré mis condolencias a lord Cavendish y le diré que has muerto valientemente. Tontamente, pero valientemente.

Phoebe dudó, preguntándose si creerle.

—¿Necesita una mano? —preguntó—. Tal vez la tuya sea todavía un poco débil.

Sus mejillas enrojecieron al recordar su último encuentro, cuando él casi le había roto la muñeca.

—Mantén las patas quietas. —Le advirtió mientras se unía a él en la cornisa de piedra—. No necesito…

Su réplica fue cortada por el sonido de una llave girando en la cerradura.

—Maldita sea —murmuró Ivanov.

Se separaron rápidamente y se pusieron a cubierto a ambos lados de la ventana. Phoebe se aplastó contra la pared exterior justo cuando la puerta se abrió y media docena de hombres entraron en tropel en la biblioteca.

—Ya ves, no pasa nada, Frenchie —dijo uno de ellos, sosteniendo una linterna en alto—. No has visto más que una sombra.

—O un fantasma del castillo —dijo otro—. Los antepasados de O'Malley tienen más que suficientes maldades que lamentar.

Las risas saludaron la ocurrencia.

Desde su posición ventajosa, Phoebe pudo ver que todos estaban armados, sus armas preparadas y amartilladas. Hizo un juramento silencioso. Tanto si el ruso mentía como si no, cualquier esperanza de completar su misión acababa de esfumarse. La única opción era la

retirada. Aun así, no se atrevió a moverse todavía. Al menor ruido, se desataría el infierno.

Con suerte, se alejarían en un momento.

—No era ninguna sombra, ni un revuelo de muertos —insistió un hombre con cara de comadreja y un fuerte acento galo—. Le digo, amigo, que alguien se ha colado entre su guardia.

—Imposible. —Se burló el hombre de la linterna. Dirigiendo su haz hacia todos los rincones, barrió la luz en un lento círculo sobre las estanterías—. ¿Qué dices, O'Malley? ¿Ves algo raro?

El líder irlandés, un gigante pelirrojo con un rostro macizo medio cubierto por una barba erizada, echó una última mirada alrededor de la habitación.

—No. Todo parece estar. —Sus palabras dieron paso a un rugido de rabia.

—¡El Cellini!

Dándose la vuelta, corrió hacia la ventana, pero no dio más de una zancada antes de que una bala se estrellara contra su pecho.

—¡Salta! —gritó Ivanov—. Los detendré.

—¿Con qué? ¿Con tus propias manos ? —El disparo de Phoebe derribó al hombre de la linterna, mientras una bala pasaba zumbando junto a su cabeza.

Eso dejaba cuatro hombres, y tres disparos.

Dos, corrigió, lanzándose contra el muro del castillo por los pelos. El plomo rebotó en la piedra y las astillas le hicieron un corte en la mejilla.

Ivanov sacó una segunda pistola y derribó al hombre junto al escritorio antes de que pudiera recargar. Pero el francés esquivó a través del humo y se puso a cubierto detrás del armario, consiguiendo un ángulo perfecto sobre la abertura de la ventana.

Phoebe vio levantarse su arma. Desequilibrada e inmovilizada contra la piedra, no tenía

dónde volverse, dónde esconderse...

—¡Salta, maldita sea!

Ivanov se lanzó hacia delante y tiró de ella hacia abajo justo cuando estalló un disparo. Su segundo empujón la hizo saltar por encima de la cornisa. La caída fue corta y el césped húmedo amortiguó el impacto. Rodando sobre sí misma, Phoebe se puso en pie en un instante. El ruso cayó torpemente a su lado. No se levantó tan rápido.

—Corre —jadeó.

Vio que la sangre se filtraba por el desgarrón de su chaqueta. Su hombro ya estaba oscuro por la mancha que se extendía. Agachándose, le agarró el brazo que no estaba herido.

—Sálvate mientras puedas —gruñó él, intentando quitársela de encima—. Yo trabajo con otras reglas —ella le puso en pie.

—Vete, maldita sea. No tardarán en recargar.

Phoebe ya se había dado la vuelta y había lanzado un pequeño saco de seda a través de la ventana abierta.

¡Whoomph!

Las llamas salieron disparadas en un estallido de cristales y el humo negro eructó a través de los parteluces rotos. Desde el interior llegó un grito espeluznante.

—¿Cómo diablos...? —Los ojos de Ivanov se entrecerraron—. No tenías pedernal...

—Fulminante de mercurio. Una conmoción aguda lo desencadena—giró sobre sí misma—. Eso cubrirá nuestra retirada por el momento. —Ella lo empujó hacia el sendero que cortaba entre los setos de boj—. Por aquí.

Marcando un ritmo contundente, Phoebe guió el camino sobre la grava suelta. El ruso seguía resbalando y su respiración se hacía más agitada, pero de algún modo se las arreglaba

para mantener el ritmo. Un último giro les llevó hasta un estrecho puente de piedra, donde finalmente su paso vaciló.

—Pronto estarán aquí. Sólo te retrasaré. —Apoyándose en la barandilla, le hizo un gesto para que siguiera adelante—. Ve. Me arriesgaré.

Sin esperar más argumentos, ella le agarró del abrigo y le empujó al otro lado de la divisoria.

—¿A qué esperas ahora? —dijo él con los dientes apretados mientras ella se arrodillab—. ¿Una banda de ángeles para entonar un canto fúnebre?

Ignorando su sarcasmo, ella raspó un pedernal hasta convertirlo en acero, prendiendo una chispa a un tramo de mecha que serpenteaba hasta la base del puente.

—No eres el único que ha venido preparado para la pirotecnia.

—Está húmedo aquí fuera… —empezó.

—Ya he tenido en cuenta eso. La pólvora es de grano especial, con una medida extra de salitre. —Se echó hacia atrás—. La carga disparará.

Una fuerte explosión puntuó sus palabras. Las llamas brotaron de una de las torres del castillo, iluminando la lluvia de pizarras del tejado y piedras voladoras con un resplandor sobrenatural.

—Parece que su obra les frenará un poco. Como lo hará la destrucción del puente —Phoebe se asomó al profundo barranco—. En medio de la confusión, montar uno improvisado llevará algún tiempo.

El ruso empezó a hablar, pero sus palabras fueron aspiradas en una dura toma de aire.

—Por aquí. —Calmando su tropiezo, le condujo hasta sus caballo —. Será mejor que eche un vistazo a esa herida.

Él no protestó. Sin duda, pensó ella, porque ya le costaba bastante recuperar el aliento.

Abriéndole la camisa, Phoebe vio que la bala seguía alojada profundamente en su carne. Su expresión se volvió sombría mientras tanteaba con cautela alrededor del agujero irregular. Necesitaría un cirujano, y pronto. Por ahora, lo único que podía hacer era intentar contener la hemorragia.

Buscando en sus alforjas, localizó un rollo de lino. Una vez que hubo limpiado lo peor de los fragmentos de tela y el polvo quemado, ató un vendaje improvisado en su lugar.

—Beba esto. —El whisky de su petaca le salpicó los labios—. Prepárese para un largo viaje —le advirtió—. Sobre terreno accidentado.

—¿Hacia dónde? —gruñó el ruso.

— Kenmare.

Asintió con la cabeza, con la cara pellizcada por el dolor.

Sin perder más tiempo en palabras, ella le ayudó a subir a la silla de montar.



El sendero rocoso se adentraba en un estrecho valle y se enhebraba a través de una maraña de robles vivos y espesos helechos. La escondida luz de la luna daba a las nudosas ramas un toque aún más prohibitivo. Cabalgaron en sombrío silencio, el chapoteo del agua sobre los afloramientos de granito y el suave golpeteo de los cascos eran los únicos sonidos que agitaban el aire húmedo.

Phoebe se esforzó por oír cualquier señal de persecución. Nada hasta el momento. Probablemente el castillo aún se tambaleaba por el primer impacto del asalto, pero no podía

contar con que la confusión reinara durante mucho más tiempo.

Los hombres del clan saldrían en busca de sangre. Tenía que seguir moviéndose.

Una vez más, dio gracias a que la red de agentes de Cavendish estaba entrenada para ofrecer lo mejor. Sus caballos eran dos cazadores de sangre, bestias de pecho grueso criadas para la fuerza y la resistencia. Había traído consigo una montura extra para sus provisiones y para cualquier emergencia imprevista…

Reduciendo la marcha, Phoebe miró por encima del hombro. Ivanov estaba desplomado en la silla de montar, pero se las arreglaba para mantenerse sentado. Por cuánto tiempo más no se atrevió a aventurar una conjetura.

Se volvió y se paró en los estribos, rezando por no haber pasado los hitos delatores. Las aulagas rozaban sus botas, un punzante recordatorio de que no podía permitirse un paso en falso. Al rodear la maraña de espinas y cardos, divisó el pálido mojón y exhaló un suspiro de alivio.

Pero ahora había que tomar una decisión. Las piedras marcaban un atajo, pero el camino era empinado, con aún menos sendero que seguir. No dudaba de su propia habilidad, pero el ruso parecía tembloroso.

Tras detenerse, desmontó y descorchó su petaca. —Toma, deja que te ayude con otro trago —. Su mano rozó la mejilla de Ivanov. Ya estaba caliente, y de cerca pudo ver que tenía los labios resecos y que su carne adquiría un rubor febril.

Maldita sea.

Eso la decidió. Sacudió un trozo de cuerda y se lo anudó a la cintura.

—Subir y atravesar los páramos acortará varias horas el viaje. Conozco el camino y los caballos están dispuestos. Pero dolerá.

Consiguió soltar una carcajada.

—Entonces, sin duda, disfrutará de cada paso del camino.

Sus labios se torcieron.

—No soy una sádica, señor Ivanov. Aunque voy a tener que atarle a la silla de montar.

—Lástima que no esté en condiciones de apreciar tan interesantes ministraciones.

—Guarde sus fuerzas para… —Phoebe abandonó su réplica cuando él cayó inconsciente en sus brazos.

Una mirada a través del valle no mostró señales de los hombres de O'Malley. Subiendo a su propia montura, dio un pequeño sorbo al whisky y emprendió la larga subida.

Capítulo 4

-Mi información decía que iba a haber una sola persona —dijo el hombre que abrió la puerta del granero—. Cambio de planes — respondió Phoebe secamente mientras volvía a colocar la barra de madera en su sitio.

—El riesgo es el doble.

—Entonces cóbreme el doble. —Una sacudida de su bolso acalló la queja—. También necesito un médico.

Al oír eso, su contacto -un enjuto campesino con una mata de pelo plateado- resopló y sacudió la cabeza.

—Demasiado peligroso.

Phoebe mostró un destello de oro.

—Haré que valga la pena el riesgo.

El hombre se frotó la mandíbula.

—Hay alguien que puede estar dispuesto a ayudar. Pero le costará caro.

—Traígalo —ordenó—. Rápido. Desensillaré los caballos y los frotaré.

Ivanov no hizo más que gemir mientras ella lo bajaba a la paja. El vendaje estaba empapado de sangre. Infierno y condenación. Aquel hombre podía ser un ladrón y un granuja, pero ella no se lo deseaba al diablo todavía.

Consultó su reloj de bolsillo. No quedaba mucho tiempo antes de que cambiara la marea. Kenmare estaba a sólo una milla, pero no podía permitirse acortar demasiado.

Su contacto volvería en un cuarto de hora.

—No ha habido suerte —murmuró—. Uno de los cortadores de turba sufrió la amputación de un dedo del pie. El médico no regresará antes de medianoche.

Miró el rostro febril de Ivanov.

—¿Y si lo dejo aquí para que lo cuiden?

El hombre se pasó un dedo por la garganta.

—No sé cuáles eran sus asuntos en la zona. Ni quiero saberlo. Pero los forasteros no son muy bienvenidos en estos páramos. Especialmente si existe la posibilidad de que hayan provocado algún problema con los O'Malley.

Se le desencajó la mandíbula. El sermón de Cavendish sobre la lealtad mal entendida resonó en sus oídos. Al igual que su entrenamiento. El deber exigía a menudo decisiones desapasionadas.

Aun así, el maldito tipo le había salvado la vida arriesgando la suya.

—Ayúdame a llevarlo a los muelles.

Su contacto la miró con dureza.

—No. Ninguna cantidad de oro vale ese tipo de riesgo. O'Malley tendría mi cabeza en una pica si me ven.

—En este momento, O'Malley es el menor de dos males. —Ella desenfundó su pistola.

—Él está muerto, mientras que yo estoy bien viva.

Maldijo en voz baja, una malhablada imprecación sobre las mujeres apestadas.

Phoebe respondió con una diatriba que habría ampollado los oídos de un estibador de astillero.

El hombre parpadeó y luego esbozó una sonrisa apenada.

—Usted también debe ser irlandesa, señorita. —Pasándose una mano por el pelo, frunció los labios pensativo—. Mire, si no llevo estos caballos de vuelta a los establos de Mulligan a la hora acordada, no seré de ninguna utilidad para su gente. Pero tengo una idea. Coge el carro y llévalo tú misma. Hay un camino de carros que bordea el pueblo, y a esta hora no tendréis problemas para bajar al puerto sin ser vistos — describió el muelle exterior donde estaba amarrado el cúter naval sin marcas—. Los hombres de O'Malley supondrán que lo habéis robado y yo estaré libre de sospechas.

Ella asintió. Era una sugerencia bastante justa. Y la forma inconsciente de Ivanov sería un hecho a su favor en caso de que alguien observara su progreso desde lejos: desplomado contra su hombro, parecería un borracho más, necesitado de ayuda para volver a casa.

—Ayúdame a enjaezar al caballo.

Las indicaciones resultaron lo bastante precisas y Phoebe llegó a los muelles sin contratiempos. El marinero de guardia pareció sorprendido al encontrar a dos figuras embozadas que pretendían abordar el barco, pero la ayudó a maniobrar el ruso hasta la pasarela sin hacer comentarios.

El capitán, un escocés sin escrúpulos y con un desparpajo tan áspero como las rocas de Islay, se apresuró a tomar el mando de la situación.

—Tengo un camarote despejado para su uso —murmuró, echándose a un lado a su subordinado y asumiendo la mayor parte del peso de Ivanov mientras se dirigían bajo cubierta.

Era el único que sabía que el pasajero especial era una mujer, y no sonaba demasiado complacido ante una complicación adicional—. Pero ya estamos apretados. No puedo permitirme asignar más espacio.

—No es necesario —le aseguró ella.

Abajo, en el espacio espartano, tumbaron a Ivanov en una de las estrechas literas.

—Tenemos que sacarle una bala del hombro —susurró Phoebe.

El capitán parecía sombrío.

—Soltad amarras —llamó a la tripulación. Encendió un pedernal en la lámpara de aceite —. Tendrá que aguantar un poco más. Las mareas son muy complicadas aquí. No puedo echar una mano hasta que hayamos navegado por los canales y estemos bien mar adentro.

Al quedarse sola, Phoebe puso a su compañero lo más cómoda que pudo. La litera no estaba construida para alguien de la estatura de Ivanov, pero de alguna manera se las arregló para quitarle las capas de lana y lino mojados, y acolchó su cabeza contra el baluarte con su capa doblada. Sus botas golpearon el suelo con un suave crujido, recordándole que ella también estaba calada hasta los huesos por los chubascos.

Sin embargo, su propio malestar se atenuó al despegar la venda y contemplar la carne mellada.

Sus labios se apretaron con fuerza.

Encontrando la petaca de brandy en su bolsa, le arrancó una cola de la camisa y se dispuso a limpiar la herida.

Ivanov murmuró algo en ruso. Un juramento, sin duda, pues fue seguido de varias maldiciones en inglés.

—Deja de quejarte —gruñó ella—. Tienes mucha suerte de estar vivo.

Sus pestañas doradas se agitaron y un destello de su habitual arrogancia brilló a través de su dolor.

—Se dice que la suerte es una dama, y las mujeres encuentran mis encantos difíciles de resistir.

—Es más probable que seas compañero de cama del diablo — Phoebe frunció el ceño al ver su carne inflamada, de un rojo crudo que despertó una nueva punzada de preocupación—. Será mejor que reces para que no decida buscarte más compañía.

El ruso hizo una mueca de dolor, pero de algún modo consiguió mantener una muestra de humor chulesco.

—Me desea el infierno, lo sé. Normalmente estoy encantado de complacer a una dama, sin embargo... —Sus palabras se convirtieron en un agudo suspiro cuando ella palpó el agujero dentado de su hombro.

—Lo siento —murmuró Phoebe. El hueso no parecía roto, pero el riesgo de infección era un peligro real. A pesar del frío del aire salado, sentía calor, húmedo al tacto.

Alisándole la maraña de pelo de la frente, se secó el sudor que le perlaba. Los modales de Ivanov podían ser abrasivos y sus motivos un misterio, pero ella no era tan insensible como para ignorar su sufrimiento. Una rápida búsqueda por los alrededores le hizo encontrar una palangana, mantas y un frasco de agua. Cuando por fin hubo limpiado con una esponja lo peor de la suciedad de la herida y le aplicó una compresa fría en la frente, se recostó contra el casco, sintiendo que una oleada de agotamiento la invadía.

Maldita sea. Ésta era una complicación que ella no necesitaba. No cuando su misión le había estallado, literalmente, en las narices. Cavendish ya estaría bastante decepcionado de que volviera sin nada que demostrar por sus esfuerzos. Aparecer con un acompañante inesperado...

Su mirada se desvió hacia el perfil pellizcado del ruso. Por otro lado, aún quedaban

muchas preguntas sin respuesta sobre la implicación de Ivanov en la misión anterior en la que estaba involucrada su compañera Verety. Dos compañeros ingleses habían sido encontrados degollados. Traidores, sin duda, pero la confusión casi había costado la vida a su compañera agente y a un conde inocente.

Por no hablar de la suya propia.

Así que quizá Cavendish acogería con agrado la oportunidad de charlar tranquilamente con Ivanov, ya que el tipo se había escurrido entre los hábiles dedos de la marquesa aquella noche. Sus manos se crisparon. Sin duda, el escurridizo ruso también había sacado lo mejor de ella. Sintiéndose tonta por lo fácil que la había manoseado, se había jurado a sí misma que algún día pagaría por el daño que le había hecho en la muñeca. Por no hablar de cómo había añadido el insulto a la injuria robándole su preciada daga, una hoja andaluza con mango de plata que ella había ganado por ser la mejor de su clase en armas.

El encuentro había sido un golpe para su orgullo tanto como para su persona, admitió Phoebe. Lo que le provocó una ligera punzada de conciencia mientras se mojaba los labios con un toque de agua. Quizá fuera mezquino buscar venganza por motivos personales, más que por asuntos de Estado.

Se encontró luchando contra un sonrojo.

El capitán se agachó por la puerta, poniendo fin a sus cavilaciones. Desató un rollo de lona con instrumental quirúrgico y lo colocó sobre la litera vacía.

—Supongo que tiene alguna experiencia con heridas de bala —dijo Phoebe, observando las hojas de afeitar y las sondas con el estómago hundido. Había recibido cierta formación rudimentaria para atender heridas de batalla, pero esperaba que él no esperara que ella se encargara del trabajo. Por mucho que le hubiera gustado tener la oportunidad de pinchar a Ivanov en otras circunstancias, el ruso era demasiado vulnerable ahora. Una ventaja injusta, si es que alguna vez la hubo. Ella deseaba superarle en igualdad de condiciones.

Y no podía ignorar el hecho de que él le había salvado la vida.

—Al mando de un buque pequeño en tiempos de guerra, uno se vuelve experto en muchas tareas —respondió el capitán—. He pedido agua caliente a la cocina. Sin embargo, debo pedirle que me sirva de ayudante. Aunque la tripulación ha sido elegida a dedo, Whitehall considera que cuanto menos sepan de los pormenores de esta misión, mejor —se arremangó y le lanzó una mirada de reojo—. Usted no es una de esas mujeres que se desmayan a la vista de la sangre, ¿verdad?

—Creo que puede contar con que no caeré desmayada —dijo ella secamente.

El capitán se levantó para responder a la llamada a la puerta del camarote. Se pasó rápidamente una olla y volvió a colocar el pestillo en su sitio.

—Entonces será mejor que empecemos —dijo, entregándole la maltrecha plancha sin más preámbulos—. Parece que el tiempo va a empeorar y preferiría no rebanarle el brazo al compañero por error.

A la luz de la linterna, Ivanov parecía pálido como la muerte. Tragándose una extraña oleada de pesar, Phoebe se apoyó en el balanceo del casco y asintió, agradecida de que aún estuviera inconsciente.

Cortando las vendas, el capitán realizó la primera sonda.

Los ojos del ruso se abrieron de golpe, su color azul ártico se apagó hasta convertirse en un gris bronceado.

Con los dientes apretados, volvió a cerrar los párpados, soportando el sondeo con un silencio estoico.

—Maldita sea, ¿no puedes ir más rápido? —soltó. El rostro de Ivanov estaba cubierto de sudor. Sin pensarlo, ella le cogió la mano, enroscando sus dedos con los de él.

—Estoy intentando no hacer ningún daño permanente. —Una ola casi arrancó el

instrumento de la mano del capitán—. Un resbalón del bisturí podría cortar el músculo, dejando el brazo inútil.

—Tómese su tiempo —el susurro de labios blancos de Ivanov contenía un toque de humor seco, a pesar de su evidente dolor—, no voy a ninguna parte... espero.

—¿Brandy? —preguntó Phoebe.

—Gracias —logró un pequeño trago antes de caer de nuevo en el olvido.

Parecía una eternidad antes de que el capitán dio un gruñido bajo.

—Creo que lo tengo. —Hurgando con las puntas de las pinzas, consiguió extraer una bola deforme de plomo.

—Gracias a Dios —Phoebe se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—Sí, y parece haber salido limpiamente —observó el capitán con cierta satisfacción. Sosteniéndola a la luz, la examinó más de cerca—. Dejar algún fragmento atrás sería peligroso, pero creo que no debemos preocuparnos. —La bala hizo un ruido sordo al caer en la cuenca ensangrentada—. Lo peor ya ha pasado.

Phoebe no estaba muy segura de estar de acuerdo mientras le veía coger una aguja y enhebrarla con seda negra.

—Está cosiendo carne, no tela, capitán.

Se encogió de hombros.

—No puedo dejarlo flameando suelto, ¿verdad? —terminó el trabajo con bendita rapidez y se echó hacia atrás para admirar su obra—. No está mal, dadas las circunstancias —flexionando los dedos manchados de sangre, buscó una toalla—. ¿Puedo dejar que te encargues a partir de ahora?

Ella asintió.

—Excelente. —Él también parecía aliviado—. De nuevo, pido disculpas por la estrechez de los aposentos. Pero dado el tamaño de la nave y la necesidad de mantener el secreto, no tengo más remedio que pedirle que comparta este camarote. Y que se mantengan en él durante todo el viaje. Mis órdenes hacían hincapié en que no deseamos llamar la atención sobre el hecho de que hay una mujer a bordo, ¿correcto?

—Correcto —respondió Phoebe.

La miró con ojos de pez, preguntándose claramente qué clase de mujer había bajo sus escotillas.

—Despejaré el alcázar cada noche y la acompañaré a cubierta para dar un breve paseo. Aparte de eso, no debe moverte de aquí.

—Entendido. —Ella igualó su tono cortante—. No debe preocuparse por mí. Estoy acostumbrada a condiciones mucho peores que éstas.

Aunque la idea de estar encerrada con Alexander Ivanov durante todo el viaje podría poner a prueba los límites de su resistencia, añadió para sí misma. Si el bribón no moría de su herida de bala, siempre cabía la posibilidad de que ella lo asesinara con sus propias manos.



Dando vueltas, girando... no importaba en qué dirección se moviera, parecía no poder escapar del dolor infernal. Horcas al rojo vivo le apuñalaban el hombro, mientras el fuego le chamuscaba la frente…

Ivanov entró y salió de sueños desorientadores durante un momento más antes de abrir lentamente los ojos. Aunque era negro como el Dios del infierno, el crujido de las maderas y el movimiento de balanceo le indicaron que estaba a bordo de un barco. Permaneció inmóvil,

luchando con vagos recuerdos, imágenes inconexas de lo que le había traído hasta aquí. Humo. Un dolor cegador. Una lluvia de chispas. Una valquiria dorada.

Los acontecimientos de la malhadada salida estallaron de repente en su cerebro.

Ah, sí, la dama. La recordaba demasiado bien. Un juramento se deslizó por sus labios agrietados. De todas las malditas coincidencias. Pero ahora que lo pensaba, debería haberse dado cuenta de que el gobierno británico estaría aún más ansioso que el suyo por poner punto final a la existencia del asesino francés. O, más exactamente, Yussapov debería haber considerado esa posibilidad.

La danza mortal del espionaje ya era suficientemente peligrosa sin preocuparse de tropezar con el pie de un aliado.

U otras extremidades más torneadas. Incluso en su estado mental confuso, no le costaba imaginar hasta el último centímetro, cada sutil curva de su adversaria de pelo rubio. Era, en una palabra, magnífica.

Se pasó la lengua por los labios, saboreando el amargo residuo del láudano. Tal vez fuera el efecto del narcótico, pero tuvo que admitir que había fantaseado bastante con ella en las últimas semanas, desde su primer encuentro. Desnuda en su cama, sus gloriosos miembros entrelazados con los de él, sus pasiones calentándole la sangre hasta un punto febril. Caliente y fría, un escalofrío recorrió sus venas. No estaba seguro de si la imagen aliviaba su dolor, o simplemente despertaba un malestar físico totalmente nuevo.

Frustrado, Ivanov dio un suspiro torvo. Hacía demasiado tiempo que no disfrutaba de los placeres íntimos del sexo opuesto.

Haciendo un gesto de dolor, Ivanov volvió la cara hacia el baluarte y se hundió más profundamente en una bruma de sueños inconstantes.



Phoebe miró al ruso dormido. Su pelo rubio estaba enmarañado de sal y sudor, su mandíbula rechinaba de bigotes que brillaban dorados a la luz de la lámpara. Como puntas de fuego. ¿Cómo podía un hombre parecer tan endiabladamente guapo en estado desaliñado, mientras ella...?

Un reflejo en el latón pulido mostró que ella tenía un aspecto infernal.

Sus labios se curvaron en burlona ironía. Él, en cambio, tenía un aspecto artísticamente pálido, perfecto. Un icono dorado. Aunque ella sabía demasiado bien que él difícilmente era un santo.

De hecho, era Lucifer encarnado, se recordó agudamente. Una bestia de azufre del inframundo, que respiraba humo y mentiras. Sería un pecado capital verlo bajo una luz más brillante.

Ivanov abrió los ojos.

Avergonzada por haber sido sorprendida mirando fijamente, Phoebe se obligó a fruncir el ceño.

—Por fin despierto —tanteó con el frasco de agua—. Toma, debes de tener sed.

Aceptó un trago con un murmullo de agradecimiento.

—Qué amable. Sin embargo, preferiría oporto.

—Hmmph. — Ella intentó no detenerse en la forma supremamente sensual de su boca, ni en las gruesas pestañas que bordeaban sus ojos—. Tráguese su sarcasmo, señor —se apartó un mechón desaliñado de la mejilla, reacia a admitir que su humor seco era bastante divertido—, no estoy de humor para ello.

Ivanov miró alrededor de los estrechos confines del camarote.

—Perdóneme. Parece que mi inesperada presencia a bordo de esta nave le ha creado una situación incómoda.

—Usted sigue apareciendo donde menos se le quiere, señor Ivanov. Lo que nos lleva a preguntarnos cómo llegó a elegir una fortaleza tan aislada como objetivo de sus robos.

Su mirada se cerró.

—Había oído que O'Malley escondía algunos tesoros especiales. Como ve, no estaba equivocado.

—Casi pagaste caro por ellos.

—Una gran recompensa no viene sin un gran riesgo.

Ella no iba a permitir que su parloteo desviara su búsqueda de respuestas.

—Cierto. No obstante, es bastante extraño que de algún modo aparezca, como por arte de magia, en lugares cuyos tesoros no son de dominio público.

Se volvió hacia las sombras.

—La verdad es que no. Me ocupo de conocer tales oportunidades.

—¿Qué negocio es ese, señor Ivanov?

—Como usted, tengo mis secretos.

—No es ningún secreto que usted es un ladrón. Y se dice que obtiene un beneficio obsceno vendiendo sus ganancias mal habidas.

Ivanov se las arregló para parecer herido.

—El conde de Emmerson consiguió una ganga. Habría pagado mucho más si los libros de los que habla hubieran salido a subasta.

—No eran suyos para venderlos.

—No regateemos sobre los finos puntos de la moralidad. Podría haberlos vendido por mucho más dinero a otro coleccionista.

—¿Por qué no lo hizo?

—¿Estoy siendo sometido a un interrogatorio? —Sus ojos siguieron sus movimientos mientras ella cogía un pequeño cuchillo—. O quizás a una Inquisición.

—El vendaje debe cambiarse regularmente para evitar infecciones—Phoebe empezó a cortar el lino, esforzándose por no tocar su carne desnuda. Que sus enjundiosas réplicas eran tan atractivas como sus músculos esculpidos era un hecho que ella deseaba mantener en secreto.

Él pareció percibir su incomodidad y sonrió.

—Qué grosero por mi parte burlarme de su paciencia y amabilidad. Es verdaderamente un ángel de la misericordia. Rezo para que en algún momento pueda devolverle el favor.

—Dios, espero fervientemente que no. —Sumida en un hosco silencio, Phoebe se apresuró a aplicar una nueva capa de polvo de basílico y ajustó un nuevo trozo de lino alrededor de la herida.

Oyera o no el Todopoderoso su plegaria implícita, un suave golpe en la puerta le indicó que su indulto diario de los estrechos aposentos -y de la compañía del ruso- estaba cerca.

—Ahora, si me disculpa, necesito una bocanada de aire fresco.

Capítulo 5

Deje de retorcerse, señor. No tiene fuerzas para sentarse.

La fiebre le había subido durante la noche e Ivanov ya estaba deseando escapar de su lecho de enfermo.

—¿Quiere poner a prueba esa suposición?

—Difícilmente sería una lucha justa —espetó—. Quizá cuando esté en plenas facultades.

—¿Es eso un desafío? —no pudo resistirse a provocarla. Con el color subido y los ojos encendidos, parecía aún más seductora.

—Tómelo como quiera… —Phoebe apartó la mirada—. Con un poco de suerte, no tendremos más de estos encuentros fortuitos. No es sano—flexionó la muñeca—. Para ninguno de los dos.

—Me disculpé por nuestro pasado encuentro —murmuró.

—Pero sea como fuere, no puedes negar que saltan chispas cuando nos rozamos. —Volviéndose hacia la pequeña mesa de cartas, reanudó su escritura.

La luz de la lámpara se movía en una danza rítmica por su perfil. Aunque aún tenía la cabeza confusa y le dolía abominablemente el hombro, se contuvo de cerrar los ojos para estudiar sus rasgos. Era, se dio cuenta, la primera vez que había tenido la oportunidad de observarla con cierto detenimiento. Hasta ahora, sólo la había visto en plena acción, un borrón de miembros girando y acero centelleante.

En estudiado reposo, sus rasgos eran de corte afilado, fuertes, pero sorprendentemente delicados. Como porcelana fina, su rostro tenía un brillo luminoso, resaltado por unos seductores ojos verdes que parecían de un intrigante tono de jade ahumado. Su nariz era recta, en contraste con unos labios exuberantemente carnosos, cuyas suaves curvas invitaban a la imaginación a pensar en cómo sabrían, cómo se sentirían.

Ivanov sintió que se le secaba la boca. Había algo fascinante en su fiereza. No se parecía en nada a ninguna hembra que él hubiera conocido. Lo cual, era un número que no le importaba contar. En realidad, ninguna había sido muy memorable. Las mujeres parecían caer tan fácilmente en su cama.

Al pensar en eso, su expresión osciló entre una mueca y una sonrisa.

Distancia. Adherirse a reglas rígidas era la forma en que uno se mantenía alejado del peligro.

Aún así, no pudo evitar comentar:

—Hablando de ventajas injustas, sabes mi nombre, pero aún no has revelado el tuyo.

El débil rasguño de su pluma fue la única respuesta.

—Tal vez, como hizo Bonaparte con su novia criolla, simplemente te bautice con un nombre de mi elección.

Ella resopló ante la sugerencia.

—¿Está insinuando que hay una intimidad entre nosotros? ¡Ja!

Aguijoneado por su desprecio, Ivanov frunció el ceño.

—Más bien un respeto mutuo, forjado en el fragor del combate. Siempre hay cierta camaradería entre los soldados, aunque estén en bandos opuestos.

Phoebe se negó a levantar la vista de su periódico.

—No hay nada entre nosotros, señor Ivanov.

—Me parece que la dama protesta demasiado —murmuró él en voz baja.

—No cite mal a Shakespeare. —Ella siguió con la lectura de sus informes, deteniéndose sólo el tiempo suficiente pasar una nueva página sobre su montón.

—Le aseguro que las palabras son bastante exactas. Estudié literatura inglesa en Oxford.

—Le aseguro que los sentimientos no lo son. Aunque el hecho sea un duro golpe para su vanidad, no todas las mujeres de la Creación están deseando levantar sus faldas por usted.

—En efecto. Nunca te he visto llevar más que calzones.

Ella se sonrojó y guardó silencio. Pero no sin antes murmurar algo que incluía las palabras “odioso” y “culo”.

Todavía con el ceño fruncido, Phoebe terminó de escribir su informe y leyó por encima las páginas. Cavendish debía estar satisfecha con el relato. Había sido minuciosa al registrar todos los detalles de la misión.

Quizá demasiado minuciosa. Era una lástima que hubiera tenido que mencionar la presencia de Ivanov. Algunas cosas era mejor no decirlas.

Como la inexplicable atracción por un pícaro.

¿Era su atractivo otro indicio más de su temperamento inestable? Por toda medida racional, no tenía sentido. Ella luchaba por principios nobles mientras que él hurgaba en su propio beneficio. Ella debería, con todo derecho, detestarlo. Y sin embargo...

Un gemido, apenas más que una bocanada de aire, la hizo sobresaltarse. Para ser justos, el ruso no era del todo malo. Poseía un valor estoico y un irónico sentido del humor. Ni una sola vez se había quejado del dolor, o del capricho del destino que había hecho que la bala rasgara su carne en lugar de la de ella.

¿Suerte? Mientras Phoebe acariciaba con los dedos el amuleto de plata que llevaba bajo la camisa, se descubrió a sí misma preguntándose por aquel momento. ¿Qué había movido a Ivanov a saltar en su rescate? ¿Un código de honor? Por lo que él mismo admitía, no tenía ninguno. Hizo una mueca. Quizá simplemente había tropezado en su prisa por salvar el pellejo.

Pero no tenía sentido detenerse en incómodas abstracciones cuando había asuntos más prácticos de los que ocuparse. Dejando a un lado su pluma, se levantó y cogió su cuchillo.

—Esto me duele más a mí que a usted, señor Ivanov. Pero es hora de cambiarle las vendas.

—Siempre estoy dispuesto a despertarme ante sus caricias.

—Aunque no veo la hora de acabar con esta onerosa tarea, el deber exige que deje a un lado los sentimientos personales. Intentemos acabar con esto lo antes posible.

Cogiéndole la mano, Ivanov la giró y besó el interior de su muñeca.

—Me hieres de nuevo con tu desprecio. Vamos, aceptemos ser amigos, al menos durante este fugaz interludio.

Phoebe fue repentinamente consciente de un calor que la atravesaba. Un fuego extraño, que amenazaba con derretir sus defensas. Durante un parpadeante instante, se encontró tentada de rendirse a su sugerencia.

Entonces, volviendo en sí, tiró de sus dedos para liberarse.

—Está desperdiciando sus encantos, señor Ivanov.

Su nerviosismo provocó una sonrisa en él.

—¿Lo estoy? —murmuró con una seducción ahumada. Su acento añadía un toque exótico que hizo que a ella le picara el gusanillo de tocar el dorado rastrojo de su mandíbula—. Apuesto a que podría hacer que me pidieras que te conquistara —añadió, clavándole una mirada perezosa y ojerosa. El brillo de su pendiente pirata añadió un guiño pícaro.

—Estás muy seguro de ti mismo —espetó ella.

—Conozco mis deseos. ¿Los conoces?

Ella no contestó. Qué pregunta tan ridícula. Por supuesto que sabía lo que quería. No a él, eso estaba claro. Lo último que necesitaba en su vida era un macho arrogante y exasperante.

Sin embargo, bajo la muestra de acerbo ingenio, ¿había un atisbo de alguna emoción más profunda en sus ojos? En ciertos momentos, una extraña clase de conmoción parecía asomar a través de la cháchara gallarda.

¿Añoranza? ¿De qué?

—Si vamos a estar secuestrados en la compañía del otro, al menos podríamos intentar conversar. —Su sonsonete sardónico cortó sus cavilaciones—. Cuénteme algo de usted. ¿Qué te trajo a unirte al rebaño de lord Cavendish?

Phoebe apretó los dientes.

—No voy a compartir los detalles íntimos de mi vida con usted, señor Ivanov.

—Si buscara intimidades, sabría dónde encontrarlas.

—Lo que encontraría, señor, sería su cabeza servida en bandeja. — Cortando la vuelta de lino, la dejó a un lado y alcanzó el frasco de ungüento—. Y deje de llamarme por ese ridículo nombre. Significa 'paloma', ¿no?

—En ruso también significa 'paloma' —la luz baja de la lámpara iluminaba las curvas matizadas de su boca. Un humor flexible y juguetón se curvaba en sus comisuras, en desacuerdo con el frío ártico que a veces endurecía sus ojos hasta convertirlos en astillas de hielo. Era una mirada que le producía escalofríos. Por el momento, sin embargo, no había más que un débil brillo—. Pretendía ser una especie de ofrenda de paz. ¿Cómo prefieres que te llame? ¿Olivia?

Phoebe se mordió un resoplido, esperando sonar enfadada, más que divertida. No deseaba

que él supiera que encontraba entretenidas sus irreverentes burlas.

—Imagino que Olivia no sería más aceptable.

—Desde luego que no. Me recuerda a una tía solterona, que se hace útil zurciendo medias.

Ivanov exageró un estremecimiento.

—Puedo imaginarla ocupada en muchas actividades que implican un utensilio puntiagudo, pero zurcir no es una de ellas.

—¿Nunca se cansa de hacer insinuaciones sexuales? —desafió ella —. Si espera ponerme colorada, pierde el tiempo. Mis sensibilidades no son las de una doncella inocente.

—Y sin embargo… —Empinando los dedos, Ivanov recorrió con la mirada todo el cuerpo de ella—. Eres inocente.

Para su consternación, sintió que sus mejillas empezaban a arder.

—No sabe nada de mí —replicó ella. Incluso a sus propios oídos, la réplica sonó estridente. Cubriendo su confusión, se dio la vuelta y cogió un libro de su bolsa de provisiones.

—No su nombre, tal vez. Pero hay otras cosas elementales que una mujer expresa sin palabras. Están en la forma en que se mueve, en la forma en que sonríe…

—Tonterías —juró ella—. Usted ve lo que quiere ver, señor Ivanov. Y su visión está coloreada por su propia arrogancia —abrió de un chasquido la funda de viaje—. No piense ni por un instante que me empalaré en su engreimiento.

Tras un rato de silencio, se removió en la estrecha litera.

—Si no podemos conversar, ¿podría al menos pedirle que lea en voz alta?

—Dudo que le guste la historia. Ofrece una sátira mordaz del orgullo masculino.

Dirigió una mirada al título.

—Y de los prejuicios femeninos, pues en verdad ambos sexos son ensartados con el mismo ingenio despiadado.

Sorprendida, Phoebe levantó la vista.

—Está familiarizado con las obras de la señorita Austen.

—De hecho, encuentro sus observaciones sobre la sociedad inmensamente entretenidas.

Se preguntó si se estaba burlando de ella cuando añadió:

—La señorita Elizabeth Bennett me recuerda un poco a usted. Una joven audaz, no doblegada por las expectativas convencionales, sin miedo a mantener su posición.

Phoebe sintió un extraño aleteo en la punta de los dedos.

—¿Estaría de acuerdo en que su único defecto puede ser su tendencia a precipitarse a la hora de juzgar?

Su mirada volvió a posarse en el libro.

—No quisiera aventurar una opinión hasta que haya terminado.

—Ah. Una sabia estrategia. —Entrelazando las manos detrás de la cabeza, Ivanov cerró los ojos—. Entonces no permita que le impida disfrutar de la historia.

Phoebe pasó la página.

—Oh, muy bien —murmuró—. 'Hay pocas personas a las que quiera de verdad, y aún menos de las que piense bien…'

Ivanov se acomodó de nuevo contra su almohada, disfrutando del juego de luces sobre su rostro mientras leía. Al igual que la historia, sus rasgos ofrecían un atractivo juego de emociones matizadas. Se encontró incluso más intrigado por sus expresiones que por las palabras de la señorita Austen. A pesar de lo seductor de su carácter, Elizabeth Bennett no era rival para la mujer de carne y hueso que compartía sus estrechos aposentos. Él era plenamente consciente de

ella, aunque apartaba su taburete lo más posible de su litera. El calor punzaba a través de la estrecha franja de espacio.

Ella seguía enfadada. Él había llegado a reconocer los sutiles signos de su ira: la inclinación de su barbilla, el brillo de su mirada, el tono carmesí exacto de su rubor. Por poco caballeroso que fuera admitirlo, se había esforzado en provocarla. Le gustaba su muestra de espíritu combativo. Se imaginaba que ella no se echaría atrás en un duelo con el mismísimo Satán, si el diablo se atrevía a disgustarla.

—¿Le estoy aburriendo? —Phoebe levantó la vista bruscamente.

—Eres muchas cosas, pero nunca aburrida, querida. —Sus ojos centellearon como puntas de daga—. Antes de que se ofenda, permítame decirle que lo decía como un cumplido.

—Preferiría que te guardaras tus coqueteos para ti —replicó ella—. Junto con tus manos —ladeó la cabeza.

—¿De qué tienes miedo?

—A ti no —replicó ella—. Ni a ningún hombre.

—No —convino él—. Supongo que sus propios demonios interiores son un oponente mucho más peligroso.

Phoebe se rió, pero su eco sonó un poco hueco contra el entarimado de roble.

—El opio ha adormecido su ingenio, señor. Está diciendo tonterías.

—Entonces, ¿por qué sus mejillas se tornan de un delicioso tono rosado?

—Porque pondrías a prueba la paciencia de un santo. Y Dios sabe que tengo poca tolerancia celestial. No soy conocida por sufrir alegremente a los tontos.

—Bien puedo imaginar que tiene usted mal genio —murmuró—. Y una mecha corta para desencadenarlo.

Su comentario provocó un bufido.

—Maldita sea —se echó hacia atrás de la mesa de cartas, pero no pudo dar más de varias zancadas antes de toparse con la puerta. Girando con frustración, se arrojó sobre su propia litera —. Imagine lo que desee. Como parece preferir sus propias fantasías a la ficción de la señorita Austen, no me molestaré en seguir leyendo en voz alta.

Ivanov lamentó de inmediato que su burla la hubiera hecho caer en un silencio airado. Había estado disfrutando de la melodía de su voz más de lo que le importaba admitir. Tenía una exuberancia que, como su pelo, le recordaba a la miel moteada por el sol, rica en matices y textura.

Tragándose una respuesta socarrona, dijo suavemente:

—Perdóneme. No debería descargar mi mal genio en usted. Si prometo abstenerme de más interrupciones, ¿puedo pedirle que continúe, palomita?

Phoebe vaciló, pero tras un largo momento suspiró.

—Muy bien. Y supongo que también podría decirle mi nombre, aunque sólo sea para evitar que me llamen palomita durante todo el viaje. Me llamo Phoebe.

Mientras dejaba que las palabras le invadieran, Ivanov no pudo evitar pensar que tal vez ella tenía razón. El narcótico estaba haciendo cosas extrañas en su cerebro. No sólo había embotado el dolor de su herida, sino que también había afectado a su habitual sentido del desapego. ¿Cómo explicar, si no, el inexplicable encanto de una furia aguerrida? Una que preferiría rebanarle el hígado a leerle una novela.

Se volvió hacia el mamparo, pero incluso con los ojos cerrados, no podía apartarla de su mente.

Fuego y hielo. Según todas las reglas convencionales de la química, la combinación debería desvanecerse, en lugar de encender una atracción explosiva. Maldita sea. En cuanto se le

pasara el efecto de la droga, volvería a ser el de siempre.

No era consciente de que se había quedado medio dormido, pero la siguiente vez que levantó la vista, encontró a Phoebe sentada en el borde de su litera, con un vaso en la mano.

—Bébase esto. —Su tono se había suavizado hasta adquirir una nota de preocupación—. Has estado dando vueltas durante la última media hora.

—Ya he bebido bastante láudano —gruñó—. Preferiría dejar de consumirlo.

—Sin embargo, todavía siente mucho dolor.

—He visto a demasiados hombres volverse dependientes de él. Prefiero sufrir un poco de incomodidad que convertirme en esclavo de su poder.

Apareció un breve destello de respeto en su mirada cuando Phoebe asintió.

—Creo que yo tomaría la misma decisión. Pero imagino que le espera una noche dura — dejando la medicina a un lado, empezó a levantarse.

Él la agarró de la manga.

—Hay otras formas de distraerse del dolor. —Ella ya no parecía tan comprensiva—. Señor Ivanov…

—No me refería a nada físico. —Se apresuró a añadir—. Aunque me atrevería a decir que cierta actividad podría aliviar la tensión entre nosotros, Phoebe.

Sus ojos se entrecerraron.

—Pero basta ya de mi humor desacertado. Veo que no le hace gracia —Ivanov se removió bajo su manta. El sudor empezaba a acumularse en su frente y el hombro le dolía como el demonio—. Lo que quería decir es que quizás podríamos hablar un poco —continuó—. Sobre...

—¿Sobre qué? —preguntó ella lentamente—. ¿Vas a sugerir de nuevo que revelemos algo de nosotros mismos?

—Para empezar.

—¿Y qué vas a decirme? ¿Que eres un ladrón y un asesino? —asintió—.

—Eso no hace falta decirlo.

—Desde luego que sí. Tomaste mi daga, que yo gané… —Ella se mordió el labio—. Y Dios sabe de qué otros crímenes eres culpable.

—Usted, más que nadie, está en posición de conocer los sórdidos secretos del sombrío mundo en el que ambos trabajamos —replicó él. Pretendía sonar sardónico, pero su voz tenía un extraño filo que le cogió por sorpresa—. Una cosa es que un canalla como yo se entregue a una vida de trampas. Pero lord Cavendish me parece un tipo bastante honorable. Me pregunto qué le poseyó para atraer a mujeres inocentes a un juego tan sucio como el espionaje.

—No tiene derecho a criticarle —espetó ella, rápida en salir en defensa del marqués—. En verdad, nos ofreció una vida mucho mejor que la que teníamos.

Frunció el ceño.

—¿Quiere decir que sus familias fueron poco amables?

—Ninguno¡a de nosotras tiene familia… —Se mordió el labio, con cara de asombro por haber dejado escapar semejante detalle.

—Huérfanas. —Fue más una musitación que una pregunta.

—Sí, malditas huérfanas —dijo. Las sombras se mecían, luz y oscuridad jugando sobre sus rasgos de huesos finos.

Ivanov observó el parpadeo de las mechas cobrizas de su pelo.

—El nombre de Phoebe tiene algún significado…

Una risa áspera le cortó.

—Ninguno en absoluto. Phoebe sonaba bien a oídos infantiles.

—Así es. Y mucho más interesante que Alexander. —Le dio al nombre una clara inflexión rusa—. Sin duda fue otro compromiso de culturas en conflicto: mi padre probablemente habría elegido Rurik o Yaroslav mientras que mi madre habría favorecido John o George.

Phoebe no pudo ocultar una sonrisa.

—¿Te conformas con cualquier tipo de compromiso? Me sorprende que no salieras pronunciando tu propio deseo en el asunto.

—Fui un niño muy bien educado. O eso me han dicho.

—¡Ja! Más bien aterrorizaste a tu niñera y enviaste a tu madre a una decadencia permanente.

—No, esa hazaña se la dejé a mi padre.

Ella le miró pensativamente antes de hablar.

—¿He tocado una fibra sensible?

Maldita sea. Debería haber sabido que ella era demasiado aguda para pasar por alto su pequeño desliz.

—En absoluto. Hay muy pocas cosas que puedan penetrar mi piel, salvo algún trozo perdido de plomo o acero —Ivanov se secó la frente con la manga. La pequeña cabina parecía mecerse más salvajemente que antes—. Hablando de eso, ¿queda algo de brandy en su petaca?

Phoebe la cogió sin hacer ningún comentario y esperó mientras él se bebía su contenido de dos rápidos tragos. Dándose la vuelta, apagó la lámpara. Él oyó el crujido de la madera mientras ella se tumbaba en su litera.

—Dulces sueños, Alexander.

Sus labios se crisparon. Al menos en un aspecto, era una mujer típica. Era propio de una mujer sentir que tenía que tener la última palabra.

Capítulo 6

-¿Por qué tardan tanto? —preguntó Ivanov—. Deberíamos haber llegado a Southampton mucho antes.

Phoebe bajó su capa de la percha.

—El capitán oyó rumores de un corsario francés que navegaba cerca de Land's End. Se vio obligado a dirigirse hacia el norte, alrededor de las islas Scilly, para evitar cualquier posibilidad de encuentro. Y ahora… —hizo una pausa, escuchando el crujido de las lonas y el ruido sordo de los pasos en la cubierta superior—. El reloj meteorológico muestra que se aproxima una tormenta. Imagino que significará más retrasos.

Murmuró un juramento.

—Si yo fuera usted. no estaría tan ansioso por pisar suelo inglés.

—Newgate sería preferible a este maldito infierno. Al menos sus suelos no bailan como un maldito derviche —Ivanov tomó aire y lo soltó con disgusto—. Y seguro que el hedor no puede ser peor.

Phoebe no podía culparle por estar de mal humor. Ella también estaría maldiciendo si estuviera confinada en un espacio tan oscuro y húmedo. Una mirada de reojo le mostró que el ruso estaba pálido como el vientre de un pez muerto bajo el rastrojo de unos bellos bigotes.

Sus ojos se encontraron y ella vio cómo se le tensaba la mandíbula.

—Déjeme ir con usted.

—Las órdenes del capitán… —empezó ella.

—Al diablo con sus órdenes. —El desafío brilló en sus ojos, junto con una súplica tácita—. Maldita sea, es como estar atrapado en un ataúd aquí abajo. No estoy acostumbrado a tanta inacción. Seguro que puede entender lo que quiero decir.

Un golpe en la puerta señaló la hora señalada para su ejercicio en cubierta. Se subió la capucha de su capa y se escabulló. Pero en pocos minutos regresó con un pellejo de aceite extra.

—Aquí, y sea rápido, antes de que cambie de opinión.

Aunque sus movimientos eran rígidos, Ivanov logró sortear la empinada escalera y la escotilla sin un resbalón. Cruzando la cubierta, se apoyó en la barandilla del barco y levantó la cara a la brisa salada.

—Gracias —murmuró, tras inspirar profundamente. No había ni rastro de su habitual sarcasmo.

Ella se colocó a su lado, dispuesta a afirmarle el pie contra el cabeceo de la cubierta. Permanecieron en silencio durante algún tiempo, fluyendo entre ellos una extraña armonía mientras escuchaban al viento cantar a través de las jarcias y a las olas tamborilear contra el casco.

Entonces, conmovida por la expresión pensativa de él, ella aventuró una pregunta.

—¿Son las estepas rusas tan vastas como el océano?

—Sí —respondió él—. Existe la misma sensación de libertad, de horizonte ilimitado, a pesar de los árboles —miró hacia arriba—. Y el cielo, es lo mismo. Una extensión de posibilidades infinitas.

Phoebe miró pensativamente las constelaciones.

—Me gustaría aprender el arte de navegar por las estrellas.

Su ceño se alzó, reflejando la astilla de luna creciente.

—¿Alguna vez se siente perdida?

Ella no estaba muy segura de cómo responder. La verdad expondría una debilidad, la haría vulnerable. Podía oír las exhortaciones de su maestro de esgrima resonando en sus oídos: ¡Non, non, non, Falconi! Nunca bajes la guardia: un oponente hábil aprovechará una oportunidad, mental o física, y clavará su espada.

Ivanov pareció no darse cuenta de su vacilación. Antes de que ella pudiera hablar, se pasó una mano por el pelo y dio voz a su propia respuesta.

—Orión y Ursus Major parecen tan seguros de su posición en el firmamento. Mientras que yo a menudo temo haberme desviado a algún rincón oscuro, lejos del alcance de cualquier luz.

Tan melancólicas cavilaciones la cogieron completamente por sorpresa. Ella sabía que el hombre tenía un valor arrogante y un ingenio de estoque. Pero estas cavilaciones abstractas constituían una faceta totalmente nueva de su carácter. ¿Un hombre capaz de dudar de sí mismo? De repente parecía más... humano.

La ilusión no duró más que el escaso brillo de la luz de las estrellas sobre las olas. Su boca se torció y, al volverse para encender uno de los cheroots del capitán, soltó una risa cortante.

—Pero entonces, me despierto en los brazos de alguna suntuosa mariquita y descubro que estoy exactamente donde debo estar.

El cinismo sonó un poco forzado. En lugar de reaccionar con una réplica mordaz, dirigió otra mirada al cielo.

—Según la mitología griega, Orión era un cazador perseguido por la diosa Diana. Cuando ella lo mató accidentalmente, rogó a los dioses que lo inmortalizaran en el cielo nocturno. Si se sigue la línea de su cinturón, conduce a la Estrella Polar.

—¿Se supone que eso tiene algún significado especial para mí? — preguntó con frialdad

—. ¿Una estrella ártica para un alma ártica?

Phoebe igualó su despreocupación.

—Sólo que hay momentos en los que a todos nos viene bien una luz que nos guíe.

Pareció sumido en sus pensamientos durante unos instantes.

—¿Qué hay de ti, Phoebe? Pareces marchar con paso firme, impávida ante cualquier obstáculo en tu camino. Es difícil imaginar que algo se interponga entre usted y el destino que ha elegido.

¿Parecía tan segura de sí misma? Sintiendo que la conversación se adentraba en aguas inexploradas, no contestó. Había demasiados peligros en los que encallar.

Para su alivio, el ruso pareció contentarse con evitar más preguntas. Inclinándose hacia atrás, exhaló una serie de perfectos anillos de humo.

—Las nubes están soplando rápidamente desde el oeste —dijo al fin—. Sin duda nos espera una navegación agitada. Será mejor que bajemos.

El humo se disolvió en el viento racheado. Aspiró una bocanada más del acre humo del tabaco y luego arrojó la colilla por la borda.

—¿Refugio en una tormenta? Por supuesto, guíenos.

La cubierta ya se agitaba salvajemente cuando Ivanov entró a trompicones en su camarote. ¡Cómo odiaba los viajes oceánicos! En tierra podía aferrarse a la ilusión de tener algún control sobre su destino.

Phoebe lo atrapó cuando sus rodillas se doblaron.

—En su debilitado estado, no debería estar de pie, señor.

Su mejilla rozó la de él, encendiendo sus frustraciones a fuego lento. Girándose, capturó su boca en un beso duro y hambriento.

—¿Es una oferta para calentar mis sábanas, palomita? —el roce de sus labios envió calor en espiral por sus miembros. Profundizó su abrazo, abrazándola con fuerza, como si ella fuera su único salvavidas.

Era como si se hubiera soltado de sus amarras y se perdiera en el mar sin ella.

—¡Maldito seas! —La indignación inundó su voz mientras luchaba por separarse.

Bajo sus manos sintió la ondulación de un músculo ágil. Sus hombros eran suaves, lisos, y la repentina torsión hizo que su agarre resbalara... pero no había nada inflexible en sus pechos. Suaves y dulcemente redondeados, encajaban perfectamente en la curva de su palma.

—Maldita seas... —Pero la fuerza había desaparecido de su voz. Cuando la miró a los ojos, vio algo más que ira. En el arco salvajemente oscilante de la lámpara, sus ojos eran de un arremolinado verde. Un tono de insondable intensidad. Un hombre podría ahogarse en sus profundidades.

La besó de nuevo, sin darse cuenta de la creciente furia de la tormenta. Todo daba vueltas. El casco se estremecía, las vigas gemían. ¿O era su propio sonido ronco mientras introducía su lengua más profundamente, deleitándose en la suavidad aterciopelada de la boca de ella? Ivanov cerró los ojos un instante, deseando que el momento durara una eternidad.

—Valquiria. —Ella sabía a sal y a una dulzura más allá de las palabras.

¿Era sólo el vendaval o las manos de ella se enredaban en su pelo, atrayendo su cuerpo hacia el de ella? Las piernas de ella se separaron sobre las tablas del suelo y él se lanzó hacia delante, aprisionándola contra el baluarte. Desesperadamente consciente del calor de ella contra su dureza, deslizó las manos hacia las caderas de ella y encontró los cierres de sus calzones.

—No.

El hechizo de bruja marina se rompió con el susurro de su respiración. Ivanov aflojó a regañadientes su agarre, permitiendo que una franja de espacio se interpusiera entre sus rostros.

—Muy bien —carraspeó—. No volveré a forzar mis atenciones sobre usted —invocando un fantasma de sonrisa, añadió—: No hasta que me lo pidas.

—¿Pedirte que me embeleses? —Ella vaciló, su expresión se perdió por un momento fugaz en las sombras oscilantes—. El infierno se congelará antes de que eso ocurra.

—Frío consuelo, ciertamente.

Las manos de ella se soltaron del cuello de él, pero no se apartaron.

—Es usted muy aficionado a utilizar su mordaz ingenio como arma—dijo lentamente.

—La mayoría de las veces, el humor es infinitamente preferible a la alternativa —Ivanov apartó la mirada, temiendo que ella pudiera ver la incertidumbre en su mirada. De repente se sintió vulnerable, y se odió por ello. Su voz se endureció—. Algún día aprenderás que es una de las claves para sobrevivir en el sombrío mundo que ambos habitamos. Incluso más que las balas y las espadas.

—Y la manejas muy bien. Sólo ahora veo con qué destreza la usas tanto para defenderte como para atacar.

Forzó un rizo sardónico en su boca.

—No presuma de conocer toda la gama de mi arsenal, Phoebe. O cómo puedo elegir emplearlo.

—La guerra es el Tao del engaño —murmuró ella—. Estoy entrenada para esquivar cualquier arma que usted blanda.

—Yo también puedo citar a Sun-Tzu: primero hazte invencible. ¿Eres invencible, palomita?

—¿Lo eres? —contraatacó ella, negándose a dejarse distraer.

En ese momento, una ola monstruosa se abalanzó sobre el casco, golpeándoles contra las

temblorosas maderas. Su mandíbula se tensó mientras su rostro se ensombrecía.

—Que el diablo se lo lleve, ¿no hay otro alijo de brandy en algún lugar de aquí?

Esta vez fue él quien intentó zafarse, pero Phoebe se aferró a su abrigo.

—No es bebida ni drogas lo que necesitas.

—Ahórreme el sermón sobre moralidad —gruñó—. No necesito consejos, necesito olvido.

—Sin embargo, ayer afirmabas estar en armonía con tus propios demonios interiores.

—Como ve, mentí. —Se encogió de hombros—. Es una desafortunada costumbre mía.

Sus dedos se enredaron ligeramente en su enmarañado cabello, apartándoselo de la frente.

—No tienes por qué avergonzarte. Todos tenemos momentos en los que nos sentimos… solos.

—Confía en mí, palomita. No hay nada que me gustaría más que estar solo en este momento. Soy por naturaleza un lobo solitario, y aparte de la ocasional moza que calienta mis sábanas, prefiero enormemente mi propia compañía a la de cualquier otra persona. Así que, a menos que hayas cambiado de opinión sobre ofrecer tu doncellez, busquemos nuestras propias camas.

Ivanov vio cómo sus mejillas ardían de ira cuando se liberó de su contacto. Prefería mucho más esa mirada de ira que una de simpatía.

—La despedida es una pena tan dulce —dijo ella cáusticamente—. Obviamente, Shakespeare nunca conoció a alguien como tú. —Con un movimiento de sus rizos, se dio la vuelta—. En mi opinión, las líneas finales de esta farsa no pueden llegar lo bastante rápido.

—¡Tierra!

El grito resonó cuando el barco atravesó la niebla y viró hacia el puerto de Southampton. La tormenta había amainado durante las primeras horas de la mañana y el mar se había calmado

hasta convertirse en un suave oleaje. Los pasos golpeaban sobre la cubierta y los gritos resonaban desde lo alto, puntuados por el chasquido de la lona mojada cuando la tripulación ajustaba las velas.

—Entonces, ¿qué va a hacer conmigo? —El ceño de Ivanov se frunció en forma de pregunta mientras observaba cómo Phoebe empezaba a guardar sus pertenencias en la bolsa.

Una buena pregunta.

Ella apartó la mirada. Maldito sea el hombre. El deber exigía una evaluación desapasionada de las circunstancias. El ruso había escapado una vez de la persecución de Cavendish. Ahora que lo tenía como prisionero, no había duda de que el granuja debía ser entregado a sus superiores.

¿O era la conciencia una autoridad superior?

Percibiendo su dilema, se encogió de hombros.

—No te tortures, palomita. Quizá el marqués esté de humor misericordioso y no me cuelgue para los cuervos en Newgate.

—Maldito seas. —Esta vez murmuró el juramento en voz alta—. Sin duda deberían colgarme del patíbulo por incumplimiento del deber, pero… —suspiró—. Daré la espalda por un momento una vez que estemos en los muelles. Un momento... ¿Está claro? Cuando mire hacia atrás, será mejor que te hayas ido.

—Tengo con usted una deuda de gratitud bastante grande, Phoebe. —Al inclinarse, su saludo de barrido se deslizó dentro de su bota—. Permítame entregarle un recuerdo de despedida antes de irme —arrojó su daga de plata sobre su bolsa de mar—. Confío en que no esté en peor estado.

—Si de verdad deseas recompensarme, harás todo lo posible para que no volvamos a vernos.

Capítulo 7

Tirando del ala de su sombrero hacia abajo, Ivanov se deslizó entre la multitud de sudorosos estibadores y marineros. Su indumentaria anodina, rebuscada entre las provisiones del barco, se mezclaba bien con la multitud. En un momento se perdería de vista.

Entrecerrando los ojos a la luz del sol, se detuvo en el extremo del muelle y llenó sus pulmones con el olor salobre del alquitrán de pino, el roble y la niebla salina. Después de días en la oscuridad, lo que necesitaba era una bocanada de aire fresco para despejar los nocivos recuerdos de su reciente confinamiento.

Libertad. Debería sentir una oleada de euforia. Sin embargo, extrañamente, su ánimo se sentía extrañamente plano mientras se forzaba a avanzar. Sus pasos rozaban los adoquines y tuvo que resistir el impulso de girarse y escudriñar entre la multitud en busca de una capa marrón barro.

Nunca había estado tanto tiempo a solas con una mujer, pensó Ivanov con ironía. Una noche -dos como mucho -luego siempre seguía adelante. Las conversaciones profundas no formaban parte precisamente de su experiencia. Sin embargo, había disfrutado de las conversaciones con Phoebe. De hecho, ella era aún más intrigante ahora que él había vislumbrado lo que había debajo de la musculatura ágil y la gracia feroz de su espléndido cuerpo.

¿Una atracción que no era meramente sexual sino cerebral? gruñó. Su mente aún debía de estar confusa por los efectos persistentes del opio. Lo que necesitaba era un trago para quitarse

las heces.

Bordeando los muelles, Ivanov cruzó la calle, vigilando que nadie reflejara sus movimientos. Después de haber caminado un trecho cuesta arriba, eligió una de las posadas al azar. Mientras bebía una pinta de cerveza, decidiría cómo proceder. Dirigirse a Londres parecía la opción lógica. Sería bastante fácil concertar una conferencia rápida con el encargado de negocios ruso. Sólo el Todopoderoso sabía dónde podría estar Yussapov en estos momentos.

Estaba a punto de entrar en el Delfín de Oro cuando un hombre le dio un empujón en el hombro. Conteniendo una mueca de dolor, estaba a punto de hacer un comentario grosero cuando el tipo hizo una pausa y miró al cielo.

—Por los huesos de San Sergio, parece que sopla un viento del Norte.

Ivanov se quedó inmóvil.

—¿No me diga? Según mis cálculos, yo diría que viene del este.

—Me atrevería a decir que está en lo cierto. —El hombre se metió las manos en los bolsillos y, sin más comentarios, continuó su camino.

Ivanov echó una mirada nostálgica a la taberna, pero siguió a su nuevo conocido hasta una calle lateral cercana.

—Un carruaje le espera en la Sirena Rosa, junto a Groton Lane. Será mejor que se dé prisa. Mis órdenes dicen que el asunto es urgente.

—¿Cómo diablos...? —Ivanov sabía que no debía continuar.

El otro hombre confirmó su ignorancia con un exagerado encogimiento de hombros.

—Sólo soy el mensajero, jefe.

Debería estar agradecido de que Yussapov le hubiera seguido la pista, en lugar de que fuera al revés. Y sin embargo, Ivanov no pudo evitar terminar su pregunta... ¿Cómo demonios se

había enterado el príncipe del fiasco de Irlanda? Debía de tener su propia bandada de agudos halcones dando vueltas por el globo. Eso, o una maldita bola de cristal.

Sus propios poderes de adivinación estaban por los suelos. Nada tenía sentido: ni su mal humor, ni su repentina citación, ni su inexplicable sensación de arrepentimiento. Cansado, hambriento, sintió la tentación de hacer que su superior le enfriara los talones mientras él disfrutaba de una comida tranquila y de un baño muy necesario. En cuanto a dormir en una cama de verdad...

Maldita sea. No recordaba la última vez que había disfrutado de la comodidad de unas sábanas limpias y unas almohadas mullidas.

Aunque sus pasos se ralentizaron una zancada, se encogió de hombros ante la idea de amotinarse. Su adorable Delaney no había eludido su deber de presentarse ante lord Cavendish de inmediato, sin importarle que bien pudiera acabar en agua caliente a causa de sus acciones.

También él podía hacer gala de un sentido de la disciplina cuando le servía a sus propósitos.

Y ahora que lo pensaba, estaba deseando que llegara la cita con Yussapov. El esplendor sartorial del príncipe no sufriría ningún daño material, pero sus orejas estarían royalmente ampolladas para cuando terminara la reunión. Una vez más, la falta de comunicación entre la Inteligencia inglesa y la rusa podría haber resultado desastrosa.

Phoebe se arrojó contra los escaños del carruaje que la esperaba, intentando evitar que su mirada se dirigiera hacia los cristales de las ventanas. No deseaba volver a ver a aquel maldito hombre. Alexander Ivanov no era más que un problema. Un presagio de peligros.

Se le desencajó la mandíbula. Era peligroso para su tranquilidad, eso estaba claro.

Apartó la mirada de los estibadores que juraban, de los barriles de carne y ron revueltos

entre las cuerdas y las varas. Sálvese quien pueda, se repitió a sí misma. Ivanov estaba solo. Pero incluso en medio de un puerto naval extranjero, estaba segura de que el ruso no tendría problemas para mantener la cabeza fuera del agua.

Su preocupación debía ser sobrevivir al próximo encuentro con lord Cavendish. Aunque el fallo principal no era culpa suya, estaba bastante menos segura de cómo juzgaría él sus acciones secundarias. Podía, por supuesto, omitir la información relativa a su antiguo compañero. Sin embargo, incluso si por algún rezo el capitán del barco no consideraba oportuno hacer mención del pasajero extra, ella no podía en buena conciencia ocultar ninguno de los hechos al marqués.

Conciencia. Maldito infierno. Tal sentimiento era un maldito inconveniente para una guerrera de dura cerviz. Quizá Cavendish había tenido razón al cuestionar su dureza mental.

Tan inquietantes cavilaciones la mantuvieron ocupada durante las interminables horas de rebote por la campiña. El conductor, una figura fustigada con un rostro tan curtido como las riendas, interrumpió el viaje sólo el tiempo suficiente para cambiar los caballos y pedir una apresurada taza de té caliente. Aun así, ya había anochecido cuando el carruaje dobló por un camino cerrado y finalmente se detuvo.

—Ya hemos llegado —llamó, bajando de su percha.

Entre el oleaje del mar y las carreteras llenas de baches, a Phoebe le flaqueaban un poco las piernas.

—Gracias —murmuró ella, esperando que nadie hubiera presenciado cómo él tenía que sujetar un tropezón de doncella.

—Tiene que entrar. Primera habitación a la derecha.

Un vistazo a su alrededor mientras pasaba bajo el pórtico de entrada le mostró que la casa solariega era una majestuosa estructura de piedra rodeada de amplios jardines. Ninguna luz brillaba desde las ventanas y aparte de los grillos y el ulular solitario de un búho, no había ni un

solo sonido que perturbara el silencio campestre.

Un lugar extraño para un informe sobre el campo de batalla, musitó Phoebe. Pero lord Cavendish era a menudo imprevisible, un rasgo que sin duda contribuía a su formidable éxito en el arte de la guerra.

Demasiado fatigada para cavilar durante demasiado tiempo sobre los motivos del marqués, movió su bolsa de equipo y llamó suavemente a la puerta panelada.

—Pase. —La voz femenina era cálida y acogedora.

Su ceño se frunció. Agarró el pestillo, pero instintivamente su otra mano se deslizó hacia la pistola que llevaba dentro de la capa.

—¡Debe estar agotada de sus viajes! —Una mujer pequeña y regordeta con un mechón de pelo gris asomando por debajo de su gorro cruzó apresuradamente el vestíbulo—. Venga, caliéntese junto al fuego mientras pido unos refrescos. Luego estoy segura de que agradecerá un baño caliente y un colchón mullido —cacareó como una gallina maternal mientras hacía sonar una pequeña campana de plata—. Los viajes a bordo pueden ser terriblemente incómodos. Espero que no sea usted propensa a marearse; esas vueltas en la cama siempre me dejaban con la sensación de no distinguir el arriba del abajo.

Phoebe también se sintió un poco mareada.

—Yo…

—Sin duda se preguntará dónde está Su Señoría.

Ella asintió en silencio mientras dejaba su bolso sobre la alfombra turca y flexionaba los dedos rígidos.

—Me pidió que me ocupara de su comodidad. —La mujer hizo una pausa para dar una ráfaga de órdenes a la criada que apareció en la puerta—. Por cierto —continuó, volviéndose hacia Phoebe—, soy la señora Hallaway, ama de llaves de Greenfield Hill. El té está en camino,

pero ¿quizás prefiera algo más fuerte después de su viaje?

—El té está bien. —Frotándose el calambre del cuello, Phoebe se tomó un momento para dejar que las palabras del ama de llaves calaran. ¿Un baño humeante? ¿Sábanas almidonadas? Un pequeño gemido estuvo a punto de escaparse de sus labios. Pero el deber desechó tan decadentes pensamientos, al menos por el momento—. Seguramente Lord Cavendish desea un informe completo antes de que me retire.

—Su reunión ha sido aplazada hasta mañana.

—¿Por qué? —se preguntó en voz alta. A diferencia de un verdulero o un sombrerero, el marqués no solía tener horarios regulares.

—Oh, en cuanto a eso, no sabría decirle. —La alegre voz del ama de llaves bajó un tono—. Él y el otro caballero llevan horas encerrados en la biblioteca. La cocinera ya ha retrasado la cena dos veces —otro cacareo—. Temo que el asado se queme.

¿El otro caballero? Mientras Phoebe empezaba a engullir la colación fría que le trajeron unos instantes después, intentó imaginar quién podría ser. ¿Habría llegado ya a Whitehall la noticia de su abyecto fracaso?

Tragando el bocado de tarta de natillas que se le había alojado en la garganta, se quitó el polvo de las manos y decidió que no tenía sentido torturarse con los posibles escenarios. Tanto si la mañana traía la redención como la desgracia, ella mantendría la cabeza alta. Lo había hecho lo mejor que había podido, dadas las circunstancias. Eso era todo lo que podía exigirse a sí misma.

Si Cavendish quería más, que así fuera.

Al terminar el banquete, Phoebe se sintió de repente tan cansada que apenas podía tenerse en pie. La señora Hallaway volvió para tomarla bajo su protección.

—Ven, querida. Te arroparé en un santiamén.

Phoebe se dejó conducir por el pasillo. Al pasar por una de las puertas cerradas, captó el

murmullo de voces masculinas. Tonos apagados, con aroma a brandy y humo. Le hubiera gustado detenerse un momento, pero su acompañante apresuró sus pasos hacia el vestíbulo de mármol.

—Subiendo estas escaleras y a la derecha. Han calentado las sábanas y han encendido el fuego. Duerma bien.

Aunque estaba vestida y lista para presentarse al amanecer, la citación para presentarse abajo no llegó hasta media mañana.

—Ah, ahí estás —Cavendish se levantó e indicó una silla frente al enorme escritorio de madera de peral—. Por favor, póngase cómoda.

Phoebe depositó una gavilla de papeles manchados de agua sobre el papel secante antes de hacer lo que se le pedía. Sentado medio a la sombra había un caballero barbudo, pero como Cavendish no hizo ademán de presentárselo, ella actuó como si no estuviera allí.

—He redactado un informe completo, señor. Siento que esté un poco deteriorado.

—Hmmm… —Poniéndose un par de gafas, el marqués ojeó las primeras páginas y luego las dejó a un lado.

—Entiendo por sus notas que hubo… complicaciones —Incluso para el marqués, un hombre de porte imperturbable, era más bien un eufemismo.

—Sí —respondió ella, igualando su estilo lacónico.

El desconocido se removió ligeramente y cruzó las piernas, mostrando unas botas de cuero suave como la mantequilla. No fue sólo su textura, sino también su color -un rojo burdeos- lo que atrajo su mirada. ¿Un pavo real? Un ave extraña para hacer compañía a una Delaney.

Recorrió con la mirada sus pantalones verde botella y su chaleco ricamente bordado.

Estampado con un intrincado diseño de remolinos de colores en tono joya, contrastaba aún más con los austeros tonos negro y crema de Cavendish. Sin embargo, cuando su mirada se cruzó por un instante con la del desconocido, vio la misma penetrante vigilancia, la misma fría calma que confería al marqués un aura de mando.

Rápidamente revisó su apreciación. Fuera quien fuera, el desconocido no era un hombre de pretensiones pretenciosas.

—Hmmm... —repitió Cavendish. Confirmando su suposición, entregó los documentos a su acompañante—. Quizá te gustaría echarles un vistazo, Yuri.

—Sí.

Phoebe se incorporó bruscamente en su silla. La sílaba ronca le había sonado sospechosamente a ruso.

No, se aseguró a sí misma. Era simplemente su mente jugándole una mala pasada. Ivanov seguía atormentando sus pensamientos. Para apartar su atención de sus propios demonios interiores, se aclaró la garganta y se aventuró a hablar.

—Siento haber fracasado en mi objetivo, señor. Estudié los alrededores, hice un reconocimiento del castillo, pero no me enteré hasta que fue demasiado tarde de que el objetivo había abandonado la zona.

—Bianchi escapó a su bala, pero parece que Seamus O'Malley no —reflexionó el marqués.

Respiró hondo.

—En realidad, señor, no fui yo quien le disparó. Fue...

Vio que el desconocido hacía una pausa y levantaba la vista de su lectura.

—Fue el ruso Ivanov.

—Ah, así que nuestro amigo volvió a las andadas —dijo Cavendish.

—Sí, señor —dijo ella entre dientes apretados, no demasiado contenta por el recordatorio de que el pícaro había vuelto a trastocar sus planes.

—Si…

Un fuerte aplauso, puntuado por una sonora carcajada, interrumpió su explicación.

—Bravo, le felicito por la inquebrantable honestidad de sus agentes, Thomas. Hay muchos que habrían intentado llevarse todo el mérito de eliminar a un enemigo como O'Malley.

—No tengo por costumbre exagerar mis hazañas —murmuró.

Cavendish se tapó una tos con la mano.

—También he oído que el señor Ivanov salvó la vida de la joven — continuó el desconocido—. Sacrificando noblemente su propia persona.

Sus mejillas se encendieron.

—Eso es cierto, señor —dijo acaloradamente—. Pero si el maldito bribón no se hubiera embolsado una tabaquera de oro muy valiosa, no se habría desatado todo el infierno. Le habían visto merodeando por los pasillos del castillo y O'Malley vino a registrar la biblioteca.

El marqués arqueó una ceja hacia su compañera.

—Tiene razón. Fue un descuido por parte del señor Ivanov.

—Y además —añadió—, “le devolví el favor”.

—Sí, sí —murmuró el forastero— He oído algo en ese sentido. En cuanto a las otras acusaciones… —Un brillo socarrón apareció en su mirada—. Quizá deberíamos dejar que el hombre se defienda.

Cavendish asintió.

—Desde luego. Llámelo.

Maldita sea. Phoebe se había levantado pero volvió a sentarse con bastante rapidez.

A su favor, cuando Ivanov entró y la vio, parecía igual de conmocionado.

—Quizá deberíamos hacer las presentaciones formales, para aclarar cualquier confusión persistente —murmuró el marqués—. Phoebe, el caballero de mi izquierda es el príncipe Yuri Yussapov, mi homólogo en la Inteligencia rusa. Y éste… —señaló a Ivanov—. Este hombre, al que usted ya conoce, es uno de sus agentes más experimentados. Un hecho, debo añadir, que habría sido útil conocer antes de ahora.

El príncipe chasqueó los talones e hizo una reverencia.

—Ya he presentado mis humildes disculpas al respecto, mi señor.

—Por lo que te estoy sumamente agradecido, Yuri —dijo Cavendish con una amable inclinación de cabeza—. A su vez, permítame presentarle a mi agente Phoebe. En cuanto al señor Ivanov, creo que no necesita más presentación para ninguno de nosotros.

Capítulo 8

Cruzando los brazos sobre el pecho, Ivanov asumió un aire de despreocupación, aunque por dentro estaba hirviendo. Este juego sucio al que todos jugaban tenía pocas reglas, pero no le gustaba que le hicieran sentir como el peón de Yussapov en cualquier juego del gato y el ratón que Rusia estuviera jugando con Inglaterra.

—Qué placer volver a verle, lord Cavendish —dibujó—. Lamento no haberle ofrecido una despedida más cortés en el castillo de Marquand, pero tenía algo de prisa.

—Dejando un desorden bastante desordenado detrás de usted — replicó secamente el marqués.

Su labio se curvó en una fría sonrisa.

—Al contrario, milord. Creo que lo he ordenado bastante bien. Si hubo que fregar algún que otro derrame, bueno, confiaba en que tuviera a mano suficiente ayuda para terminar el trabajo. —Por el rabillo del ojo, vio cómo el rostro de Phoebe se fruncía en un ceño temible. Sus labios se movieron, pero él no pudo distinguir bien sus palabras.

Lo que probablemente era mejor así. Cavendish le dirigió una mirada de advertencia, pero sus ojos delataron una ondulación de diversión.

—Lo pasado, pasado está —dijo Yussapov con un gesto expansivo—. Sin embargo, antes de continuar, permítame expresarle mi gran placer por conocer a una de las afamadas Señoritas de Delaney. —Su anillo enjoyado centelleó mientras se acariciaba la barba. Al igual que sus ojos

—. Su reputación no le hace justicia.

Phoebe respondió con una mirada estoica.

—Volviendo al problema actual —dijo el príncipe—. Estábamos hablando de la misión irlandesa y de las razones de que se haya torcido.

—Está usted mirando el problema a la cara. —Esta vez, el comentario de Phoebe fue bastante audible, lo que le valió otra reprimenda silenciosa de su superior.

Ivanov contraatacó con exagerada cortesía.

—Por mucho que odie contradecir a una dama, la misión se había torcido antes de que ninguno de nosotros se aventurara en el territorio de O'Malley. Bianchi se había ido para cuando llegamos

—No veo cómo pudieron avisarle —reflexionó Yussapov—. No le conté a nadie mis planes, salvo a ti, Alexander.

Ladeó una mirada hacia Cavendish, que negó lentamente con la cabeza.

—Fui igualmente discreto. El éxito de esta misión era de suma importancia para nuestro gobierno.

—Hmmm… —La mano del príncipe cayó a tocar el águila bicéfala de la leontina de su reloj—. A veces el azar vuela en la cara de los planes mejor trazados. Parece que tuvimos mala suerte.

—Un hecho agravado por la afición del señor Ivanov a los pequeños hurtos —murmuró Phoebe. Señor —añadió, volviéndose para dirigirse a Cavendish—, si se me permite decirlo, el intercambio de disparos con O'Malley -aunque resultó en la eliminación de un enemigo- fue una complicación innecesaria que pudo haber alertado a nuestro verdadero objetivo de que le seguíamos la pista.

Ivanov captó la mirada asesina que ella le lanzó.

—De hecho, me atrevería a decir que no tenemos ni la más remota posibilidad de volver a acercarnos a él en Irlanda —terminó.

Cavendish abrió un dossier y hojeó los papeles.

—Mis fuentes me informan de que ya ha abandonado el país. — Pellizcándose el puente de la nariz, preguntó—: ¿Algún comentario, Yuri?

—Dejaré que mi hombre responda por sí mismo.

—De nuevo, aunque me duela contradecir a un compañero de operación, no robé la tabaquera por mero beneficio personal. No me interesaba tanto la baratija como lo que había en su interior.

—¡Ja! —Yussapov dio un ladrido de risa—. Verá, había oído hablar de la costumbre de O'Malley de esconder sus órdenes de los franceses dentro del tesoro. Pasaré por alto cómo sonsacó una información tan sensible a un miembro de la casa del irlandés, ya que es irrelevante para la misión. Pero baste decir que el soplo resultó exacto.

Ivanov permitió que algo parecido a una mueca arrogante alterara su expresión. Normalmente no se regodeaba, pero el desprecio de Phoebe le había escocido. Por alguna razón, deseaba desengañarla de la idea de que su mayor afán era el dinero. Sin duda, era un granuja que no veía razón alguna para no beneficiarse de los riesgos que corría, si la oportunidad estaba ahí para aprovecharla. Pero nunca había comprometido una misión por motivos mercenarios.

—En definitiva, cuando se suman las cuentas. . . —Uno a uno, el príncipe fue tachando la lista con un golpe de su bien cuidado dedo—. La demolición del oro francés, la desaparición de O'Malley, la captura del documento francés… Yo diría que mi hombre salió victorioso.

Juntando las manos, Cavendish sonrió.

—En el espíritu de la competición amistosa, demos a Phoebe la oportunidad de responder.

Esta vez, Ivanov notó que ella ni siquiera se dignaba a dirigirle una mirada.

—Los logros del señor Ivanov, por maravillosos que sean, no habrían sido tan impresionantes si yo no hubiera conseguido arrastrar su inconsciente pellejo, junto con el documento oculto, por los páramos -con no poco riesgo para mi propia persona- y subirlo a bordo de un cúter de la marina británica. Donde el capitán y yo le operamos para extraerle la bala del hombro.

—Mejor ahí que en su cráneo, ¿no está de acuerdo? —replicó él.

Ella tuvo la delicadeza de sonrojarse. El príncipe rió entre dientes.

—Ya ve lo bien que trabajan juntos, Thomas. Un equipo formidable, sin duda.

—Hmmm... —La mirada de Cavendish era un poco más escéptica—. Parece que se llevan como… —Como el fuego y el hielo, pensó Ivanov para sí.

—Como el acero y el pedernal —soltó Phoebe.

—Como perros y gatos —remató el marqués—. Pero entonces, las armas de Inglaterra llevan un león, mientras que Rusia es famosa por sus lobos.

Si una Delaney tuviera colmillos, pensó Ivanov, probablemente los tendría hundidos en la garganta. Reaccionando con su propio destello de dientes en dirección a la dama, se tiró del pendiente.

—Bien dicho, mi querido Thomas. Como siempre, ves justo al corazón de las cosas —observó el príncipe. Su sonrisa de diversión impía hizo que Ivanov deseara apuntar una patada a su grupa bien ceñida—. Doy gracias a San Georgi de que nosotros -y nuestros intrépidos agentes- estemos aliados en el mismo bando.

Muy pocas cosas se le escaparon a Cavendish, coincidió Ivanov. Quedaba por ver si era una bendición o una maldición.

—San Jorge también es patrón de nuestro país, Yuri —añadió el marqués—, así que quizá podamos considerarlo una unión hecha en el cielo—.

—O en el infierno.

El intercambio de bromas civilizadas entre los dos caballeros de título erizó los pelos de la nuca de Ivanov.

—Yuri... —gruñó—. Si ha terminado de divertirse, me gustaría terminar de informarle sobre el resto de la misión y sus consecuencias. En privado, por favor.

—Ah, pero usted fue quien sugirió que no tuviéramos secretos con nuestro aliado, tvaritsch.

—Este asunto de Bianchi es de vital importancia tanto para el Zar como para el Rey. Así que Lord Cavendish y yo hemos acordado coordinar nuestros esfuerzos para eliminar la amenaza.

Ivanov sintió que la sensación de punzada se convertía en una puñalada de funesto presentimiento.

—Entre nuestros informadores y las órdenes secretas que tan hábilmente captó de O'Malley, estamos bastante seguros de que el francés se dirige a Escocia —continuó el príncipe —. Aunque tuvo suerte al escapar de nuestra persecución en Irlanda, parece que la Fortuna puede haber vuelto finalmente su sonrisa hacia nosotros. —Su boca se ensanchó un poco más.

—Creemos que podemos tener una forma de llegar hasta él. Pero los operativos tendrán que ser maestros de la astucia y el engaño. Por no hablar de la fuerza letal. Viendo que nuestros dos mejores agentes ya han demostrado su capacidad para trabajar juntos, no vemos ninguna razón para alterar el acuerdo.

—¿Ninguna razón? —repitió Ivanov en voz baja. Por un momento pensó que su superior podría estar dejándose llevar por su peculiar sentido del humor. Pero una mirada al rostro de

Yussapov demostró que hablaba mortalmente en serio.

—Estaré encantado de escribirle una lista de razones, tanto en inglés como en ruso para que no haya malentendidos —respondió. Suponiendo, por supuesto, que Lord Cavendish disponga de una resma de papel de aluminio.

—Por una vez estoy de acuerdo con el señor Ivanov. —Phoebe se apresuró a secundar su objeción—. No funcionará.

—¿Por qué? —preguntó Cavendish con suavidad.

—Er… —Parecía insegura—. Yo…

—Trabajo solo —terminó Ivanov—. Y eso es plano.

Yussapov se echó hacia atrás en su silla y miró al techo pintado, pareciendo para todo el mundo como si los querubines en trampantojo que retozaban por el azul celeste fueran su único interés.

Ivanov murmuró algo en ruso que le devolvió las piernas a la tierra con un golpe seco.

—Vamos, vamos, Alexander, no nos precipitemos. —Le tranquilizó el príncipe.

—¿Nosotros? —dijo con venenosa cortesía—. Es mi pellejo el que está en peligro.

Ignorando la interacción entre los otros hombres, Cavendish se volvió hacia Phoebe.

—Como he dicho, Bianchi es una grave amenaza tanto para Inglaterra como para Rusia. Pero nunca le pediría que emprendiera una misión contra su voluntad. Si, por razones personales, siente que no puede realizar lo que se le pide, por supuesto que accederé a sus sentimientos. Una de las otras Delaneys...

—¡No, señor!

Ivanov vio cómo levantaba la barbilla, su ángulo afilado como una estocada de espada. Maldita sea. La marquesa la había maniobrado hábilmente hasta colocarla en una posición de no

retirada.

—Estoy lista para cabalgar desde aquí hasta el infierno, si eso es lo que se necesita, señor. Sola o en la compañía que usted ordene. — Su voz, aunque llevaba convicción, carecía decididamente de entusiasmo.

—Tal vez si le explico las circunstancias, le ayude —continuó el marqués con la misma suavidad. Podría haber estado pidiendo oporto y puros en White's en lugar del asesinato encubierto de un peligroso enemigo—. Angus McAllister es un mago científico en el arte de las municiones. Su innovaciones en diseño de artillería y balística podrían ayudar a inclinar la balanza del poder hacia nuestro lado en la próxima campaña del Este.

Yussapov comenzó a tamborilear un tatuaje marcial sobre el tablero de la mesa.

—Sin embargo, no sólo es un científico, sino también un devoto padre de familia —continuó el marqués—, y ejerce como tutor de sus sobrinos huérfanos, una responsabilidad que le es muy querida. A instancias urgentes de nuestro gobierno, los ha dejado a regañadientes al cuidado de la abuela de los niños, una anciana viuda que vive en un remoto rincón de las Highlands, para trabajar con nuestros expertos militares en el diseño de cañones.

Ivanov vio que Phoebe se estremecía ante la mención de los niños huérfanos.

—No necesita explicar las razones, señor —interrumpió ella—. Le tomo la palabra de que la misión es vital.

—En este caso, creo que es imperativo que ambos comprendan toda la importancia de lo que está en juego. Verá, creemos que el próximo objetivo de Bianchi es... pero me estoy adelantando.

—Sí —dijo Yussapov—. Retrocedamos y expliquemos qué es lo que tenemos en mente.

Ivanov tuvo la sensación de que sabía a dónde iba esto.

—Imagínese, una frágil abuela, anciana y dos niños pequeños en una finca aislada. —

Dejándose llevar por la facilidad rusa para contar historias, Yussapov se apresuró a entrar en materia—. Solos, salvo por los lobos y los halcones que cazan en las colinas de los alrededores.

—No hay lobos en Escocia, Yuri —murmuró Ivanov.

El príncipe le ignoró.

—Un blanco fácil para cualquiera, y mucho más para un asesino entrenado.

Phoebe dejó escapar un grito de incredulidad.

—¿No querrá decir que pretende asesinar a los niños?

—Atacar primero lo que aman, uno de los preceptos de Sun-Tzu para derrotar a un adversario —dijo Cavendish suavemente—. La guerra es, por su propia naturaleza, fea e inmoral, Phoebe. Nuestro enemigo atacará donde crea que le hará más daño. Angus McAllister se sentiría desolado si sus pupilos sufrieran algún daño. ¿Y quién podría culparle si nos considerara tan responsables como a los franceses de su pérdida?

Ella palideció, pero Ivanov vio que sus ojos se volvían del color del granito barrido por el viento. Un tono duro e inflexible de gris verdoso.

—Creemos que Bianchi intentará primero tomar a los niños como rehenes —explicó el marqués—. En cierto modo, son más valiosos para los franceses vivos que muertos. Pero si no se presenta la oportunidad, no dudará en matarlos.

—¿Cuál es su plan? —Estaba claro que había renunciado a cualquier reticencia a la misión.

—Enviarles a usted y al señor Ivanov a Dornoch. Parecerá bastante natural que McAllister contrate a una institutriz y tutora para los niños durante su ausencia. Tal arreglo nos beneficia. Estará en una posición perfecta no sólo para custodiar a los niños McKenzie, sino también para asegurar que esta misión sea la última de Bianchi.

—Ustedes los ingleses tienen un dicho, creo —ofreció el príncipe—. Uno que se refiere a matar dos pájaros de un tiro.

—O, en este caso, matar un pájaro con dos piedras —dijo Ivanov secamente—. Una estrategia diseñada para ser doblemente eficaz.

Phoebe ignoró su ocurrencia.

—¿Cuándo desea que partamos?

—Tenemos un cúter listo para zarpar de Margate —respondió Cavendish.

Ivanov dio un respingo interior. Otro maldito barco no.

—Unas cuantas sesiones informativas más sobre los detalles, un interludio para reunir el equipo necesario, un cirujano para examinar la herida del señor Ivanov...

—Me conmueve su preocupación por mi bienestar, mi señor —hizo una exagerada reverencia al marques.

—Intentaremos que el barco zarpe con la marea de mañana por la mañana.

—Sí, señor —Phoebe lanzó un saludo.

—¿Alexander? —preguntó el príncipe.

Su encantador homólogo no era el único que había sido maniobrado para arrinconarlo. El orgullo masculino -y quizás alguna otra emoción aún más primitiva- le impidió esquivar el desafío y escabullirse con el rabo entre las piernas.

—Maldita sea, supongo que también podría terminar el trabajo — Ivanov suspiró mientras miraba al príncipe con una mueca torva.

—Si tiene alguna reserva persistente, preferiría que la expresara ahora. —Cavendish era casi indistinguible de las sombras del pasillo, su sombría sastrería se mezclaba perfectamente con los cambiantes tonos de luz y oscuridad—. Antes de que sea demasiado tarde.

Luz y oscuridad. Su mundo se definía en blanco y negro, pensó Phoebe. Aunque en realidad, los límites a menudo se difuminaban hasta convertirse en una maraña de grises.

—Lamento mi arrebato inicial. No tengo dudas, señor —respondió rápidamente—. No le defraudaré

—No tienes nada que demostrar, Phoebe.

Su voz era, como siempre, amable cuando entró en la alcoba de ella. Paternal. O eso imaginaba ella en los raros momentos en que se permitía entregarse a los sentimientos. Los pensamientos sobre padres o familia no tenían cabida en su mundo. La Academia era su hogar, sus compañera eran sus hermanas, su espada era…

Phoebe apretó con fuerza la empuñadura mientras pasaba un trapo engrasado por la hoja.

—¿No? —La palabra resonó suavemente, mitad pregunta, mitad afirmación, antes de que añadiera apresuradamente—: Comprendo la urgencia y la importancia de lo que hay que hacer. No habrá errores, ni errores de cálculo. Puede contar conmigo para llevarlo a cabo hasta el final, señor.

—Sin embargo, usted dudó al principio. ¿Por qué? —El marqués, a pesar de todo su aire afable, era implacable cuando se trataba de negocios.

Dejó escapar el aliento mientras envainaba cuidadosamente su espada y la guardaba en el estuche de viaje. Cuestionar el temperamento de Ivanov sólo podría arrojar dudas sobre su propio carácter inestable. Sin embargo, era imposible responderle con algo menos que un mínimo de honestidad.

—Es que me temo que Ivanov dará más problemas de los que vale.

La melancolía no ocultó el aleteo del ceño de Cavendish.

—Yussapov me ha asegurado su valor y su astucia.

—No dudo de las habilidades profesionales de ese hombre, señor. Sin embargo, sabemos que es un lobo cuando se trata de mujeres. Esos pecadillos personales pueden resultar una distracción peligrosa.

—¿Para quién? —dijo Cavendish en voz baja.

Phoebe manoseó la daga andaluza que había vuelto a capturar del ruso. Afilada como el acero de dos filos, la verdad cortaba en ambos sentidos. No era tan inocente de deseos indisciplinados como quería creer.

—Si usted y el príncipe Yussapov confían en la capacidad de Ivanov para controlar sus impulsos, entonces sin duda me remito a su juicio.

Se tomó un momento para responder.

—Ni el príncipe ni yo confiaríamos ninguna misión a un agente que no tuviera nuestra plena confianza, Phoebe. —Las pequeñas líneas grabadas en las comisuras de sus ojos parecían hacerse más profundas, más oscuras a la luz cambiante—. Hay demasiado en juego. Así que si, en tu corazón, tienes alguna duda sobre trabajar con él, quiero que lo digas. De lo contrario, espero que confíes en Ivanov como lo harías en un compañero Delaney.

¿Se imaginó el aleteo de una pausa?

—A menos que demuestre ser indigno de ello —terminó Cavendish —. Si ese es el caso, tendrá que… improvisar.

—Sí, señor. —Endureciendo su resolución, lanzó el arma en un giro arqueado y la cogió por la punta—. Le aseguro que el entrenamiento de la Academia me ha equipado para manejar cualquier problema que pueda surgir. No dejaré que nada -nada- amenace nuestras posibilidades de éxito.

—Muy bien. Entonces buena suerte. —Le tocó el hombro, un roce plumoso que ella bien podría haber pasado por alto de no haber visto el movimiento de su mano—. Que la suerte

resulte ser una dama.

—Oh, lo es, señor. Y cuida de los suyos.

Capítulo 9

A pesar de sus afirmaciones en sentido contrario, Phoebe no había vencido del todo sus recelos a trabajar con Ivanov. De hecho, durante varios de los momentos más incómodos del viaje a través de las borrascas del Mar del Norte, se había preguntado si la intención de Cavendish era elaborar el castigo más diabólico imaginable por sus transgresiones pasadas.

De ser así, lo había conseguido. Con creces.

Haciendo muecas al pensar en los días venideros, entrecerró los ojos a través de la ventisca y observó la escarpada costa escocesa materializarse de entre las brumas. Hasta ahora, al menos, no se había visto obligada a soportar una intimidad forzada con el ruso. Había sido una travesía dura, y los mares escarpados y los vientos zarandeantes los habían mantenido a ambos confinados en sus estrechos camarotes.

Donde, para su consternación, había pasado la mayor parte de sus horas de vigilia cavilando sobre el maldito bribón y las indignidades que había sufrido a sus manos, en lugar de trazar una estrategia más precisa para enfrentarse a los peligros que se avecinaban.

Maldito fuera el hombre. La había tomado por tonta. Desde el principio, había conocido su identidad oficial, pero había guardado silencio sobre la suya. Le había hecho creer que no era más que un ladrón, un bribón, un sinvergüenza sin reparos en cometer un asesinato si el hecho prometía un beneficio.

—¿Disfrutando del paisaje?

Phoebe dirigió una mirada pétrea desde las rocas gris plomo al perfil de Ivanov.

—Lo estaba hasta ahora. —Se consoló al ver que su rostro era blanco como el mármol.

Hizo un sonido de cacareo.

—Venga, venga. ¿No podemos enterrar el hacha de guerra… Aunque preferiblemente no en la parte de atrás de mi cráneo.

—Probablemente necesitaremos todas las armas a nuestra disposición para contrarrestar a un hombre tan astuto como Bianchi — replicó ella—. Si una de ellas resulta ser la necesidad de cooperar con usted, entonces intentaré esgrimirla lo mejor que pueda.

La expresión de Ivanov se endureció en respuesta a su tono descortés.

—¿Todavía le duele el pique a su orgullo? Quizás las mujeres tengan una piel demasiado fina para esta línea de trabajo.

Hizo una mueca.

—No necesito preguntarle qué profesión considera adecuada para las de mi sexo.

—El resentimiento no te sienta bien, Phoebe. No tenía libertad para revelar mi identidad ni los detalles de mi misión. En las mismas circunstancias, ¿habría actuado usted de otro modo?

Ella se mordió el labio, admitiendo para sí misma que él tenía razón.

Tomando su silencio como una rendición, él apoyó los codos en la barandilla y ladeó una sonrisa. Pero para sorpresa de ella, él no presionó su ventaja.

Al igual que ella, parecía contentarse con inclinar la cara hacia la brisa salada y dejar que su mirada vagara por las ensenadas barridas por la lluvia y los filamentos rocosos que salpicaban los acantilados de granito. Los sonidos del mar, puntuados por el golpeteo de las olas y el traqueteo de las jarcias, constituían un interludio extrañamente interludio agradable mientras el

barco se acercaba a tierra.

Al igual que los zarcillos de calor que ascendían de su capa y el sutil aroma a ron de bahía que se aferraba a sus mejillas recién afeitadas. Súbitamente consciente de que su hombro se había acercado peligrosamente al de él, Phoebe se echó hacia atrás.

—Extrañamente atractivo, ¿verdad?

—¿Qué es? —Esperaba no parecer tan nerviosa como sonaba. Su ceño se levantó ligeramente.

—El paisaje, por supuesto.

Ella no contestó.

—Según mi mapa, veremos bastante más de las Highlands una vez que nos dirijamos hacia el interior. Tardaremos varias horas en autocar en llegar a la finca McAllister.

—Casi cuatro, según mis cálculos. Las carreteras son poco más que caminos de carro una vez que salimos de Dornoch, y se vuelven aún más ásperas a medida que suben hacia los páramos. —Se alisó las faldas, maldiciendo interiormente los pliegues ondeantes de tela húmeda. Prefería con mucho la comodidad utilitaria de sus calzones y botas, pero el papel de institutriz no le permitía desviarse del recatado decoro—. Tenemos órdenes de contratar un transporte en la señal del Halcón Pirata Blanco.

—¿Alguna razón? —preguntó—. No pueden estar esperándonos. Hemos viajado hasta aquí más rápido que cualquier mensaje de Lord Cavendish, a menos que lo enviara por paloma mensajera.

Haciendo caso al recordatorio de despedida del marqués sobre la confianza, Phoebe no dudó en compartir su información.

—La propietaria de la posada es una antigua alumna de la Academia para Señoritas Selectas de la señora Delaney. En cuanto haga mención del tiempo que pasé allí, tendremos la

seguridad de no encontrar ningún retraso en nuestros planes de viaje. Caballos de primera, un cochero de confianza y cualquier otro suministro que podamos necesitar serán nuestros si lo pedimos.

—Pájaros de una pluma —murmuró Ivanov.

—Precisamente.

—Muy inteligente. ¿Y cómo de grande es la bandada que Su Señoría tiene anidando por el mundo?

—Esa información en particular no tiene nada que ver con la presente misión —dijo ella primorosamente—. Si hay alguna otra mujer alada de la que deba estar al tanto, se lo haré saber.

—Ah.

El despreocupado contoneo de su frente se estaba volviendo fastidioso, pero Phoebe contuvo su enfado.

—Del mismo modo que le haré partícipe de otros importantes preparativos realizados por el marqués, ahora que nuestra llegada es inminente. En mi retícula hay una carta de McAllister a lady Octavia, explicando sus razones para contratar un tutor y una institutriz londinenses para los niños.

—¿Quiere decir que a la viuda se le va a decir la verdad?

Fue su turno de exagerar un arco sardónico.

—Por supuesto que no. La carta es una falsificación convincente. El propio McAllister desconoce por completo nuestras intenciones o las circunstancias que las rodean.

—¿Lo suficientemente convincente como para engañar a su madre?

—Los operativos de Cavendish son extremadamente buenos en lo que hacen —respondió Phoebe con un toque de orgullo.

—Eso bien puedo creerlo.

¿Un cumplido oblicuo? Se aventuró a echar un vistazo al perfil de Ivanov, pero esta vez su expresión no le delató.

—Quizá debería familiarizarme con sus detalles, y con cualquier otro documento relacionado con nuestra misión.

Era una petición justa, y en la que ella misma debería haber pensado.

—Hay algunos mapas que debería ver, y algunos croquis de la casa y la propiedad. Había contado con que el paseo en carruaje nos daría tiempo suficiente para repasar el material —añadió un tanto a la defensiva—. Pero es mejor que lo vea ahora. —Tras echar un vistazo al alcázar, se volvió hacia la escotilla de popa—. Reúnase conmigo en mi camarote dentro de un cuarto de hora.

—¿Una cita? —Aunque el mareo hizo que su sonrisa fuera una pálida imitación de lo que era habitual en él, el efecto seguía despertando una extraña sacudida en su propio interior—. Estoy encantado.

—No lo esté —murmuró ella de pasada—. Esto son estrictamente negocios, no placer.

Por un instante, sus ojos se oscurecieron a un azul tormentoso y parecían arremolinarse olas blancas desde sus profundidades. Con la misma rapidez, la borrasca se asentó en una calma plana.

—Como si necesitara algún recordatorio de que ésta no es una pareja hecha en el cielo.

Contando los minutos, Ivanov tamborileó impaciente sobre la mesa de cartas. Aunque en realidad el tictac de sus uñas sonaba ominosamente como una bomba de relojería a punto de estallar.

Maldita sea. No debía dejar que aquella mujer se metiera en su pellejo. A él no le gustaba la situación más que a ella, pero su ira parecía provocada por algo más profundo que un

desacuerdo en la estrategia.

Era personal. Apasionado. Hizo una mueca. Con las mujeres siempre lo era. Sus mentes parecían funcionar según los mismos principios que un cronómetro naval: un desconcertante mecanismo de engranajes giratorios y palancas temperamentales. Intrincado e incomprensible para los hombres mortales.

Él no se había burlado intencionadamente de sus ideas erróneas. El juego brutal que ambos practicaban tenía pocas reglas rígidas. El secreto era una de ellas, y un agente que no entendiera lo básico no duraría mucho en esta vida. Su resentimiento era injusto.

Ivanov se frotó el hombro. No es que esperara una medalla por sus acciones. Sin embargo, un toque de gratitud estaría bien, se dijo, sin poder evitar recordar lo sorprendentemente suaves que se habían sentido los labios de ella contra los suyos. Habían sabido a especias y a luz del sol. Cálidos, tentadores. Y su susurro había sido como un suave céfiro acariciando sus mejillas.

Enrojecido de ira, tanto por las injustas acusaciones de ella como por sus propios anhelos traidores, Ivanov maldijo en voz alta.

Y ahora, para colmo de males, actuaba como si estuviera al mando de la misión. ¡Ja! Bajo sus dedos apretados, sintió cómo se le anudaban los músculos. No tenía intención de verse relegado a un papel servil, simplemente porque Escocia era su territorio, por así decirlo.

Al diablo con sus superiores. Sobre el terreno, un agente tenía que valerse por sí mismo. Lo cual, por desgracia, era imposible dentro de los encorvados confines de su supuesto camarote. Le dolía el cráneo por las innumerables grietas del entarimado superior, y era probable que su columna vertebral tuviera una arruga permanente para cuando tocaran tierra.

Por los huesos de San Rurik, ¡que Yuri Yussapov se pudra en la sentina de un galeón agujereado si la próxima misión tenía algo que ver con el mar!

Añadiendo un juramento en ruso a su invectiva en inglés, Ivanov avanzó a trompicones por

el estrecho pasadizo. Al igual que el tiempo, su humor se volvía más viciado por momentos.

—Podría intentar practicar un poco de discreción. señor Ivanov. Un tutor no va por ahí irrumpiendo en una habitación cerrada sin avisar. Especialmente si es la alcoba de una mujer soltera.

Apartándola, cerró la puerta.

—No necesito un sermón sobre etiqueta inglesa.

La linterna oscilante captó el destello de incertidumbre en sus ojos. ¿Estaba confundida? Bien. No debía ser el único desequilibrado. Su siguiente paso la acorraló contra el mamparo. Poniendo las manos a ambos lados de sus hombros, se inclinó más hacia ella.

—Y hablando de práctica, deberías acostumbrarte al hecho de que mi nombre para esta farsa es señor Oliver, no Ivanov.

Ella intentó zafarse de sus brazos pero Ivanov le agarró la barbilla.

—Un momento —dijo suavemente—. Antes de sentarnos a estudiar sus papeles, deseo asegurarme de que estamos en la misma página.

—No estoy nada segura de saber a qué libro se refiere — contraatacó ella.

—Entonces permítame recitarle capítulo y versículo.

Sus ojos se entrecerraron, pero no lo suficiente como para ocultar el fuego del jade fundido.

—La primera regla de esta empresa es que ninguna de las partes asuma el papel de mando. Como estamos igualmente insatisfechos con el acuerdo, cada uno tendrá voz y voto por igual en la forma de planificarlo.

—No pretendía asumir tal cosa. Contigo, es una pérdida de tiempo intentar predecir cómo actuarás.

—Lo que me lleva a mi siguiente punto —replicó—. Basta ya de insultos oblicuos. Yo salvé tu vida, tú salvaste la mía. Una vez más, somos iguales. Ahora que empezamos esta mascarada como tutor e institutriz, sería mucho más fácil si aceptáramos hacer borrón y cuenta nueva. Debemos aprender a trabajar juntos.

—Lo que sugieres tiene sentido —dijo ella titubeando.

—¿Entonces tenemos un trato?

Phoebe se había despojado de sus lanas mojadas y se había puesto unos calzones y una camisa de lino. El cuello estaba abierto, revelando el latido de un pulso en su garganta. En la franja de silencio, él era agudamente consciente de los latidos de su corazón, de su olor, de su calor. Cada poro parecía vivo. Gloriosamente vivo. Su atuendo masculino sólo acentuaba su encanto femenino.

Duro y suave. Ivanov apoyó las manos en el áspero entarimado para evitar que buscaran enredarse en los sedosos mechones de pelo que se enroscaban en su cuello.

La aspereza de su respiración casi ahogó el susurro de ella.

—Sí, tenemos un trato.

Sabía que debía dejarlo así, pero sus palmas permanecieron apretadas contra el roble ennegrecido.

—Entre los guerreros cosacos, un juramento no se considera vinculante hasta que se sella con sangre.

—Tales rituales parecen un poco primitivos. Confiaré en su palabra, si usted confía en la mía.

Ivanov bajó los labios.

—Los rusos no somos tan civilizados como ustedes los ingleses.

No se inmutó.

—Si quiere usar su espada, será mejor que dirija sus ojos a otra parte.

Su risa baja estaba bordeada de algo más que mero humor. No pudo evitar admirar su fuerza, su chispa. Eran tan diferentes y, sin embargo, tan parecidas. Como si eso tuviera algún sentido. Pero entonces, no era la razón la que gobernaba sus acciones, sino una necesidad más elemental.

—No es necesario, palomita. Me conformaré con algo intermedio entre las palabras y el acero afilado.

Su barbilla se alzó, como en desafío. Como ya no controlaba sus deseos, sólo fue débilmente consciente de que cambiaba de postura y acortaba la distancia que los separaba. Músculos ágiles, curvas flexibles: su cuerpo se moldeaba contra el suyo con exquisita facilidad. Sus pechos eran como puntos de fuego, encendiendo un gemido en lo más profundo de su pecho.

—Vodyanoi[2]—susurró. Una bruja del mar, ahogando todo pensamiento coherente.

Phoebe no hizo ningún movimiento para evitar el aplastamiento de su boca.

Las olas chocaban contra el casco, haciéndose eco del salvaje latido de su corazón mientras él la engatusaba para que abriera los labios. Ella sabía a sal marina, a lluvia fresca y a una necesidad abrasadora que parecía coincidir con la suya. Caliente, hambrienta, su lengua se deslizó dentro de ella, desesperada por una calada más profunda.

Sus manos se enredaron en el abrigo de él, encontrando de algún modo un camino a través de la lana y el lino. Cuando la carne desnuda se encontró con la carne desnuda, sintió el brote de un grito. Un sonido suave y vulnerable.

—Phoebe —murmuró, inclinando su beso hacia la curva de su pómulo. Los ojos de ella se abrieron de par en par, y por un instante le miró con el anhelo de una mujer, no de un guerrero—. No soy el enemigo. Debes confiar en mí en eso.

La palma de su mano se posó en el pecho de él, rozando ligeramente la cicatriz del cuchillo -un recuerdo de una misión en Venecia- hasta la torcedura del vendaje en su hombro.

—Sin embargo, el duelo y el engaño son una forma de vida para usted.

—Sí, llevo las heridas de lo que hacemos —dijo—, pero al igual que usted, no lucho por la mera emoción de la matanza.

—¿Por qué luchas?

Ya avergonzado por lo mucho que había revelado, Ivanov no estaba del todo preparado para desnudar su alma. Las cicatrices físicas eran suficientemente obvias. Su estado espiritual era algo que guardaba incluso de su propia mirada.

—Tengo mis razones, Palomita. Pero son privadas, personales.

—¿Honor? —preguntó ella, con voz vacilante.

—Soy un hombre, no un santo.

Nunca antes se había arrepentido de sus actos, pero en ese momento se encontró deseando no ser tan imperfecto. Ella le hizo desear ser mejor de lo que era. Su media sonrisa era luminosa a la luz de la lámpara.

—Creo que eres más noble de lo que te importa admitir.

Ivanov ocultó su anhelo con un encogimiento de hombros sardónico.

—Lo que ves es carne y hueso, no una armadura brillante.

¿Fue decepción lo que vio reflejado en sus ojos? Parpadeó y apartó la mirada.

El oleaje del mar le sacudió hacia delante. Ivanov apretó el agarre para evitar que la arrojaran contra la estrecha litera. La borrasca parecía cobrar impulso. En lo alto, las maderas gemían y la lona crujía. El viento aullaba a través del cáñamo alquitranado y las tensas jarcias.

Con su propio gruñido ronco, la besó de nuevo, deleitándose en la sensación de paz que le

invadía a pesar de la furiosa tormenta que lo rodeaba. Inclinando su cuerpo para protegerla de los troncos movedizos, Ivanov la obligó a separar las piernas. Ella jadeó cuando su muslo se deslizó entre los suyos, levantando sus pies en medias de las tablas del suelo. Había algo exquisitamente íntimo, erótico, en tenerla montada sobre él. Una fuerza salvaje de la naturaleza. Una audaz sierva de Neptuno, resplandeciente en su belicosa belleza. Todo lo que necesitaba era un tridente...

—Maldita sea. —Su juramento susurrado aguijoneó su conciencia. Aflojando su agarre, Ivanov liberó sus labios a regañadientes.

—El mar parece tener un efecto tempestuoso en tus sentidos. Y en los míos. —Con dedos temblorosos, Phoebe le apartó el pelo húmedo de la frente. Parecía agitada.

Pero no más de lo que él mismo se sentía. Ella tenía razón: una potente fuerza estaba jugando con su razón y su resolución. Pero era más compleja que una simple reacción química de sal y agua.

Torpe, insegura, se deslizó hacia abajo de su percha, pareciendo más una niña perdida que una guerrera curtida. Las sombras emborronaban el verde de sus ojos a un tono de confusión amoratada, haciéndola parecer más pequeña, más vulnerable.

—Debemos estar en guardia para que esos momentos de locura no nos sigan a los páramos.

—¿Así que pretende desempeñar a fondo el papel de institutriz adecuada?

—No es una cuestión de elección. —Volviéndose a poner la camisa en su sitio, Phoebe se volvió y buscó a tientas su retícula debajo de la mesa de cartas—. Un pequeño desliz podría traicionarnos fácilmente.

Al igual que sus palabras, el crujido de los papeles al desplegar los documentos fue un agudo recordatorio de que era el deber y no el deseo lo que les había emparejado.

Sin embargo, intuyó que su resistencia no era una simple cuestión de estrategia y táctica.

Reflejando el mares circundantes, sus ojos revelaban un turbulento remolino de corrientes cruzadas en sus profundidades.

Apartó la mirada, incapaz de comprender su reacción. O la suya propia.

—Entonces comencemos con su mapa. —Quizá ella tenía razón: era mejor utilizar los negocios para suavizar las aguas—. Imagino que Cavendish habrá hecho que su contacto dibuje todas las posibles rutas de escape.

—Por supuesto. Cree en estar preparado para cualquier exigencia.

Mientras contemplaba las precisas líneas y sombreados del bolígrafo, Ivanov deseó que su propio camino a través de territorio desconocido estuviera tan claramente delineado.

Capítulo 10

Como una Delaney, un antiguo laird del clan McAllister había elegido un lugar remoto en las colinas de las Highlands para su nido de águila. Dirigiendo la mirada, Phoebe midió el entorno mientras su carruaje alquilado daba tumbos en la última y empinada curva de la subida y se detenía.

Encaramada en lo alto de los páramos, la casa solariega -que parecía más una antigua fortaleza vikinga que una señorial casa solariega- dominaba inclinados rodales de pinos y rocosos prados, espesos de aliagas y hierbas silvestres. Muy por debajo, divisó el destello de un río que cortaba un estrecho desfiladero. En otro momento, sin embargo, la vista quedó oscurecida por un pesado manto de niebla. Las nubes que se movían con rapidez habían ido cobrando fuerza durante la última hora y ahora parecía inminente una tormenta.

—El aislamiento puede ser una fortaleza defensiva —murmuró Ivanov mientras bajaba de su asiento y estiraba las piernas—. Y una…

—Y una debilidad —remató. Asintió con la cabeza.

—En este caso, sí.

Phoebe echó un último vistazo a su alrededor, aunque había poco que ver, salvo la roca. Tanto los adoquines del patio como los muros del castillo estaban tallados en el mismo tono implacable de granito gris. Pero al cabo de unos metros, incluso aquellas formas sólidas se disolvían rápidamente en una vorágine de niebla arremolinada y gotas de lluvia salpicadas. Una

inspección más detenida del terreno tendría que esperar hasta más tarde.

Protegiéndose la cara del viento racheado, siguió a Ivanov hasta la puerta principal. Le costó varios intentos con la antigua aldaba de hierro dar señales de vida.

La enorme losa de roble ennegrecido finalmente se abrió un resquicio.

—Habéis recorrido un largo camino para nada —dijo una voz áspera desde el interior—. El desvío hacia Braeantra está unos kilómetros más atrás.

—No estamos perdidos —respondió Ivanov. Sacó un pequeño paquete de cuero de aceite de su abrigo y se lo pasó—. Tenga la amabilidad de dárselo a la señora de la casa.

Hubo una ligera pausa y un arrastrar de pies.

—Auch, será mejor que entres a resguardarte de la humedad mientras esperas.

Phoebe se sacudió la capa. El vestíbulo era bastante lúgubre, impresión acentuada por las baldosas de pizarra y los paneles de madera oscura. Un gran tapiz de caza en la pared del fondo no contribuía a aligerar el ambiente: representaba a un ciervo herido que era arrastrado por una jauría de sabuesos. El único otro toque decorativo era un gran óleo colgado sobre un pesado aparador de pino.

—El viejo laird no parecía ver con buenos ojos las comodidades de las criaturas —observó Ivanov mientras contemplaba al caballero de rostro severo que miraba desde el lienzo—. Quizá fue el haggis[3] lo que le quitó las ganas de divertirse en la vida.

—Sssshhh —advirtió—. No todo el mundo considera la diversión personal el principal objetivo de la vida. Los escoceses son un pueblo serio, y muchos de ellos sienten que tienen la responsabilidad moral de anteponer el deber al placer.

—¿Deber a qué? ¿Hacer desgraciados a todos los que les rodean?

Phoebe no tuvo tiempo de formular una respuesta, pues el mayordomo reapareció de entre

las sombras y les hizo señas para que entraran en una pequeña sala de estar situada frente a la escalera principal.

—Hmmph. Qué extraño.

La luz parpadeó en las lentes de montura dorada cuando una anciana levantó la vista de la carta que estaba leyendo. Según los expedientes de Cavendish, lady Octavia McAllister, viuda de Laird John McAllister de Skibo, tenía casi setenta años y era una especie de reclusa. También se decía que había sido toda una belleza en su época, y Phoebe podía ver por qué. A pesar del cabello plateado y las arrugas invasoras, sus rasgos de huesos finos y su boca expresiva aún poseían una vitalidad cautivadora.

—Mi hijo Angus parece haber tenido mucha prisa en hacer estos arreglos. —Los labios de lady Octavia se fruncieron de repente—. ¿Me pregunto por qué?

—La agencia no lo dijo, milady. —Con sus botas raídas y su abrigo deshilachado, Ivanov parecía la viva imagen de un erudito sin fortuna. Una tintura de hojas de nogal había apagado el brillo de su cabello rubio, que llevaba recogido en una cola pasada de moda, y su postura encorvada suavizaba las líneas de su musculoso cuerpo, añadiendo una apariencia de reserva libresca.

—Mencionaron que el señor McAllister estaba comprometido para dar una conferencia en un importante congreso científico —prosiguió—. Así que tal vez un cambio de última hora en la programación le obligó a actuar con rapidez.

—Hmmph… —Los ojos de la viuda se entrecerraron y, a pesar del grosor de sus gafas, Phoebe tuvo la impresión de que la edad no había atenuado su visión—. Una respuesta muy razonable, señor…

—Oliver —suplió Ivanov.

—Y sin embargo, cuando se trata de los niños, siempre es muy meticuloso a la hora de

elegir.

—Nuestra presencia sólo confirma su debida diligencia. —La sonrisa de Ivanov podría haber encantado a los basiliscos de piedra que montaban guardia sobre la chimenea tallada—. La Agencia Woolsey es la mejor en el negocio, y con la debida modestia, milady, permítame decirle que la señorita Sloane y yo tenemos unas credenciales impecables. Si tiene a bien examinar nuestras referencias, estoy seguro de que encontrará todo en orden.

El pellizco de la boca de la viuda se suavizó.

—Sin duda, joven. Es probable que Angus haya repasado sus cualificaciones con un peine de dientes finos, así que si no ha pillado ningún gruñido, me atrevo a decir que estaré satisfecha.

Phoebe decidió que había llegado el momento de hablar por sí misma.

—Gracias, milady. El señor Oliver y yo esperamos ganarnos su aprobación.

—No me lo agradezcas. Aún tienes que conocer a los diablillos. — Aunque lo dijo con un ligero brillo en los ojos, la expresión de lady Octavia se nubló por un instante—. Pero lo primero es lo primero. Aquí estoy yo divagando como una vieja tonta cuando usted probablemente esté cansada y hambrienta por los rigores del viaje. Haré que le sirvan el té en el salón mientras se instala en sus aposentos.

Con un golpe de su robusto bastón, la viuda llamó al mayordomo, que parecía tan antiguo como los símbolos celtas tallados en el dintel de piedra.

—Rawley, muéstrale al señor Oliver la habitación de invitados del primer piso en el ala este. Señorita Sloane, acompáñeme.

Ivanov inclinó una elegante reverencia y le ofreció el brazo.

—No se imagine que puede comprar mis buenas gracias con modales relucientes, joven. —Sin embargo, aceptó la atención—. He visto suficientes bribones en mis días como para distinguir la moneda española del verdadero oro.

—Ni lo soñaría —murmuró Ivanov—. No puedo imaginar que alguien se atreva a tratar de tomarle el pelo, milady. —Inclinándose un poco más, añadió—: Que son, si me permite decirlo, de un tono aguamarina de lo más llamativo.

Ella se rió y le golpeó ligeramente la espinilla con su bastón.

—Se está pasando de moreno, señor Oliver. Ahora váyase. —Ella se detuvo en el pasillo y le señaló las escaleras—. Antes de que sus escandalosos coqueteos le hagan aterrizar en las zarzas.

Le guiñó un ojo.

—¿Ha intentado levantarte las faldas? —preguntó lady Octavia mientras Ivanov se alejaba.

Sorprendida por la inesperada pregunta, Phoebe sintió que se le encendía la cara.

—Yo... es decir, el señor Oliver entiende que nuestra relación ha de ser puramente profesional, milady.

—Usted no es metodista, ¿verdad? —El bastón hurgó cautelosamente en la valija junto a los pies de Phoebe, como si esperara que brotara fuego y azufre de sus profundidades.

—Eh... no.

—Bien. Los presbiterianos ya son bastante adustos. —Mirando los dedos de sus medias botas, Phoebe mantuvo un silencio con tacto—. Entonces, ¿no está calentando las sábanas del señor Oliver?

Ella levantó la cabeza.

—No.

lady Octavia se quitó las gafas y se lustró cuidadosamente las lentes con la manga.

—Quizá debería comprarse un par de gafas. Si yo tuviera tu edad me plantearía seriamente dejar a un lado la corrección. Es un hombre muy atractivo. —Acomodándose la montura en el

puente de la nariz, entrecerró los ojos como un búho—. ¿Le escandalizo, señorita Sloane?

Phoebe tuvo cuidado de controlar la curvatura de su boca.

—Muy pocas cosas me escandalizan, lady Octavia.

—Entonces aún hay alguna esperanza para usted. —La viuda se volvió hacia el pasillo central. A pesar de sus miembros nudosos, sus movimientos eran sorprendentemente ágiles—. Bueno, no te quedes ahí parada; acompáñame.

Un silencio incómodo, puntuado por el golpeteo de la madera de espino con punta de latón, flotaba sobre sus pasos mientras volvían a cruzar el vestíbulo y pasaban al ala este. Allí las habitaciones reflejaban la grandeza rústica de las Highlands. Cornamentas de ciervo coronaban chimeneas de piedra tallada lo bastante grandes como para asar un buey. En las estanterías de libros tallados, pájaros disecados se sentaban codo con codo con tomos encuadernados en cuero sobre cetrería y pesca, mientras que bajo los pies una dispersión de gruesas alfombras de piel de oveja mantenía a raya el frío húmedo. Y en consonancia con las feroces tradiciones de los antiguos clanes, un impresionante arsenal de armas, desde medievales hasta modernas, decoraba casi cada centímetro cuadrado de las paredes.

Phoebe aminoró la marcha cuando llegaron a un expositor de armas erizado de antiguas ballestas y riñas. Fascinada por los bordes afilados y los poderosos engranajes, sintió que sus ojos se abrían de par en par.

Su reacción provocó un pequeño bufido de lady Octavia.

—Usted no es una de esas misses de leche y agua que se desmaya ante la mera idea de la violencia, ¿verdad?

—No, milady. Como ya le he dicho, mi sensibilidad no es tan delicada —respondió Phoebe secamente. Creyó detectar un atisbo de aprobación.

—Pero como institutriz bien formada, sin duda es usted una firme creyente en las reglas.

¿La Inquisición? Ciertamente había suficientes utensilios de aspecto letal colgados por ahí como para crear un ambiente combativo. ¿Qué quería saber la anciana?

Consciente de que un paso en falso podría llevarla por el mal camino con la viuda, Phoebe decidió tantear el terreno lentamente.

—Las reglas proporcionan un marco necesario, pero no soy tan rígida como para rechazar un poco de doblez.

—Hmmph… —Los frágiles hombros se relajaron ligeramente.— Me alegra oírlo, señorita Sloane. Mi nieta es una niña vivaz, excepcionalmente curiosa, deliciosamente enérgica. Odiaría ver que alguien intentara sacarle el espíritu y las agallas. —La viuda apoyó un puño en la cadera e inclinó la barbilla para encontrarse con la mirada de Phoebe—. Las jóvenes de Londres pueden ser consideradas perfectas patrones de corrección, pero si me pregunta, les han lixiviado toda la vida y el color. Diamantes, las llaman. ¡Ja! A mí me parecen trozos sobrepulidos de cristal quebradizo. No se puede distinguir uno de otro.

Phoebe se mordió una sonrisa.

—Estoy totalmente a favor de animar a una chica a tener un poco de color e individualidad.

La viuda suspiró mientras observaba el tono monótono y el corte severo del vestido de Phoebe. Su rostro no expresaba mucha esperanza al respecto.

—No todos los empleadores tienen una visión tan ilustrada de cómo debe presentarse una mujer —dijo Phoebe suavemente—. Especialmente una institutriz. Espero demostrarle que no soy tan palo seco como usted teme. Le aseguro que tengo en mente los mejores intereses de su nieta.

—He sido grosera y prepotente, ¿verdad? —Lady Octavia se apoyó un poco en su bastón y de repente lo levantó con una pequeña floritura —. Sin embargo, de qué sirve envejecer si no

puedes ser un poco traviesa.

Para Phoebe, el brillo en los ojos de la viuda era más de alivio que de contrición.

—Vamos, sólo unos cuantos giros más en este laberinto enmohecido. Quizá encajes aquí después de todo.



—¿Azúcar, señor Oliver? —Lady Octavia se asomó por encima del adornado juego de té de plata que el ama de llaves acababa de poner sobre la mesa.

—Sí, milady —Ivanov bajó la voz hasta un susurro conspirativo—. Bastante, me temo. Un mal vicio, pero ahí lo tiene.

—Su secreto está a salvo conmigo, joven. —La viuda le pasó una taza, junto con una bandeja de mantecoso shortbread[4] aún caliente del horno—. Aunque si ése es tu peor pecado, has llevado una vida demasiado virtuosa y aburrida.

Sonrió.

—Sin embargo… —Ella le miró a través de los zarcillos de vapor que salían de la tetera—. De alguna manera supongo que usted no tiene ni un hueso aburrido en el cuerpo.

Ivanov oyó a Phoebe ahogar un gorgoteo.

—Espero que mi persona resista semejante escrutinio. Lamentaría mucho decepcionarla.

lady Octavia parecía dispuesta a continuar el intercambio de bromas cuando su ama de llaves se acercó y le murmuró algo al oído.

—Ah. —Doblando su servilleta, la viuda se levantó con la ayuda de su bastón—. Si me disculpan, la señora Mac-Argyle y yo tenemos que repasar los nuevos arreglos de la casa.

Las dos se retiraron al otro extremo del salón, dejando a Ivanov libre para comparar con Phoebe sus impresiones iniciales sobre la situación. Sin preámbulos, inclinó su silla un poco más cerca de la de ella y murmuró:

—La casa es como un maldito colador. Con todas las ventanas y alcobas extravagantes, hay demasiadas formas de entrar y salir.

Ella asintió.

—Y el personal es bastante reducido. Una cocinera, un ama de llaves, un mayordomo, una niñera y un lacayo, y ninguno de ellos parece tener mucho menos de ochenta años. Una chica viene de vez en cuando del pueblo para ayudar con el trabajo de carbonero, junto con dos lugareños que se ocupan de los jardines, pero eso es todo.

—Me las arreglé para dar un rápido paseo por los terrenos. Como adivinamos desde el carruaje, los páramos circundantes no podrían ofrecer una cobertura más perfecta para alguien que quisiera acercarse sigilosamente a la casa sin ser visto. —Dejó escapar un agudo suspiro —. A menos que mantengamos a los niños y a lady Octavia confinados en una pequeña sección de la casa, nos va a resultar casi imposible montar una guardia adecuada. El lugar es demasiado grande, demasiado extenso.

—La viuda no me parece alguien que se tomaría a bien que le coartaran su libertad. —Phoebe hizo una mueca irónica—. Además, Cavendish fue muy claro al decir que no queríamos alarmarla con ningún indicio de nuestras verdaderas identidades, o del peligro que acecha cerca de casa.

—¿Alarmarla? ¡Ja! —No era cosa de risa, pero Ivanov no pudo evitar una risita acosada.

—Vaya, la vieja hacha de guerra probablemente cogería un antiguo trabuco del expositor de armas y exigiría tripular las murallas en defensa de su castillo

La imagen le arrancó una sonrisa.

—Me temo que tiene razón. Parece poseer más espíritu que la mayoría de las damas de una cuarta parte de su edad. Ya ha insinuado que me encuentra un paleto.

Phoebe se alisó las faldas, que eran, según observó, de un horrible tono marrón.

No era de extrañar que la viuda hubiera experimentado una sensación de hundimiento al conocer a la nueva institutriz. Murmuró algo en ruso, que afortunadamente Phoebe no le pidió que tradujera.

—Tendremos que solicitar que nuestros aposentos se trasladen al ala de la guardería.

—Eso podría suponer un problema. —Se mordió el labio, un manierismo bastante entrañable que tenía cuando estaba dándole vueltas a un problema especialmente espinoso.

—Propiedad, ya sabe. Aunque lady Octavia parece tener una clara aversión por los dictados de la sociedad.

Por costumbre, empezó a frotarse la mandíbula, luego se contuvo.

—Quizá eso pueda volverse a nuestro favor.

Cuando un golpe seco señaló el regreso de la viuda, se apartó de Phoebe.

—Déjeme a la dama a mí.

—Si alguien puede desarmarla, es usted.

¿Era un cumplido o su significado tenía un filo más cortante? Su expresión mientras miraba fijamente su té era inescrutable.

Le quedó poco tiempo para pensar en ello, pues al levantarse, lady Octavia le hizo un gesto con la mano para que no se acercara a la silla que le había ofrecido.

—Ahora que se han fortificado con un poco de sustento, ¿vamos a conocer a los niños?

—Prescott, haz una reverencia al señor Oliver. Y Emma, muéstrale a la señorita Sloane que sabes hacer una reverencia adecuada. No querrás que piensen que sus pupilos son salvajes,

¿verdad?

—No, abuela. —Corearon obedientemente. Sin embargo, a Phoebe no se le escaparon las miradas de reojo que intercambiaron los dos hermanos. Los ojos en blanco y las muecas pellizcadas no expresaban mucho entusiasmo por el nuevo arreglo.

—Mi nieto es bastante competente en matemáticas y ciencias para un muchacho de once años —continuó la viuda—. Aunque me temo que ha descuidado el estudio de la historia y la literatura.

—Una deficiencia que se remedia fácilmente —replicó Ivanov.

Phoebe vio que el comentario no le granjeaba al nuevo tutor ningún favor con el muchacho.

—¿Qué sabe usted de navegación, señor? —preguntó Prescott—. Estoy muy interesado en ampliar mis conocimientos sobre esta disciplina.

—Eso es porque Scottie quiere ser pirata —anunció su hermana—. Y será uno buenísimo, ya que papá le ha enseñado todo sobre pólvora y balística.

—Emma —reprendió lady Octavia—. No es de buena educación interrumpir a tu hermano.

—Un pirata —repitió Ivanov, después de que la niña murmurara una disculpa—. ¿No un almirante, como Lord Nelson?

—Los piratas tienen cofres de oro y se pasan el día bebiendo botellas de ron —dijo Prescott con una mueca.

—El almirante Nelson fue escabechado en un barril de brandy después de la batalla de Trafalgar —replicó Ivanov—. Asegurándose de que quedara agradablemente hecho unos zorros para toda la eternidad.

Mientras los niños soltaban risitas, lady Octavia intentó cubrir su propio tic de diversión

con una ceja levantada.

—Historia, milady —dijo con gravedad—. Usted dijo que deseaba que el maestro Prescott llenara las lagunas de su conocimiento.

—No con caña de azúcar fermentada, —dijo ella secamente.

A Phoebe le sorprendió que Ivanov pareciera tener una relación natural con los niños. Ella no había sabido qué esperar, pero desde luego no se trataba de este bromista despreocupado. Era un hombre con muchas facetas, como ella estaba descubriendo rápidamente. Asesino, ladrón, espía. ¿Estaba aquí como protector? ¿O tenía órdenes de desempeñar otro papel?

Maldita sea. El susurro de despedida de Cavendish le había advertido que a pesar de todos los cordiales apretones de manos y las profesiones de amistad, la nueva alianza debía tomarse con un grano de sal. Nunca debía olvidar que su encanto podía volverse mortal en un abrir y cerrar de ojos.

Levantó la vista y se encontró con que Emma la estudiaba atentamente. La niña tenía más o menos la misma edad que las alumnas más jóvenes de la Academia de la señora Delaney, y tenía el mismo aire de cautela al descubrir que su vida estaba a punto de sufrir un cambio profundo. ¿Tenían todos los huérfanos una mirada tan cautelosa? No era como si estos niños carecieran de un hogar cariñoso, pero ¿podía algo sustituir a una madre y un padre?

—¿Deseas ser pirata como tu hermano? —preguntó Phoebe.

Prescott hizo un sonido grosero.

—A las mujeres no se les permite columpiarse de las vergas ni blandir un alfanje. No es propio de una dama.

—¿Quién lo dice? —replicó la niña.

—La esposa del párroco Greeley. Y la señora Leith —respondió su hermano—. Casi se desmayan cuando mencionaste navegar por los siete mares.

—No sé por qué los chicos se llevan toda la diversión —refunfuñó Emma—. La abuela no es tan estricta —añadió tras una pausa, echando una mirada tentativa a Phoebe como para calibrar su reacción.

—Yo tampoco. Una dama debe saber defenderse —dijo—. Aunque el acero no siempre es el arma más eficaz. Hay métodos de combate cuerpo a cuerpo que pueden tirar al hombre más fornido sobre su... posterior.

La sonrisa de Prescott se transformó en una expresión más insegura.

—Nos está vacilando —Le guiñó un ojo a Emma.

—Ya veremos.

—¿Las damas acaban de lanzar un desafío? —Ivanov se quitó el polvo de la manga—. Tendremos que considerar qué medidas se nos ocurren para igualar sus proezas. Después de las lecciones del libro de texto, por supuesto.

—¿Podemos empezar mañana, señor? —preguntó Prescott con impaciencia.

—No veo por qué no. Pero, por supuesto, la señorita Sloane es libre de establecer su propio horario.

Emma levantó la vista, sus ojos se abrieron de par en par en una muda súplica.

—Bueno, ciertamente no podemos dejar que los hombres nos roben la marcha, ¿verdad? —respondió Phoebe, contenta de ver que sus palabras traían un atisbo de sonrisa al rostro de la niña—. Sin embargo, como bien nos ha recordado el señor Oliver, primero hay que atender a las lecciones diarias.

—Ya sé hacer cuentas casi tan bien como Scottie. —La barbilla de Emma adoptó un gesto obstinado—. Papá dice que soy muy lista con los números.

—Estoy segura de que demostrarás ser una alumna excelente en todas las disciplinas —

Phoebe hizo una pausa—. En cuanto a la historia, quizá deberíamos empezar nuestros estudios sobre las Islas Británicas con un vistazo a Grace O'Malley, la incendiaria irlandesa del siglo XVI, que fue la primera mujer pirata.

lady Octavia tosió.

—Dejemos para mañana cualquier otra historia de derramamiento de sangre y caos. Niños, es hora de cenar.

—Pero, abuela… —empezaron al unísono.

Un chasquido de su bastón cortó las súplicas.

—Cualquier motín a bordo de este barco y al culpable se le hará caminar por la tabla.

Sonrisas y carcajadas saludaron la amenaza.

—Ahora marchaos sinvergüenzas.

Una vez que se hubieron alejado corriendo hacia las escaleras de la guardería, la viuda dirigió su mirada torva a los dos nuevos maestros

—Hmmph… —No estaba claro si la aspereza del aire era un despido sin contemplaciones —. Londres debe de haber cambiado mucho desde mis días en la ciudad —comentó.

Su atención se desvió de repente hacia Phoebe.

—¿Dónde dices que estudiaste?

—En la Academia de Señoritas Selectas de la señora Delaney.

—Nunca había oído hablar de ella.

—No me sorprende, milady —respondió rápidamente—. No cuenta con ninguna hija de la Sociedad entre sus alumnas, pero le aseguro que la formación es bastante rigurosa.

—La Agencia Woolsey es muy exigente en la elección de sus profesores —murmuró

Ivanov—. Se enorgullece de tener una filoKristen educativa progresista...

—No se precipite, joven. Antes de que empiece las primeras lecciones, me gustaría saber qué tipo de plan de estudios tiene en mente para mis nietos.

Insegura de cuánto sabía realmente Ivanov sobre temas académicos, Phoebe estuvo a punto de intervenir. Sin embargo, su intervención resultó innecesaria.

—Ciertamente tenemos la intención de enseñar todas las asignaturas tradicionales, junto con el fomento de una dosis saludable de vigorosa actividad al aire libre. Mens sana in corpore sano -los antiguos griegos creían firmemente en una mente sana en un cuerpo sano.

¿Un asesino que podía citar la teoría clásica? Phoebe estaba recibiendo toda una educación con los conocimientos del ruso. No pudo evitar preguntarse qué otros talentos guardaba en secreto.

Sin perder un instante, Ivanov se inclinó y sustituyó la vara de espino de la viuda por el apoyo de su brazo.

—Hablando de puntos de vista tradicionales, milady, me gustaría discutir otro asunto con usted…

Phoebe se contentó con llevar la retaguardia. Un pícaro bribón, admitió, podía resultar un aliado útil. Siempre y cuando no se dejara seducir por su lengua dorada. O el elegante tramo de músculo acordonado que ondulaba bajo la sarga deshilachada.

Talentos ocultos, desde luego. Además de vigilar de cerca a los niños y los páramos de las Highlands circundantes, no se atrevía a quitar ojo a Alexander Ivanov.

—¿Un paseo por los páramos?

Lady Octavia parecía extrañamente preocupada ante el anuncio de Phoebe. El primer día de clase acababa de terminar y los niños se habían ido a las cocinas.

—Hubiera pensado que aún estarías cansada de tu viaje hasta aquí.

—Oh, estoy hecha de un material más duro que eso —respondió ella—. Viendo que nuestras lecciones han terminado, y que Emma está cenando, pensé que podría aprovechar la oportunidad para familiarizarme más con mi entorno mientras aún queda un poco de luz diurna.

—Hmmph.

Phoebe intuyó que la anciana viuda aún no había decidido si estaba a la altura. A diferencia de Ivanov, que claramente se había hecho con los favores de la dama.

—Pero si cree que no debo abandonar mi cargo, por supuesto que me quedaré aquí.

—No estoy cuestionando su diligencia, señorita Sloane. Me limito a recordarle que Escocia es muy distinta de la apacible campiña que rodea Londres. Es un terreno salvaje y accidentado, con muchas trampas ocultas. Para alguien acostumbrado a un entorno más pastoral, podría ser desalentador.

—Me siento muy a gusto en un terreno escarpado.

—No lo pareces —dijo bruscamente la viuda.

Decidiendo que no haría daño mostrar que no era una ratoncita tan tímida, a pesar del monótono vestido marrón, Phoebe se levantó la falda para mostrar la pequeña daga que llevaba atada a la pantorrilla.

—Las apariencias engañan, milady.

Un destello brilló en los ojos de lady Octavia.

—¿Es de verdad?

—Puedes afeitarte los pelos del antebrazo con su hoja.

—Y probablemente cortar algunos miembros mientras lo hace. — La viuda enarcó una ceja—. Que Dios ayude al señor Oliver si se pone demasiado cachondo, ¿eh?

Phoebe no pudo evitar que le gustara la franqueza terrenal de la anciana. Haciendo juego con la sonrisa de la viuda, picó al aire con la mano.

—Se le ha advertido que no se acerque demasiado para su comodidad.

Cuando su risita se apagó, lady Octavia se volvió un poco más pensativa.

—Y sin embargo, usted aceptó de buen grado la sugerencia del bribón de que se les permitiera a los dos cambiar de aposento y dormir en el mismo pasillo. Tenía la impresión de que usted y él...

—Ah, eso. —Phoebe decidió que la mejor explicación era la más cercana a la verdad—. Creo que el señor Oliver imagina que, con el tiempo, acabaré sucumbiendo a sus encantos. Que son innegablemente atractivos. Sin embargo, nuestra principal preocupación son realmente los niños. En una casa grande y ramplona como ésta, parecía prudente solicitar una mayor proximidad a sus habitaciones por la noche, en caso de que nos necesiten.

—¿Necesitados? —La voz de la viuda pareció de pronto más aguda.

—Pesadillas, sonidos extraños en la oscuridad. Esas cosas pueden asustar a los niños pequeños, especialmente a los que han experimentado recientemente la pérdida de sus padres. —Hizo una pequeña pausa—. Yo también quedé huérfana a una edad temprana, así que entiendo lo traumático que puede ser.

Lady Octavia parecía estar contemplando la punta plateada de su bastón.

—Me impresiona su preocupación. Hay que elogiar a la Agencia Woolsey por encontrar jóvenes tan concienzudos.

—Según me han dicho, son expertos en la materia y se toman muy en serio su reputación.

—Entonces no me extraña que Angus los eligiera. No confiaría a sus sobrinos a cualquiera.

—No lo ha hecho.

—Hmmph.

Phoebe estaba aprendiendo que ese bufido bajo podía significar cualquier cosa, desde disgusto hasta deleite. Ocultó sus propios pensamientos tras una sonrisa cortés.

—Bueno, adelante, y disfruta de tu paseo por el brezo. Tenga cuidado al pisar el sendero por encima del establo. Un profundo desfiladero corta por debajo la cresta y el pisado puede ser muy traicionero. Y si decide pasear hasta Loch Morie, evite la orilla sureste. Hay una turbera cerca de la orilla.

—Tendré mucha precaución.

—Hágalo. —Una vacilación pareció quedar suspendida en el aire—. Ya que Angus se ha tomado todas las molestias para enviarle aquí, odiaría pensar en perder sus servicios antes de que hayan comenzado correctamente.

Capítulo 11

El crepúsculo se había desvanecido en una bruma púrpura sobre los páramos, dejando la casa solariega medio a la sombra. Pero en lugar de retirarse a sus propias habitaciones después de la cena, la viuda había invitado a Ivanov y a Phoebe a tomar el té con ella en el salón, aparentemente para repasar el programa propuesto de lecciones para los niños. Pero en privado, Ivanov pensó que ella simplemente quería la compañía.

De hecho, la discusión sobre la escolarización no duró mucho, pero cuando se acordaron los últimos puntos, lady Octavia parecía reacia a dejar que la conversación terminara.

—Cuénteme algo de su pasado, señorita Sloane.

—No hay mucho que contar, me temo. He llevado una vida bastante protegida —respondió Phoebe—. Soy de Londres y, tras el fallecimiento de mis padres, tuve la suerte de que me ofrecieran la admisión en una pequeña institución educativa a las afueras de la ciudad.

—Sí, sí, eso dijiste... La Academia para Señoritas Selectas de la señora Delaney. —La viuda se subió las gafas hasta el puente de la nariz —. Me sorprende no haberla oído mencionar antes.

—No es más que una pequeña escuela, creada para formar a chicas de origen modesto para que sean útiles en la sociedad —dijo en voz baja—. No hay nada grandioso ni glamuroso en su profesorado ni en sus alumnas, pero su reputación está por encima de toda duda. Entre sus patronos está el marqués de Cavendish.

—Hmmph. Bueno, supongo que debe ser respetable. —lady Octavia pareció perdida en sus pensamientos durante un momento—. Su tía y yo éramos amigas en la escuela. Una chica animada. Siempre tan aguda. Y escandalosamente divertida. Sin embargo, he oído que su sobrino es un poco paleto.

Ivanov vio que Phoebe reprimía una sonrisa.

—Yo no describiría a lord Cavendish en esos términos. Es un caballero serio, sin duda, pero eso no significa que carezca de carácter.

La viuda soltó un pequeño bufido.

—Una respuesta diplomática, señorita Sloane.

—A Su Señoría le complacería oírle decir eso. Me ha advertido que tengo tendencia a hablar con demasiada franqueza.

—No hay nada malo en un poco de fuego en una chica. No dejes que apaguen toda chispa de vida en ti. —Phoebe bajó la mirada hacia sus manos recatadamente cruzadas—. Tendré en cuenta su consejo.

Cualquier otra pregunta se vio frustrada por la entrada del antiguo lacayo, que entró arrastrando los pies con un paquete de correo.

—Betty trajo el correo semanal desde el pueblo, junto con una cesta de huevos frescos, milady.

—Hmmph. Probablemente nada de mucho interés —dijo lady Octavia mientras empezaba a desatar el cordel—. No sé por qué me molesto en hacer venir a La Belle Assemble desde Londres. No es que tenga ninguna necesidad de estar al día con las últimas modas. —Dio una tos ronca cuando Phoebe empezó a levantarse—. No hay necesidad de largarse. Ustedes dos podrían quedarse y disfrutar de una partida de ajedrez mientras yo echo un vistazo a esto.

Ivanov colocó obedientemente las piezas, mientras la viuda movía el par de velas.

Al igual que el desgreñado sabueso gris acurrucado a los pies de su sillón, su ladrido era mucho peor que su mordedura, reflexionó. La soledad podía volver brusco a cualquiera. No era la primera vez que se preguntaba por qué ella elegía vivir la mayor parte del año sin compañía, salvo su perro anciano y sus tres gatos mermelada. McAllister y los niños pasaban los meses de invierno en Edimburgo.

—¡Hmmph!

Levantó la vista del tablero de ajedrez para ver cómo lady Octavia hacía bola con la carta que había estado leyendo y la arrojaba al fuego.

—Sylvia siempre ha mostrado una desafortunada falta de sentido común —murmuró la viuda—. Pero en este caso, sus nociones pajariles han alcanzado nuevas cotas.

—Espero que no haya recibido malas noticias, milady.

—Hmmph. —Las arrugadas mejillas de la anciana se sonrojaron hasta adquirir un rosa furioso—. ¡Qué descaro! No ha mostrado ni un ápice de interés por los niños antes. Demasiado ocupada paseando por Londres, disfrutando de sus elegantes veladas y del champán francés. Pero ahora, de la nada… —Frunció el ceño mientras el papel se convertía en cenizas—. Me pregunto qué la motivaría a hacer un viaje tan largo e incómodo con sus elegantes amigas.

Cuando Ivanov movió su torre fuera del peligro del caballo de Phoebe, sus miradas se encontraron.

¿Acababa de dar el juego un nuevo giro?

Sus dedos se detuvieron en el castillo de marfil tallado, que de repente parecía pequeño y crudamente vulnerable en su rincón de las casillas blancas y negras.

—Una jugada segura —murmuró Phoebe—. Pero yo también soy de la opinión de que en las primeras fases de una partida es prudente ser conservador.

—Como en cualquier duelo, lo mejor es tantear los puntos fuertes y débiles del adversario

antes de entrar a matar. —Ivanov dio un sorbo a su té, decidiendo cómo maniobrar con tacto para que la viuda se explayara en su anuncio.

Sin embargo, la viuda no necesitó que él la animara a continuar.

—Dinero —murmuró ella—. ¿Qué otra cosa sino una necesidad imperiosa de contante y sonante traería a Sylvia corriendo a las Highlands? —Aunque lady Octavia hablaba para sí misma, las palabras cortaron el crepitar de las brasas del hogar—. Señor Oliver, ¿sería tan amable de servirme una copa de jerez? no, pensándolo mejor, que sea un buen whisky escocés.

—La perspectiva de invitados parece una fuente de cierta angustia—observó Ivanov cortésmente mientras echaba un poco del licor ámbar en un vaso.

—No estoy algo angustiada, joven. Estoy seriamente molesta — replicó ella sombríamente —. Si hubiera conocido a Sylvia, entendería por qué.

—¿La persona ofendida es amiga o familia? —preguntó Phoebe.

—Familia. Más o menos. —Sus labios se fruncieron mientras daba un pequeño trago al whisky—. lady Sylvia Santa Clair es la hermana de mi difunta nuera. Y como nuestros maltas de las Highlands, es mejor servirla en pequeñas dosis —suspiró—. Sírvase un vaso, señor Oliver. Y de paso sírvale uno a la señorita Sloane. Una anciana no debe beber sola.

Ivanov soltó una risita apreciativa mientras hacía lo que se le pedía.

—Confieso que ha despertado mi interés, milady. Suena como una potente fuerza a la que enfrentarse.

lady Octavia clavó su bastón en su dirección.

—Sin duda usted despertará el de ella. Sylvia tiene un apetito insaciable por los pícaros apuestos.

Él arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Pero sus gustos cambian incluso más deprisa que sus vestidos y peinados de moda.

—Por lo que dice, parece extraño que de repente le apetezca el aire de las Highlands —observó Phoebe. El whisky permanecía sin probar en sus manos—. A menos, por supuesto, que simplemente eche de menos a sus sobrinos.

La afirmación fue recibida con un bufido ahogado.

—¡Ja! Lo más probable es que lo que eche de menos sea dinero para sus muchas indulgencias. Angus ha sido muy generoso en el pasado, echándole una mano fraternalmente. Pero ella debería saber que no soy tan blanda.

—Es probable que ella no sepa que él está ausente.

El ceño fruncido de la viuda se hundió más profundamente.

—Extrañamente, ella parece informada de ese hecho. Lo que sólo me hace estar más convencida de que su situación es extremadamente apremiante.

Los ánimos adquirieron un ardor más agudo en la boca de Ivanov. ¿Mera coincidencia? Hacía tiempo que el cinismo había agudizado sus sospechas de que tales ocurrencias fortuitas eran más raras que los dientes de gallina.

Phoebe parecía ser de la misma opinión.

—Dice usted que trae a un grupo de amigos. ¿Los conoce usted también?

lady Octavia negó con la cabeza.

—Sylvia no menciona sus nombres. Pero estoy segura de que serán su séquito habitual de tontorronas y tulipanes de la Sociedad.

—¿Es guapa? —inquirió él.

—Antes de que se haga ilusiones, joven, le advierto que no tiene ni una pluma con la que

volar.

Temiendo que tal vez su interés por la inminente visita estuviera pareciendo demasiado agudo para unos simples extraños, Ivanov decidió añadir una nota más frívola al ambiente.

—Si estuviera buscando casarme -por dinero o por belleza- no tendría que dejar que mi mirada se desviara demasiado.

—Tenga cuidado con sus coqueteos, señor Oliver. —Ella movió un dedo huesudo—. Podría decir que sí, ¿y entonces dónde estaría usted?

—En el cielo —respondió con un aire de inocencia angelical.

—¡Hmmph! —Por más que intentó mostrarse severa, su bufido sonó sospechosamente como una risita—. Al diablo dices.

Por el rabillo del ojo, Ivanov vio que Phoebe parecía estar escuchando el intercambio sólo con medio oído. Su mirada se había desviado hacia la alcoba que daba a las terrazas de piedra. El interior no estaba iluminado, pero sabía por una exploración anterior que una estrecha puerta, cerrada y enrejada desde el interior, permitía el acceso a un pequeño jardín de hierbas amurallado.

Se levantó de repente y, sin dar explicaciones, desapareció por la oscura puerta.

—¡Al diablo, señor! —lady Octavia se retorció los flecos de su chal indio—. Me temo que ha herido los sentimientos de la señorita Sloane con su tontería.

—La señorita Sloane es todo acero bajo esos vestidos desaliñados. No tiene sentimientos tiernos hacia mí. Y aunque los tuviera, es muy capaz de defender su corazón de empujones errantes. —Lo dijo a la ligera, pero sus músculos se tensaron y se movió en su asiento, listo para saltar a la acción al menor indicio de problemas.

—De verdad, señor Oliver. He visto su pequeña daga, pero no me la imagino blandiendo una de las espadas anchas vikingas de mis antepasados.

—Ella podría sorprenderle —murmuró él, deslizando una mano dentro de su abrigo para aflojar el cuchillo oculto.

—La joven está entrenada como institutriz, no como Húsar de la Cabeza de la Muerte. —La viuda suspiró—. Una muy competente, por lo que veo. Pero una aguja de bordar es probablemente la única arma que ha empuñado con regularidad. Es más probable que esté derramando una o dos lágrimas privadas.

Lo más probable es que se estuviera despojando de su chal y trepando por los muros de la mansión para ver si detectaba algún problema, pensó irónicamente. Pero en el instante siguiente, el humor de la situación se desvaneció rápidamente. Ante la idea de que ella se encontrara sola con Bianchi, ya no pudo quedarse quieto.

—Será mejor que vaya a ver si necesita... consuelo. —Frío consuelo sería si ella tropezara con la despiadada espada del francés.

Pero antes de que pudiera moverse, Phoebe se deslizó de nuevo en la habitación.

—Perdóneme. —La mancha de suciedad en su manga era casi imperceptible, al igual que el rasguño en sus nudillos—. Sentí una corriente de aire repentina y pensé que debía comprobar que las ventanas estuvieran bien cerradas antes de que se resfriara, milady.

Arqueó una ceja a modo de pregunta.

—Y efectivamente, un pestillo se había soltado. Lo volví a colocar en su sitio y comprobé que los demás estuvieran bien ajustados. — Sonrió a lady Octavia antes de dirigirle una mirada significativa—. No ha pasado nada. Pero deberíamos pedirle al jardinero que apriete las bisagras y los pernos. Tomaré nota de ello.

—Muy considerada por su parte, señorita Sloane. Parece que mi hijo no sólo ha contratado a una institutriz, sino a un ángel de la guarda.

—Puede que necesite la intervención divina, milady, para mantenerse a salvo de mis

avances —murmuró Ivanov, tratando de desviar la atención de la viuda antes de que divisara las delatoras hojas que se aferraban al dobladillo de las faldas de Phoebe.

Al captar su mirada, Phoebe buscó su cuaderno y su lápiz, moviéndose lo justo para cubrir los trozos de color marrón.

La burla le valió otra fuerte reprimenda de la viuda.

—Aunque con mi avanzada edad y mis achaques —añadió con un suspiro—, no me importaría que me barriesen de mis pies. Me cuesta muchísimo moverme como antes.

—No parece usted haber aminorado un ápice.

La anciana respondió a su guiño con una mirada pensativa.

—Otro chorrito de whisky, por favor. Mis viejos huesos no soportan demasiada excitación en una sola noche.

Phoebe se levantó para rellenar el vaso de lady Octavia. El hombre podía encantar las escamas de una serpiente. Y parecía que ninguna hembra de entre ocho y ochenta años estaba a salvo de sus coqueteos. Salvo, por supuesto, ella misma. Pero entonces, ella sabía la verdad sobre él.

—Ahora es el momento de que me cuente algo sobre su historia, señor Oliver. —La viuda entrecerró los ojos a través del cristal tallado—. La señorita Sloane ha dado cuenta de sus antecedentes, pero usted aún no ha dado ninguna pista sobre sus credenciales.

Phoebe dejó su copa, curiosa por oír cómo se explicaría.

No pestañeó.

—La familia de mi madre es de Yorkshire. Fui a Oxford donde estudié filoKristen y los clásicos, junto con un poco de literatura inglesa. Tenía esperanzas de estudiar derecho o tal vez la iglesia, pero como mi familia sufrió una serie de graves reveses financieros durante mi primer

año, me vi obligado a abandonar mis esfuerzos académicos y abrirme camino en el mundo.

—Una lástima. Imagino que habrías sido bastante bueno en cualquiera de las dos profesiones —reflexionó la viuda—. ¿Así que te convertiste en tutor?

—No. Como era bastante hábil montando a caballo, me uní a un circo ambulante de acróbatas. Nuestros viajes nos llevaron por los Países Bajos y a lo largo de la costa del Báltico. Donde, confieso, en Hamburgo me enamoré de la hija de un mercader y me enrolé como conductor de una caravana comercial que se dirigía al Este. Desgraciadamente, resultó que estaba prometida con el jefe de sobrecargos, así que me encontré varado en Varsovia.

—¿Y después? —insistió la viuda, claramente fascinada por el relato.

—Realicé una serie de trabajos extraños que me permitieron viajar a lugares aún más exóticos. Pasé bastante tiempo en San Petersburgo y Moscú.

—¿Haciendo qué?

—Oh, sirviendo como agente secreto para el zar Alejandro, entre otras cosas —respondió con una cara perfectamente seria—. Luego me dirigí hacia el Mar Negro y Constantinopla. Fue toda una educación en sí misma.

El hombre debería dedicarse a escribir novelas horribles, pensó Phoebe. Su propio lápiz se detuvo en la página. Con una imaginación tan fantasiosa y una habilidad asombrosa para mentir entre dientes, sus cuentos escandalosamente románticos tendrían sin duda a las damas de la Sociedad desmayándose por más.

—Después de todo eso, pensaría que enseñar sería un poco aburrido —comentó la viuda.

—Ya he tenido mi ración de emoción en la vida. —Mientras Ivanov bajaba las pestañas y asumía una sonrisa conmovedora, parecía inocente como un niño de coro. Una mirada que sin duda había perfeccionado. Phoebe casi se encontró creyendo su historia—. Me conformo con poner mi experiencia al servicio del señorito Prescott.

—Qué suerte haberle encontrado. O mejor dicho, de que usted nos haya encontrado. —Lady Octavia dejó a un lado su copa y se levantó lentamente del sillón de cuero—. Por mucho que haya disfrutado de la velada, dejaré que usted y la señorita Sloane resuelvan los detalles de las lecciones semanales mientras yo busco mi cama. No tengo la resistencia que tuve una vez.

—Menudo botarate —siseó Phoebe mientras la viuda se abría paso por el pasillo—. ¿Cómo se te ocurren esas historias?

La miró con una mirada inescrutable.

—¿Qué le hace pensar que son mentiras?

—¿Oxford? —Ella lo dijo con pronunciado escepticismo.

—El Merton College, para ser más precisos. El profesor Henry Gilmartin es un renombrado estudioso de la tradición socrática.

—Pensé que...

—Piense lo que quiera.

Tenía razón, por supuesto. En realidad, ella no sabía nada de él, salvo los hechos escuetos de sus últimas hazañas. Había sido su propia imaginación la que había dado cuerpo al hombre. La suposición había dado forma a su carácter, esculpido sus rasgos para adaptarlos a sus propias percepciones. Arte y realidad. Había pintado un retrato de él en su cabeza. Tal vez necesitaba fijarse un poco más en la forma real de su sujeto.

—¿Tengo un poco de haggis en la barbilla?

Atrapada con la mirada, Phoebe volvió a bajar rápidamente la vista hacia su cuaderno y reanudó el esbozo de un plano de la casa solariega. Sin embargo, de algún modo, el lápiz pasó de las líneas rectas y los ángulos rectos de las paredes a garabatear un fantasioso rizo de garabatos. Un mechón de pelo tomó forma, luego una oreja, una nariz, una sinuosa curvatura de labios. Maldita sea. Sus garabatos impulsivos probablemente no eran más precisos que las otras vistas.

Sus habilidades eran demasiado torpes, su carácter demasiado complejo para plasmarlo sobre el papel.

—¿Alguien a quien debería conocer? —Se había movido rápida y silenciosamente por la alfombra—. Con unos colmillos así, parece ser un lobo con piel de cordero. O, tal vez, al revés.

Cerró las páginas.

—Ya hemos perdido bastante tiempo en bromas frívolas. Esta noche hay luna llena. Quiero hacer un reconocimiento más cuidadoso de los terrenos y ver si puedo detectar alguna señal de vigilancia.

—Le acompaño. Dos pares de ojos son mejores que uno.

—No. —Su objeción fue un poco estridente. De alguna manera su cercanía hizo que su cuerpo se tensara, que su respiración se acelerara—. No deberíamos dejar las habitaciones de los niños sin vigilancia. De hecho, será mejor que estemos muy atentos. No había señales de que la ventana hubiera sido forzada, pero fue un escalofriante recordatorio de que Bianchi puede atacar en cualquier momento —respiró hondo—. Por la mañana, deberíamos ver cómo instalar una serie de cables trampa para dar la señal de alarma en una de nuestras alcobas. No será fácil con los niños y los animales, pero se pueden cubrir algunos de los puntos de acceso.

Un cambio se produjo en Ivanov. Sutil pero seguro. Ya no parecía el rastrillo holgazán de salón. Su cuerpo se tensó, adquiriendo un enrollamiento muscular, una alerta depredadora que agudizó su mirada hasta una intensidad aterradora. Un lobo. Aunque había dejado de llevar el pendiente de oro, sus colmillos desnudos parecían brillar entre los mechones de pelo sueltos.

—Yo iré, mientras usted vigila los pasillos —dijo—. Me siento como en casa merodeando por colinas salvajes como éstas.

—Soy muy capaz de abrirme camino por los páramos —dijo ella con acritud—. Como usted bien debería saber.

Sus ojos se entrecerraron ante la referencia a Irlanda.

—Recuerdo sus hazañas. Igual que recuerdo que en el combate cuerpo a cuerpo, fui yo quien salió vencedor.

Sus miradas se cruzaron, un choque silencioso de acero y voluntad.

—Maldita sea —dijo en voz baja, al ver que ninguno de los dos estaba dispuesto a inmutarse—. No estemos a puñales el uno con el otro, Phoebe. El orgullo debe dar paso al pragmatismo. Le pido que sea razonable; no cuestiono su fuerza ni sus habilidades. Pero si observa la situación con ojo desapasionado, tendrá que convenir en que tiene más sentido que yo me aventure mientras usted se queda aquí. Ambas tareas son igual de importantes. —Hizo una pausa—. Si queremos que esta misión tenga éxito, debemos trabajar juntos.

Ella deseó poder rebatir su lógica, pero no se le ocurrió ningún argumento.

—Muy bien. Pero fijemos una hora para la vigilancia. Una hora debería ser suficiente. Si para entonces no ha regresado, supondré lo peor y actuaré según uno de nuestros planes alternativos.

—Si no regreso, no intentes ser un maldito héroe. Suba a los niños y a lady Octavia al carruaje lo antes posible y conduzca a toda prisa a la posada de su camarada en Dornach.

Ivanov la cogió del brazo, con ligereza, pero Phoebe era consciente de la fuerza que latía en la punta de sus dedos. Bajo la despreocupada muestra de gracia, eran duras, callosas por el contacto constante con el acero rugoso

—A pesar de lo que pueda pensar de mí personalmente, palomita, soy muy bueno en lo que hago.

—Confío en que sea así. —Confianza. La palabra de Cavendish resonó en sus oídos, un frío recordatorio de que siempre debía estar en guardia.

—Así es. —Soltándola, Ivanov se volvió hacia el pasillo, moviéndose rápida y

silenciosamente. En un instante no era más que un borrón en las sombras.

Phoebe se cruzó de brazos, con la carne de gallina erizándose. Las cortinas se agitaron, reflejando el extraño escalofrío que le recorría la espina dorsal. De repente se alegró de que él no la estuviera acechando.

Cualesquiera que fueran sus defectos -y eran legión- Ivanov era un adversario formidable.

Capítulo 12

Ivanov echó un vistazo a los ejercicios del cuaderno de Prescott.

—Excelente. Su caligrafía ya es bastante buena. —Un matiz de luz solar procedente de la ventana con parteluz del aula bailaba sobre la página —. Pasaremos a un pasaje más largo... pero no hasta mañana. —Tapó el frasco de tinta—. Creo que ya hemos tenido suficientes lecciones eruditas por hoy. ¿Le apetece probar suerte en alguna actividad más vigorosa?

El muchacho se movió como un rayo para volver a colocar sus libros en los estantes.

Riéndose entre dientes, Ivanov dejó la caja de plumas y reglas junto al globo barnizado y siguió a su pupilo hasta los jardines.

—¿Vamos a aprender a batirnos en duelo con sables piratas? — preguntó Prescott con impaciencia.

—Todavía no, Barbanegra. Como de momento no tenemos salida al mar, empecemos con otras habilidades. —Al ver que la cara del muchacho decaía, añadió—: El boxeo y la equitación te serán muy útiles cuando bajes a tierra en busca de botín.

La idea pareció animar considerablemente a Prescott.

—Sí, señor. ¿Por dónde empezamos?

Ivanov deletreó un programa de ejercicios. Había un motivo oculto en los juegos que había planeado. No estaría de más tener a los niños entrenados en los rudimentos de la defensa

personal. Un movimiento inesperado, un giro o un resbalón brusco, podría coger por sorpresa incluso a un asesino entrenado como Bianchi. Incluso podría significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Despojándose de su abrigo, Ivanov hizo una demostración de algunos ejercicios de equilibrio antes de pasar a los fundamentos para lanzar un puñetazo.

—Mantenga la mano así, maestro Prescott —Su puño se inclinó hacia arriba—. Y golpee con los nudillos. Aquí y aquí. Tan fuerte como puedas. —Se enderezó—. Ahora inténtalo tú.

—¿Así, señor? —El golpe de Prescott dio en el blanco.

—Exacto —resolló—. Inténtelo de nuevo. Es un truco útil para saber si, digamos, un extraño alguna vez intenta agarrarte.

—Y como puedes ver, Emma, es bastante eficaz, incluso contra un oponente mucho más grande. —Phoebe y su alumna salieron de entre las sombras del seto de boj—. Espero que no sufra demasiados moratones, señor Oliver.

Ivanov no las había oído acercarse. Levantó la vista, frotándose las costillas.

—Sólo a mi orgullo —murmuró cuando ella le tendió una mano y le ayudó a ponerse en pie—. Este sanguinario bucanero pondría en fuga al capitán Morgan.

Prescott sonrió.

—¿Me enseñará otro puñetazo?

—Mañana, muchacho. Por ahora, ve a practicar los ejercicios de equilibrio que acabo de demostrarte mientras hablo con la señorita Sloane.

—El señor Oliver también va a enseñarme algunos trucos de equitación —confió Prescott a su hermana—. Quiero aprender a dar volteretas hacia atrás desde un caballo al galope.

—No pongamos la cola antes que la cabeza, muchacho. Eso requerirá mucha práctica —

dijo Ivanov irónicamente.

Emma se soltó de la mano de Phoebe y corrió hacia él. Había, notó él, un aire elfo y etéreo en ella. Unos rizos finos, pálidos como la luz de la luna del norte, bailaban desordenados desde su trenza suelta, enmarcando unos rasgos de porcelana y unos ojos azul claro cuyo matiz era suave como un amanecer bañado por la lluvia. Podría haber sido un remolino de bruma de hada celta, salvo por la mirada de feroz resolución que asomaba entre la franja de pestañas de azogue movedizo.

—¿Me lo enseñará a mí también, señor? —exigió ella.

Él sonrió para sus adentros. Las similitudes entre la profesora y la alumna recién emparejadas eran asombrosas: la misma barbilla saliente, la misma postura obstinada, la misma intrepidez absoluta.

—Si la señorita Sloane está de acuerdo —respondió, alzándola en brazos. Su cuerpecito delgado se sentía tan frágil contra su pecho. Vulnerable. Dominado por una repentina oleada de ira por el hecho de que alguien pudiera amenazar una vida tan inocente, Ivanov la abrazó con más fuerza, respirando el fresco aroma del jabón de lavanda mientras sus rizos de hada rozaban su mejilla—. Sin embargo, al igual que tu hermano, tendrás que demostrar que estás preparada para semejante proeza acrobática.

Las manos de Emma se retorcieron en su cuello. Levantó la mirada, tímida, solemne, y asintió.

Ivanov le alisó una mancha de suciedad de la punta de la nariz. Luego, repentinamente avergonzado por su extraña reacción ante su tímida sonrisa, la lanzó por los aires, atrapándola en una maraña de muselina y lana.

—Hará falta mucho trabajo duro —dijo bruscamente, bajándola de nuevo a tierra, “antes de que ninguna de las dos esté preparada para intentarlo”.

Emma se enderezó, intentando parecer muy alta.

—Puedo seguir el ritmo de Scottie, sé que puedo.

—Entonces ve con tu hermano y que te enseñe los ejercicios que le enseñé.

Phoebe, mientras tanto, había apoyado una cadera en el muro de piedra y le miraba con expresión extraña.

—¿Te molesta el hombro? Te he visto hacer una mueca hace un momento.

Maldita sea. No se le escapaba gran cosa.

—En absoluto —respondió él con cierta sorna.

Su ceño se frunció ligeramente ante su tono, pero ella se limitó a preguntar:

—¿Qué te parecen las tareas de tutor?

—Más agotadoras que pasar por el aro de Astley —admitió—. ¿Los niños son siempre tan enérgicos?

Ella ladeó la cabeza.

—¿No tiene mucha experiencia con ellos?…

—Dios, no. —Exageró una mueca.

—Sin embargo, parece que tenéis una relación excelente. Me habría imaginado que teníais hermanos pequeños.

Sacudió la cabeza.

—Ni progenie propia -que yo sepa. —Las palabras despreocupadas ahuyentaron rápidamente la sonrisa de sus labios—. La verdad es que no tengo ni idea de cómo tratar a los niños, aparte de como trataría a cualquier adulto.

—Que es lo que ellos prefieren. —Su voz era tensa, todo rastro de camaradería desterrado

por su comentario pícaro.

Ivanov había sabido que el comentario sería como el acero chocando contra el pedernal. ¿Por qué deseaba lanzar una lluvia de chispas repentinas cuando el calor entre ellos había dado muestras de acumularse hasta un cómodo resplandor?

Retrocedió un paso, con la pretensión de observar cómo Prescott y Emma tropezaban en uno de los ejercicios de zapateado. Tal vez porque últimamente había experimentado el extraño anhelo de un calor constante que penetrara hasta los huesos. Era, lo sabía, un deseo peligroso. En su profesión, era un grave error acurrucarse demasiado.

—De puntillas —dijo en voz alta, aunque bien podría estar hablando consigo mismo—. Y la clave es centrarse en algún punto en la distancia, no en la tierra a sus pies.

Evitando los ojos de Phoebe, Ivanov escudriñó las colinas. Ni rastro del enemigo. A menos que estuviera mirando en la dirección equivocada.

Quizá debería estar mirando a su propia alma traidora. Desde el principio, le habían asaltado preguntas sobre esta misión, dudas sobre su capacidad de distanciamiento.

¿Le estaban fallando por fin los nervios?

Al recordar a los niños, de repente se sintió viejo. E inseguro de si era el mejor hombre para este trabajo. Cuando había partido hacia Irlanda, sus temores eran que se había vuelto demasiado hastiado como para preocuparse ya por nada. Ahora, le preocupaba que quizás había llegado a preocuparse demasiado.

Frotándose distraídamente el hombro, descartó que su ánimo plomizo fuera una secuela de su más reciente roce con la muerte. Su capacidad de recuperación aún no estaba a pleno rendimiento, y sin duda por eso sentía una agitación de emociones tan extraña. Quizás la bala había sido un incómodo recordatorio de su propia mortalidad. Una vida con muy poco valor que mostrar. Siempre había sido un pícaro despreocupado, que se deleitaba con su libertad. La

noción de domesticidad siempre había provocado escalofríos en cada fibra de su ser.

Sentir una necesidad inexplicable de mantener a dos huérfanos -no, a tres- a salvo era... absurdo.

Que la cercanía de Phoebe -su cuerpo esbelto de piernas largas, su aroma dulcemente seductor- avivara un fuego más potente que el de la mera protección también estaba chafando su determinación. Consciente de su reacción física, un estrechamiento, un anhelo que era incapaz de controlar, Ivanov cambió de postura, hasta quedar casi de espaldas a ella. Lo único que consiguió fue avivar una punzada aguda entre sus omóplatos.

—Si haces guardia aquí un poco más, daré un paseo por los jardines y terminaré de conectar los cables de disparo alrededor de la terraza.

El tono brusco de Phoebe le sacó de sus cavilaciones mordaces.

—Cualquier ruptura del perímetro hará sonar ahora una pequeña campana en mi alcoba. ¿Supongo que piensa continuar con sus patrullas nocturnas?

—Sí. —Después de todo, se sentía más a gusto caminando entre las oscuras sombras que a la luz del día.

—He hecho un mapa de la cresta por encima de los establos, mostrando dónde la roca desmoronada ha convertido el camino en traicionero. Deslizaré una copia bajo su puerta. Los peligros serían fáciles de pasar por alto en la oscuridad.

Ivanov imaginó su cabeza inclinada sobre su cuaderno, el derrame de mechones dejando al descubierto el grácil arco de su cuello. Maldito sea su cuerpo rebelde. Un lobo y una leona: no era de extrañar que se le erizara la piel.

Su aliento, áspero por una maldición reprimida, escapó en un gruñido bajo.

Phoebe se puso rígida, interpretando el sonido como una reprimenda.

—¿Alguna otra precaución que desee sugerir?

—No por el momento. Estamos haciendo todo lo que podemos. Esperemos a ver qué nos deparan los próximos días.



Lluvia. Phoebe se apartó los mechones empapados de las mejillas y se agachó para protegerse del torrencial aguacero. Las nubes gris pizarra, que soplaban desde el Mar del Norte, habían traído consigo un viento azotador, cortante como una piedra astillada. Su capa era una escasa protección contra su filo. Aceleró el paso, justo cuando una ráfaga estuvo a punto de hacerla caer. El agua helada se encharcaba a lo largo del camino de grava. Sus medias botas ya estaban empapadas, entumeciéndole los dedos hasta los huesos.

Sólo un loco se aventuraría a salir con semejante tormenta, pensó, sabiendo que el viaje a los establos había sido un ejercicio inútil. Realmente no había esperado encontrar a Bianchi acechando en los establos. Pero se había sentido demasiado inquieta para permanecer un día más en casa, contemplando el impenetrable embrollo de nieblas.

Los páramos no eran el único entorno envuelto en tinieblas. Ivanov se había envuelto inexplicablemente en un silencio ártico, en una enigmática soledad. Había estado evitando todas las conversaciones con ella, salvo las más superficiales. No es que tuviera ningún deseo de profundizar en su amistad, si es que la incómoda tregua podía describirse como tal.

Las circunstancias habían hecho de ellos extraños compañeros de cama. Tan rápido como el clima escocés, la intimidad forzada podía cambiar a un enfrentamiento adverso. Phoebe apretó con fuerza su capucha barrida por el viento. Junto con su apoyo vocal a la formación de una alianza estratégica con Rusia, lord Cavendish había añadido, en privado, un último susurro de

advertencia. Si la alianza con San Petersburgo no cumplía sus promesas, dependía de ella -y sólo de ella- velar por los intereses de Inglaterra.

Amiga o enemiga. Tal vez Ivanov tuviera razón al mantenerla a distancia. No se podía permitir que la emoción nublara el deber. Y bien sabía ella que sus propias pasiones ingobernables bien podían ser su peor enemigo.

Abriendo de un tirón la puerta de la fregadera, Phoebe se encogió de hombros para quitarse la capa empapada y las medias mojadas, decidida a despojarse también de su negro humor. Con las clases de la escuela terminadas por hoy y Ivanov vigilando a los niños, le quedaban libres una o dos horas más. Pensaba aprovechar el tiempo estudiando los mapas locales que había encontrado en la biblioteca. La estrategia a menudo venía dictada por el entorno. En una batalla de ingenio con el mortífero francés, pensaba no dejar piedra sin remover.

Las risas salían de las puertas abiertas del salón. Aunque descalza y tiritando en su húmedo vestido, Phoebe se detuvo en el pasillo para echar un vistazo. Ivanov estaba enseñando a los niños a jugar al ajedrez mientras lady Octavia dormía la siesta junto al fuego abrasador. Un nudo duro empezó a formarse en su garganta, pero rápidamente se tragó cualquier remordimiento por no tener hogar, ni familia, aparte de la Academia.

No era frecuente que se permitiera pensar en su vida temprana en los barrios bajos de Santa Giles. Incluso ahora, los recuerdos eran dolorosos, como puntas de daga que punzaban contra su carne. Buscando restos de comida en los callejones. Durmiendo en sótanos repletos de otros erizos y piojos. Y lo más agudo de todo, defenderse de los depredadores que veían en las niñas pequeñas una presa fácil. El miedo había sido el único compañero constante durante aquellos años. Otras amigas habían caído víctimas de la enfermedad.

Phoebe cerró los ojos un instante.

La vida era injusta, pero al menos ella estaba entrenada para defenderse.

A diferencia de Scottie y Emma, a ella le habían arrebatado la inocencia a una edad

temprana. Razón de más para que diera su vida por protegerles. Sin importar el coste.

Otra risita, ésta de Emma mientras Ivanov le susurraba algún secreto al oído.

A Phoebe le sorprendió que fuera tan amable con los niños. Se preguntó si su comentario improvisado sobre la progenie era cierto. ¿O es que tenía bebés… un hijo con cabeza de remolque y ojos azules, una princesita nórdica con una sonrisa que podría matar dragones?

Su corazón dio un vuelco. ¿Por qué se torturaba por aquel hombre maldito? Era un rastrillo, un pícaro al que por propia admisión poco le importaba en la vida salvo él mismo. Esto era simplemente otro trabajo. Por el que sin duda le pagaban bien.

—¡Ja, señor, tengo rodeado a su caballero! —Vio a Prescott empujar un peón marfil a una casilla negra.

—Ah, pero olvida que un jinete hábil puede espolear los obstáculos más temibles. —Para regocijo de los niños, Ivanov cogió el caballo y el jinete tallados y lo lanzó hacia arriba en un arqueado salto mortal antes de arrancarlo del aire—. De todos los jugadores del tablero, el caballero es el que puede atacar desde distintos ángulos. Siempre hay que estar atento a sus movimientos.

Mientras volvía a colocar la figura de ébano en su sitio, lanzó una mirada oblicua a la puerta ensombrecida.

¿Un desafío? ¿Una advertencia?

Sus miradas se encontraron durante un instante antes de que Phoebe se diera la vuelta.

Iba por la mitad del pasillo cuando oyó suaves pisadas detrás de ella. No había duda del paso seguro, de la larga zancada.

—¿Algo que informar?

Phoebe se echó hacia atrás la maraña de pelo de la frente, consciente de repente de que

debía parecer una marmota ahogada. Con los nervios ya de punta, estaba a punto de soltar un brusco reproche cuando vio su rostro. En el parpadeo bajo y ahumado de los apliques de aceite, las sombras emborronadas bajo sus ojos parecían más bien moratones, y las arrugas de las comisuras de sus labios eran más profundas que hace unos días.

—Venga a mi habitación —le dijo suavemente—. Tengo un bálsamo que le ayudará a aliviar el dolor de su herida.

—¿Cuál?

De repente sonaba cansado, su habitual confianza en sí mismo se había agotado. Ella se había acostumbrado tanto a su aire de arrogancia que la nota de incertidumbre la tomó por sorpresa.

Olvidando su anterior valoración de su carácter, alargó la mano para tocarle la mandíbula. El dorado rastrojo era como mil puntos de fuego en la penumbra. Bajo su palma, sintió el tic de un pequeño músculo.

—Verá, tengo una espina clavada por las malditas aliagas — añadió Ivanov rápidamente. Forzó una risa sardónica, pero su eco no sonó del todo cierto—. ¿Me atrevo a esperar que te ofrezcas a quitármela, palomita?

Intentó sacudirle la mano, pero ella se mantuvo firme.

—No me empuje. ¿Qué ocurre?

—Nada —dijo él—. No estoy acostumbrado a sentarme y esperar como un cordero indefenso estacado para el matadero.

—Te has estado presionando demasiado. A partir de ahora, insisto en que compartamos las rondas nocturnas.

—No —dijo escuetamente.

—Esa decisión no te corresponde a ti, ¿recuerdas? Somos socios iguales en esta misión. No tienes derecho a ladrarme órdenes.

—Fue más bien un gruñido —dijo, añadiendo lo que sonó sospechosamente como un juramento en ruso—. ¿Ayudaría si lo precediera de un 'por favor'?

Phoebe negó con la cabeza.

—En absoluto.

Esta vez, la maldición fue considerablemente más fuerte y en inglés.

—Maldita sea, ¿por qué demonios insiste en correr semejante riesgo?

—¿Y si yo le pidiera lo mismo?

Inspiró ásperamente, sólo para soltarlo suavemente en una risa renuente.

—Tiene razón.

—Esperemos que ningún francés pueda deslizar su espada bajo su guardia, señor Ivanov.

—Usted es un peligro mucho mayor para mí —dijo crípticamente—. Y será mejor que use Alex por el momento, en lugar de mi apellido.

Hablando de peligros. Ya eran lo bastante íntimos como para darlo a conocer en voz alta. Alexander.

Tenía un sonido pecaminosamente seductor en la lengua. Exótico. Seductor. Incluso acortado, era demasiado... personal.

—No se preocupe. No cometeré un desliz en público, señor Ivanov.

—¡Mi querida tía! ¡Pensé que nunca llegaríamos aquí!

Rawley se apartó de la puerta abierta para admitir a la pariente de la viuda y a sus dos acompañantes en el vestíbulo.

—¡Qué lástima! —murmuró lady Octavia con una fría ironía que rayaba en el sarcasmo.

La sonrisa de lady Sylvia Santa Clair dio un tic incierto antes de continuar.

—Los caminos se volvieron espantosos una vez que llegamos a la frontera, y desde allí es casi imposible encontrar alojamiento y comida decentes. —Se estremeció mientras desabrochaba el broche de su capa y se la pasaba al anciano mayordomo—. Cualquiera diría que los escoceses sólo sobreviven a base de whisky y cordero.

Desde donde estaba en el pequeño salón lateral, Ivanov tenía una visión clara de la recién llegada. Era una morena escultural, cuyo ajustado vestido de carruaje estaba diseñado para mostrar sus voluptuosas curvas. Un elegante shako coronaba un rostro en forma de corazón, y de debajo de su ribete de piel, una profusión de brillantes tirabuzones acentuaba artísticamente la tersura de porcelana de su tez. Unas pestañas de marta bordeaban unos ojos de un profundo brillo topacio.

A primera vista, su aspecto era impresionante. Pero había, decidió, cierta fragilidad en su belleza.

—Es un país austero, con pocas de las comodidades a las que usted y sus amigos del pueblo están acostumbrados. —La expresión de la viuda siguió siendo pétrea como el granito de las Highlands—. Sabiendo eso, me sorprende que desee hacer un viaje tan arduo.

—¿Qué son unas penurias insignificantes ante una reunión familiar? Hace demasiado tiempo que no nos vemos. —Frunciendo sus labios de capullo de rosa, lady Silvia rodeó los huesudos hombros de la viuda en un torpe abrazo—. Os he echado mucho de menos a ti y a los niños, así que cuando Randall -Lord Jervis- anunció que no podía aplazar una visita a las tierras

familiares en Sunderland, decidimos hacer de ello una gran aventura.

—Hmmph. —Lady Octavia retrocedió ante el picotazo en su mejilla.

—Bueno, espero que haya advertido a sus amigos que no esperen mucha emoción. Hay, como sabe, poco que hacer aquí salvo vagabundear por los páramos.

—¡Lo cual nos vendrá muy bien!

Ivanov observó que lady Sylvia se recuperaba del desaire con admirable aplomo. No podía ser ajena al gélido recibimiento, pero parecía decidida a ignorarlo.

—Arnaud -Comte De Villiers- es un gran admirador de Rousseau y lleva tiempo deseando experimentar el esplendor natural de las colinas de las Highlands. Los hombres pretenden cazar y pescar mientras las damas disfrutamos de los sencillos placeres del hogar y la casa.

—Hmmph. —La viuda sacudió su bastón a los dos caballeros que estaban detrás de Sylvia —. ¡Bueno, no se queden ahí parados, señores! Empiecen a traer el equipaje para que podamos acomodar a todo el mundo.

Los ojos de lady Sylvia se entrecerraron irritados durante un instante antes de soltar una suave carcajada.

—Te has dejado las gafas, mi querida Octavia. Esos no son nuestros sirvientes. —En voz más alta añadió—: Permítame presentarle a mis queridos amigos, Lord Jervis y Comte De Villiers. Lord Robert Talcott está acompañando a sus dos hermanas en la otra carroza, que debería llegar pronto.

—Lo veo muy claro —replicó la viuda—. Como los caballeros parecen poseer cada uno dos brazos y dos piernas que acompañan a sus títulos, no deberían tener problemas para subir los baúles por las escaleras. El reumatismo de Rawley ya no le permite levantar objetos pesados.

Ahogando una sonrisa, Ivanov salió de detrás de la puerta entreabierta.

—¿Podría serle de ayuda, lady Octavia?

El pique de lady Sylvia tomó un rizo más especulativo cuando sus ojos se deslizaron sobre su persona.

—Ya tiene suficientes deberes que cargar, señor Oliver, como para que le pida que haga de ayuda de cámara de mis visitantes —replicó la viuda.

—Y por favor, ¿qué deberes son esos? —preguntó lady Sylvia, mostrando su primera sonrisa verdadera.

—El señor Oliver ha sido contratado como tutor de Scottie — espetó la viuda. Volviéndose hacia él, suavizó un poco su tono—. No debe preocuparse de que una fiesta de invitados perturbe la rutina diaria de los estudios. Angus se toma muy en serio la noción de educación y no desearía ninguna distracción.

Ivanov inclinó una pequeña reverencia.

—Angus no mencionaba en su carta que hubiera contratado a un profesor. —Lady Sylvia se estaba quitando los guantes despreocupadamente, pero la tirantez de su boca demostraba que no estaba tan relajada como deseaba aparentar.

—No uno, sino dos —añadió lady Octavia—. Una institutriz para Emma acompañó al señor Oliver desde Londres. Y como él, la señorita Sloane viene con las más altas recomendaciones. Angus, por supuesto, no insistiría en menos.

¿Fue sólo un capricho de la luz, o una sombra de angustia revoloteó sobre la frente de la dama más joven?

—La, se está tomando la educación de los niños muy en serio, de hecho—. Se llevó una mano al pecho, sus dedos anillados guiñaron con tonos de rubí y esmeralda.

Para ser una dama sin una pluma con la que volar, no parecía carecer de un plumaje elegante, observó Ivanov.

—Espero que les den un respiro de sus libros para pasar tiempo con su tía. —Un suspiro puntuó la petición—. Ya sabe cómo adoro a Westcott y a Emily.

Golpe. A pesar de su avanzada edad, la viuda era capaz de blandir su bastón con notable fuerza.

—Estoy segura de que Pres-cott y Em-ma estarán encantados de descubrir tanta devoción en una pariente a la que no ven desde hace más de tres años.

Una mancha de rojo surcó los elegantes pómulos de lady Sylvia.

La viuda había hecho sangre por primera vez, pero Ivanov no subestimaba a su oponente. A pesar de toda su mimada belleza, lady Sylvia Santa Clair tenía el aspecto de alguien que no iba a ser vencida fácilmente. No es que viera fuerza en sus ojos, sino más bien miedo.

—¡Hmmph! Bueno, no nos quedemos aquí en la puerta. Mis huesos envejecidos no toleran la humedad y el frío como antes.

Ivanov tomó el bufido como su señal para retirarse, antes de que el agitado arco del bastón de la viuda le incluyera a él también. Deseaba permanecer en gracia de la dama.

—Si me permite ofrecerle un brazo, milady —murmuró.

—Lady Octavia, seguramente preferiría que el músculo del señor Oliver tuviera un uso más práctico. —Ella se volvió, favoreciéndole con una brillante sonrisa—. ¿Podríamos molestarle un momento?

—Oh, vamos —espetó lady Octavia—. Podrías ayudar a acomodar las cosas mientras informo a Cook de los recién llegados. Rawley les acompañará a las habitaciones de invitados. El té se servirá en el salón.

Se marchó con una rapidez que dibujó una leve sonrisa en los labios de Ivanov.

—El viejo murciélago rencoroso. —El murmullo de lady Sylvia ahuyentó su diversión—.

Es más escandalosamente horrible que nunca. Me pregunto si Angus está tan trastornado como para confiar en ella para cuidar de los niños.

—No parece acoger con agrado la perspectiva de invitados.

Lord Jervis, que junto con el otro caballero había permanecido en un discreto silencio hasta entonces, se quitó el abrigo y lo arrojó descuidadamente sobre uno de los sillones laterales tallados. Era alto y esbelto, pero había una suavidad en sus manos bien cuidadas y sus apuestos rasgos que denotaban un gusto por los placeres de la ciudad.

—Lady Octavia siempre me ha tenido una aversión irracional —dijo lady Sylvia sombríamente—. Sin duda por celos, viendo que… — Mordiéndose un comentario más, alisó el ceño de su rostro mientras se volvía hacia Ivanov—. Tiene mis condolencias, señor Oliver. Es probable que usted y su desafortunado colega emprendan el arduo viaje de regreso a Londres en un futuro próximo.

—Oh, no me dejo intimidar fácilmente —respondió agradablemente—. En mi profesión, uno aprende a lidiar con todo tipo de situaciones difíciles.

—En efecto. —Su mirada permaneció en él un poco más de lo necesario—. Aun así, no me imagino a nadie -ni siquiera a un santo- aguantando sus caprichos durante mucho tiempo. —Jugueteó con un extremo de su chal, retorciendo lentamente los flecos alrededor de sus dedos—. ¿Es usted, por casualidad, un santo?

—Sólo un humilde tutor, milady.

—¿Entonces no le importará subir las maletas a nuestros aposentos? —Con un gesto tan sedoso como su acentuado inglés, el Conde De Villiers sacó un monedero de su chaleco y sacudió una moneda—. Como muestra de gratitud.

—La generosidad de Lord McAllister es suficiente para cubrir la hospitalidad de sus invitados —replicó Ivanov.

—Ah, pero según mi experiencia, un hombre de su posición siempre encuentra bienvenido un poco de dinero extra.

Ivanov ya había cogido dos de las maletas de viaje, sin dejar ninguna mano libre.

—Gracias, pero considérelo un gesto de buena voluntad, señor.

—Un santo, desde luego.

Jervis no dijo nada, pero abrió su tabaquera e inhaló una pizca.

—Pruebe esta mezcla, Sylvia. La preparó especialmente para mí lord Brimfield, que es, como bien sabes, el principal árbitro del gusto en estas cosas.

Ivanov mantuvo una expresión convenientemente servil mientras se movía para seguir al mayordomo de la viuda escaleras arriba. A través de las pestañas bajas, notó que los otros dos hombres le observaban, a pesar de su supuesta despreocupación. ¿Se habían dado cuenta del indisimulado interés de lady Sylvia?

Fuera cual fuera su pedigrí, los hombres solían recurrir al instinto animal cuando había una hembra de por medio.

Como perros olfateando un hueso, pensó sardónicamente. De Villiers había sido casi cómicamente condescendiente, el deliberado ondear del puño de encaje blanco y la manga bien entallada sin duda pretendía ser un marcado contraste con su propio abrigo raído. La reacción del otro caballero fue quizá un poco más sutil: se había limitado a ignorar la existencia de un criado.

Pero, por supuesto, el aire de tensión podía deberse a una fuerza de la naturaleza aún más primaria que el sexo: el impulso de ser el rey de la jungla, el macho dominante.

Mientras los recién llegados la seguían, Ivanov oyó a lady Sylvia responder a su amiga.

—Que lord Brimfield te haya elegido con una mezcla especial es una señal de favor particular. Es bastante influyente con el conjunto de Carlton House. —Ivanov oyó el suave

crujido de la seda—. Deme su brazo, Randall. Me encuentro totalmente fatigada por el viaje.

—Un camino pedregoso —murmuró Jervis—. Pero ahora que estamos aquí, las cosas deberían suavizarse.

—Hmmph —contestó ella imitando inconscientemente a la viuda.

—Sí,por supuesto Sylvia… — aseguró De Villiers.

El resto de las palabras se desvanecieron mientras Ivanov atravesaba el rellano alfombrado y se adentraba en el pasillo que conducía a los aposentos de los invitados. Sin embargo, el eco del acento del francés se amplificaba a un tono desagradable con cada paso.

Maldita sea. Su afición a la ironía no tardó en chocar con la necesidad de considerar altamente sospechoso todo lo que se saliera de lo normal. Todo lo que el maldito conde necesitaba era una capa de terciopelo negro forrada de satén rojo sangre para parecer el villano perfecto salido directamente de las páginas de una novela gótica. La verdad puede ser más extraña que la ficción, se recordó sombríamente. La escena que acababa de presenciar planteaba una serie de preguntas inquietantes.

Tendría que mantener los ojos y los oídos bien abiertos para poder leer entre líneas.

—La dama está aquí dentro, señor Oliver —dijo Rawley, su voz carrasposa un poco sin aliento después de la escalada—. Las habitaciones reservadas para los caballeros están justo delante.

Ivanov colocó su valija delante del armario de pino pintado y luego se hizo a un lado mientras Jervis acompañaba a lady Sylvia a sus aposentos. Tras una vacilación apenas perceptible, De Villiers continuó con el mayordomo, atravesando un juego de puertas hasta el extremo más alejado del pasillo.

—Había olvidado lo horriblemente rústico que era el lugar —dijo Sylvia en voz baja—. Pero bueno, lady Octavia siempre ha carecido de cualquier sentido del refinamiento.

—Gracias, señor Oliver. —Jervis le despidió sin mirarle—. La otra bolsa pertenece a mi cámara. Y tenga cuidado, por favor. Hay varios tarros de rapé de porcelana que son excesivamente frágiles.

La copa cheval reflejaba una imagen de lánguida gracia, impresión acrecentada por la pose del caballero. Apoyando un hombro contra uno de los postes tallados de la cama, cruzó las piernas y se pasó los dedos por el pelo, peinando cuidadosamente los rubios rizos hacia atrás al estilo actualmente en boga entre los machos de la Sociedad.

—Oh, después de eso, quizás sería tan amable de echar una mano al cochero con el resto de nuestro equipaje —añadió—. El carruaje que transportaba a nuestros sirvientes se retrasó esta mañana por la rotura de una rueda, y no llegará hasta dentro de una o dos horas.

Asintiendo complacido, Ivanov se retiró, pero se detuvo ante la puerta para volver a abrochar una hebilla de la valija del caballero. Tal como él esperaba, lady Sylvia no tardó en reanudar sus quejas.

—Quizá no haya sido tan buena idea después de todo —murmuró —. Esperaba que la edad y los achaques invasores hubieran suavizado algo la actitud de lady Octavia. Pero parece que sigue siendo tan rencorosa como siempre.

—Aún no he conocido a nadie que sea inmune a sus encantos —dijo Jervis—. No abandone aún sus esfuerzos.

Ivanov no pudo distinguir la respuesta.

—¿Hay alguna razón para la mala sangre entre ustedes dos? — continuó el caballero.

—¡A la viuda le cae mal casi todo el mundo! Pero creo que yo le he caído especialmente mal porque soy bienvenido en los círculos más altos de la sociedad. Mientras que ella no lo es.

—¿Ah, sí? No lo había mencionado antes. —Jervis la incitó a continuar—. ¿Tiene idea de por qué?

—A causa de una indiscreción juvenil. —Había cierto grado de maliciosa satisfacción en la voz de lady Sylvia—. Y se atreve a mirar por encima del hombro mis actividades en la ciudad. —Ivanov oyó su retícula caer sobre el tocador—. No me vi obligada a abandonar la ciudad en desgracia. Las cotilleos dicen que su familia no tuvo más remedio que casarla con un escocés peludo y medio pagano, sin importar que su título fuera menor y sus únicas tierras esta finca dejada de la mano de Dios.

Tierras dejadas de la mano de Dios que la joven acababa de tomarse la molestia de venir a visitar. Ivanov hizo una mueca. La nueva información añadía otro giro inesperado a la misión. Si era significativo o no era imposible de decir, pero a estas alturas, nada podía ignorarse...

—¿Problemas, Monsieur Oliver?

—Nada que no pueda resolver fácilmente. —Se levantó de sus rodillas, lenta y deliberadamente como para provocar una chispa de fastidio en los ojos del conde—. Ya está, la hebilla está ahora como nueva.

—¿Es usted muy hábil con las manos? —Estaba formulado más como una pregunta que como una afirmación.

—La necesidad inspira ingenio. —De todos los papeles que había desempeñado en su profesión, el de agente provocador le iba como anillo al dedo. Mucha gente -Phoebe incluida- estaría de acuerdo en que tenía un verdadero don para meterse en la piel de una persona—. Y me gusta arreglar cosas.

—Debes de ser muy útil a tus jefes. —De cerca, De Villiers no era tan elegante como parecía a primera vista. Bajo las exageradas solapas de su abrigo azul cielo y los intrincados pliegues de su corbata almidonada, sus hombros eran sólidas losas de músculo. Y aunque su estatura era sólo media, el cincelado estrechamiento de su cintura le hacía parecer más pequeño de lo que realmente era.

Se golpeó ligeramente el muslo con un guante de piel de cabritilla. Las ajustadas pieles de

ante revelaban los contornos de algo más que orgullo masculino.

—Me pregunto si desearía soportar las penurias de esta parte del mundo cuando sus servicios serían bienvenidos mucho más cerca de Londres.

—El paraíso de un hombre es el purgatorio de otro.

—Cada uno a lo suyo —dijo suavemente el francés antes de ir a reunirse con sus amigos.

Cada uno a su gusto, tradujo Ivanov en silencio.

Si el conde había venido esperando saborear una victoria fácil, se iba a llevar una ruda sorpresa.

Capítulo 13

La llegada de los otros dos carruajes de viaje anunció un aluvión de actividad inusual en el castillo. Mientras Rawley supervisaba el servicio de una fría colación de refrescos para los lores y las damas londinenses, las señoritas personales y los ayuda de cámara se dedicaron a ordenar el equipaje y a hacer que fuera transportado a los pisos superiores.

No sin una buena cantidad de refunfuños por un trabajo que caía por debajo de su dignidad, observó Phoebe. Atraída por el sonido de voces extrañas, había dejado a los niños haciendo cuentas en el aula para echar un rápido vistazo al vestíbulo. Por la carga de equipaje que aún quedaba sobre las baldosas de pizarra, parecía como si un regimiento hubiera fijado su residencia, en lugar de media docena de miembros de la alta sociedad.

Imaginó que ya estaban en el salón. En cuanto a Ivanov, no se le veía por ninguna parte.

No fue hasta la hora de la cena cuando vislumbró por primera vez a los invitados. El atareado mayordomo había hecho una pausa en su resoplido el tiempo suficiente para transmitirle la petición de lady Octavia de que ella e Ivanov siguieran comiendo con ella. Los cargos de institutriz y tutor eran a menudo incómodos en lo que se refería al protocolo. No eran exactamente sirvientas, ni iguales sociales. Al final, se dejaba a discreción de la familia cómo tratar la relación.

Que la viuda no fuera partidaria de las ceremonias fue una suerte, pensó Phoebe. Brindaba la oportunidad de someter a los invitados a un escrutinio más minucioso del que las

circunstancias habrían permitido de otro modo. Se echó el pelo hacia atrás y se lo sujetó en un moño primoroso en la nuca, luego se apartó del espejo para evaluar el efecto. Se suponía que una institutriz debía parecer incolora. Su vestido, un diseño sin forma cortado en un monótono tono gris hierro, era adecuado para su puesto. Y tras añadir unas cuantas horquillas más para domar un rizo errante, decidió que tenía el aspecto adecuado.

El bulto de la pequeña pistola quedaba oculto por los pesados pliegues de lana. Al igual que la espada atada a su pierna.

—Ah, ahí está, señorita Sloane. —Un golpe del bastón de la viuda la llamó para que se acercara—. Venga a conocer a los invitados.

Phoebe cruzó la alfombra del salón, consciente de una momentánea pausa en la conversación.

—Ésta es lady Sylvia Santa Clair, la cuñada de Angus. —Si la dama en cuestión estaba molesta por la ruptura de la etiqueta adecuada en cuanto a las presentaciones, lo disimuló bien—. Sus acompañantes son la señorita Helena Talcott y su hermana, la señorita Anna. A las tres damas, la viuda añadió: Permítanme presentarles a la señorita Sloane.

Ellas la reconocieron con pequeñas inclinaciones de cabeza.

Los caballeros, que habían estado examinando la antigua pieza de caza colgada sobre un cuadro de una escena de caza, se mostraron bastante más comunicativos cuando se produjo el intercambio de nombres.

—Mis hermanas son Helen y Annabelle —murmuró su hermano con un rápido guiño. Tenía un semblante amplio y amable, aunque el enrojecimiento de su nariz y una hinchazón alrededor de los ojos parecían insinuar una tendencia a excederse con los licores. Tenía un vaso de whisky en la mano en lugar de jerez.

—¿Sloane? —continuó tras un sorbo de su bebida—. ¿Es usted por casualidad pariente de

los Sloane de Shropshire?

—No —murmuró Phoebe—. Dudo que conozca mi rama de la familia.

—Todas las damas están disfrutando del champán. ¿Puedo servirle una copa, señorita Sloane? —Phoebe creyó detectar un destello de fastidio en la mirada de lady Sylvia mientras Lord Jervis se dirigía al aparador.

—Sólo agua, gracias

—Ah, pero estamos de celebración

¿Qué? se preguntó ella.

Él se adelantó y llenó una flauta de cristal con el vino, lo que provocó otra pregunta. ¿Era de los que se negaban a aceptar un no por respuesta?

—La señorita Sloane tiene nociones muy estrictas de la propiedad. —Ivanov se acercó rápidamente y se llevó la copa a los labios—. Yo, en cambio, confieso tener unos estándares algo menos elevados.

Conteniendo una risita, la señorita Talcott más joven miró fijamente al tutor con una mirada atrevida que resultaba un poco atrevida para una señorita recién salida de la escuela. Los caballeros no parecían tan divertidos.

En cuanto a la pariente de la viuda, sus ojos topacio parecían reflejar la misma misteriosa efervescencia que el champán.

—Un hombre según mi propio corazón —anunció lady Octavia—. Venga aquí, señor Oliver. Y traiga la botella con usted.

—Permítame proponer un brindis. —Lady Sylvia levantó su copa—. Por la familia y por los amigos, viejos y nuevos. —Su mirada no se apartó de Ivanov.

—Salud —dijo el francés, con la boca torcida en las comisuras, como si estuviera

saboreando alguna broma privada.

—Muchos días de paz y salud —replicó la viuda en gaélico. De Villiers ofreció un saludo silencioso.

—Acompáñeme a la cena, señor Oliver, antes de que se enfríe la sopa.

La exigencia de la viuda alteró una vez más el protocolo, obligando a Talcott a ofrecer su brazo a Phoebe. Él lo hizo con gracia y, de hecho, parecía reacio a renunciar a su agarre cuando llegaron a su silla.

—Lady Octavia dice que fuiste a la escuela cerca de Londres. —Se sentó a su lado—. ¿Dónde? —preguntó Helen rápidamente—. Quizá tengamos amigos comunes.

Phoebe no deseaba mantener la atención centrada en sí misma.

—No lo creo. Es una academia muy pequeña, y que no atrae a estudiantes de los círculos más altos de la sociedad.

—¿Su familia no viene a la ciudad por la temporada? —preguntó el conde.

Phoebe mantuvo los ojos fijos en su plato.

—Soy institutriz, señor, no una bella de la alta sociedad.

Los buenos modales exigían que se dejara el tema. De Villiers intentó atraer a la viuda a la conversación, pero sus intentos fueron rechazados con respuestas bruscas. Para aliviar la agitación de la plata y la porcelana, los londinenses se dedicaron a discutir los aspectos más destacados de su viaje, un tema que sólo pareció sumir a lady Octavia más profundamente en su inusual silencio.

¿Intimidada? No era propio de la viuda retroceder ante ningún desafío. Y, sin embargo, la anciana dama estaba definitivamente sometida. Una o dos veces Phoebe incluso notó que la cuchara sopera temblaba en su mano. Se preguntó si Ivanov intuía por qué. Aún no habían tenido

ocasión de conferenciar sobre los recién llegados.

¿Estaría tan sorprendido como ella de que un francés formara parte del grupo?

—¿Y usted, señor Oliver? —Jervis dirigió de repente su atención al tutor, su tono adquirió un tono de burla—. ¿Asistió usted también a una oscura institución de enseñanza superior?

—Supongo, milord, que dependerá de lo familiarizado que esté con la oferta educativa de Inglaterra.

La sutil puya no erró su blanco. Jervis se coloreó ligeramente cuando lady Octavia respondió:

—El señor Oliver asistió a Oxford.

Phoebe se preguntó si estaba incordiando deliberadamente a los lores londinenses. Lo más probable era que la respuesta fuera afirmativa, decidió. Su arrogancia era como una segunda piel, y las damas parecían encontrar intrigante su actitud. Especialmente lady Sylvia.

—Ah, un erudito serio —comentó De Villiers—. ¿Acaso habla usted francés con fluidez, señor? Me resultaría agradable conversar en mi lengua materna.

—Sé griego y latín, por supuesto, pero las lenguas modernas no son mi campo de especialización.

—¿Cuál es? —inquirió lady Sylvia.

—La literatura inglesa y la historia antigua —respondió él con suavidad.

Jervis se llevó una servilleta a la boca.

—Temas bastante áridos, por no decir otra cosa. Prefiero ocupaciones más activas que encerrarme en una biblioteca a estudiar manuscritos en descomposición.

—Los que no recuerdan la historia están condenados a repetirla.

—Bonaparte estaría de acuerdo con usted —comentó el conde—. Por lo que dicen, es un

gran estudioso del tema.

Antes de que Ivanov pudiera formar una réplica, lady Sylvia interpuso su propio comentario.

—El señor Oliver no tiene el aspecto de un hombre que pasa todo su tiempo en una habitación oscura y mal ventilada.

—¿Caza usted? —preguntó la mayor de las hermanas Talcott. Al igual que su hermano, Helen tenía un espeso cabello castaño y ojos anchos de color avellana. Sus rasgos eran bastante bonitos, pero su cara era un poco rellena y su nariz un poco afilada; nunca se la consideraría hermosa, especialmente en comparación con lady Sylvia.

Quizá por eso su boca aparecía fruncida en un mohín perpetuo.

—En ocasiones —respondió Ivanov—. ¿Usted...?

—Entonces debe unirse a nosotros en una cacería —interrumpió Jervis mientras cortaba un bocado de faisán—. Dígame, ¿ha visto mucha caza en la zona?

—He visto muchos urogallos en mis paseos matutinos.

—Estaba pensando en algo más desafiante que las aves.

Ivanov se permitió una pequeña sonrisa.

—Me imagino que estos páramos ofrecen mucho deporte.

—Excelente. Estoy deseando ver lo bien que se traducen las habilidades de un erudito al acecho de corzos.

La comida prosiguió sin más incidentes. Como lady Octavia seguía sin responder a una conversación cortés, el contingente londinense se dedicó a discutir entre ellos los méritos de una reciente exposición de pintura paisajista. Aunque Ivanov escuchaba educadamente, era consciente de lo contraída que se había vuelto la expresión de la viuda y de lo hundidos que

estaban sus ojos en sus órbitas. Como si se hubiera retirado a algún lugar interior de refugio.

¿Por qué? Era otra pregunta sin respuesta. Sintió que apretaba con fuerza su cuchillo. Y eran demasiadas para su gusto.

Cuando ella se levantó bruscamente y sugirió que las damas dejaran a los caballeros en su puerto, él también apartó su silla.

—Permítame ayudar con el servicio del té, milady. Estoy seguro de que estos caballeros preferirían relajarse en cierta intimidad.

Jervis pareció darse cuenta de que tal arreglo dejaría al tutor a solas con las damas.

—No nos quedemos en la ceremonia —anunció—. Tomaremos nuestras bebidas postprandiales con usted en el salón, si le parece bien, lady Octavia.

Ella encogió sus huesudos hombros.

—Como quiera. Pero tenga en cuenta que si desea soplar una nube, tendrá que hacerlo en la terraza.

Tras acompañar a la viuda a su sillón favorito junto al fuego, Ivanov se las ingenió para pasar rozando a Phoebe.

—Mantenga a los caballeros ocupados aquí durante el próximo cuarto de hora.

—¿Por qué? —susurró ella.

—Quiero hacer un registro rápido de los aposentos del conde, mientras su criado aún está cenando. —Parecía insegura—. No estoy segura de cómo...

—Piense en algo.

Se alejó rápidamente cuando Helen se acercó, y cogió la bandeja del té de Rawley

—¿Prefiere servirse, milady? O le gustaría que una de las damas hiciera de anfitriona.

—Estoy segura de que a lady Sylvia le complacería presidir — respondió la viuda—. Me encuentro bastante agotada por la conmoción del día y prefiero retirarme a dormir.

Inclinándose, Ivanov le ofreció su brazo.

—No es necesario que abandone la compañía por mi culpa, joven. Tengo mi bastón para apoyarme.

—Yo también estaba a punto de marcharme. Tengo que repasar varias secciones de la Odisea de Homero para la lección de historia del maestro Prescott.

Las hermanas Talcott parecían decepcionadas.

—Lastima, esperábamos que se uniera a nosotras en una mano de whist —dijo Annabelle —. Todas nos hemos familiarizado demasiado con nuestras compañeras habituales.

El vapor de la tetera ocultó la reacción de lady Sylvia.

—¿Juega usted, señorita Sloane?

—¿A las cartas? No, en absoluto. —Phoebe ya se había movido más allá de la mesa hacia donde el antiguo arma de fuego colgaba de su soporte. Pasó una mano por su culata barnizada—. Monsieur De Villiers, parecía usted muy conocedor del funcionamiento de esta arma hace un rato. ¿Podría pedirle que me explicara de nuevo cómo funciona el mecanismo de disparo? —La petición fue acompañada de un aleteo de pestañas—. Confieso ser absurdamente ignorante en estas cosas. Apenas sé cuál es cada extremo.

¿Así que el halcón guerrero podía metamorfosearse en paloma coqueta? Al ver este lado de su naturaleza por primera vez, Ivanov se debatió entre la diversión y una irritación más primaria.

—Por supuesto, señorita. —Todo sonrisas, el conde llegó a su lado, situándose un poco más cerca de lo necesario—. Usted ve aquí…

—Hmmph. —Una vez en el pasillo, lady Octavia recuperó lo suficiente de su aplomo

habitual para expresar su opinión—. La señorita Sloane ciertamente no exhibió tal ignorancia el otro día, cuando la observé sacar esa arma de la pared y someterla a una prueba exhaustiva de su funcionamiento. —Hizo una pequeña pausa—. Y no insinúe que me había quitado las gafas, no sea que quiera estar clavando la punta de mi bastón en alguna parte vital de su anatomía.

—Eres demasiado aguda a medias —murmuró él—. No me atrevería a cuestionar su vista ni su prestidigitación.

—Me pregunto por qué se esforzaría en ocultar sus habilidades con las armas de fuego —musitó la viuda. La luz de las velas destellaba en sus lentes, proyectando un caleidoscopio de dibujos sobre su arrugado rostro. Su mano se sintió fría de repente sobre su manga.

—Imagino que tendrá sus razones.

—Las cuales, supongo, no está a punto de revelar.

Ivanov trató de cortar una fina línea entre la verdad y la mentira.

—No puedo afirmar que goce de la total confianza de la joven. No somos... amigos íntimos.

—Hmmph. Me pregunto por qué un hombre tan inteligente y encantador como usted no ha encontrado la forma de penetrar sus defensas. —Sus pasos parecían un poco trabajados mientras subía las escaleras—. Bueno, me temo que está usted solo. No espere que le invite a mi tocador. —Su bastón le dio golpecitos en los dedos de los pies—. Váyase, señor Oliver. Puedo encontrar el camino desde aquí.

—... y así, cuando aprietas el gatillo, el pedernal golpea la sartén, y ¡voilà! La pólvora se convierte en humo. —Los dedos del conde se enroscaron alrededor de los suyos, acercándolos a

la suave curva del acero—. Toma, pruébalo.

Phoebe no tuvo que fingir una vacilación de doncella. Aunque la Academia entrenaba a todas sus alumnas en el arte del seductor, ella siempre se había sentido torpe, insegura de sus habilidades en el coqueteo. Su compañera de habitación, Kristen, tenía una habilidad innata para envolver a los hombres alrededor de su dedo meñique, mientras que ella, por el contrario, se sentía mucho más cómoda con un trozo de cuero o de acero apretado entre sus garras.

Un guerrero o una mujer. En ella, la combinación parecía chocar.

Seguramente Ivanov era consciente de su falta de encanto. Y sin embargo, pensó con ironía, su cortante orden probablemente no había significado que ella desafiara a De Villiers a un combate a puñetazos en medio del salón. Dadas sus limitadas opciones, no le quedaba otra alternativa que ejercer sus artimañas femeninas. Por tímidas que fueran.

—No tenga miedo, señorita. —El toque del conde hizo que otro pequeño escalofrío recorriera sus brazos—. No está cargada. Y tengo bien agarrado el cañón. No se me escapará de las manos.

—Arnaud se cree todo un experto en la caza de aves, señorita Sloane. Pero su técnica puede ser un poco demasiado pesada. —Jervis, que se había unido a ellos, esbozó una sonrisa arrogante—. Permítame que le haga una demostración. —Quitándole la vieja pieza de caza a su amigo, apuntó simulando apuntar a uno de los querubines alados que adornaban el techo tallado.

—Baja eso, Randall, antes de que haya un desafortunado accidente—espetó lady Sylvia. Su amiga se rió—. Dudo que se haya disparado desde los tiempos de Cromwell.

—Sylvia tiene razón —anunció Annabelle en voz alta. Sacudiéndose de su enfurruñado silencio, la menor de las Talcott hermana trató de atraer parte de la atención sobre sí misma. Unos rizos lechosos realzaban un rostro en forma de corazón y una boca exuberante de capullo de rosa. Era mucho más guapa que su hermana, y con uno o dos años más de pulido para redondear las aristas adolescentes, sería un Diamante de la Primera Agua.

Pero la paciencia no parecía ser una de las virtudes de Annabelle, observó Phoebe. A lo largo de la cena, la muchacha había parecido muy molesta porque los caballeros no se ensañaran más con ella.

Exagerando un escalofrío, Annabelle añadió:

—Cómo puedes soportar que te toque me supera. Las armas son demasiado peligrosas. La mera visión de cosas tan horribles me produce escalofríos. —Un aleteo de pestañas pareció invitar al conde a ofrecerle su apoyo tranquilizador, más que a una humilde institutriz.

De Villiers no pareció darse cuenta.

—Sólo en las manos equivocadas, bella. —Fue su hermano quien contestó—. Sylvia está hecha de un material más duro. Puedo dar fe de sus habilidades en el tiro con arco.

—Es una gran tiradora con arco y flecha —convino Jervis mientras volvía a colocar el viejo mosquete en su sitio—. Como bien puedo atestiguar. Nos ganó a todos los caballeros en la fiesta en casa de Lord Radciffe.

Qué interesante. Phoebe lanzó una mirada de reojo a la dama. Así que aquellas gráciles manos no eran tan delicadas como parecían.

—Quizá deberíamos organizar una revancha. —El conde apoyó una cadera en el borde de la mesa de la consola y empezó a pulirse las uñas en la manga—. Viendo que la oferta de entretenimientos aquí promete ser más bien escasa, sería una fuente de diversión.

Los demás aplaudieron la sugerencia.

—¿Es usted experta con el arco y la flecha, señorita Sloane? — preguntó.

—Una institutriz no está entrenada ordinariamente en tales habilidades —respondió ella oblicuamente.

—No ordinariamente —El rico tono escarlata de su abrigo -llamativamente similar al color

de los regimientos británicos- resaltaba a la perfección su oscura coloración. Una elección, sin duda, tan deliberada como el destello de sus dientes nacarados—. Pero al ser una señorita de campo, pensé que tendría alguna experiencia con ese deporte —continuó—. Dijo que era del campo, ¿verdad?

Lady Sylvia resultó ser una aliada involuntaria para desviar la pregunta. A ojos de Phoebe, no parecía muy contenta con el hecho de que sus caballeros amigos prestaran atención a una simple sirvienta.

—Lady Octavia fue inflexible respecto a que no distrajéramos a la señorita Sloane de sus deberes en el aula. No me gustaría causar a mi querida tía ninguna angustia.

—Oh. —Con cara de decepción, Annabelle mordisqueó un trozo azucarado de pastel—. Esperaba ver al señor Oliver exhibir sus proezas en el tiro al blanco. Parece tener una forma admirable para el deporte.

—Tus ojos no deberían desviarse hacia el tutor —empezó su hermano—. Tu infantil encaprichamiento con Lord Norbert, un don nadie del campo, ya era bastante malo, pero...

— No es un don nadie —respondió Annabelle acaloradamente—. Es un caballero perfectamente respetable. No tiene derecho a mirar por encima del hombro a una baronía, sólo porque está situada en Yorkshire.

La voz de su hermano también se alzó.

—No voy a permitir que desperdicie sus posibilidades de hacer un buen matrimonio en Londres permitiendo que un bribón descerebrado venga a husmear en sus faldas. Si se le ha ocurrido pedirle que la siga hasta aquí, sepa que le echaré...

Una agitación de las sedas de lady Sylvia hizo callar a Talcott.

—No empecemos a discutir delante de extraños —dijo con una mirada punzante a Phoebe —. La señorita Sloane pensará que somos unas salvajes maleducadas.

Mirando el reloj, Phoebe decidió que su táctica dilatoria había servido para algo y que era seguro retirarse. No estaría bien enemistarse con el pariente de la viuda tan pronto en el juego.

—En absoluto —respondió en voz baja—. De hecho, todos ustedes han sido más que amables al tolerar mi presencia con tan buena gracia. Soy muy consciente de que las nociones de lady Octavia sobre el estatus social de la ayuda doméstica no son compartidas por la mayoría de la Sociedad. —Que otra extraña llegara pronto al castillo era una noticia inoportuna, pero no se atrevió a hacer ninguna pregunta sobre el argumento de la familia Talcott—. Si me disculpa, yo también tengo lecciones que repasar para mañana.

Pareciendo algo apaciguada por el tono humilde, lady Sylvia se relajó lo suficiente como para ofrecer un leve asentimiento.

—Buenas noches, señorita Sloane. Por favor, no se sienta intimidada por nuestra llegada. Tiene un adversario suficientemente formidable al que enfrentarse en mi tía. Odiaríamos añadir algo a sus afanes.

—Qué amables. —Ella no pudo leer del todo en los rostros de los caballeros si secundaban los sentimientos. Los rasgos de Talcott estaban demasiado embotados por la bebida para revelar gran cosa, pero los otros dos parecían como si la perdiz y el urogallo no fueran las únicas aves que pretendían cazar.

Para muchos hombres de riqueza y rango, los criados eran presa fácil.

El conde dejó de sacarle brillo a su persona para acompañarla hasta la puerta.

—Buenas noches, señorita. —Se llevó la mano de ella a los labios—. Y dulces sueños.

Dulces sueños, en efecto. Por el momento, déjele pensar que ella no era más que una paloma madura para el desplume. Cuando llegara el momento, él aprendería lo rápido que ella podía desenvainar sus garras.

Para su consternación, Phoebe no se movió lo suficientemente rápido a la mañana siguiente

para alcanzar a Ivanov en la sala del desayuno. Distraída por todas las preguntas que tenía sobre sus incursiones nocturnas, se apresuró a asistir a las lecciones matinales con Emma, con la esperanza de tener unas palabras con él antes del almuerzo, sólo para que el ama de llaves la llamara a la cocina para pedirle una opinión sobre si las damas londinenses preferirían carne asada o pierna de cordero para la cena.

Cuando regresó a las aulas, el tutor y los dos niños se habían ido.

Maldita sea. Maldita sea. Maldición.

Tomando las escaleras traseras de dos en dos, se apresuró a atravesar la fregadera y tomó el atajo para salir a los jardines. El sol, que jugaba al escondite entre las espesas nubes, aún no había calentado el frío del aire. Se le quedó atrapado en la garganta, como una astilla de hielo.

¿Adónde había llevado Ivanov a Prescott y a Emma?

El sendero se bifurcó y ella se precipitó a la derecha, pasando bajo una pérgola baja cubierta de rosas trepadoras. Las espinas se clavaron en su capa. ¿Se había equivocado al bajar la guardia? Mirando hacia los páramos lejanos, estaba a punto de girar hacia los establos cuando un estridente cacareo sonó detrás de los arbustos de boj cercanos. Deslizándose con cautela por la línea del seto, echó un vistazo por encima de las hojas rizadas.

—En Rusia los llaman pájaros lobo. —Ivanov estaba engatusando a uno de varios grandes cuervos negros para que se acercara con un mendrugo de pan—. Pero a pesar de su aspecto depredador, son bastante gregarios.

—¿No me morderán? ¿O me sacarán los ojos a picotazos? —Emma se estremeció cuando el pájaro batió sus brillantes alas, sus pequeños puños cerrados se volvieron blancos en los nudillos. Pero al ver que su hermano no se movía, se mantuvo sentada en el bajo muro de piedra.

—No, mi pequeña elfa. —Rodeándole el hombro, la acercó a su lado—. Toma. —Le giró la palma de la mano hacia arriba y desmenuzó un poco de pan hasta convertirlo en un polvo fino.

Con voz grave, pronunció unas palabras en ruso—. Ya está, he dicho el conjuro mágico. Si se acercan más, puedes echarles polvo druida en los ojos y convertirlos en pequeños gorriones.

Soltó una risita.

—No existen los hechizos ni los druidas. Papá dice que sólo son cosas de viejas leyendas.

—Tal vez. Pero nunca está de más mantener la mente abierta. Como científico, tu padre sin duda estaría de acuerdo. —Ivanov lanzó una migaja al cuervo. Con un salto y un golpe, el pájaro la atrapó en el aire y la engulló, desatando una ráfaga de protestas de los demás.

Olvidando sus temores, Emma dio una palmada.

—Parecen tan graciosos, con sus cabezas oscilantes y sus grandes patas.

—Sí, lo parecen. —Imitó su movimiento, arrancando más risas de los niños.

Phoebe sonrió, a pesar de su corazón aún palpitante. El ruso era una contradicción, un enigma. Un asesino a sangre fría, un guardián de buen corazón... los dos parecían difíciles de conciliar. ¿Cuál era la medida más fiel del hombre? Tenía la sensación de que no había una respuesta fácil. Y sin embargo...

El golpe errante de su pulso, rápido y furioso como el galope de un semental, le advirtió que refrenara sus descabelladas especulaciones. Le había prometido a Cavendish evitar que sus impetuosas emociones la arrastraran. Alexander Ivanov era un hombre de voluntad endurecida, arrogancia templada, apetitos carnales. Fuera cual fuera la inexplicable atracción que desataba ese poderoso calor en sus venas, ella debía combatirlo a toda costa. Perder el control podría ser peligroso para todos.

—¿Pasa algo? —Ante un coro de graznidos agraviados, Ivanov miró de repente a su alrededor para encontrarse con su mirada. Levantó a Emma en brazos y se elevó. Un borrón de alas negras proyectó una sombra momentánea sobre sus rostros.

Consciente de su pelo nudoso por el viento y de su delgado vestido de muselina, Phoebe se

sintió bastante tonta.

—La cocinera está buscando a los niños. Ha horneado un manjar especial de empanadillas de cordero calientes y se están enfriando rápidamente.

Ojalá pudiera decirse lo mismo de sus mejillas ardientes. El hombre tenía la extraña habilidad de hacerla sentir... desnuda bajo sus ojos rasgados.

Su boca se curvó en las comisuras.

—Espero que haya hecho una tanda extra. Estoy famélico.

—Te eché de menos en el desayuno.

—Me levanté temprano y decidí dar un paseo mientras el tiempo aguantara. Me embolsé unas rebanadas de pan, pero me temo que ahora han ido a alimentar a nuestros amigos alados.

—San Francisco de Asís estaría impresionado.

Ivanov esbozó una sonrisa de niño de coro.

—El Señor sabe que tengo pocas pretensiones de santidad. Sin embargo...

—Scottie se burlaba de mí por tener miedo a los cuervos —intervino Emma—. Y el señor Oliver se ofreció a enseñarme que no son tan malos, una vez que ves más allá de las plumas negras y los picos afilados.

—Sí, las apariencias engañan. —Phoebe resistió el impulso de echar un vistazo al ruso—. Es una excelente lección a tener en cuenta. Ahora marchaos, los dos, antes de que se hieran los sentimientos de Cook.

—¿Supongo que la invitación no me incluye a mí? —dijo Ivanov mientras los niños se alejaban corriendo.

—Quédese un momento —respondió ella un poco bruscamente—. Deseo saber qué ocurrió anoche.

—Muy poco de importancia. No encontré nada incriminatorio en las habitaciones de De Villiers. La mayoría de los caballeros empacarían un par de pistolas para un viaje así. —Hizo una mueca—. Sin embargo, su gusto por la colonia es motivo para ser fusilado en el acto.

—El carruaje… —empezó ella.

—Lo revisé esta mañana, mientras el cochero aún dormía. De nuevo, no vi ninguna señal de que hubiera algo escondido entre los paneles o la tapicería.

—No hay mapas. —Frunció el ceño pensativa—. Ni mensajes ocultos, ni un alijo de dinero.

—Eso no quiere decir que una búsqueda más minuciosa no pueda descubrir algo por el estilo. Mantendré los ojos abiertos ante cualquier oportunidad de indagar más. Pero hasta ahora, no hay nada que despierte sospechas.

—Salvo por su propia llegada.

—Salvo por su llegada —repitió Ivanov.

El surco entre las cejas de Phoebe se hizo más profundo.

—¿Entonces no está plenamente convencido de que se trata de una mera coincidencia?

—Oh, como le dije antes, palomita, tengo una visión bastante hastiada del mundo y de quienes lo pueblan. —Miró hacia los páramos mientras el sol daba paso a la sombra. La niebla empezaba a soplar desde la costa, tiñendo las colinas de austeros tonos grises barridos por el viento. Una brisa, con olor a lluvia próxima, erizaba la retorcida hiedra y, desde lejos, el gruñido de un trueno lejano retumbaba contra las piedras—. Así rara vez me decepciono.

Las hojas caídas crujieron contra la grava.

—En este caso, me inclino a estar de acuerdo… —empezó ella.

De repente, Ivanov la empujó contra el arco de piedra y la besó con fuerza.

—Parece indignada...pero no demasiado indignada —murmuró, inclinando la boca para pellizcarle el lóbulo de la oreja.

Ella jadeó, su ira caliente contra su carne.

—Sí, eso es.

Forcejeando, Phoebe liberó sus brazos. Le arañó los hombros, luego sus manos se suavizaron al deslizarse por su pelo. Sintió el roce de las yemas callosas de los dedos, el estiramiento del músculo liso mientras el cuerpo de ella se amoldaba al de él. Ella no había descuidado su entrenamiento. Su gracia letal -todo extremidades largas y curvas ágiles- le hizo pensar de nuevo en una leona. Una cazadora regia. Igualándole fuerza a fuerza.

Con un gemido bajo, la besó de nuevo en los labios, la pretensión de pasión profundizándose hasta una necesidad más primaria. Tan feroz, tan femenina. Su lengua se introdujo dentro de ella, tocándola, provocándola, tentándola.

Phoebe se estremeció mientras se arqueaba hacia atrás y se entrelazaba en un abrazo más íntimo. Envalentonado, Ivanov deslizó las manos sobre sus pechos, sintiendo cómo las puntas se endurecían contra sus palmas. Cambiando de postura, metió una rodilla entre las faldas de ella.

Ella pareció tomarse sus órdenes a pecho. En lugar de luchar contra él, abrió las piernas a su escandaloso avance. En otro momento...

Él se echó hacia atrás.

—Pégame —susurró, perplejo al encontrar su voz extrañamente difuminada—. Con fuerza. —La palma de ella le cruzó la mejilla en una bofetada punzante.

Se quedaron inmóviles, uno frente al otro, en rígido silencio. La sorpresa los mantuvo inmóviles durante unos instantes.

—Bien jugado —murmuró finalmente, apartándole lentamente una maraña de rizos de la nuca—. Si alguna vez te cansas de tu empleo actual, podrías considerar una carrera en el

escenario.

—¿De qué demonios iba todo eso? —Tenía la cara sonrojada y la respiración entrecortada.

—Las damas estaban mirando. —Con los ojos, Ivanov indicó la pantalla de tejos que bordeaba la terraza superior—. Ya se han ido.

—¿Por qué...? —empezó ella.

—Interpretando el papel de un rastrillo, pretendo ver qué tensiones ocultas puedo suscitar entre el partido londinense. Esta pequeña escena ayudará a convencer a lady Sylvia y a las hermanas Talcott de que no soy del todo un caballero.

—¿No es ese exactamente el tipo de macho que a una jovencita educada gentilmente se le enseña a evitar?

—Ah, pero el sabor de lo prohibido ha sido una atracción irresistible desde que el Jardín del Edén fue puesto en esta tierra...

Los labios hinchados por el beso de Phoebe se apretaron. ¿Era su imaginación, o temblaban ligeramente?

—¿No te pondrás celosa, verdad, si coqueteo con ellas? —preguntó.

Ella maldijo, arrancándole una pequeña carcajada.

—No, no lo creía, palomita. —Se dio la vuelta y luego vaciló al venirle a la mente un pensamiento inoportuno—. Pero sin duda cotillearán con los caballeros sobre su propia disponibilidad. Tenga en cuenta que pueden intentar tomarse las mismas libertades que acabo de hacer yo.

—Puedo arreglármelas sola, señor...

—Alex —le interrumpió—. Recuerde que habíamos acordado prescindir de las formalidades. Y eso conviene a nuestra intimidad. Si estuviéramos llevando un asunto ilícito,

difícilmente nos llamaríamos por nuestros apellidos.

—Es sólo una actuación.

Ivanov se encontró saboreando la visión de su rubor. El color se extendía lentamente por sus pómulos, el tono carmesí oscuro se acumulaba en los huecos y luego se aclaraba a un tono rosa más matizado a medida que se acercaba a sus ojos.

—Ah, pero eso no lo saben, ¿verdad, Phoebe?

—Esperemos que no sea la única falsedad que no descubren — murmuró ella. La temperatura estaba bajando y Ivanov sintió la piel de gallina bajo la fina tela de su manga—. De Villiers estuvo terriblemente atento durante nuestra pequeña tête-à-tête de anoche. Incluso preguntó en qué parte del país me había criado.

—¿Cómo le mantuvo ocupado?

Ella exageró el aleteo de sus pestañas.

—Pidiéndole que me explicara el misterioso funcionamiento de una pieza de caza del siglo XVII. —El espeso flequillo dorado pareció encender motas de fuego en sus ojos esmeralda—. Por cierto, su discurso sobre balística fue lamentablemente inexacto. Fue el nigromante bávaro Moretius quien escribió un tratado sobre los principios del estriado, no un monje benedictino de Saboya. En 1522, no un siglo después.

Ivanov no pudo evitar sonreír al pensar en la expresión del francés si ella se hubiera adelantado y le hubiera echado en cara los hechos.

—Confío en que no haya corregido su error.

Su mirada se tornó rasgada.

—Usted no es el único que sabe jugar el juego de la adulación. El entrenamiento de la Academia incluye instrucción experta en las artes de la seducción, así como en el manejo de las

armas. Soy muy consciente de que los hombres no soportan equivocarse en nada.

Su humor se oscureció de repente para hacer juego con las nubes que lo cubrían.

—¿No se pondrá celoso, verdad, si coqueteo con él y sus amigos?

Juró, sorprendiéndose a sí mismo por la vehemencia de su juramento.

—No, no lo creía —Apretando los brazos contra el pecho, Phoebe se giró hacia los dientes del viento.

—Ten cuidado —le advirtió—. No se acerque demasiado a De Villiers. Puede que no sea más que un pomposo mojigato, pero si está aliado con Bianchi, es un asesino entrenado.

—Entonces será una pareja hecha en el cielo —replicó ella—. Tendré el placer de enviarle directamente al infierno.

—Tenga cuidado de no quemarse.

—Como vio en Irlanda, se me da muy bien manejar luciferes.

—Jugar con fuego siempre es impredecible, por si tu maldito entrenamiento no lo dejó claro. —Su anuncio le había cogido por sorpresa. Aunque le resultaba extraño por qué iba a molestarse al enterarse de su formación en artimañas femeninas. No era más que otra arma en su arsenal, y si ella podía esgrimirla bien, tanto mejor para sus posibilidades de éxito.

—Conozco muy bien los peligros de lo que hacemos.

Ivanov deseaba sentirse tan optimista.

—Entonces, no necesita más consejos de mi parte.

—Desde luego que no. Como he dicho, puedo cuidarme sola. —Se palmeó las faldas, sin duda comprobando que su cuchillo no se había movido durante su interludio amoroso—. Preferiría que se preocupara de cómo podemos seguir avanzando para asegurar la casa de los intrusos. La terraza está ahora protegida por cables trampa, pero hay muchas otras formas de

entrar en el lugar.

—Yo tampoco necesito un sermón que me alerte de los peligros que acechan a nuestras puertas —espetó—. Después de una copita de licor con Rawley y Euan anoche, pude saber qué puertas laterales y entradas de sótano no se utilizan nunca. Las he cerrado con mi propio juego de candados, así que eso reduce el número de vías de entrada a la casa.

Ella asintió.

—Y bromas aparte, su comentario anterior sobre clavar las ventanas tampoco es mala idea.

En estrategia defensiva, al menos, coincidían. Ivanov le sostuvo la mirada un momento más antes de volverse hacia la terraza.

—Me ocuparé de ello antes de la cena si ocupa mi lugar en el tablero de ajedrez.

—Otra cosa, también oí por casualidad una riña entre Annabelle y su hermano. Al parecer, ella comenzó un flirteo con un barón de Yorkshire que conocieron de camino al norte. Por lo que pude deducir, puede que haya un joven lunático de camino al norte, esperando una invitación para unirse a la fiesta de la casa aquí.

—Maldita sea, ya hay demasiados desconocidos —murmuró.

En cuanto a cualquier táctica ofensiva de su enemigo... tendría que permanecer en guardia.

Capítulo 14

Tantas preguntas, tan pocas respuestas.

Phoebe trazó con una tiza círculos aleatorios sobre la pizarra del aula, preguntándose cómo se había dejado distraer tanto que había descuidado preguntar a Ivanov sobre varias preocupaciones acuciantes. Sus besos, por falsos que fueran, la habían dejado momentáneamente privada de razón. El por qué de aquello estaba resultando tan esquivo como todas las demás respuestas que buscaban, pensó cabizbaja. Pero las preocupaciones personales, por inquietantes que fueran, podían esperar.

Lady Octavia era un misterio mucho más importante. La reacción de la viuda ante los visitantes de Londres había estado marcada hasta el momento por una extraña combinación de combatividad y temor. Es cierto que la relación era muy corta, pero Phoebe estaba dispuesta a apostar que la anciana no se arrugaba ante una dificultad. Y con su fiel bastón firmemente sujeto en la mano.

Que la viuda se viera derrotada por algo menos que un dragón que escupiera fuego...

El agudo rasguño hizo que Emma levantara la vista de su ejercicio de escritura.

—La B es endiabladamente difícil de hacer bien —suspiró—. Sale toda grumosa, por mucho cuidado que ponga.

—No debes decir 'endiabladamente' —corrigió Phoebe.

—Scottie lo hace. —La pequeña barbilla, ahora generosamente manchada de tinta, se elevó

una fracción más—. Y el tío Angus también.

—Si Prescott lo hace a oídos del señor Oliver, puede que sienta un abedul en el trasero. En cuanto a su tío… — Tamborileó con los dedos sobre el escritorio—. Quizá le lavemos la boca con jabón.

Como había esperado, Emma soltó una risita. Pero el sonido fue fugaz. Demasiado pronto, la niña tenía una mirada melancólica. Y recelosa.

—Le echo mucho de menos. La abuela dice que se ha retrasado en Inglaterra y que debemos ser pacientes. —La niña se pasó un nudillo por la mejilla— Es endiabladamente difícil ser paciente.

—Sí, lo es. —Después de apretar los pequeños hombros encorvados, Phoebe se inclinó para echar un vistazo a las cartas—. Lo estás haciendo muy bien. Intente sujetar la pluma un poco más cerca del plumín. Así, creo que le resultará más fácil controlar el trazo. — Pasando a una nueva página del cuaderno, añadió—: Ahora escriba el pasaje una vez más. La práctica hace al maestro.

Mientras Emma suspiraba y se ponía de nuevo manos a la obra, no pudo resistirse a escabullirse al pasillo para echar un rápido vistazo al aula contigua. Ivanov y Prescott estaban enfrascados en el estudio del globo terráqueo. Su lento girar bajo el tacto del tutor le pareció una metáfora adecuada de sus propias emociones inquietas. El ruso tenía un don para mantenerla desequilibrada.

La guerra es el Tao del engaño.

Recordando uno de los preceptos básicos de Sun-Tzu, Phoebe recordó una vez más cómo el más mínimo desliz podía significar el desastre.

Entre los besos explosivos de Ivanov y los suaves coqueteos del francés, más le valía encontrar la forma de mantenerse firme.

—Qué pequeña y encantadora locura tiene usted junto al lago, lady Octavia —dijo Helen alegremente mientras paseaba por el salón, esperando a que se sirviera el té de la tarde—. Dimos un corto paseo por allí esta mañana y pasamos una hora muy agradable disfrutando de la vista.

—El cuarto Laird McAllister era un gran admirador de la arquitectura griega —respondió la viuda sin levantar la vista de su libro.

—Hay un encantador barquito amarrado a la escalinata —continuó Helen, sus palabras dirigidas ahora a los caballeros de su grupo—. ¿Podríamos convencerles para que nos llevaran a navegar alguna tarde?

—Estaré encantado de manejar los remos si sus amigos prefieren dedicar sus horas de ocio a la caza —se ofreció rápidamente Ivanov.

Jervis, que junto con Talcott y el conde hojeaba un folio de grabados de aves, dejó a un lado la estampa de un halcón gerifalte

—Qué amable es usted, señor Oliver —dijo con una mueca mal disimulada—. Pero creía que sus obligaciones en el aula no le permitían tales libertades.

—Oh, estoy seguro de que puedo organizar mi horario para atender las necesidades de las damas tanto como las de mi alumno —Como había esperado, el ofrecimiento de sus servicios le había parecido presuntuoso al lord londinense.

—Amable, desde luego. —Lady Sylvia no pareció tener tales objeciones. Su murmullo era más bien un ronroneo—. Estaremos encantadas de aprovechar su amable oferta. ¿Quizás mañana?

—Pero mi querida Sylvia, creía que habíamos acordado celebrar nuestro desafío de tiro con arco por la mañana —recordó el conde—. Los caballeros deberíamos afinar nuestras habilidades antes de partir hacia los páramos.

—Ah, sí. Muy cierto, Arnaud. No sé cómo se me ha olvidado. — lady Sylvia parecía

consciente de la tensión que había despertado. Y sin prisa por suavizar cualquier pluma erizada —. Otro día entonces, señor Oliver.

—Estoy a su servicio, milady. Sólo tiene que decir cuándo.

—Bien, entonces. —Jugueteó con los extremos de su faja—. Quizás aceptaría servir de segunda para las damas en la competición de mañana. Como los caballeros están decididos a vernos derrotados, no podemos contar con que jueguen limpio.

—Estaría encantado de ser de ayuda.

—Ojalá mi hermano tuviera unos modales tan solícitos. Pero le importan más sus palos y sus partidas de cartas que sus hermanas. — La boca de Annabelle se frunció hasta formar un mohín petulante—. Juro que sólo piensa en sí mismo y nunca en nuestros placeres. Rara vez se ofrece a llevarnos a pasear en coche por el parque, o a acompañarnos a un baile, aunque sabe lo mucho que disfrutamos con esas actividades.

Talcott se dirigió al aparador.

—Tal vez si te comportaras más como una dama apropiada que como una colegiala malcriada me inclinaría a acceder a tus caprichos. Sin embargo, tu comportamiento en el viaje hasta aquí no auguraba que eso fuera a suceder. Tus escandalosos coqueteos fueron extremadamente embarazosos. —Frunció el ceño—. Ya era bastante malo que la rotura de una rueda obligara a retrasarnos un día en esa espantosa posada, pero que usted alentara las atenciones de un simple barón era fuera de lugar. Lord Nadie.

—¡Deja de llamar don nadie a lord Norbert! —exclamó Annabelle.

Ivanov vio por sí mismo que Phoebe no había exagerado la mala voluntad entre hermanos. Al parecer, la elección de pretendientes de la muchacha no agradaba a su hermano.

—Un título de Yorkshire brilla tanto como uno de Londres — continuó—. Y su encanto es ciertamente mucho más pulido que el suyo. Fue lo bastante caballeroso como para asegurarse de

que el casero se ocupara de las comodidades de nosotras, las damas, mientras usted se emborrachaba con la cerveza local.

Ignorando su réplica, añadió otro chorrito de whisky a su vaso.

—De verdad, Helen, ¿no puedes ejercer un poco de moderación? Empiezo a pensar que la tía Georgianna tenía razón al decir que necesita una influencia más firme que tú y mamá si quiere evitar arrastrar a la familia al escándalo.

Helen respiró agitadamente ante el reproche.

—No soy yo quien tiene a los atigrados meneando la lengua. Tu reciente suerte -o más bien la falta de ella- en los salones de juego de la ciudad es el único defecto familiar que da pie a los cotilleos.

—Muérdete la lengua —gruñó su hermano—. Mis asuntos personales…

— “Ya basta” —dijo lady Sylvia.

—Pero Helen tiene razón —La menor de los Talcott pareció pensar que la orden no la incluía a ella—. La única razón por la que Robert accedió a este viaje no fue por preocupación por nuestros deseos, sino para escapar de sus acreedores.

—Bien o mal, uno no discute en público asuntos familiares tan privados. —La sonrisa de lady Sylvia no le llegó a los ojos—. Ya debería haberlo aprendido.

Ivanov ocultó una sonrisa al ver la mirada de enfurruñado desafío que Annabelle dirigía tanto a su hermano como a la otra dama. Una diablilla testaruda. Con el estímulo adecuado, bien se la podría engatusar para que hiciera más revelaciones indiscretas sobre la fiesta de Londres.

—¿Ves lo que tengo que aguantar? —dijo Talcott con un largo suspiro de sufrimiento—. Ya que estás levantado, sírveme otra medida de ese excelente malta, Jervis. Las discusiones desagradables siempre me dan sed.

Annabelle parecía a punto de replicar, pero un fruncimiento de ceño de su hermana le advirtió que guardara silencio.

—En efecto, hace un poco de calor aquí —murmuró De Villiers—. Creo que saldré a tomar un poco de aire fresco. ¿Le gustaría acompañarme a dar una vuelta por la terraza, señorita Sloane? Dada su experiencia educativa, me preguntaba si podría decirme los nombres en inglés de varias de las plantaciones de especímenes.

Phoebe vaciló, luego dejó a un lado su libro.

—Estaría encantada de intentarlo, señor, aunque las plantas no son mi campo de especialización.

La tensión en la sala se relajó ligeramente, pero Ivanov fue consciente de una constricción en su propio pecho. Así pues, había hablado muy en serio sobre su intención de utilizar su sexo como señuelo. No debería sorprenderle. Ambos estaban entrenados para utilizar la debilidad de un enemigo como arma. Aun así, aunque su máscara de buen humor permaneció inquebrantable, no podía quitarse de encima la inquietante sensación: una extraña mezcla de irritación y aprensión.

—El material de lectura aquí es todo tan aburrido —se quejó Annabelle—. El único ejemplar de las láminas de moda de Ackermann tiene al menos una década.

—Mientras los caballeros disfrutan de sus bebidas, quizá a las damas les gustaría aprender los fundamentos de un juego de mesa de la India. —Apartándose de sus recelos internos, Ivanov lanzó al aire un par de dados de marfil y los atrapó con un alarde de bravuconería—. Encontré un juego de backgammon en el armario de las cartas, y creo que le parecerá una combinación muy interesante de suerte y estrategia.

—Me intriga, señor Oliver. —Lady Sylvia no dio tiempo a responder a las hermanas—. Estaría encantada de emparejar ingenio con usted.

—Un lamentable lapsus en los modales —murmuró el conde—. Por favor, acepte mis disculpas por mis amigos.

—No tiene nada de qué disculparse. —Phoebe permitió que la guiara hasta la barandilla. La noche era fresca, pero clara, las estrellas nítidamente luminosas contra el cielo sable. Una luna creciente proyectaba una suave luz sobre las urnas decorativas y los retorcimientos de hiedra—. No fuiste tú quien se portó mal.

—¿Entonces no soy culpable por asociación?

—Creo en juzgar a la gente por sus propios méritos individuales.

—Es usted amable, señorita Sloane. —Le tocó la mano, su significado inconfundible—. Más que amable. —Phoebe se recostó contra los balaustres de piedra, deslizando sus dedos libres de los de él.

—Ah.— Una sonrisa jugueteó en sus labios. Parecía más divertido que enfadado por haber desairado sus avances. Todo en él -sus gestos, su vestimenta, su forma de inclinar la cara para mostrar sus mejores ángulos- sugería a un hombre supremamente seguro de que nadie podría resistirse mucho tiempo a sus encantos—. Hablando de méritos individuales, ¿cuál es su relación con el señor Oliver?

—¿Por qué lo pregunta?

—Lejos de mí repetir chismes ociosos, pero las damas observaron una escena bastante íntima esta mañana. Simplemente siento curiosidad por saber cuán profundo es el apego.

Ella levantó los hombros, imitando su encogimiento de hombros galo.

—No tenemos ningún entendimiento formal, si a eso se refiere. Lo que ha ocurrido hoy no ha sido más que un capricho del momento. Tiene una opinión muy elevada de sí mismo, como estoy segura de que habrá notado. Y con cierta razón. No se puede negar que es un hombre muy

guapo.

—Guapo, desde luego. —El conde jugueteó con la leontina de su reloj—. Pero, no obstante, un humilde tutor. Uno que probablemente tenga poco que ofrecer a una joven inteligente como usted, salvo sus besos.

—¿Y usted sí?

—Ciertamente. Un nidito acogedor en Londres, vestidos elegantes, dinero suficiente para mantenerte cómoda.

—¿Por qué yo? —preguntó ella al cabo de un momento—. Acabamos de conocernos.

—¿Por qué? —repitió él—. Eres extremadamente encantadora y tienes un cierto no se qué…

Ella arqueó una ceja.

—Un aura de misterio. Un intrigante matiz de acero en tu espina dorsal. Confieso que la idea de convencerte de que no te doblegues ante el placer es bastante provocativa.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—Cuando me propongo algo, no tengo por costumbre fracasar — respondió el conde.

—Algunos podrían llamar a eso arrogancia, Monsieur De Villiers.

—Y algunos podrían llamarlo honestidad. ¿Qué podría decir, por favor, señorita Sloane?

Phoebe sonrió y contestó en el mismo suave susurro.

—A decir verdad, aún no he decidido qué pensar, señor.

—Una mujer que se toma su tiempo para deliberar sobre todas sus opciones —asintió—. Qué sabia.

—Hay muchas trampas para una en mi profesión. No sobreviviría por mi cuenta si no

tuviera cuidado.

—Y sin embargo, no detecto ninguna nota de amargura —dijo lentamente el conde—. Aunque los crueles caprichos del Destino te han dejado sola en el mundo, y obligada a trabajar para ganarte la vida.

—Lloriquear es un desperdicio de aliento.

—Hay quienes podrían beneficiarse de su ejemplo.

Phoebe agradeció el cumplido con una ligera carcajada. Extrañamente, contra toda razón, le estaba resultando difícil que aquel hombre le cayera mal. Tenía un cierto...

Yo no se qué, repitió en silencio, saboreando el melifluo eco de su lengua materna. En parte era un ingenio rápido y una franqueza desarmante sobre lo que quería.

Pero además, se recordó a sí misma, un agente experimentado conocería todos los pequeños trucos para parecer encantador. Dada una espada, ella podría cortar cualquier giro ingenioso y distracción. Con las palabras como única arma, no se sentía tan segura.

Al sentir sus ojos fijos en su rostro, Phoebe compuso rápidamente sus pensamientos.

—Imagino que usted también podría despotricar contra la injusticia de la vida. No puede ser fácil: un caballero de título, y sin duda de riqueza. Y sin embargo, aquí está usted, obligado a abandonar su patria, su herencia, y refugiarse en un país extranjero.

—No es fácil, no. Pero, como usted, soy pragmático y saco lo mejor de la situación. Hay lugares peores para aterrizar que Londres. Y varias de las familias emigradas más influyentes se encargaron de introducirme en la sociedad.

—¿Conoce a lady Sylvia y a los demás desde hace mucho tiempo?

—Somos conocidos ocasionales. —Su respuesta evadió la pregunta—. Cuando lady Sylvia me invitó a unirme al viaje a Escocia, acepté. Apelaba a mi sentido de la aventura.

—Así que no le intimida lo desconocido.

—A usted tampoco. Es otra cosa que tenemos en común, señorita Sloane. —Sus pestañas oscuras eran largas y espesas, y las utilizaba con la misma sutil habilidad de una dama—. Tenía que haber muchos otros puestos de enseñanza disponibles más cerca de Londres.

—Ninguno que ofreciera las mismas recompensas. Volvamos al dinero...Dicen que es la raíz de todos los males. Pero me atrevería a decir que quienes lo tienen no estarían tan satisfechos si se despertaran una mañana y se encontraran sin un céntimo.

De Villiers soltó una carcajada por lo bajo.

—Estoy seguro de que una de las fábulas de Esopo dice más o menos lo mismo. Sin embargo, como no soy tan erudito como el señor Oliver, no puedo recordarla. Sin duda él podría recitárnosla textualmente.

—En realidad, creo que dijo que entre sus conocimientos no está el francés.

—Muy cierto.

Al mover la mano sobre la piedra, el guiño de la luz de la luna captó el destello del oro. La cresta tallada en el metal bruñido parecía ser un grifo. En su meñique había un anillo más pequeño, el único rubí aparecía casi negro en las sombras.

—Como comentó la señorita Annabelle, el hombre tiene unos músculos admirables para ser un erudito. El señor Oliver cree en el antiguo ideal griego -men ssana in corpore sano-.

—Una mente sana en un cuerpo sano. —De Villiers hizo una pausa—. Sí, mencionó su pericia en las lenguas clásicas. Hablando de eso, no consigo ubicar su acento... ¿Ha estudiado en el extranjero?

Ella también pudo esquivar la pregunta directa.

—Incluso para un oído inglés, el acento de Yorkshire suena bastante exótico.

—Ah. Eso debe explicarlo.

Tras intercambiar unas cuantas bromas más, el conde se ofreció a acompañarla de vuelta al calor del ardiente fuego de leña. Phoebe no tardó en aceptar, y una vez dentro, se despidió del resto de la fiesta, alegando cansancio y la necesidad de levantarse temprano para ir a clase.

Estaba cansada y el día le había dejado mucho sobre lo que reflexionar. Colocando su chal sobre el tocador, empezó a sacar sus horquillas. Por un momento, se encontró mirando su propio rostro en el espejo. En el parpadeo de la luz de las velas y las medias sombras era difícil reflexionar sobre lo que veía exactamente. ¿Era un sutil cambio de perspectiva, o sus ojos no eran tan agudos como ella pensaba?

Tal vez por la mañana las cosas parecerían más claras.

Acercándose a la ventana, Phoebe echó un último vistazo a los jardines mientras se recogía el pelo en una sencilla trenza. El cielo seguía despejado, lo que permitía que un baño de pálida luz de luna proyectara un brillo plateado sobre las plantas ornamentales. Había una quietud en las hojas, un aire de tranquilidad...

Por el rabillo del ojo, captó un repentino movimiento. Un aleteo de encaje bajo una capa oscura.

Lady Sylvia. Y no estaba sola.

Phoebe dejó caer su cepillo y salió disparada hacia la escalera trasera. Bajó a toda prisa a la cocina, atravesó las despensas y abrió con facilidad la puerta de la fregadera. Sus zapatillas eran blandas y consiguió arrastrarse sin hacer ruido hasta el seto de privet a tiempo de oír cómo el tono de Sylvia se volvía más agitado.

—... ¡por supuesto que no sabía que estarían aquí!

La respuesta del hombre fue baja y demasiado apagada para que Phoebe pudiera distinguir la voz.

—Bueno, le sugiero que piense en algo, y rápido. La señorita Sloane es demasiado aguda para mi gusto. Tiene ojos como puñales.

Aplanándose contra el suelo, Phoebe se deslizó más cerca del borde de los arbustos, intentando identificar a la acompañante de la dama.

—No estoy imaginando cosas. —La estridencia de lady Sylvia se escuchó con suficiente claridad a través del frío, pero el hombre estaba de espaldas a Phoebe. Borrosos por el revoloteo de las hojas, su tamaño y estatura eran demasiado indistintos para distinguirlos. Podría haber sido cualquiera de los tres invitados masculinos. O un desconocido.

—Oh, para ti es fácil decirlo —dijo lady Sylvia en respuesta a sus confusas palabras. Escuchó un momento más y luego asintió a regañadientes—. Muy bien, confiaré en usted para manejar las cosas. Pero procure hacerlo sin demora. Cuanto antes abandonemos este montón de rocas en descomposición, mejor.

Su compañero se movió, arrojándose más profundamente en la sombra.

—Será mejor que no permanezcamos aquí fuera más tiempo. Alguien podría descubrirnos. —Aferrándose a su capa, lady Sylvia casi tropezó con un enredo de enredaderas de hiedra en su prisa por retirarse.

Phoebe regresó con paso seguro a su propia habitación sin ser vista. Cuando la puerta se cerró silenciosamente sobre sus goznes recién engrasados, decidió que Ivanov debía ser informado inmediatamente de este último acontecimiento. Si aún no había salido en su patrulla nocturna, tal vez podría...

Se detuvo en seco al ver a lady Octavia sentada en la cama con una pistola antigua en las manos.

—¿Quién es usted? —exigió la viuda.

Phoebe no contestó de inmediato.

—Y no se moleste en repetir esa farsa de ser institutriz arreglada por mi hijo. He permanecido en silencio, tratando de decidir qué es lo que pretende, pero ahora que Sylvia y su grupo están aquí, no me atrevo a quedarme de brazos cruzados por más tiempo.

—Lady Octavia, es muy tarde, y quizás se haya confundido un poco, con toda la reciente agitación de su tranquila rutina. Si quisiera echar otro vistazo a la carta...

— No he estado bebiendo jerez —dijo la viuda con gesto adusto—. Puedo parecer una vieja tonta temblorosa a alguien tan joven como usted, pero aún soy lo bastante aguda para conocer la letra de mi propio hijo.

Phoebe respiró hondo y luego lo dejó escapar en un irónico suspiro.

—Informaré a Whitehall de que sus falsificadores no son tan buenos como creen.

El arma vaciló sólo un poco.

—¿Ha sido enviado por Whitehall? Demuéstrelo.

—No puedo —respondió—. Trabajo estrictamente encubierto. Nada debe relacionarme en modo alguno con el gobierno.

Los ojos de lady Octavia permanecieron entrecerrados.

—¿Y el señor Oliver? ¿También trabaja para Whitehall?

—No. Se trata de una empresa conjunta, por así decirlo. No estoy en libertad de decir para quién trabaja, pero le aseguro que es...

—Un amigo, no un enemigo.

Phoebe miró a su alrededor y vio la silueta de Ivanov en la puerta.

Entró en la habitación y cerró la puerta.

—Y al igual que mi encantadora colega, no puedo presentar ninguna orden oficial de mis superiores en San Petersburgo. Sólo puedo ofrecer mi palabra de caballero. —Levantó la vela, lo

justo para iluminar un guiño de ojos dorados—. Por así decirlo.

Los frágiles hombros de la viuda se relajaron y bajó el arma.

—¿Por qué no lo dijiste desde el principio?

—Teníamos órdenes estrictas de no alarmarla —respondió Ivanov.

Hizo un ruido grosero.

—Como si su merodeo por la noche no fuera motivo de preocupación, joven. Aunque me preguntaba si ustedes dos no estarían simplemente encubriendo sus hazañas amorosas.

—Ay, mi colega es de la opinión de que esta misión debe ser todo negocios, nada de placer.

Phoebe se alegró de que la tenue luz ocultara el rubor que subía a sus mejillas.

—Como ve, el señor Ivanov -es decir, Oliver- tiene suficiente ingenio serendípico para los dos. En cualquier caso, no hay nada remotamente placentero en la situación.

La expresión de Ivanov se volvió mortalmente seria.

—No, en efecto. Los niños y usted pueden estar en grave peligro, milady.

—Ya lo sospechaba. —En todo caso, el brillo de los ojos de lady Octavia se iluminó un poco más—. ¿De esa astuta Sylvia?

Phoebe y Ivanov intercambiaron miradas.

—No podemos asegurarlo… ¿Qué sabe usted ?

Ella dudó, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—No tiene sentido mantenerlo en secreto. —Acercándose un paso más a la viuda, bajó la voz a un murmullo bajo—. Los franceses están desesperados por impedir que su hijo trabaje con los militares británicos. Han enviado a uno de sus mejores agentes para que venga aquí.

—¿Para secuestrar a los niños? —preguntó lady Octavia.

—O algo peor —respondió Phoebe—. Para ser francos, creemos que hará lo que crea necesario para lograr sus objetivos.

Por el rabillo del ojo, vio que el perfil de Ivanov adquiría una línea más dura bajo la luz de la luna.

—No estamos exagerando el peligro, milady —dijo—. Monsieur Bianchi es un asesino sin remordimientos.

—Hmmph. —Lady Octavia parpadeó y luego comprobó el cebado de su pistola—. Entonces tendremos que asegurarnos de que nunca tenga la oportunidad de hacer su trabajo sucio.

—Precisamente. Hemos estado trabajando diligentemente para asegurarnos precisamente de eso. —Ivanov suavizó sus palabras con una ligera sonrisa—. A la señorita Sloane y a mí nos alienta saber que podemos contar con su potencia de fuego si llegara el caso. Pero por ahora, nos gustaría pedirle que nos deje a nosotros las incursiones ofensivas.

La viuda dejó a un lado la pistola, bastante a regañadientes.

—Así que desean que actúe como si nada ocurriera con nuestros invitados.

—Un antiguo general chino escribió un librito que aún se considera la biblia de la guerra, milady —dijo Phoebe. Uno de sus preceptos dice: 'Sé tranquilo y oscuro'.

—Y si no recuerdo mal, otro dice: 'Aunque seas capaz muestra incapacidad'. —Lady Octavia meditó un momento—. Angus también es un admirador de Sun-Tzu, señorita Sloane. Y supongo que el pensamiento de ese hombre tiene mucho sentido. Aunque fuera un extranjero pagano.

—Así que, en el espíritu de la armonía internacional, propongo que sigamos las enseñanzas del tipo —sugirió Ivanov.

—Haré lo que pueda —respondió solemnemente la viuda.

—Nosotros también lo haremos, milady. —Phoebe reprimió un escalofrío mientras retiraba con cuidado el pedernal del arma de fuego antigua.

Capítulo 15

Las armas estaban muy presentes a la mañana siguiente, ya que el grupo londinense insistió en organizar sus juegos de tiro con arco inmediatamente después del desayuno. Con Euan, el anciano lacayo, como guía, Jervis y el conde se dirigieron a los desvanes y pronto reaparecieron con un arsenal de robustos arcos de tejo y carcaj de cuero llenos de flechas.

—Estas probablemente se utilizaron contra nuestros antepasados en la batalla de Culloden Moor —bromeó Talcott mientras manoseaba las flechas emplumadas—. Parece como si pudieran penetrar una armadura.

—Y muy probablemente lo hicieron. Los escoceses tienen una historia bastante sanguinaria —dijo el conde.

—Ni los ingleses ni los franceses tienen una reputación intachable cuando se trata de violencia. —Entrando en el vestíbulo, Ivanov se inclinó ante las damas antes de añadir—: No hay más que ver el conflicto actual.

—¿Es usted, por casualidad, cuáquero, señor Oliver? —preguntó Jervis en tono burlón—. Porque ciertamente parece usted un hombre que rehúye la lucha.

—Ay, no. Aunque admiro su paciencia y sus principios pacifistas, soy de la opinión de que la violencia es a veces un mal necesario.

Lady Sylvia sonrió en señal de aprobación.

—Un sentimiento muy caballeroso, señor Oliver. Es difícil encontrar defectos en su forma de pensar.

Jervis enrojeció, mientras el conde parecía divertirse con alguna broma privada. Talcott, que no parecía nada contento de haber sido despertado antes del mediodía, emitió un gruñido malhumorado.

—¿Estamos listos?

—Sí. ¿Por qué no ayuda a Randall y a Arnaud con los arcos, mientras las señoras vamos a buscar las cestas de picnic preparadas por Cook? —Se dio la vuelta, haciendo una pausa lo suficientemente larga como para mostrar un tímido atractivo—. Viendo que está de nuestra parte, quizás sería tan amable de echarnos una mano, señor Oliver.

Lady Sylvia parecía deleitarse ostensiblemente en azuzar a sus amigos londinenses para que se pusieran de mal humor esta mañana. La razón no estaba clara para Ivanov, pero como por el momento convenía a sus propios propósitos, no tuvo inconveniente en seguirle la corriente.

—Estaré encantado de hacerlo —respondió, ofreciendo su brazo con una floritura. No pasó por alto la mirada sucia que le dirigió Jervis.

Y por Annabelle. La afición de Robert Talcott por la botella estaba sin duda exacerbada por su hermana menor. Era una pequeña gata infernal, que escupía ira y frustración adolescente. Estaba claro que pensaba que su belleza debía tener a los hombres arrastrándose a sus pies. Que los que la rodeaban prestaran más atención a una viuda anciana y a una institutriz remilgada era obviamente exasperante.

Mientras acompañaba a lady Sylvia a la cocina, Ivanov se recordó a sí mismo que debía buscar un momento o dos en privado con la muchacha. En su estado de ánimo actual, sería fácil engatusarla para que hablara de otras personas con detalles íntimos.

La oportunidad se presentó durante el paseo hasta los huertos. Todavía en un arrebato

infantil, Annabelle se había negado a seguir el ritmo de las otras dos damas. Con el pretexto de comprobar que se había acordado de añadir una lima de madera y un cuchillo de trinchar a la última cesta, Ivanov se dejó caer y la esperó a la sombra del jardín amurallado de hierbas.

—No he podido evitar ver que parece tener poco entusiasmo por el próximo partido, señorita Annabelle. ¿Se siente mal?

—Me sorprende que se haya fijado en algo más que en el vestido de paseo de lady Sylvia —contestó ella con cierta sorna—. Realmente, una dama de edad avanzada no debería llevar un corpiño tan escotado.

—Cuando una dama ya ha pasado la lozana flor de la juventud, debe recurrir a medidas desesperadas —murmuró Ivanov.

—No parece que piense que se ha marchitado en la vid. —Su voz seguía enfurruñada.

—Debo esforzarme por ser cortés. Como sirviente contratado, difícilmente puedo permitirme ofender al pariente de mi patrón.

El rostro de Annabelle se iluminó al pensar en sus palabras.

—Sí, entiendo lo que quiere decir. Qué aburrido para usted, señor.

—A veces. —Él esbozó una sonrisa pícara.

Ella se acercó un paso.

—¿Excepto cuando le está robando besos a esa institutriz de ancas tiesas?…

—Sobrepasé los límites del decoro. Como vio, ella me puso rápidamente en mi sitio.

—Vaca tonta. Ten por seguro que yo no levantaría tal polvareda por un pequeño coqueteo inofensivo. —Agarrándose a su camisa, se puso de puntillas y le plantó un torpe beso con la boca abierta en los labios. La cesta de picnic se balanceó salvajemente, asestándole un golpe de refilón en la pierna antes de enredarse en sus faldas.

Soltándose de su abrazo, la arrancó suavemente de su agarre.

—Permítame.

Los ojos de Annabelle tenían un brillo peligroso. Rápidamente la cogió del brazo y echó a andar.

—Por mucho que me gustaría profundizar en nuestro conocimiento, no es el momento ni el lugar —susurró.

—Cat dice que es siempre tan… excitante hacer algo arriesgado. —Vio el errático aleteo del pulso en su garganta—. Permití que Johnny Wollton me metiera la mano bajo las faldas el mes pasado, pero sólo es un chico y no es ni la mitad de guapo que tú. —Ella apretó sus caderas contra las de él—. ¿Le gustaría tocarme, señor Oliver? ¿Qué le parece?

Su propia mente se aceleraba mientras añadía una carcajada gutural. Tendría que tratar a la pequeña diablilla con guantes de seda, de lo contrario la situación podría volverse embarazosa. O peor. Maldita sea. Si alguien de la fiesta londinense le pillaba embelesando a una señorita de alta alcurnia, habría un infierno que pagar. Un duelo, un arresto por agresión... había cualquier número de formas en las que la misión podría verse comprometida.

Annabelle sacudió la cabeza y sonrió.

Era como una potranca testaruda, pensó. Alguien debería tomar las riendas y ofrecerle alguna orientación antes de que fuera demasiado tarde. Salvajismo no era lo mismo que espíritu. Y con su temeridad desenfrenada, la muchacha bien podría acabar haciendo daño a los demás, además de a sí misma.

—Sin embargo, tengo que ser muy, muy cauteloso —advirtió—. Su hermano podría hacer que me transportaran si me pilla con usted. Por no hablar de la señorita Sloane —. No pudo resistirse a añadir—: Ella me vigila como un halcón. Me temo que cualquier transgresión será denunciada a la viuda.

—¡Oh, pooh! —reprendió ella—. ¿Nunca se ha arriesgado en la vida, señor Oliver?

—Una o dos —dijo él con cara seria.

—Eso me gusta más.

Mientras cruzaban la hierba hacia donde esperaba el resto del grupo, Annabelle dio un socarrón volantazo a sus faldas al pasar junto a lady Sylvia.

La dama no parecía divertida.

Talcott maldijo y Jervis chasqueó la cuerda de su arco antes de darse la vuelta.

Ivanov estuvo tentado de reírse en voz alta. Había pretendido agitar unas cuantas olas, no un tifón en toda regla. De momento, las aguas parecían peligrosas. Tendría que llevar un rumbo cuidadoso para evitar quedar atrapado en las corrientes cruzadas.



—¿Llovieron flechas? —Los ojos de Prescott se abrieron de par en par y Emma se estremeció.

Phoebe hizo una pausa en la lectura del libro de historia.

—Es una forma de hablar —explicó—. Pero según testigos presenciales, el cielo se oscureció por su número. Y para los soldados franceses en el campo de Agincourt, debió parecerles que el cielo se había vuelto contra ellos.

Prescott hizo rodar su pluma entre los dedos.

—El señor Oliver dice que los arqueros ingleses eran los guerreros más temidos del mundo hasta que alguien descubrió cómo utilizar la pólvora en las armas de fuego.

—Efectivamente.

—Papá es un mago con la pólvora —dijo Emma—. ¿Es un guerrero temido?

—Es un científico famoso —respondió Phoebe con evasivas.

La niña pareció satisfecha con la respuesta. Su hermano, sin embargo, levantó la vista de su pluma con expresión pensativa.

Rápidamente volvió la conversación a las flechas.

—Incluso hoy en día, los pieles rojas de América son extremadamente hábiles con el arco. Con un solo disparo pueden derribar un búfalo, del que se dice que es incluso más grande que uno de sus grandes y peludos bueyes de las Highlands.

—¿Podríamos ver al señor Oliver en acción?

Como innumerables otras mujeres, Emma había sido conquistada por el encanto de Ivanov, pensó Phoebe. No necesitaba ningún arma para matar corazones, salvo una sonrisa pecaminosa.

Sacudiéndose de encima los pensamientos tan ingobernables de sus labios curvados, cerró su libro.

—Sólo está aconsejando a las damas sobre la técnica. Pero si desea ver a las demás exhibir sus proezas, no veo por qué no podemos tomarnos un descanso de nuestras lecciones en el aula.



Ivanov probó la flexión del arco y eligió una cuerda más fina.

—Vea cómo le sienta, lady Sylvia. Si está demasiado rígido, podría afeitar un poco los extremos.

Ella tensó la cuerda.

—Es perfecto.

—Al igual que su técnica —respondió—. Me alegro de no estar en el bando contrario en esta batalla.

—Lady Sylvia es una auténtica Diana —dijo De Villiers con una sonrisa—. Una elegante diosa de la caza.

—Yo diría que se parece más a una amazona —dijo Jervis en voz alta—. Audaz y hermosa. Pero como las antiguas figuras de la mitología, condenada a caer derrotada ante los hombres.

—En realidad, se decía que las amazonas se cortaban un pecho para disparar mejor sus arcos —murmuró Ivanov—. A mí, por mi parte, me complace inmensamente que lady Sylvia sea una hembra más moderna.

Jervis enrojeció de ira.

—Un caballero no hace mención de partes del cuerpo en presencia de damas —espetó.

—Perdóneme. —Sonrió, cuidando de no parecer contrito en lo más mínimo, y se inclinó ante las damas—. Parece que he olvidado todas las reglas por las que se rige la sociedad cortés.

Annabelle ahogó una carcajada en su guante.

Jervis apretó el puño, sólo para que Talcott le pusiera una mano de contención en el brazo.

—Fue sólo una broma que salió mal, Randall. El tipo no pretendía ningún insulto.

Murmurando oscuramente sobre modales, Jervis se alejó.

—Primero debemos decidir la colocación del blanco —dijo lady Sylvia—. ¿Empezamos a treinta pasos y los retrocedemos después de cada ronda?

La sugerencia fue recibida con aprobación por ambas partes. El mozo de cuadra ayudó a Ivanov a transportar el caballete de madera y el saco de paja a la distancia señalada. Mientras

cuadraba el lienzo pintado en su soporte, vio a Phoebe y a los niños atravesando el campo. Su zancada arrolladora hizo que las altas hierbas se balancearan, dando la ilusión de que flotaba sobre un mar resplandeciente de verdes y dorados. Ninguna cantidad de sarga gris podía disimular la belleza belicosa de su porte. Puede que lady Silvia tuviera un parecido pasajero con Diana, la Diosa de la Caza, pero Phoebe era Atenea personificada. Una Diosa de carne y hueso tanto de la Guerra como de la Sabiduría.

Olvidado momentáneamente el combate de tiro con arco, Ivanov se puso en posición de firmes, saboreando la visión de la luz del sol encendiendo chispas de oro en su cabello al viento.

—Una criatura magnífica, ¿verdad? —Se volvió.

—Trabajar como institutriz parece un mal uso de sus talentos. — La sonrisa del conde tenía una cualidad lobuna que puso sus propios dientes en punta.

—Dudo que la posición de querido amigo fuera más atractiva para una mujer del temperamento de la señorita Sloane. —Ivanov sabía que debería estar fomentando una intimidad, pero la idea de las manos o los labios del francés cerca del cuerpo de Phoebe le resultaba repulsiva—. Es ferozmente independiente.

De Villiers apoyó un codo en la barra transversal.

—Sí.

—Sus servicios no están en venta. —Mantuvo la voz uniforme, pero algún destello de emoción debió aparecer en sus ojos, porque el francés pasó un pulgar por los círculos pintados, dejándolo reposar en el centro de la diana.

—Ah, pero quizá no ofreció el precio correcto, señor Oliver.

Una furia repentina brotó en su interior. Ivanov se quedó muy quieto, deseando que se calmara. ¿Celos? Seguramente no. Las flechas de Cupido nunca encontrarían su blanco en él.

Aun así, por un instante, sus manos se apretaron con tanta fuerza que temió que los huesos

se resquebrajaran. Pero entonces dominó sus sentimientos y volvió a tomar el mando. El odio -por su propia debilidad momentánea y por la altivez del conde- le dio fuerzas para parecer divertido por la réplica del francés.

—A cambio de un penique, a cambio de una libra. —Enseñando los dientes, soltó una fría carcajada—. Le invito a probar suerte —dijo—. Pero puede costarle más de lo que piensa penetrar las defensas de la señorita Sloane.

De Villiers ya no parecía tan engreído. Donde un momento antes el conde había olido sangre, ahora no estaba tan seguro. Aún así, su respuesta tenía un punto arrogante.

—Mi bolsa es profunda.

Mostrando una sonrisa burlona, Ivanov reanudó sus ajustes hacia el objetivo.

—No hablaba de dinero.

La aproximación de los niños puso fin al cara a cara.

Emma llegó primero, con la cara enrojecida por el esfuerzo de correr a través de la hierba del prado.

—¿Vas a jugar a Robin Hood y vencer al malvado sheriff?

—No, mi bella doncella. —La levantó en sus brazos, sintiendo la suavidad de sus rizos calentados por el sol tocar su mejilla—. Siento decepcionarla, pero nada de heroicidades para mí. Simplemente estoy ayudando a las damas en una competición amistosa con los caballeros.

—La señorita Sloane nos hizo estudiar sobre arqueros famosos de la historia.

Prescott se alejó del lado de Phoebe, ansioso por compartir la lección de la mañana.

—¿Sabía que Guillermo Tell disparó a una manzana de la cabeza de su hijo? ¿Y que cinco mil arqueros ingleses derrotaron a una fuerza de veinte mil franceses en la batalla de Agincourt?

—Eres un pequeño bucanero sediento de sangre. —Se rió entre dientes, despeinando al

muchacho—. El único objetivo en peligro hoy es este saco de paja.

—Suplicaron que se les permitiera ver el partido —Phoebe le lanzó una mirada de disculpa —. No vi nada malo en ello.

Él asintió.

—Una exhibición práctica de habilidades siempre es educativa. Pero manténgalos bien apartados. —A los niños les añadió—: Cuidado con la señorita Sloane. Nada de bromas o se encontrarán de nuevo en el aula.

—Sí, señor —corearon.

—Me la llevaré y les dejaré volver a sus obligaciones. —Su mano le rozó mientras recogía a Emma en sus brazos. Debió de sentir la tensión enroscada de sus músculos, porque su ceño se frunció en una pregunta silenciosa.

Ivanov negó levemente con la cabeza. Fueran cuales fueran sus recelos internos, hizo caso de la advertencia y se dio la vuelta sin hacer ningún comentario.

—¡Señor Oliver! —Lady Sylvia saludó con la mano—. ¿Está listo?

Toda la fiesta londinense parecía impacientarse por empezar. Las hermanas Talcott jugueteaban con sus faldas mientras Jervis estaba con su hermano a la sombra de un roble vivo, flexionando los hombros.

Caminó lentamente hacia la línea que se había trazado con tiza en polvo.

—¿Fraternizando con el enemigo? —Incluso burlándose, el tono de Sylvia tenía una nota quebradiza.

Una extraña elección de palabras. Levantó la vista bruscamente. ¿O es que tanta espera y observación le habían puesto los nervios a flor de piel?

—De Villiers —añadió—. Arnaud ha estado insufrible al afirmar que las damas no tienen

ninguna posibilidad contra los caballeros. Cuento con usted para que nos dé una ventaja extra.

—Una ventaja injusta —dijo Talcott mientras se quitaba el abrigo—. No se dijo nada de asesores expertos. Parece poco deportivo por tu parte, Sylvia... a menos, claro, que la señorita Sloane quiera ofrecernos sus servicios.

—Usted no necesita una institutriz, señor Talcott —replicó Phoebe.

—De hecho, no seamos infantiles discutiendo sobre los puntos finos de la competición —dijo De Villiers—. Estamos dispuestos a arriesgarnos contra el señor Oliver, mis amigos. ¿No es así?

El retumbar de una cuerda de arco puntuó el susurro de las hojas.

—Sí, veamos lo bien que el tutor lleva la teoría a la práctica. — Jervis efectuó otro disparo imaginario y luego saludó burlonamente a Ivanov—. ¿Le gustaría a sus protegidas ir primero?

—¿Por qué no? —Lady Sylvia se acercó a la línea y tendió la mano.

Sacando varias flechas del carcaj, Ivanov apuntó a cada asta por turno antes de elegir una.

—La brisa sopla desde la derecha. Yo tendría en cuenta al menos un palmo de su puntería —murmuró.

Sylvia acarició las plumas con los dedos y luego lo encajó en su sitio. Con un movimiento suave, tensó la cuerda del arco, apuntó al ojo del toro y dejó volar.

—¡Oh, bravo! —aplaudió Helen. El tiro de Sylvia parecía haber atravesado la diana justo en el punto muerto.

—Su turno, Lord Jervis —dijo Ivanov—. Le será difícil igualar el tiro de la dama.

Jervis fingió no oír la puya mientras se afanaba en su elección de flechas. Cuando por fin hizo su selección y apuntó, sus manos estaban sorprendentemente firmes.

Interesante, observó Ivanov. Así que el lord londinense era capaz de evitar que la ira

interfiriera en su actuación.

Un agudo silbido señaló su disparo. Un momento después, la flecha dio en el blanco, igualando la precisión de lady Sylvia.

—Un punto para los caballeros —anunció el conde mientras Jervis se alejaba pavoneándose de la línea.

Ni Helen ni De Villiers pudieron acercarse más allá del anillo exterior. Annabelle y su hermano erraron completamente el blanco.

Otra ronda terminó casi con los mismos resultados.

—El tiro con arco es un trabajo caliente. —Talcott se acarició la cara sonrojada con el pañuelo—. ¿Hacemos un descanso para tomar limonada?

—Y quizás un repaso rápido sobre los fundamentos del agarre y la puntería —dijo secamente el conde.

—¿Me enseñaría a sostener un arco, señor Oliver? —Fue Emma quien preguntó, ganándose una mirada de indisimulada molestia por parte de Annabelle, que acababa de abrir la boca para hacer la misma petición.

—Muy bien, querida —Ivanov se quitó un poco de azúcar en polvo de las manos—. Termina tu galleta y luego vayamos allí, detrás de los manzanos, donde no molestaremos a los adultos.

—Estaré encantado de ofrecerle mi consejo, señorita Annabelle — dijo De Villiers—. Viendo que su consejero la ha abandonado.

Jervis extendió una manta, se quitó el abrigo y se aflojó el pañuelo Belcher del cuello.

—Ven a tomar un poco de limonada, Sylvia. No tenemos necesidad de agudizar nuestras proezas.

—¿Una tregua temporal? Oh, muy bien. —Ella aceptó el vaso que le ofrecía y se sentó a su lado—. señorita Sloane, ¿sería tan amable de traer las cestas aquí?

No estaba redactado como una petición, pero Phoebe no puso ninguna objeción. Tras dar permiso a Prescott para subirse a las ramas del árbol de sombra, se puso obedientemente manos a la obra para colocar la colación de embutidos y pan.

—Señor Oliver. —Un tirón de su mano devolvió su mirada a Emma—. Estoy lista. ¿Puedo probar un tiro al blanco?

—Primero debe demostrarme que domina los fundamentos del manejo de un arco. —Ivanov flexionó la longitud del tejo, que era la mitad de alto que ella—. Luego debes ser capaz de tensar la cuerda.

Levantó la barbilla.

—Soy muy fuerte.

—Y muy decidida. —Él se rió—. Por ahora, le mostraré el agarre adecuado. Más tarde, veremos si podemos encontrar un arma de tamaño más adecuado en los desvanes. Entonces tú y Scottie podréis tener vuestra propia competición.

Ella esbozó una sonrisa de dientes separados, aparentemente satisfecha con el compromiso, y se limpió cuidadosamente las palmas de las manos en las faldas.

—Ponga la mano aquí —le indicó—. Y aquí.

Los deditos rechonchos de Emma lucharon por mantener el arco en posición vertical.

—Inténtelo de nuevo —murmuró.

Pero por mucho que intentara prestar atención a sus esfuerzos, Ivanov se encontró distraído por la creciente discordia entre Annabelle y De Villiers.

Parecían estar discutiendo sobre algún fino punto de técnica. La voz de la muchacha pasó

de un tono quejumbroso a franco desafío, y el conde estaba perdiendo claramente la paciencia. Lanzó una brusca reprimenda y, por el rabillo del ojo, Ivanov vio cómo ella intentaba zafarse. Ambos agarraban el extremo emplumado de la flecha, mientras su punta cortaba un vertiginoso dibujo en el aire.

—¡Al diablo! , señor. Realmente no necesito más indicaciones suyas — gritó la joven.

Annabelle Talcott haría bien en escuchar a alguien, pensó. Antes de que se metiera en verdaderos problemas. Pero ni su hermana ni su hermano parecían prestar atención a su arrebato maleducado.

Una risita atrajo de nuevo su errante atención hacia Emma. Sonrió y movió los dedos de ella sobre el arco, pero, por alguna razón, se le erizaron los pelos de la nuca. Desconcertado, Ivanov dirigió una rápida mirada hacia el bosque cercano. Una alarma interior le advirtió de que una amenaza acechaba cerca. Sin embargo, nada parecía raro.

—¡Cuidado! —Era la voz de Phoebe, aguda como el acero.

Ivanov se agachó, tirando el arco e instintivamente protegiendo a la niña con su cuerpo. Por un momento, sólo oyó el suave vaivén de la larga hierba, el suave susurro de las hojas y el chillido de protesta de Emma.

Luego, el sonido de unos pies que corrían.

Se tensó y se retorció, intentando detectar el peligro. Vio un borrón de faldas marrones, las extremidades giratorias de Phoebe...

Sus propios brazos y piernas se entumecieron de repente cuando Annabelle gritó:

—¡Se ha resbalado!

En el mismo instante, Phoebe se lanzó en picado, aplastándole contra el suelo. El zumbido de la flecha, como una abeja furiosa, cortó el rugido de la sangre en sus oídos. Fue tenuemente consciente del desgarro de la tela.

—Para un hombre sin pretensiones de santidad, estuviste peligrosamente cerca de interpretar el papel de Sebastián.

Phoebe rodó sobre su espalda y se sentó.

Vio un pequeño corte en su brazo a través de la manga rasgada.

—¿Así que te precipitaste donde los ángeles deberían temer pisar? Maldita sea, eso fue peligroso...

Ella se bajó el manguito.

—Una crítica de mis tácticas puede esperar hasta más tarde. —Su voz bajó un tono—. Quitémosle importancia al incidente. No tiene sentido asustar a los niños.

¿Un recordatorio para mantener una distancia emocional con el peligro? Ivanov sabía que ella tenía razón, pero la suave agitación del frágil cuerpecito de Emma contra su pecho hacía imposible el distanciamiento. Su corazón aún latía con una furia que amenazaba con fracturarle las costillas.

Nunca se había enfrentado a un adversario tan diabólico. Se sentía impotente luchando contra las sombras y las sospechas. Parecía que cualquiera de los miembros del grupo de Londres -incluida una joven señorita mimada- debía ser visto como una amenaza.

Pero quizá el enemigo más peligroso de todos era él mismo. Esta misión se había convertido en algo personal. ¿Le estaban traicionando por fin los nervios?

Una mirada de reojo a Phoebe agudizó su determinación. Tiempo suficiente después de esta misión para decidir si había llegado el momento de colgar su daga. Ahora mismo, tenía un trabajo que terminar.

Con la cara roja y jadeando, Jervis y De Villiers fueron los primeros en llegar hasta ellos.

—Dios santo, ¿está herida la niña? —exigió Jervis mientras se dejaba caer de rodillas

sobre la hierba alta.

—No. Gracias a la señorita Sloane —dijo Ivanov, con el cuerpo todavía apretado en un capullo protector alrededor de Emma.

—¡Señor Oliver, señor Oliver, déjeme salir! No me gusta este juego! — llegó una vocecita apagada.

Él se desentumeció lo suficiente como para permitir que la cara de ella asomara por encima de sus brazos.

—Tienes razón, elfo. Es un juego tonto. No volveremos a jugarlo.

—El señor Oliver está más acostumbrado a las luchas rudas con chicos —dijo Phoebe, levantando suavemente a Emma de su agarre—. Toma, déjame limpiarte una mancha de la mejilla.

Recordando repentinamente a Prescott, Ivanov recorrió con la mirada el borde del huerto, divisando finalmente al muchacho todavía en su percha que dominaba el picnic.

—Scottie, baja de la cofa —llamó—. Nuestro barco está a punto de zarpar hacia casa. — Talcott se detuvo resoplando, seguido por las damas.

—Fue un accidente —gritó Annabelle, su voz vacilaba entre el miedo y el desafío—. Monsieur De Villiers no me soltaba la mano. Yo... yo no quería...

Phoebe la silenció con la mirada.

—Nada de histerias, por favor. Ninguno de nosotros imagina que lo hiciste a propósito. — Volviéndose hacia Helen, le dijo—: Tenga la amabilidad de llevarse a su hermana y agitarle una botella de vinagreta bajo la nariz si corre peligro de desmayarse.

Las dos damas Talcott se retiraron en un revoloteo de sedas y sollozos.

—Será mejor que vaya a ver si puedo evitar que estallen las compuertas —gruñó su

hermano. Se secó el brillo del sudor de la frente—. Maldita sea. Hay veces que pienso que la niña da más problemas de los que vale.

—La señorita Annabelle tiene una desafortunada tendencia a exagerar —dijo escuetamente el conde. Su rostro era tan inexpresivo que parecía tallado en mármol—. Y a permitir que sus emociones violentas se desborden. Temía que su temperamento se le estuviera yendo de las manos e intentaba quitarle el arma de las manos. —Un parpadeo de su mirada fue la única señal de su propia emoción—. ¿Está segura de que la niña está ilesa?

—Bastante.

Mientras hablaba, Ivanov hizo una señal de advertencia silenciosa al comite para que no dijera nada más sobre el peligro que corría la niña.

Lady Sylvia parecía estremecida, pero sus ojos estaban más fijos en Phoebe que en Emma.

—¿Dónde aprendió movimientos tan asombrosos, señorita Sloane? Le juro que nunca he visto semejante exhibición de acrobacia, ni siquiera en el Circo de Astley. Usted voló sobre ese muro como si tuviera alas.

—No fue nada tan dramático. En el fragor de una emergencia, todo parece moverse deprisa. Las cosas a menudo se vuelven borrosas.

Ivanov sabía que no era tal cosa. Él también la había visto chocar contra la pared a la carrera, dar una voltereta y aterrizar de pie sin perder una zancada. Un instante después, se había lanzado hacia delante, aplastándole a él y a Emma por los pelos. La flecha había pasado zumbando inofensivamente. O casi. El corte en su brazo parecía ser sólo un rasguño.

—Y sin embargo parece tan tranquila, señorita —observó el conde—. Como si tuviera mucha experiencia en el manejo de una crisis.

Phoebe respondió sin vacilar.

—Soy institutriz, Monsieur De Villiers, así que por supuesto estoy entrenada para hacer

frente a todo tipo de contingencias. —Alisó una maraña de pelo de la mejilla de Emma—. Tratar con niños es una tarea peligrosa. Siempre se meten en problemas, así que me han enseñado a estar siempre en guardia.

—Ah, claro. Cuando lo dice así, tiene mucho sentido. —De Villiers inclinó una ligera reverencia—. Hace honor a su entrenamiento, señorita.

Lady Sylvia parecía menos segura. Con los ojos desviados de Phoebe a Jervis, se mordió el labio.

—Ninguna cantidad de entrenamiento puede explicar cómo se las ha arreglado para correr más rápido que una flecha.

—Desde luego que no —respondió Phoebe—. Tenía bastante ventaja. Al ver lo erráticas que eran las acciones de Annabelle, tuve la sensación de que iba a ocurrir un accidente. Así que decidí actuar, por muy tonta que pudiera parecer. Más vale prevenir que curar.

Jervis apoyó una mano en el hombro de lady Sylvia. Pero no estaba claro si pretendía ser un consuelo o una advertencia. El lord londinense se había girado lo justo para ocultar su expresión.

—Fue un pensamiento rápido por su parte —replicó Ivanov. Se levantó para ir al encuentro de Prescott y cogió al niño en brazos.

—¿Qué ha pasado, señor Oliver? La señorita Annabelle está llorando y su hermano está diciendo varias palabrotas.

—Un pequeño accidente. Pero a diferencia de una incondicional lassie escocesa, la señorita londinense se exalta fácilmente.

—Yo no me convertí en una regadera —le espetó Emma a su hermano—. Ni siquiera cuando el señor Oliver se me echó encima.

—Sí. Me atrevo a decir que has demostrado que eres lo bastante fuerte como para caerte de

un caballo. Si muestras la misma determinación al terminar tus lecciones diarias, tendremos una primera lección de equitación esta tarde.

—¡Hurra!

Mientras los niños comenzaban una discusión encantada sobre los trucos que deseaban aprender, Ivanov añadió un aparte en voz baja a la fiesta londinense.

—Confío en que ustedes, caballeros, se ocuparán de todo aquí. Si deciden terminar su juego...

—¡Cómo puedes siquiera sugerir tal cosa! —Lady Sylvia se inclinó un poco más sobre Jervis—. No puedo soportar la idea de volver a tocar esas horribles armas.

Por una vez, Jervis no se ofendió porque Ivanov se dirigiera a él como a un igual.

—Cálmate, Sylvia. Daremos la contienda por terminada y llevaremos nuestro picnic al lago.

—Una sugerencia excelente —dijo el conde—. El sonido de las aguas y un sorbo del excelente vino del Mosela que hemos metido en las cestas harán maravillas para calmar los nervios de todos.

Capítulo 16

Sírvase otro whisky, señor Oliver. Y uno para la señorita Sloane.

Era tarde, pero la viuda había insistido en que se unieran a ella para tomar un vaso de licor en el estudio privado contiguo a su alcoba.

—Creo que ya he bebido bastante —dijo Phoebe, aunque la suave calidez le sentó bien en su interior.

—Tonterías —dijo lady Octavia—. Créeme, después de una desagradable conmoción, la malta escocesa fuerte es la mejor medicina. Un trago más no te hará daño.

Se estremeció ligeramente al oír la palabra.

—Un desafortunado giro de la frase, milady, teniendo en cuenta lo que ha ocurrido hoy. Pero secundo de corazón el sentimiento —murmuró Ivanov—. Salud.

La viuda replicó en galo antes de dar un trago a los licores.

—¿Qué diablos ha pasado esta mañana?

Phoebe se quedó mirando los posos de su vaso. El calor del whisky empezó a arder en su garganta.

—Ojalá pudiera decirlo. —Una mirada a Ivanov no suscitó ningún comentario inmediato. No era propio de él quedarse sin palabras, pero entonces, había estado extrañamente callado desde el incidente—. Desde donde yo estaba, no podía decir cuánto control tenía De Villiers de

la flecha. Es posible que apuntara a Emma y al señor Oliver a propósito, pero no puedo asegurarlo —suspiró—. En cuanto a la alternativa, confieso que la señorita Annabelle parece la más improbable del grupo para ser una amenaza.

Ivanov se despertó por fin de sus ensoñaciones y tomó la palabra.

—No esté tan seguro de que es inofensiva. —Hizo una mueca—. La llevé aparte para coquetear un poco y tuve suerte de escapar con mi virtud intacta. Después de meterme la lengua en la boca, casi me obligó a meterle la mano por las faldas. —Estaba bromeando, pero las profundas líneas que se dibujaban en sus ojos desmentían el tono bromista—. Será mejor que ponga un cerrojo en mi puerta, no sea que esa pequeña descarada haga otro intento de despojarme de mi inocencia.

Algo le preocupaba, pero ella decidió igualar su socarrona despreocupación por el momento. Ivanov no parecía reaccionar bien ante la simpatía. Se volvió brusco, como si no estuviera acostumbrado a ninguna amabilidad.

Phoebe se mordió un suspiro. Supuso que lo mismo podía decirse de ella.

—Imagino que hace años que no tiene un sentimiento tan tierno que perder, señor Oliver —dijo secamente.

—Alexander —Le recordó por encima de la risita gutural de la viuda—. Creía que habíamos acordado prescindir de las formalidades.

—Parece que ya tiene bastantes intimidades entre manos, señor. Mantengámonos a distancia, por así decirlo.

Su humor sombrío pareció aligerarse un poco mientras intercambiaban ocurrencias.

—Ah, y yo que pensaba que éramos amigas íntimas.

El resoplido de risa de lady Octavia terminó en un guiño de ámbar y cristal tallado mientras su mirada se movía de Phoebe a Ivanov.

—¿Tu verdadero nombre es Alexander? —preguntó mientras daba un sorbo a su malta de las Highlands.

—Así es.

—Un nombre fino y robusto. Le sienta bien. —Los ojos de la viuda volvieron a Phoebe—. ¿Y el tuyo?

Ella dudó antes de contestar.

—Phoebe.

—Irlandesa, ¿eh? Creía que había una chispa de celta en ti.

Sus hombros se alzaron en un brusco encogimiento de hombros.

—No tengo ni la más remota idea de qué -o quién- soy realmente. Phoebe es simplemente un...

—Un nombre de guerra —dijo Ivanov suavemente.

—Esa es una explicación tan buena como cualquier otra —dijo ella secamente.

Detrás de sus gafas, los ojos de lady Octavia parpadearon.

—¿No sabe su verdadero nombre? —Sacudió la cabeza—. ¿O tus antecedentes?

—Mis antecedentes fueron un callejón fangoso en los guisos de Santa Giles. Dejémoslo así. —Era su turno de replegarse sobre sí misma. Levantándose, se dirigió a la ventana y contempló los jardines. De repente, la habitación le pareció demasiado cercana, demasiado confinada—. Es hora de hacer la patrulla nocturna. Tomaré el primer turno.

Ivanov también se excusó. Pero una vez de vuelta en sus habitaciones estaba demasiado tenso para dormir. Le dolía el hombro herido y las magulladuras frescas de su espalda eran incómodos recordatorios de lo cerca que habían estado del desastre. Si no hubiera sido por la rapidez mental de Phoebe...

Se sacudió el pensamiento. Ella estaba cumpliendo con su deber. Como él debía cumplir el suyo. Independientemente de los peligros. Pero cada vez le resultaba más difícil mantenerse distante. Su admiración por las habilidades profesionales de ella se estaba convirtiendo en algo que no podía definir del todo. Ivanov se acercó a la ventana y contempló los árboles envueltos en bruma. Quizá era mejor que las palabras siguieran siendo esquivas. No se atrevía a pensar en lo que podrían significar.

¿El fin de la ilusión de ver el mundo a través de un prisma de cinismo? En el pasado se había enorgullecido de su visión despiadada de la naturaleza humana. Sálvese quien pueda. Humor mordaz, lujuria casual: ésos eran todos los sentimientos que necesitaba para sobrevivir. Hasta que Phoebe irrumpió en su vida, despertando una necesidad diferente.

Una llama de fuego dorado. Una que amenazaba con derretir rápidamente el hielo de su indiferencia.

Ivanov apretó las palmas de las manos contra el vaso frío, con la esperanza de atemperar el extraño calor que le recorría. Se había creído impermeable a los sentimientos insensatos. La noción de romance no era más que un reguero de tinta en un trozo de papel; sólo existía en las páginas de un libro.

Y sin embargo, cada vez le resultaba más difícil negar que la atracción era algo más que superficial. Un sonido se escapó de sus labios, algo entre una risa y un gemido. No es que su cuerpo glorioso, su gracia explosiva, no bastaran para encender la carne de cualquier hombre. Pero incluso más que el sinuoso estiramiento de sus miembros, le encantaba verla furiosa, excitada. Pasión, principio. De algún modo, Phoebe había reavivado su propio deseo de cuidarse. Se encontró a sí mismo deseando...

Ser amigos. Hizo una mueca irónica. No estaba seguro de que ella acogiera con agrado semejante insinuación, aunque él supiera cómo intentarlo.

Se quedó parado un momento más, mirando su propio reflejo brumoso en los cristales

empañados, antes de salir a patrullar los terrenos.



El día siguiente amaneció gris y ventoso, pero al llegar el descanso de las clases, las nubes se habían despejado y el sol había calentado el frío del aire. Dejando su vestido doblado y su chal al abrigo de un afloramiento rocoso, Phoebe realizó rápidamente una serie de estiramientos de yoga. El pequeño claro entre los pinos le proporcionaba un retiro privado, bien oculto del castillo, y los ejercicios diarios le ayudaban a despejar la mente, a agudizar su concentración.

Después del casi accidente de ayer, sus nervios estaban a flor de piel.

Respirando profundamente, se impulsó desde la posición de la cobra y sacudió los músculos. Descalza y vestida sólo con los calzones y la camisa, se deleitó con el movimiento sin restricciones de sus extremidades. Las faldas eran un estorbo tan maldito, pensó mientras cortaba un árbol joven como espada de práctica para sus maniobras de esgrima. Si a las mujeres se les permitiera la misma libertad que a los hombres...

—¿No lo está cortando un poco cerca para su comodidad? —Ivanov salió de la pantalla de ramas con agujas—. Plantearía una serie de preguntas embarazosas si alguien del grupo de Londres la viera desnuda hasta lo más esencial.

—Nunca se aventuran fuera del camino trillado. —Levantó su garrote y dio un rápido golpe en el aire. Había una tirantez en él que le produjo un escalofrío en la punta de los dedos. Cualquier duda sobre su dedicación a los niños se había disipado al ver ayer a Emma en sus brazos. Pero aun así, seguía siendo... peligroso—. Lo que lleva a la pregunta: ¿qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar vigilando a los niños?

—Lady Octavia los está entreteniendo en las habitaciones de su torre con historias de

saqueos y pillajes vikingos —respondió Ivanov—. La escalera está cerrada por dentro, así que es bastante seguro por el momento. —Él también partió un esbelto trozo de tejo y desprendió su follaje. Vio cómo cortaba una sinuosa hilera en el aire—. Al igual que usted, sentí la necesidad de sudar. Hasta ahora, no hemos hecho más que un ejercicio inútil.

—Hoy estás de un humor extraño.

—¿Lo estoy? —Ivanov probó el chasquido de su bastón. Entonces, de repente, se levantó, cruzando el suyo con un suave chasquido—. Quizá batirme en duelo con sombras esté embotando mi filo. ¿Le importaría flexionar algo de músculo de verdad?

Mientras la brisa susurraba entre los pinos, Phoebe pudo oír el eco del gruñido canoso de su maestro de esgrima. La discreción es a menudo la mejor parte del valor. Pero a ella no se le daba muy bien resistirse a un desafío.

—En garde. —Su hoja ficticia se desprendió y le asestó un duro tajo en las costillas. Ivanov giró hacia atrás por los pelos.

—Eso ha sido rápido. —Contraatacando con un cuarta, cruzó a una transversal—. Pero no lo bastante rápido, palomita.

—Yo no cantaría todavía. —Phoebe amagó un reverso, y luego cambió a una postura de terza.

Ivanov esquivó el ataque con una facilidad enloquecedora, y luego sonrió cuando su tiro directo pasó junto a su mejilla.

—Parece haber sido entrenado por un maestro.

—Il Lupino es una de las mejores espadas de toda Europa. —Una estocada cerró la mitad de la distancia que los separaba—. Como ve, tengo experiencia en la lucha contra el lobo.

—¿Allegretto Da Rimini? —Sus cejas se movieron—. Le concedo que es bueno, pero al viejo y astuto bribón le están creciendo un poco los dientes. Me atrevería a decir que yo soy un

paso más rápido...

Ella se apartó en el último segundo. Su punta sólo rozó la piel de ante de sus calzones.

—Daño por daño. —Su tajo rebotó en su antebrazo.

Él también esquivó el siguiente corte y, de repente, le agarró la muñeca. Un movimiento hizo que su bastón volara por los aires.

—¡Injusto!… —Su protesta fue cortada por la presión de su boca. Su lengua se deslizó sobre su labio inferior, una caricia suave y sensual que hizo que un escalofrío recorriera su columna vertebral acorazada. Él tiró de ella más cerca y profundizó el abrazo. En contraste con el ritmo relámpago de sus golpes de espada, este choque de voluntades parecía prolongarse una eternidad.

Retorciéndose, finalmente se liberó de su beso.

—Eso es luchar sucio.

—¿Qué esperabas, dada nuestra profesión?

—La próxima vez, estaré en guardia contra cualquier truco.

—¿O de cualquier empujón? —Él sonrió, un rizo sensual y pecaminoso de su boca.

Sus mejillas, ya sonrojadas por el esfuerzo físico, adquirieron un ardor más profundo. Maldito fuera el hombre. Y a su propio cuerpo perverso por ceder a un signo de debilidad.

Sabía que debería abofetearle...

Como si se hubiera anticipado a sus pensamientos, él apretó los dedos alrededor de su muñeca.

—En ajedrez, llamaría a esto jaque mate, palomita.

—Pero estamos jugando a otro juego —Phoebe se zafó de su agarre y en un torbellino de giros y pasos le arrojó por encima del hombro.

Ivanov cayó pesadamente entre las agujas de pino.

—Vaya, pequeña escupidora. —Rodó rápidamente hasta ponerse en cuclillas y se equilibró sobre las puntas de los pies—. ¿Así que el entrenamiento de la Academia también incluye algunas de las esotéricas disciplinas orientales? —Sus ojos brillaron, afilados como puntas de cuchillo—. Qué inteligente por parte de lord Cavendish asegurarse de que sus mujeres sepan utilizar sus cuerpos como armas.

—Contra un oponente de tamaño y fuerza superiores, es clave saber convertir esas ventajas en debilidades. —Se mantuvo firme, aunque le hormigueaban los miembros por la forma en que su mirada la recorría de pies a cabeza—. Esas habilidades también nos dan una ventaja mental. La mayoría de los hombres se confían demasiado cuando se enfrentan a una mujer en un combate cuerpo a cuerpo.

—Un error elemental —convino él, poniéndose ligeramente en pie.

Phoebe se movió junto a él, manteniendo los hombros cuadrados a sus movimientos. Había algo extrañamente erótico en aquella danza sinuosa. Aunque ni siquiera estaban cerca de tocarse, ella era muy consciente de su cuerpo.

—¿He mencionado que mis viajes me llevaron a Bombay durante un breve periodo de tiempo? —Se deslizó dentro y fuera de las sombras—. Donde conocí a un tipo fascinante que sabía hacer bailar a las cobras al son de su flauta.

—Ah, ¿entonces fue allí donde aprendió a encantar las escamas de una serpiente? —contraatacó ella.

Ivanov se rió.

—Entre otras cosas. —Su ataque fue más rápido que el golpe de una serpiente. Desenrollándose en un borrón de movimiento, salió disparado hacia delante, lanzándose bajo y con fuerza con un movimiento de su pie que la alcanzó de lleno en la rodilla.

Aunque consiguió esquivar todo el impacto, el golpe la hizo retroceder. Él estaba sobre ella en un instante.

Ella contraatacó con un golpe a la mandíbula, que le echó la cabeza hacia atrás. Él gruñó de dolor, pero mantuvo agarrada su muñeca, girando bruscamente con un hábil tirón que la inmovilizó contra su espalda.

—Sólo tienes que gritar rendida —murmuró, su aliento caliente y cosquilleante contra su cuello—. No quisiera hacerte daño como antes.

—Y una mierda que lo haré. —Retorciéndose, ella le dirigió un rodillazo de refilón a la ingle. Lo que provocó un gratificante guau. Su agarre se aflojó un instante y ella se apartó.

—Un golpe bajo —hizo una mueca.

—Fuiste tú quien dijo que todo vale.

Sus ojos adquirieron un brillo malvado.

—Así fue.

Phoebe observó con recelo cómo retrocedía un paso y de repente se ponía en cuclillas. Un instante después se enderezó de nuevo y flexionó los hombros.

Maldita sea. ¿Estaba intentando distraerla con la ondulación de los músculos bajo la ligera ropa blanca? Se obligó a apartar la mirada y retrocedió, hacia el afloramiento de roca donde había dejado su ropa.

Era hora de poner fin al juego antes de que las cosas se le fueran de las manos.

Ivanov parecía de otra opinión. Su mano relampagueó y, de repente, sus ojos se llenaron de polvo. Momentáneamente cegada, se quedó inmóvil, y luego sintió que sus brazos rodeaban su cintura y la levantaban del suelo.

—Maldita sea. —Ella forcejeó, pero no tenía ninguna palanca. Sin dejar de maldecir,

intentó darle un hachazo en la garganta, pero sólo consiguió un gruñido ahogado.

—Deberías haber recordado tu Sun-Tzu: si son fuertes, evítalos.

Sus puños agitados alcanzaron su hombro herido, desequilibrándolo. Aún forcejeando, cayeron al suelo. Ivanov se inclinó para recibir todo el impacto, y Phoebe aterrizó encima de él. Sintió el duro tirón de su pecho y captó una mueca de dolor.

—Lo siento, no quería hacerte daño —susurró. Su respiración era tan agitada como la de él —. ¿Estás herido?

Él rodó, y ella se encontró de repente inmovilizada entre la tierra blanda y su cuerpo duro e inflexible.

—Un error básico —murmuró él—. No muestres piedad.

—En una pelea de verdad… —Sus palabras murieron en su garganta cuando él se colocó a horcajadas sobre sus muslos y le inmovilizó los brazos de modo que ella yacía abierta de piernas sobre el lecho de paja de pino.

—En una lucha real —repitió, “la Delaneya encontraría sus alas cortadas y sus garras inútiles contra el lobo voraz”.

—¿Qué sugieres?

—Tendrás que sufrir las consecuencias de tu desliz. —Sus labios estaban ahora a escasos centímetros de los de ella—. Estoy segura de que tus instructores no te dejaron ir a la ligera.

—No. Normalmente me hacían correr por el perímetro del recinto escolar.

—Ah, castigos corporales. —Una luz malvada brilló en su mirada—. Lo mismo ocurre en Rusia. —Sus dedos jugueteaban con los cierres de su camisa—. En San Petersburgo, a veces hacen que los cadetes permanezcan desnudos en la nieve para darles una lección.

—Es suave y soleado —dijo Phoebe mientras el lino se deslizaba lentamente de su

hombro. Entonces, ¿por qué un escalofrío patinaba por su espina dorsal?

—Entonces tendré que pensar en alguna otra prueba física de… —Se detuvo en seco al ver el tatuaje sobre su pecho izquierdo. Negro como la medianoche, el halcón en vuelo era la insignia de las Delaneys de pleno derecho de la Academia—. ¿Qué tenemos aquí?

—Nuestras tropas no pueden llevar su rango como trenza dorada y regimiento escarlata.

—Qué singular. Como todo en ti, palomita. —Ivanov se detuvo una fracción, su mejilla barbuda dejando un rastro de calor punzante mientras echaba un vistazo más de cerca—. Te da el aspecto de… un pirata. Scottie estaría debidamente impresionado.

Su aliento le hizo cosquillas en la carne.

—No es algo que vaya a enseñarle a corto plazo.

En respuesta, ella sólo pudo emitir un débil susurro.

—Demasiado provocativo para un chico joven —coincidió Ivanov—. Podría alentar pensamientos impropios. —Lentamente pero con seguridad, su boca recorrió el trazo de tinta—. Pensamientos inmorales.

Phoebe se encontró impotente para resistirse. ¿Debía suplicar clemencia? Ivanov afirmaba no tener corazón, pero tal vez ella podría apelar a algún resquicio de decencia.

Sin embargo, cuando abrió la boca, fue sólo para rendirse al momento. Fuego y hielo. Era escalofriante la facilidad con la que Ivanov podía derretir su determinación.

Ella gimió. Su lengua era como un lametón de llama, grabando una huella indeleble en su carne. Su camisa era ahora una maraña de lino lacio alrededor de su cintura, y mientras los besos mordisqueantes de él se deslizaban hasta el pico sonrosado de su pecho, ella intentó reunir una última lucha. El deber contra el deseo.

—Es, esto probablemente no sea una buena idea.

—Probablemente no —respondió él, con la voz entre una risa y un gemido—. Pero el pensamiento racional rara vez triunfa sobre nuestras pasiones más primitivas.

Pasiones. Phoebe le abrió la camisa de un tirón y enhebró los dedos entre los rizos finamente hilados. A la luz oblicua de la tarde, parecía un icono. Una obra de arte. Los reflejos dorados brillaban en su pelo, y el azul de sus ojos y el bronce de su piel eran luminosos, lustrosos como pigmentos preciosos. Pómulos angulosos, un rostro esbelto, todo modelado por la mano de un maestro...

Sintió el aliento exprimido de sus pulmones cuando su tacto se deslizó por sus costillas hasta los cierres de sus calzones.

—Alexander…

De repente, su susurro se perdió en el sonido de otras voces que se arremolinaban en la brisa.

—Maldita sea. —Ivanov no tardó en reaccionar. Se puso en pie y tiró de ella—. Vístete —le ordenó, bruscamente, indicándole la bata y la capa dobladas—, y date prisa.

Tenía razón, por supuesto. Su atuendo -lo poco que quedaba de ella- provocaría una serie de preguntas incómodas.

—Ayúdame con los cierres —dijo ella, tirando del vestido sin forma para colocarlo en su sitio sobre los calzones. Sus manos se detuvieron un instante en la nuca de ella antes de anudar hábilmente las lengüetas.

Sin duda tenía mucha práctica en tales asuntos, pensó Phoebe mientras se arrebujaba en la camisa y la metía debajo de la maraña de hierbas de su cesta. De algún modo, la idea le dolía, una punzada aguda que era mucho más dolorosa que cualquier corte o magulladura física. Al girarse, tropezó.

Ivanov sostuvo su resbalón.

—¿Estás bien? —Ella asintió en silencio.

Él vaciló, sus ojos buscando, y luego apartó la mirada.

—Tome el camino que baja a los jardines. Me esconderé entre los árboles a ver qué puedo oír.

—De acuerdo.

Era una buena estrategia.

—Y Phoebe...

Ella miró a su alrededor, esperando un detalle táctico.

Su boca atrapó la de ella en un último beso relámpago.

—Ten cuidado.

¿Un recordatorio de los peligros que la acechaban? Phoebe se permitió una sonrisa irónica.

—No te preocupes. No bajaré la guardia ni una segunda vez hoy.

Esbozó una media sonrisa y se marchó.

Apurando sus propios pasos, Phoebe se agachó alrededor de un matorral de aulagas, sin reparar en las espinas que rozaban sus faldas, y atravesó el bosquecillo de robles. Unos instantes después, estaba de nuevo en el sendero, su colección de esquejes explicación suficiente de su presencia en los páramos, si a alguien se le ocurría preguntar.

Redujo la marcha a un ritmo pausado, aunque su respiración seguía siendo agitada. No tenía derecho a sentirse posesiva, no tenía derecho a sentir como si la maldita atracción que los unía fuera algo más que superficial.

Placeres de la carne. Ivanov no ocultaba que era mujeriego. Un hombre de sus viriles apetitos no debía estar acostumbrado a pasar tanto tiempo sin que una hembra compartiera su lecho. Sin duda, los impulsos primarios corrían por sus venas.

Extraño, parecía que ella también tenía impulsos, por mucho que quisiera negarlo. Él despertaba en ella los más extraños anhelos. Aunque estaba entrenada para ser dura como el acero templado, se ablandaba como masilla en sus brazos. Eso la desconcertaba. Y la asustaba un poco.

Pero era una Delaney. Y las Delaney estaban a la altura de cualquier desafío.

Capítulo 17

Sacudiéndose el calor sexual del tacto de Phoebe, Ivanov estaba ahora totalmente alerta. Se había desviado por uno de los senderos más recónditos que bajaban hasta el lago. Tomó un atajo entre los árboles, con los pies moviéndose ligeramente sobre la paja de los pinos, y se deslizó por una grieta de roca que daba al sendero.

Oculto a la vista, se quedó quieto. Unos minutos más tarde, las voces sonaron de nuevo.

—Estaba seguro de que te habías olvidado de mí. Y de tus ardientes promesas.

Annabelle. ¿Qué travesuras tramaba ahora la pícara?

—¡Cómo se te ocurre semejante cosa! —exclamó su compañera. Desde su ángulo de visión, Ivanov sólo podía vislumbrar parcialmente al tipo -pelo castaño, complexión delgada-, pero el marcado acento de Yorkshire dejaba claro que no era uno de los de Londres.

—Como si algún hombre pudiera olvidarte, mi amor, —prosiguió el desconocido, su tono se tornó un tanto reprobatorio—. Te dije que encontraría la manera de que estuviéramos juntos. Pero no fue fácil encontrar la manera de pasarte un mensaje.

La joven echó una mirada furtiva a su alrededor.

—Mi hermano se moriría si supiera que he quedado contigo a escondidas.

¿Así que el leal Lord Norbert había seguido a la joven hasta Escocia? Ivanov apretó los dientes para no maldecir en voz alta. Otro enredo más para hacer tropezar esta misión. Era como

si una gran araña malévola estuviera tejiendo una tela alrededor del castillo de los McAllister.

—Perdóneme si le he puesto en una situación incómoda. Simplemente tenía que verte.

—Mi hermano me ha amenazado con echarte si te presentas a las puertas del castillo.

—No importa, querida. He encontrado alojamiento en el pueblo de Boath. Y tengo un plan que pronto resolverá todos nuestros problemas.

—¿Así que sí me amas? —El tono de Annabelle era inseguro.

—¡Con todo mi corazón! —aseguró su admiradora—. Si todo va bien, dentro de una semana te sacaré de aquí, mi querido ángel, y entonces nos casaremos. Lo tengo todo arreglado con un juez local de Inverness. Por favor, dime que no has cambiado de opinión.

—¡Nunca! —Annabelle dejó escapar una risa trinante—. Es todo tan romántico. ¡Todas mis amigas se pondrán verdes de envidia! Piénsalo. Una aventura elegante, una pizca de peligro…

Ivanov hizo una mueca. Alguien debería haber restringido la lectura de novelas románticas de la muy tonta.

—Y entonces seré Lady Norbert, una gran dama que ya no tendrá que escuchar las quejas quejumbrosas y las tontas restricciones de mi aburrida familia.

Así pues, él había demostrado ser un tipo muy persistente. Ivanov esperaba que el tipo poseyera también mucha paciencia. Aunque eso parecía muy poco probable, dada la loca prisa de ambos por fugarse.

—Seremos muy felices, cariño, sólo tú y yo, —prometió Norbert—. Pero por ahora, debes tener mucho cuidado de no desvelar nuestros planes. Debe ser nuestro pequeño secreto. —Vaciló un instante—. ¿Estás segura de que no corres el riesgo de provocar la ira de tu hermano? Me preocupa que empiece a sospechar algo y te vigile más de cerca.

—¡Pooh! No le tengo miedo a Robert. Además, suele estar tan hecho polvo a la hora del desayuno que no se daría cuenta si me presentara a tomar mi café desnuda.

—Oh, pero lo haría, dulzura.

Una risita, seguida de largos gemidos. El beso parecía no acabar nunca.

Ivanov se estremeció. La chica parecía desesperada por ofrecerse en bandeja a cualquier hombre que quisiera probarla. Moviendo los hombros contra la piedra, rezó para que se alejaran rápidamente y poder volver a sus asuntos.

Las ramitas crujieron, los guijarros crujieron bajo sus pies. La risa de Annabelle se cortó en un chillido agudo.

Maldita sea. Seguro que no estaban…

Ivanov se aventuró a echar un rápido vistazo por encima de la cresta de piedra.

El culo desnudo del tipo estaba enterrado en un espumoso remolino de enaguas mientras sujetaba a la muchacha contra un árbol.

Pronunciando otro juramento silencioso, Ivanov se agachó de nuevo en su escondrijo Tal vez con la orientación adecuada la fiereza de Annabelle podría ser domada en alguna semblanza de sentido común. Pero no tenía grandes esperanzas en su futura felicidad.

No podía evitar comparar la absoluta falta de autocontrol de la muchacha con la disciplinada devoción al deber de Phoebe. Una nació para el privilegio y el placer, la otra para el dolor y la pobreza. Una era una mocosa mimada, la otra era…

¿Cómo describir a Phoebe? Su boca torcida, los besos de ella aún dulces en sus labios. Adjetivos como valentía, fuerza, lealtad no deletreaban toda la profundidad de su carácter. Un hombre podría pasar toda una vida en su presencia y aún así encontrar nuevas sorpresas cada día.

Un chillido agudo cortó sus cavilaciones. Al menos, el tirón había sido benditamente

breve.

—¡Oh, Stephen! —La voz de Annabelle se fundió en un tembloroso titubeo—. ¿Haremos esto a menudo cuando estemos casados?

—Tan a menudo como quieras, querida.

—Mmmmm. —Sus faldas crujieron con la brisa—. ¿Vendrás pronto a por mí?

—Sí, mi amor. Muy pronto, espero. Necesito unos días más para organizarlo todo. Enviaré un mensaje como habíamos planeado. ¿Estarás lista?

—Oh, sí. —Una risita de niña—. Haré exactamente lo que esperas de mí, y no debes temer que cambie de opinión a última hora. Esto será divertido.

—Ese es el espíritu. —Su amante rió suavemente mientras rozaba con un beso su cara respingona—. Qué afortunado soy por haber elegido a una mujer tan atrevida.

—¿Qué aspecto tiene? —Phoebe comprobó el cebado de su pistola y luego se puso un gorro de punto negro preparándose para su ronda de las patrullas nocturnas.

La boca de Ivanov se crispó divertida.

—Mechones arenosos, muslos bien musculados y un culo peludo.

Se mordió una carcajada.

—Bueno, si me apunta con su arma en la oscuridad, va a cantar sus votos matrimoniales como una soprano.

Se rio entre dientes y luego cambió bruscamente de tono.

—Será mejor que estemos atentos ahí fuera.

—¿Crees que el Lord Norbert está aquí para robar algo más que la virginidad de la chica?

—Se me ha pasado esa idea por la cabeza. —Ivanov se pasó una mano por el pelo—. No podemos permitirnos pasar por alto ninguna posibilidad.

—Cierto. —Phoebe pensó un momento—. Sin embargo, dudo que un profesional como Bianchi se arriesgara a exponerse por un escarceo rápido.

—Tienes razón, —admitió—. Aun así, no baje la guardia.

—Eso no hace falta decirlo. —Después de hacer un pequeño ajuste de martillo y pedernal, añadió—: Uno pensaría que la chica tendría el suficiente sentido común como para esperar a tener un anillo en el dedo antes de levantarse las faldas.

—No te habría considerado tan mojigata.

—No estoy siendo mojigata, —replicó ella—. Simplemente práctica. Al negociar un trato, nunca debes entregar tu moneda de cambio más valiosa sin obtener a cambio algo de igual valor.

—Ah. —Su expresión quedó oculta por el revoloteo de las cortinas—. ¿Así que no tiene ninguna objeción moral a acostarse con un hombre fuera del matrimonio?

Phoebe sabía que estaba siendo deliberadamente provocador. Aun así, no pudo evitar que un leve rubor coloreara su rostro.

—La seducción forma parte de nuestra educación, —un puñal se deslizó en la funda oculta de su bota—. Todo forma parte del trabajo.

—Y tú, por supuesto, eres una profesional consumada.

Había una extraña nota en su burla que la hizo mirar dos veces antes de volverse hacia la ventana abierta.

—Como tú.



El marqués de Cavendish levantó la vista de su estudio de los informes militares semanales cuando la puerta de su despacho se abrió y entró su secretario.

—La señora Delaney, milord.

—Hágala pasar, Graves...

El marqués se levantó cuando la Sra. Delaney pasó junto al secretario con sus faldas de seda siendo un agitado contraste con el mobiliario crudamente masculino de su despacho ministerial.

—Normalmente no me entrometería en su agenda, Thomas, —dijo ella, una vez que la puerta se hubo cerrado—. Pero acabo de recibir noticias de que Bianchi ha sido visto cerca de la frontera escocesa.

—¿Está segura?

La directora asintió.

—Fue identificado positivamente por uno de nuestros antiguos alumnos. Y viendo como Sevilla fue testigo del asesinato de nuestro enviado en Holanda, estoy segura de que no confundiría su rostro.

—La misión de Ámsterdam. —Cavendish lanzó un pesado suspiro y guardó silencio durante unos instantes—. Es un dilema endiablado. La cuestión es si enviar un mensaje…

—¿O? —preguntó la Sra. Delaney.

—O refuerzos. No podemos permitirnos ningún error. —Su mandíbula se endureció—- No quiero dejar que se escape esta vez.

—Estás preocupado por Phoebe. —Era más una afirmación que una pregunta.

—Ambos sabemos que puede ser volátil. Y aunque su manejo de la misión irlandesa fue encomiable, no estoy segura de cómo afectarán sus pasiones a esta misión en particular.

La directora sacó una hoja de papel de su retícula.

—Repasando lo que sabemos de este hombre, Ivanov, quizá haya motivos para preocuparse. —Vaciló—- ¿Confía en él?

El marqués hizo una mueca. A pesar de su aire patricio y su elegante sastrería, no era ajeno al despiadado submundo de las misiones clandestinas.

—No confío en nadie en este sucio juego que jugamos, salvo en ti, Charlotte. Sin embargo, en este caso, parece que los intereses del príncipe son los mismos que los nuestros. Así que no espero una doble traición.

—Pero no puedes pasar por alto la posibilidad, —dijo ella suavemente.

—Ha tenido algún tiempo para contemplar las opciones—, señaló él—. ¿Alguna sugerencia que quiera ofrecer?

—Si desea enviar a uno de los nuestros como refuerzo, podríamos despachar a Kristen.

Apoyando una cadera en el borde de su escritorio, Cavendish empezó a tamborilear con sus dedos bien cuidados sobre la madera pulida.

—La zona está bastante aislada. Cualquier nueva llegada al castillo McAllister no pasará desapercibida. Ya tenemos una institutriz en el lugar, y los sirvientes son todos gente de la zona.

La Sra. Delaney asintió.

—Se me ocurrieron las mismas preocupaciones. Pero dado el oscuro aspecto de Kristen y su talento con las cartas del tarot, pensé que podría hacerse pasar por una gitana viajera. Con Marco, nuestro instructor asistente de esgrima, en el papel de su marido, los dos formarían una

fuerza formidable a tener en cuenta. —Hizo una pausa—. Suponiendo que Phoebe tenga alguna dificultad para completar la misión por sí misma.

Su expresión era ilegible mientras se daba la vuelta y caminaba hacia las ventanas. Una bruma vaho flotaba pesadamente sobre las agujas de los edificios cercanos, difuminando los contornos de piedra y pizarra hasta convertirlos en brumosos tonos grises.

—No hay una respuesta clara.

—Nunca la hay.

Se permitió una pequeña sonrisa.

—Entonces supongo que es mejor pecar de precavidos. ¿Pueden irse al anochecer?

—Están haciendo las maletas mientras hablamos.

Capítulo 18

-¿No has estudiado lo suficiente en el aula? —Ivanov sonaba desconcertado. Tenía el pelo enredado alrededor de las orejas y el cuello de la camisa abierto, dejando ver una V de carne bronceada.

Phoebe hizo una mueca.

—Demasiado, de hecho. No estoy formada como profesora. Estoy intentando encontrar una lección apropiada para Emma. Hablando de eso, ¿dónde están los niños?

—A salvo en la cocina, ayudando a la cocinera a preparar una hornada de pan de jengibre. Aproveché para hacer un circuito por los terrenos. No hay señales de vigilancia.

—Maldita sea. Esperar a que Bianchi haga su movimiento está agotando mi paciencia. ¿No hay alguna forma de que tomemos la ofensiva?

—Recuerda que Sun-Tzu dice que la guerra es el Tao del engaño. Y una de las reglas cardinales es que aunque seas capaz, muestres incapacidad. —Suavizó su expresión sardónica con la apariencia de una sonrisa—. No es que tengamos muchas opciones. Con nuestros limitados recursos, debemos esperar a que venga a nosotros. —La luz oblicua resaltaba las líneas grabadas alrededor de su boca. Parecían haberse profundizado en los últimos días.

Avergonzada de que hubiera tardado tanto en darse cuenta del efecto que la espera estaba teniendo en él, bajó la mirada.

—Puede que se haya retrasado, —añadió Ivanov—. O puede que se esté tomando su tiempo para decidir cómo lidiar con las inesperadas incorporaciones a la casa.

—O puede que esté esperando cierta señal. —Ella suspiró—. ¿Qué hay de la fiesta de Londres?

—Han preparado un picnic y han dado un paseo en carruaje para ver un antiguo yacimiento de piedras erguidas druidas. Según la leyenda local, se llama 'La hechicera y sus aprendices'.

Pasó unas cuantas páginas más de su libro, echando un vistazo desganado al texto.

—¿Por qué no se menciona más a las mujeres en la historia, salvo como esposas o brujas?

—Posiblemente porque los libros están escritos en su mayoría por hombres, —dijo secamente. Las rebabas se pegaban a sus calzones y el barro salpicaba sus botas. Su camisa de lino, húmeda por el esfuerzo, se pegaba a los contornos de su pecho. Cuando se sentó a su lado, Phoebe percibió el aroma terroso del sudor mezclado con hierba y cuero. Un aroma masculino, y uno que ella estaba empezando a reconocer como claramente suyo—. Por otra parte, —continuó —. Hay pocas de tu sexo que posean el mismo espíritu marcial que las Señoritas de Delaney.

—Somos una mera prueba de lo que las mujeres pueden hacer, si se les da media oportunidad. Imagino que hay muchas heroínas anónimas del pasado, cuyas valientes hazañas hace tiempo que se olvidaron.

—Un punto interesante. —Ivanov parecía estar de un humor más reflexivo que de costumbre.

A pesar de los efectos apagadores del enjuague de nuez, su pelo seguía enhebrado con intrigantes reflejos dorados y miel. De repente, Phoebe no pensaba en heroínas, sino en cómo las sedosas hebras suavizaban los planos de su rostro, haciéndole parecer de algún modo más aniñado, despreocupado.

Su sonrisa, un rizo pícaro de humor movedizo, no hacía sino aumentar el efecto.

—¿Por qué no haces tu próxima lección sobre las grandes mujeres guerreras de la historia?

—Ya hemos tratado sobre Boadicea y su lucha para defender Inglaterra de los romanos.

—Ah, pero esa audaz reina tuvo muchas hermanas de armas a lo largo de los tiempos.

—¿Ah, sí? —Phoebe intentó recordar su propia experiencia en clase—. Me temo que no presté toda la atención que debí a las clases de historia. Nuestro instructor era un palo seco, haciendo que el pasado sonara más muerto que vivo. —Hizo girar una brizna de hierba entre sus dedos—. Siempre me sentí más cómoda con el acero que con las abstracciones eruditas. Las armas eran algo que podía dominar. Mientras que las ideas...

Sorprendida por la nota de añoranza en su voz, dejó que las palabras se le escaparan. Sus compañeras de habitación, Kristen y Verety, siempre habían parecido mucho más inteligentes cuando se trataba de libros y conceptos abstractos, como causa y efecto. Parecían capaces de ejercitar la lógica, mientras que con demasiada frecuencia ella se dejaba llevar por su temperamento explosivo.

Ivanov la miraba con extrañeza.

—Mientras que las ideas... ?

—Mientras que las ideas siempre parecían más difíciles de sostener, —admitió ella. Sin duda era una idiota por admitir semejante defecto. Una de las reglas básicas del combate -tanto físico como mental- era no mostrar nunca ninguna debilidad al enemigo.

Pero, extrañamente, Ivanov no trató de aprovecharse de su desliz.

—Lo más probable es que tuvieras un buen maestro para la esgrima y la puntería. Y uno aburrido para lo académico. —Se acomodó un poco más cómodamente contra el afloramiento de roca. Su hombro se apretó contra el de ella y, junto con el escalofrío de conciencia sexual que siempre despertaba su contacto, Phoebe fue consciente de un calor más suave, un vínculo de

camaradería.

—Podrías empezar con figuras míticas como Rhiannon, diosa caballo de los galeses, —musitó—. O la reina Maeve, la sílfide celta cuya astucia y valor sólo eran igualados por su lujuria por… —Su boca se curvó hacia arriba por un instante—. Pensándolo bien, no querrás mencionarle ese detalle en particular a Emma.

—Lady Octavia sí cree en hablar claro, —murmuró ella con un movimiento de los labios como respuesta.

Hizo una mueca fingida.

—El padre de Emma es un experto en balística y preferiría que las partes de mi cuerpo no volaran de aquí a China.

—Cierto- tales comentarios podrían encender su ira. —Esta broma de buen carácter era un tono nuevo entre ellos. Incluso podría pasar por... ¿coqueteo? Sus miradas se sostuvieron un instante y ella vio la misma ondulación de conciencia—. Continúa, —añadió rápidamente, insegura de si sentirse avergonzada o divertida.

—La historia guarda un gran número de mujeres reales cuyas hazañas son dignas de estudio.

Fascinada, se inclinó un poco más hacia él.

—¿Sí?

—Por ejemplo, Catalina la Grande de Rusia. Voltaire era un gran admirador y en sus cartas la llamaba la Semiramis del Norte. Como su antigua tocaya, fue aclamada como una gran soberana y una gran amante.

Phoebe se movió ligeramente. Aunque el sol había descendido por debajo de su cenit, sus miembros estaban repentinamente impregnados de calor.

—Las hazañas amorosas de estas reinas siempre parecen bastante exageradas.

—¿Exageradas? ¡Ja! —Ivanov rió entre dientes—. ¿No has oído las historias que rodearon su muerte?

Ella negó con la cabeza.

—No entraré en todos los detalles sangrientos, pero tenían que ver con un semental y una complicada creación de poleas y andamios que se derrumbó de repente.

—Estás de broma, —espetó ella, una vez que se le hubo pasado la risa—. Ni siquiera yo podría inventarme eso.

—Gracias por la sugerencia. Fue bastante entretenida. E interesante. —Su palma se deslizó por el lomo encuadernado en cuero del libro—. Eres un profesor excelente. Haces que quiera saber más. Sobre. . . sobre muchas cosas.

—Aprender es para toda la vida.

Curiosa, aventuró una pregunta.

—¿Así que no mentías cuando le dijiste a Lady Octavia que habías asistido a Oxford?

—Todo eso era cierto. En efecto, mi familia sufrió algunos graves reveses financieros. Mi padre, como ves, era un jugador empedernido, cuya lucidez y suerte fueron poco a poco estiradas hasta el punto de ruptura.

—Ya veo. ¿Y la parte de los acróbatas?

—De nuevo, todo cierto. Sólo cuando llegué a la parte de mi enamoramiento de la joven exageré un poco los hechos. No dejé el circo por un corazón roto, sino por un cuello roto. No pretendía matar al tipo, sólo impedir que hiciera valer sus derechos conyugales sobre su nueva novia con la ayuda de un látigo.

—Debería haberlo asesinado ella misma.

—No todas las mujeres poseen su indomable fuerza y valor.

¿Un cumplido de Ivanov que sonaba sincero? Estuvo a punto de resbalar de su asiento.

—En cualquier caso, la joven viuda se mostró convenientemente agradecida, pero descubrí que mis ganas de ponerme un grillete en la pierna habían disminuido considerablemente. Así que me despedí, cruzando la frontera de Prusia hacia Rusia. —Se encogió de hombros—. A partir de ahí, mis hazañas transcurrieron más o menos como le conté a la viuda. Pasé los últimos años en Austria y Polonia, pero recientemente… bueno, tú estás al corriente de mis recientes destinos.

—Sí.

—¿Qué hay de su pasado?

Sus hombros se pusieron rígidos.

—No hay mucho que contar.

—¿Creciste en Londres?

Ella no contestó.

Sin duda él tomaría su silencio como uno de sus habituales desafíos competitivos. Apretando los dientes, se preparó para defenderse de su mordaz ingenio.

Pero en lugar de atacarla verbalmente, Ivanov alargó la mano y le tocó los tensos músculos de la nuca.

—Un tema delicado, supongo. —Las yemas de sus dedos iniciaron un suave masaje—. Lo siento.

No había nada sexual en su intimidad. Era más bien un gesto... ¿de amistad? Ella se encontró relajándose bajo la ligera y arremolinada presión.

—Crecí en los barrios bajos de St. Giles. —Las palabras se escaparon en un suave suspiro —. Mientras tú vagabas por Europa y Asia, mi mundo eran unas cuantas hectáreas de sucios

callejones. Las historias de aquellos días no son ni la mitad de entretenidas que las tuyas. —Se encogió de hombros—. Tuve suerte: Lord Cavendish me arrancó de la legión de otros huérfanos y me dio un hogar en la Academia. Mis compañeras son mis amigas, mi familia. No hay mucho más que contar.

—Me gustaría que me hablara de sus compañeras—dijo.

—Ya ha conocido a Verety. Quizá sea la más... introspectiva de las tres. —Phoebe hizo una mueca irónica—. O eso dice el informe que encontré en los archivos privados de la directora. Kristen es, con mucho, la más femenina. Tiene una gracia natural. De hecho, no me sorprendería descubrir que es hija de un duque y de alguna pobre sirvienta, rechazada sin referencias.

Ivanov parecía pensativo.

—Parece que hay pocas realidades sórdidas del mundo a las que no hayas estado expuesta.

—En comparación con la tuya, mi vida ha sido muy protegida.

Ahogó una carcajada.

—Dudo que mucha gente esté de acuerdo con tu apreciación. Créeme, es muy poco habitual que una mujer joven esté entrenada en el uso experto de armas y explosivos. Por no hablar de las artes igualmente letales de la intriga y la seducción.

Ansiosa por desviar la conversación de su pasado, Phoebe vio su oportunidad.

—Me parece que las damas y caballeros de la Sociedad saben un par de cosas sobre estos últimos temas.

—La sociedad educada es un mundo peligroso en sí mismo, —convino—. Se pueden arruinar vidas por un pequeño desliz en la corrección, reputaciones asesinadas por chismes malintencionados.

—Suena desalentador.

—Lo mismo podría decirse de lo que tú haces.

—Hay una diferencia. —Ella lo pensó un momento—. Luchamos como lo hacemos por principios.

—Cavendish debe estar muy orgulloso de ti.

—Hah. —El bufido se le escapó antes de que pudiera evitarlo. Su ceño se frunció en forma de pregunta. —El marqués piensa que soy bastante impulsiva. —admitió—. He tenido varios problemas disciplinarios en la Academia. Su paciencia se ha agotado. Mi permanencia está pendiente de un hilo.

—¿Y si fracasamos aquí?

Su risa contenía poca alegría.

—Quizá al zar le vendría bien un agente independiente.

—Sin embargo, el marques te eligió para esta misión.

—Tenía pocas opciones. Como has señalado, soy muy buena con las armas. Solo tengo problemas cuando se trata de autoridad.

—No me imagino por qué.

—Ahórrate el sarcasmo, por favor—. Sin embargo, una sonrisa renuente tiró de su boca. —Supongo que tiendo a ser un poco testaruda. Pero sólo cuando estoy convencida de que tengo razón.

—Que es la mayoría de las veces —Él sonrió.

Ella se frotó la muñeca. Estaba bromeando, por supuesto. Pero sus bromas eran un doloroso recordatorio de cómo ella no había estado a la altura de los elevados estándares de la Academia. También se había defraudado a sí misma.

—No puedo decir que culpe a Lord Cavendish por ponerme a prueba. Es extremadamente

justo, y tiene razón al exigir disciplina y una firme devoción al deber.

El viento susurró entre los robles y un revoltijo de hojas flotó hasta el suelo. Phoebe cerró el libro que tenía en el regazo. Qué era lo que Ivanov había dicho la otra tarde: que uno debe conocer la historia para evitar repetirla. Era, supuso, otra forma de decir que uno debe aprender de los errores del pasado.

Una sabia lección.

—Será mejor que volvamos al castillo.

—¿Y enfrentarnos al campo de batalla de harina derramada y masa pegajosa? —dijo Ivanov—. Has vencido a enemigos mucho más formidables.

—Sí. Sin embargo, a veces es más prudente evitar la línea directa de fuego.

—La cocinera es toda una conquista. Si ganas puede que te deje lamer la cuchara, —replicó Phoebe.

—Tentador —Esbozó una sonrisa perezosa—. Me inclino a descansar aquí otro ratito. —Al ver que ella ya estaba de pie, él también se levantó—. Muy bien, si estás decidida a lanzarte a la refriega, no puedo dejar que lo hagas sola.

—No hace falta que me acompañes. Sé lo mucho que esta alianza forzada va en contra de tu principio de sálvese quien pueda.

—Nos guste o no, por el momento somos compañeros.

Una amistad fugaz. Un recordatorio para que no se sienta demasiado cómodo con él. Tanto si la misión terminaba en victoria como en derrota, en la vida o en la muerte, una cosa era segura: seguirían caminos separados.

No hace tanto tiempo, ella habría exhalado un suspiro de alivio. Ahora, mientras observaba su pelo alborotado por el viento bailar contra su cuello abierto, su aliento parecía atascarse en su

garganta.

—Compañera de armas, —enmendó él, ofreciéndole una mano sobre las ásperas piedras.

—No te preocupes por mí. —Phoebe no pretendía sonar tan dura—. Estoy acostumbrada a ir por mi cuenta.



Como la tarde seguía siendo gloriosamente clara y cálida, Phoebe sugirió que interrumpieran las clases de la tarde y dieran un paseo por las colinas de los alrededores. Ivanov aceptó de buen grado, y mientras preparaban un picnic para la hora del té, ella le vio deslizar un catalejo de latón en la cesta. Sus armas, ella lo sabía, estaban ocultas en su persona. Al igual que las de ella. Si el enemigo atacaba estaban armados y preparados.

—Dirijámonos a la cima de Beinn Moran, —dijo—. Aún no he echado un vistazo al lado más alejado del valle.

—Me parece bien. —Añadió su bloc de dibujo y sus lápices. Otro mapa detallado de los alrededores podría resultar útil. Ya había memorizado varias posibles rutas de escape a través de los escarpados páramos.

Una vez que hubieron pasado junto al lago y comenzaron a subir por la empinada ladera de la pradera salvaje, los niños corrieron delante para perseguir a las ovejas. Emma se esforzó por seguir el ritmo de su hermano, sus flacuchas piernecitas se enredaron con sus faldas al trepar por la valla de piedra y caer sobre la hierba. Ivanov no podía mantener la cara seria, aunque había algún indicio de emoción más profunda en la risita de barítono.

—Es intrépida, ¿verdad?

Phoebe sintió que un fantasma de sonrisa se formaba en sus labios, la visión le traía a la

memoria a una huerfanita de antaño, impávida ante un desafío.

Como si leyera sus pensamientos, dijo:

—La diablilla me recuerda a ti, salvo que es más pequeña. Tiene el espíritu de una leona, aunque me temo que sus miembros nunca le alcanzarán.

Phoebe experimentó un doloroso apretón en el pecho.

—Puede que crezca como la mala hierba dentro de unos años. Yo era muy pequeña a esa edad.

La miró con recelo, dejando que su mirada se detuviera unos instantes.

—Me cuesta creerlo.

—Es cierto. —Ella cerró los ojos. La oscuridad no trajo alivio, sólo un torrente de recuerdos largamente luchados. Sin que se diera cuenta de lo que decía, las palabras se le escaparon en un susurro desgarrado—. Delicada, podría ser una descripción más adecuada. Como una muñeca de porcelana. Al menos, así me llamaban los borrachos y los mojigatos en los callejones. Decían que ganaría un buen dinero si me ponía bajo su protección.

Resultaba extraño cómo, a pesar de sus músculos endurecidos y sus habilidades mortales para la lucha, los ecos de otra época aún hacían que un escalofrío de miedo recorriera su espina dorsal.

—Aprendí muy pronto que la única esperanza de sobrevivir era luchar como un demonio. Incluso ante probabilidades abrumadoras.

Abrió los ojos y lo encontró estudiándola atentamente.

—¿Fuiste…?

—¿Violada? —Ella negó con la cabeza—. No. Pero cuando creces sola en los guisos, no sigues siendo una inocente durante mucho tiempo. Hay otros actos lascivos que un hombre muy

grande puede forzar sobre una niña.

—Lo siento, —dijo él simplemente. Ella vio simpatía en la colocación de su mandíbula, en la presión de sus labios. Una comprensión, nacida de una experiencia de primera mano, de que la vida a menudo no era justa ni equitativa.

Otro vínculo más que compartían.

—No te preocupes. Ese hombre no someterá a ninguna otra joven a tales horrores. —Al darse cuenta de que se había detenido, Phoebe se volvió rápidamente y siguió adelante, decidida a compensar su momentánea debilidad. La conversación estaba revelando demasiado, demasiado rápido. La ira, el antagonismo, eran una especie de armadura. Despojarse de tales defensas podía dejarla demasiado vulnerable.

—¿Fue eso lo que atrajo la mirada de lord Cavendish hacia ti? —preguntó Ivanov en voz baja cuando la alcanzó.

—Él no fue testigo de ese ejemplo concreto de mi destreza con la espada. Nuestros caminos se cruzaron más tarde, cuando luchaba contra un par de proxenetas que intentaban llevarse a dos de mis amigas. Supongo que pensó que mis instintos salvajes podrían canalizarse hacia un fin más útil.

—El marqués probablemente describiría esas cualidades como valor y lealtad.

Le temblaron los labios.

—Por el contrario, es probable que Cavendish se arrepienta de la elección. Aunque valora la fuerza y la destreza con un arma letal, da más importancia a la disciplina y la devoción al deber.

Ivanov aún no había contestado cuando un grito agudo sonó desde arriba. Desenfundando su pistola, corrió hacia la cresta de la colina, indicando a Phoebe que rodeara el afloramiento rocoso situado a su izquierda.

Ataquen primero lo que aman. ¿Cómo había dejado que los principios de Sun-Tzu se le escaparan de la mente, aunque sólo fuera por un instante? Había intentado hacerse invencible. Y había fracasado estrepitosamente.

El roce de la piedra contra su mano apartó todos los pensamientos de autocompasión. Nada importaba, salvo Emma y Prescott. Un salto silencioso y giratorio la llevó a la cornisa superior. A Bianchi no le resultaría fácil burlar o superar a Ivanov. Habría un instante, una apertura, y cuando llegara, ella se abalanzaría a matar. Con la pistola amartillada, apretó su cuchillo arrojadizo entre los dientes y se dejó caer ligeramente en una estrecha grieta. Desde allí avanzó, con los músculos enroscados, lista para entrar en acción.

—¡Maldita sea!

Phoebe divisó el hueco irregular en el sendero en el mismo momento que Ivanov. Aflojado por el viento y la lluvia, el esquisto y el suelo debían de haber cedido bajo las pisadas de los niños.

Llegó primero al lugar y arrojó a un lado su arma.

—Aguanta, pequeña, —llamó mientras se tumbaba boca abajo y miraba por encima del borde—. No intentes moverte. Voy a por ti.

—Soy más ligera, déjame ir, —dijo Phoebe, con los dientes apretados para que no le castañetearan. La caída era bastante empinada, sólo interrumpida por unos estrechos salientes de roca mientras caía casi treinta metros hacia un barranco hendido lleno de agua corriente, piedras destrozadas y pinos astillados. Emma se las había arreglado de algún modo para posarse en un estrecho saliente a unos treinta pies por debajo de ellos.

Su demanda parecía haber sido engullida por las ráfagas arremolinadas, pues Ivanov ya se estaba quitando el abrigo.

—Eso va también por ti, Scottie. —El chico había empezado a bajar valientemente tras su

hermana, pero otro fragmento se había desprendido, dejándole atrapado justo fuera de su alcance —. Quédate quieto, muchacho. Voy a anudarme la manga y bajártela.

Phoebe se acercó para ver mejor la situación. No pintaba bien-.

—Por el amor de Dios, quédate atrás, —espetó Ivanov. El sudor le cubría la frente a pesar del viento—. Si otra pieza se desprende...

En lugar de terminar la frase, dio un último giro a la manga de su chaqueta y luego deslizó lentamente la prenda por la pared rocosa.

—Quiero que cojas esto, Scottie, y te agarres fuerte. La señorita Sloane lo anclará en este extremo mientras yo bajo a buscarte. ¿Entendido?

El muchacho levantó la vista y, aunque su rostro estaba ceniciento, asintió.

Phoebe vio lo que Ivanov tenía en mente y rápidamente agarró el extremo de la cola.

—Ya lo tengo. —Empuñando la tela, añadió una oración silenciosa—. Adelante.

Contuvo la respiración mientras Ivanov encontraba un asidero y balanceaba su peso sobre el borde. Era tan sólido, tan fuerte, y sin embargo la roca era tan frágil… Su propio autocontrol empezó a desmoronarse. Si tan sólo hubiera mantenido su mente en la misión. Si tan sólo no le hubiera distraído hablando de su pasado.

Si tan sólo, si tan sólo. Quizá Cavendish tenía razón al cuestionarse si era capaz de aprender de sus errores pasados.

El viento le aguijoneó las mejillas, haciendo que las lágrimas asomaran a sus pestañas. Pero no las dejaría caer, se juró. Un tirón tensó la tela en sus manos. No cuando aún quedaba una pizca de esperanza a la que aferrarse.

—¡Aguanta! —La voz de Ivanov se arremolinó.

Phoebe cavó más hondo en busca de un punto de apoyo en la tierra húmeda.

Después de lo que pareció una eternidad, apareció una mano en el borde de la roca, luego un rostro... dos rostros. Extendiendo la mano, agarró a Prescott por el cuello y tiró de él hacia un terreno más firme.

Ivanov aflojó el agarre de Phoebe sobre el muchacho.

—No hay tiempo para sentimentalismos. —Puso a Prescott al abrigo de una gran roca. —Quédate aquí—. Había querido que la orden incluyera a Phoebe, pero ella se quedó pisándole los talones mientras él se apresuraba a buscar otro punto de observación. No malgastó saliva en ordenarle que volviera.

—Mira allí… —Señaló hacia donde una gran fisura cortaba la escarpada pared rocosa. Desde donde estaban agachados, podían ver que había un estrecho sendero, apenas más ancho que el palmo de su mano, que bajaba hasta donde Emma estaba sentada encorvada contra el viento azotador.

—Yo...

—No te muevas, —ordenó.

—Pero estoy entrenada en gimnasia…

—¡Por el amor de Dios, haz lo que te digo! Una ráfaga y tus malditas faldas se convertirán en una cometa. —Ella tuvo el sentido común de dar un paso atrás—. Ten cuidado, Alex.

Sus botas empezaron a avanzar por la roca arrastrada por el viento.

—No te preocupes, —murmuró—. Habiendo llegado tan lejos en la vida, no tengo intención de renunciar a ella por ahora.

Un trozo de esquisto se desprendió bajo sus botas y fue rápidamente engullido por las aguas espumosas. A través del lino de su camisa, Ivanov fue consciente de la roca afilada como un cuchillo contra su espalda. Como si necesitara algún recordatorio de su precaria posición.

Al llegar por fin al saliente donde estaba sentada Emma, se acercó lentamente hasta quedar a un brazo de distancia.

—Has sido una muchacha valiente, cariño. Sólo nos queda un truco de equilibrio por hacer.

—Recuerdo lo que me dijo, Sr. Oliver. N… no mires hacia abajo y no te marearás.

—Exacto.

—Es… es como hacer equilibrios en el mástil de un barco.

—Sí, ningún capitán pirata podría haberlo hecho mejor.

Afortunadamente, estaba demasiado asustada para inmutarse cuando sus dedos se enroscaron lentamente en su manga y la levantaron. Sólo haría falta un tirón errante para que ambos cayeran sobre los dientes dentados de las rocas, muy por debajo.

—Tranquila, muchacha... ahora pon tus brazos alrededor de mi cuello.

Emma se acurrucó contra él. Podía sentir el latido de su corazón.

Hasta ahora, todo bien. Abrazando a la niña contra su pecho, inició la agonizante subida de vuelta, cuidando de que su mirada no se desviara hacia abajo.

Las ansiosas manos de Phoebe le sostuvieron los últimos pasos.

—¡Oh, Alex! ¡Has estado absolutamente magnífico!

Ivanov se dio cuenta de que nunca se había sentido tan orgulloso de sí mismo.

—Lo siento, —gimoteó Emma en cuanto sus pies tocaron el suelo—. No era mi intención... pero se veía tan bonito ahí sentado.

Phoebe alargó la mano y cogió el pequeño objeto que la niña había aferrado a su pecho. Era un trozo de cuarzo, tan claro y suave que parecía translúcido a la pálida luz del sol.

—Muy bonito, —respondió.

—Lo vi primero en el borde del sendero. —A Prescott le tembló el labio—. Y reté a Emma a que me echara una carrera por él: el primero que llegara podía quedárselo. —Colgó la cabeza —. Es culpa mía.

—No es culpa de nadie, —dijo Ivanov—. Pero es un recordatorio para los dos de que las colinas pueden ser peligrosas. Ambos debéis intentar tener más precaución en el futuro.

Vio que Phoebe examinaba la piedra más de cerca. Su expresión era sombría.

—Pero dejaré mi sermón para más tarde, —prosiguió—. Ahora mismo, vamos a llevaros a los dos de vuelta al castillo y a que os instaléis frente a un fuego crepitante.

Phoebe deslizó el cuarzo en su bolsillo.

—Adelántate. Yo recogeré nuestras cosas y os alcanzaré. —Una mirada significativa al borde de la hierba le recordó que las pistolas estaban a la vista.

Ivanov asintió, agradeciendo en silencio que los niños hubieran estado demasiado conmocionados como para reparar en ellas.

Unas cuantas zancadas y ya tenía las armas ocultas en la cinturilla de su falda de paseo. Desde allí, la vio rodear el afloramiento rocoso para recoger la cesta de picnic. Comprobando, sin duda, que ninguna otra amenaza acechaba cerca.

Scottie insistió en seguir caminando, pero Emma permitió que Ivanov la cogiera en brazos. Estaba tan tranquila que él pensó que tal vez se había quedado dormida, refugiada en lo más profundo de los pliegues de su cuello levantado.

Abrazándola más fuerte, empezó a tararear una vieja nana rusa.

No fue hasta que Phoebe se reincorporó que Emma se aventuró a hablar.

—El señor Oliver es un héroe, ¿verdad, señorita Sloane? —Su aliento era dulce y cálido en

su mejilla.

Sonrió, pero se le heló la sangre al pensar en lo cerca que había estado de perderla.

—Igual que uno de los caballeros de brillante armadura sobre los que hemos estado leyendo en las aventuras de Sir Galahad, —continuó Emma.

—En efecto, un héroe de cuento, —murmuró Phoebe. Su voz era fría, pero una mirada de reojo reveló que su mirada tenía una extraña especie de brillo borroso.

Maldita sea. La guerrera no estaba llorando, ¿verdad?

—Había una escena en 'Barba Azul el pirata' en la que uno de sus tripulantes escalaba un acantilado para capturar un cañón español. —ofreció Prescott—. Me atrevería a decir que el Sr. Oliver es más valiente que eso...

Recuperados de su shock inicial, los niños empezaron a parlotear como pequeñas urracas sobre los méritos de los caballeros y los piratas. Ivanov se alegró de ver que actuaban como si la excursión hubiera sido una gran aventura y no una prueba traumática. Los jóvenes eran resistentes. En cuanto a sus guardianes…

Dirigió otra mirada a Phoebe. Su rostro seguía lixiviado de color y su ánimo parecía tan pesado como las nubes que se cernían bajas sobre las montañas lejanas. Se negaba a mirarle a los ojos y apenas conseguía responder a las preguntas de los niños.

Él tuvo poco tiempo para meditar sobre su melancólico estado de ánimo. Cuando entraron en el castillo por las puertas traseras de la cocina, la cocinera adivinó inmediatamente, por sus rostros sucios y sus ropas desaliñadas, que algo había ido mal. Los acontecimientos de la tarde fueron relatados con todo lujo de detalles, puntuados por suficientes jadeos y ollas caídas como para sacar a Lady Octavia de su salón.

—Pequeños diablos, —resopló, una vez que el relato hubo terminado por fin. Un “Hmmph” ocultó un pequeño resoplido mientras les apretaba los hombros y luego movía un

dedo huesudo—. Tuvisteis suerte de tener dos ángeles de la guarda rondando cerca. Prometerme que tendréis más cuidado en el futuro.

—Sí, abuela. —Emma y Prescott parecían verdaderamente afligidos.

Bajo la mirada de basilisco de la viuda, los niños fueron agasajados con abundante chocolate caliente y bizcochos recién horneados antes de ser enviados a tomar un baño y a la cama con el ama de llaves.

—Vosotros dos, seguirme, —añadió, guiando el camino de vuelta a su sala de estar. Ivanov dio un codazo a Phoebe, que parecía perdida en sus propios pensamientos.

—Whisky para todos, joven. Y que sea más que una copita, por favor.

Obedeciendo órdenes, Ivanov sirvió tres generosos vasos. Hizo que Phoebe bebiera un cálido trago antes de tomar asiento junto al fuego.

—Los accidentes ocurren, señorita Sloane, —dijo la viuda en voz baja.

—Sí, —dijo Ivanov, ansioso por aliviar la angustia que veía grabada en el rostro de Phoebe. Era desconcertante verla tan abatida, tan derrotada—. Incluso cuando uno toma las máximas precauciones, las cosas pueden salir mal.

—Eso es... No tomé las precauciones adecuadas. Bajé la guardia, —Su voz apenas se oía por encima del crepitar de las brasas.

—¿Cómo diablos podías prever lo que pasaría? —gruñó él—. No se puede esperar que leas el futuro en tus hojas de té.

—Se puede esperar que cumpla con mi deber, —dijo ella sombríamente.

Se llevó el vaso a los labios, sorprendiéndose al ver que sus dedos se apretaban con tanta fuerza que el cristal corría peligro de resquebrajarse. Deseó poder enroscárselos al cuello a lord Cavendish. Maldito fuera el hombre por enviar a una joven solitaria a luchar en las batallas más

mortíferas de Inglaterra. Era un trabajo peligroso, sucio y deprimente, incluso para un cínico como él.

Pero los pensamientos sobre lord Cavendish podían esperar hasta más tarde. Ahora mismo, debía encontrar la forma de sacarla de las profundidades de la desesperación.

Tras pensarlo un momento, adoptó su mueca más ofensiva.

—Por el amor de Dios, Phoebe, no es propio de ti revolcarte en la autocompasión.



Phoebe levantó la cabeza, con la indignación chispeando en su mirada.

Por fin, una llamarada de su fuego habitual. Ocultó una sonrisa.

Parecía a punto de hablar, cuando Lady Sylvia irrumpió en la habitación.

—¿Qué es eso de que mi sobrina y mi sobrino estuvieron a punto de morir en los páramos? —Lanzó una mirada acusadora a Lady Octavia—. Sería negligente en mis deberes como tía si no informara a Angus de este incidente. Estoy segura de que estará absolutamente horrorizado ante una vigilancia tan laxa sobre los niños.

Ivanov nunca en su vida había contemplado la posibilidad de golpear a una mujer, pero al ver que la mirada de autorreproche volvía a la mirada de Phoebe, sintió una gran tentación de borrar de un bofetón la sonrisa burlona del rostro de lady Sylvia.

—Dado que ha aceptado la invitación de los caballeros para unirse a su partida de caza mañana, señor Oliver, he pensado llevar a los niños de visita a la abadía de St. Alban. El viaje será una experiencia educativa, y les vendría muy bien alejarse un poco de aquí.

—No es necesario, —espetó Lady Octavia—. Cuando se trata de la educación de mis

nietos, estoy convencida de que están en manos capaces.

—¿Quién es usted para juzgar? —murmuró Lady Sylvia en voz baja.

—Creo que lo que Sylvia quería decir es que tal vez la señorita Sloane podría agradecer un día libre de sus obligaciones. —Con paso que correspondía a la suavidad de sus palabras, De Villiers vino a situarse al lado de la dama. Volviendo sus ojos hacia Phoebe, añadió—: Después de los recientes acontecimientos, mademoiselle, debe sentirse un poco agotada, ¿no?

—No. —Su respuesta fue cortante hasta la grosería.

—No pretendía insultarla.

—Todos andamos con pies de plomo en este momento, —dijo Ivanov con mesurada cortesía, aunque por dentro le hervía la sangre. Permitir que su temperamento se le escapara sólo exacerbaría las tensiones—. La oferta de Lady Sylvia es amable, estoy seguro. Pero la señorita Sloane y yo opinamos que los niños ya han tenido suficientes emociones por el momento. Un día tranquilo de estudio y lectura en el interior sería lo mejor para mañana.

Sylvia no parecía nada complacida por su deserción de sus filas de admiradores.

—Había pensado que podría contarse con usted, señor Oliver, para mostrar algo de sentido común. Me sorprende que no esté de acuerdo en que un día lejos de este montón de granito oscuro y con corrientes de aire sería un cambio saludable. Sólo pienso en lo que es mejor para los niños.

—Yo también.

Sin réplica posible, Sylvia se vio obligada a ceder.

—No diga que no se lo advertí, —dijo con un resoplido sin gracia. Sus faldas se alborotaron mientras se volvía hacia la puerta—. Ven, Arnaud. ¿Nos acompañas a jugar al whist en el salón? Lady Octavia y su ayudante contratado parecen preferir su propia compañía.

—Hmmph. —La viuda puntuó su bufido con un golpe de su bastón—. Me pregunto qué clase de juego tenía en mente conmigo.

—Fuera lo que fuese, creo que ahora sabe que no puede tomarla por tonta. —Ivanov levantó su copa en señal de saludo, pero Phoebe vio que su sonrisa parecía tensa.

No se atrevió a secundar el gesto.

—No lo celebremos todavía. —Sacó el fragmento de cuarzo de su bolsillo—. La verdad es que somos desesperadamente vulnerables. A pesar de todos los esfuerzos, puede atacarnos a voluntad.

—Déjeme verlo más de cerca, —dijo Ivanov. Phoebe se lo pasó—. No tiene marcas hechas por el hombre. —La piedra translúcida parecía brillar como el fuego a la luz de las llamas.

—Ambos hemos caminado lo suficiente por los páramos cercanos para saber que ese tipo de cuarzo no es de por aquí, —señaló.

Ivanov no discutió.

Phoebe respiró hondo y continuó.

—Y por lo que sabemos de la astucia de Bianchi, sería justo el tipo de truco que intentaría. —De repente se estremeció—. Está cerca. Lo sé.

Sostuvo el fragmento un poco más alto. Las sombras parpadearon contra su cara, afiladas y chasqueantes como los dientes de un depredador.

—Llámalo intuición femenina, —añadió.

—Sí. —La viuda flexionó sus frágiles dedos—. Yo también lo siento en mis huesos y no digas que son sólo los dolores de la vejez.

—En estas últimas semanas, he llegado a sentir el máximo respeto por la mente femenina. —Forzó una mueca irónica—. Aunque sea incomprensible para el hombre mortal.

—Su comprensión de una amplia gama de temas deja a la mayoría de los hombres en el polvo, —dijo Lady Octavia, su expresión sombría aligerándose un poco—. Por lo que estoy profundamente agradecida.

Dando silenciosamente las gracias por lo hábilmente que había reanimado el decaído ánimo de la viuda, Phoebe logró esbozar también una sonrisa. Había llegado a apreciar cómo su humor no siempre pretendía ser un arma ofensiva.

Animada por el ejemplo de Ivanov, la viuda golpeó el suelo con su bastón.

—Entonces, ¿qué sugieren ustedes dos que hagamos para contrarrestar el último movimiento del canalla?

La sonrisa se apagó mientras Phoebe miraba fijamente al fuego. No confiaba en sí misma para hablar.

Ivanov la miró un momento antes de asumir el mando.

—Según Sun-Tzu, si el enemigo es considerable, prepárate para él. Así que me parece que debemos adoptar una posición más defensiva. Phoebe tiene razón: somos demasiado vulnerables, incluso aquí dentro de los muros del castillo. El lugar es demasiado grande, demasiado ramificado. Sugiero que traslademos a los niños con Lady Octavia durante las próximas noches.

Se volvió hacia la viuda.

—Sus habitaciones en la torre central son accesibles por una sola escalera. Hay un pequeño salón a sus pies. Instalaremos allí nuestros dormitorios-en turnos, por supuesto.

—Eso tiene mucho sentido, —dijo la viuda—. Todavía hay barrotes de hierro custodiando las ventanas, restos de algún antiguo conflicto entre clanes. —Tap, tap, tap. El golpe de su bastón adquirió un ritmo marcial—. Despertaremos a los niños y les diremos que la mudanza es un regalo especial en vista del día tan difícil. Una gran aventura. Y con un rollo de mantas en el suelo, pueden fingir que son piratas, durmiendo en la cubierta de un barco.

—Whitehall debería considerar ofrecerse por sus servicios, milady, —comentó Ivanov—. Su talento para hilar un buen hilo en un momento dado resultaría extremadamente valioso. A menudo se recurre a los diplomáticos para explicar situaciones delicadas.

—Mi talento para mentir descaradamente probablemente no sea tan bueno como el suyo. Aun así, he contado suficientes tonterías en mi vida como para ser razonablemente hábil improvisando.

El roce del bastón sonó cuando Lady Octavia empezó a levantarse. Avergonzada por su propia falta de espíritu, Phoebe se obligó a cuadrar los hombros. ¿Qué le pasaba? Nunca había tenido miedo a una pelea. En todo caso, su deseo de acción había sido demasiado impulsivo, demasiado endiablado. Temerario.

De nuevo se preguntó si lord Cavendish tenía razón al dudar de si merecía llevar la insignia de una Delaney. Su mano se arrastró hasta su pecho, tocando el tatuaje oculto. Bajo él podía sentir el tamborileo de su corazón, inseguro, errático. El marqués le había advertido que el deber exigía una resolución desapasionada.

Sus dedos se enroscaron en un apretón alrededor de la pequeña cadena de eslabones finos, un agudo recordatorio de la Academia y todo lo que representaba. Kristen la había considerado digna de llevarlo. No debía defraudarles. O a sí misma.

—¿Lista para partir? —Ivanov se había movido a su lado, su mirada atrapando la de ella en una pregunta tácita más profunda.

Ella dejó a un lado su whisky sin terminar.

—Despertaré a los niños y recogeré las mantas mientras tú compruebas que las puertas y los pestillos de la escalera de la Torre funcionan correctamente.

—Volveré a comprobar los barrotes de las ventanas. —ofreció Lady Octavia.

—Dudo que el mismísimo diablo se atreva a luchar contra nosotros. —Ivanov sonrió—.

Yo ciertamente no lo haría.

—Traeré mantas extra para la sala de guardia, —dijo Phoebe— Déjeme hacer la primera guardia.

—¿Está segura?

—Estoy preparada—. Soy una Delaney. Demostraría a todos -incluida ella misma- que era digna de sus alas.

Capítulo 19

—Las cerraduras son seguras y, como precaución adicional, he añadido un segundo cerrojo de seguridad en la puerta de la Torre. —Ivanov inclinó su luz sobre la ventana, comprobando que los pestillos estuvieran bien cerrados—. ¿Y los niños?

—A buen recaudo en la alcoba de Lady Octavia, —respondió Phoebe—. Aunque no respondo de que hayan pegado ojo durante la noche.

—Deje que la viuda dirija un barco hermético. —Se había preparado un colchón en un rincón de la pequeña sala de estar al pie de la escalera. Se acercó y se sentó junto a ella, hombro con hombro, con las espaldas de ambos contra el revoque encalado—. Encontró un libro sobre los piratas del Caribe que está garantizado para asustar hasta al bucanero más sanguinario hasta que se duerma.

—Lo último que necesitan los niños es un susto. —Incluso para sus propios oídos, su voz sonaba peligrosamente cerca de quebrarse.

—Son resistentes, Phoebe.

—¿Y crees que yo no lo soy?

—No he dicho eso.

—No tenías que hacerlo. —Encorvándose para evitar que la tocara, apretó más las rodillas contra el pecho, aunque no había esperanza de esconderse dentro de sí misma—. Sé que es culpa

mía. No debería haberme distraído.

—No seas tan condenadamente dura contigo misma, Phoebe. —Sorprendida, levantó la vista.

—¿Crees que eres la única atormentada por la duda, por el miedo a no estar a la altura del trabajo? —Ivanov torció una sonrisa cansada—. Créeme, empeora aún más a medida que uno envejece.

—Como si alguna vez hubieras sufrido un momento de duda.

Le retorció un mechón de pelo entre los dedos.

—Sólo un tonto o un asno no se cuestiona a sí mismo. Sé que piensas que soy ambas cosas. Pero si te sirve de consuelo, ha habido momentos en los que me he preguntado si una espada enemiga o una bala habrían sido una alternativa menos dolorosa a mis propios pensamientos.

Ivanov nunca había permitido un atisbo tan desprevenido de sus sentimientos. Phoebe parpadeó antes de contestar:

—Nunca habría imaginado que tuvieras tales dudas. Las ocultas muy bien.

—La disciplina mental no es diferente de la esgrima. En ambas debemos dominar el arte de las fintas y el engaño.

—Tú eres mucho más hábil que yo.

Su risa era poco más que un susurro.

—Subestimas tus habilidades, Phoebe. Son mucho más formidables de lo que imaginas. —Su ancha y cálida palma ahuecó la barbilla de ella—. Tu valor y compasión hacen que me avergüence de mis propias debilidades egoístas.

Se le cortó la respiración. Su voz, despojada de su habitual filo cáustico, sonaba casi tan vulnerable como la suya propia.

—No tienes nada de lo que avergonzarte, Alexander. —Cuando la mano de él se apartó de su cara, Phoebe alargó la suya y entrelazó las yemas de sus dedos con los de él. A través de los callos y los cortes, sintió el latido cálido y constante de su pulso—. Eres un hombre amable y cariñoso, aunque te esfuerces mucho en ocultarlo.

—Me das demasiado crédito, Palomita.

—He visto la expresión de tu cara cuando tienes a Emma acunada en tus brazos.

Su boca se torció.

—Tal vez sólo sean las cicatrices de batallas pasadas que tuercen mi expresión por voluntad propia. —Se tocó la pequeña muesca de la comisura de los labios—. Esto era de una pelea de taberna en Cracovia, difícilmente una hazaña heroica.

Phoebe se inclinó más cerca y apretó los labios en el lugar.

Ivanov se puso rígido por un instante, luego dejó escapar una risa susurrante.

—Esto era de un espía veneciano, que intentaba sabotear uno de nuestros acuerdos comerciales con Constantinopla.

Ella besó la delgada línea sobre su frente.

—¿Qué le pasó? —murmuró—. Está alimentando a los peces en el Gran Canal.

—¿Y esto? —Phoebe le tocó los nudillos.

—Ah. ¿Deseas conocer mis secretos más profundos y oscuros? —Suspiró—. Mi cachorro me mordió cuando intenté quitarle el hueso. Ya ves, incluso a una edad muy temprana, tenía predilección por el robo.

Y qué bien se le daba. Le había arrebatado el corazón sin que ella se diera cuenta de cuándo había desaparecido.

Ivanov la rodeó lentamente con sus brazos.

—Y, sin embargo, eres tú quien me ha robado la voluntad de resistir.

Phoebe no protestó cuando él le inclinó la barbilla y tomó su boca en un suave beso. Era extraño cómo la pasión podía encenderse de diferentes maneras. Ella sentía una necesidad ardiente por él, pero esta noche era una llama lenta, en lugar de la intensidad crepitante de sus encuentros anteriores. Aquellos habían estado alimentados por una volátil mezcla de agresividad y atracción.

¿Y esto? ¿Cómo describir su relación?

Un choque de voluntades competitivas se había suavizado lenta pero inexorablemente hasta convertirse en respeto mutuo. Quizás habían reconocido el uno en el otro que, a pesar de las diferencias externas, eran muy parecidos. Almas perdidas con cierta oscuridad en sus corazones, buscando alguna pieza que les faltara para estar completas. Lo que habían encontrado era el uno en el otro. Y unidas, sus fortalezas parecían vencer a las debilidades.

—Alexander —Se había sentido atraída por él desde la primera vez que su acero se había cruzado con el de él.

Su boca, más suave que el terciopelo, le acariciaba ahora el hueco de la garganta. Los cierres de su camisa se habían soltado, dejando al descubierto sus hombros.

Ella desabrochó los botones de su tapeta y deslizó la mano contra su pecho. La espolvoreada de rizos era como seda finamente hilada bajo su palma, los planos de su pecho lisos como el mármol pulido. Embargada por un repentino deseo de ver el parpadeo de la luz del fuego en su carne, le tiró de la sábana por encima de la cabeza.

Puede que sólo fuera un capricho de las velas, pero la expresión de Ivanov parecía extrañamente tentativa.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Phoebe? —murmuró—. No quiero aprovecharme del momento y que hagas algo de lo que luego te arrepientas.

Ella se echó a reír.

—Gracias por la advertencia, pero sé cómo defenderme, si así lo deseo.

—¿Y qué es lo que deseas, Palomita?

A ti.

No fue lo bastante valiente para decirlo en voz alta, pero sus ojos debieron de hablar por ella. Su agarre fue sorprendentemente suave cuando la tumbó sobre el contrapiso y cubrió su cuerpo con el suyo. Su aroma, una mezcla abiertamente masculina de humo, cuero y pino, era embriagador. Ella no pudo resistirse a recorrer con la lengua la cresta de su hombro.

—Sabes a sal y a malta escocesa —susurró ella.

—Sabes a miel silvestre, —dijo él, después de beber en un abrazo más íntimo—. Y a una dulzura indescriptible.

No había forma de describir la repentina llamarada de calor que su beso encendió en su interior. Áspero por la necesidad, el roce de su mandíbula barbuda era como mil puntos de fuego contra su mejilla, y la presión de su boca, dura pero suave, una lengua de fuego.

—Entonces no más palabras, Alexander, —suplicó ella—. No más advertencias. Dios sabe lo que nos deparará la mañana. La única certeza es que tenemos este momento. Te deseo, más allá de la razón, más allá del arrepentimiento. —Más allá del anhelo—. Por favor.

—Me temo que estoy más allá del punto de volver atrás, aunque debiera. —Sus manos enmarcaron el rostro de ella—. Te mereces algo mejor, Phoebe. Mucho mejor.

—Pero te deseo. —A la luz del fuego, su pelo tenía un brillo dorado como el whisky. Ella pasó los dedos por las hebras rizadas—. Sólo a ti.

Guiando su agarre hacia los cierres restantes de su camisa, ella retorció sus pechos liberándolos de la tela. Con un gemido desgarrado, Ivanov la rasgó hasta abrirla del todo,

enviando un revoloteo de hilos de lino por el contrapiso. Sus calzones cedieron a sus manos, luego sus medias.

Un último tirón la dejó desnuda bajo su mirada. Sin avergonzarse, Phoebe se encontró con su mirada. El brillo de sus ojos despertó una feroz alegría en lo más profundo de su ser.

—¿Tienes idea de lo encantadora que eres? —Las callosas palmas de las manos de Ivanov se deslizaron sobre sus caderas.

Ella se acercó más, tanto que el vello dorado de su pecho le hizo cosquillas en la piel.

—Ni de lejos tan magnífico como tú, —La anchura de sus hombros, los músculos esculpidos, estrechándose hasta una cintura estrecha, eran suaves y duros como el mármol. La perfección cincelada—. Como un dios griego.

—Soy demasiado humano, Phoebe. Demasiado imperfecto. —Sus manos subieron para acariciar sus pechos. Ella sintió un cosquilleo en todo el cuerpo cuando él acarició sus puntas.

—No para mí, —Ella se dejó caer de espaldas contra las almohadas, atrayéndolo con ella —. Tú eres...

Todo pensamiento coherente se disolvió en un jadeo de placer cuando su boca se cerró sobre un pezón, lamiendo, succionando la carne hasta convertirla en un duro puntito de fuego.

—Perfecto —La última palabra fue in crescendo hasta convertirse en un grito. Arqueándose instintivamente, le rodeó el cuello con los brazos, deleitándose con la sedosa maraña de su pelo, la inclinación de su espalda. El cubrecama se desprendió cuando él la enganchó más arriba, sus piernas entrelazadas en las sábanas. El tronco erecto de él le rozaba el muslo, y la idea de que él la deseara la excitaba salvajemente.

De algún modo, se sentía hermosa. Femenina, sensual, seductora. Todas las cosas que no creía que formaran parte de sí misma. Sus manos se tensaron. Quería aferrarse al momento, saborear el esplendor de su forma, su fuerza, su olor.

Todo en él.

—¡Por favor! —susurró ella, mientras los labios de él se deslizaban hasta el hueco de su garganta. El palpitar de su pulso se hizo eco de su necesidad. En otro instante temió hacerse añicos como el cristal. Sus ojos, arremolinados como acero líquido, se encontraron con los de ella.

Phoebe sintió otra sacudida de calor recorrerla.

—No esperes más. Ven dentro de mí, Alex.

Ivanov levantó las caderas de ella, impulsado por su súplica y su propia necesidad despiadada. Ya no podía refrenar al lobo ruso que llevaba dentro; sus instintos más bajos dominaban ahora los pocos escrúpulos de caballero inglés que aún poseía.

Maldito fuera por ser una bestia, pero quería tenerla. Marcarla irrevocablemente como suya.

—Ábrete a mí, Phoebe. —La engatusó para que separara los muslos—. Sí, así. —Todo curvas flexibles y carne cremosa, sus largas piernas respondieron dulcemente a su tacto. Estuvo a punto de deshacerse.

Un suspiro, suave como la seda hilada. ¿Había tenido alguna vez a un hombre dentro de ella?

Despacio, despacio, pensó, conteniéndose. Más que nada, quería hacer de esta unión de sus cuerpos un recuerdo que pudieran conservar para siempre.

Sus rizos melosos, que brillaban dorados bajo la luz danzante, estaban húmedos al tacto. Aguantando la respiración, encontró el nódulo entre sus femeninos pliegues de carne y la rodeó con una lenta caricia.

—¡Oh, Alexander! —La voz de ella -salvaje, maravillosa- le incitó a acelerar su caricia.

Phoebe apretó con fuerza su mano, y él sintió una perversa satisfacción por haberla despertado a sus propias pasiones más íntimas. Otro grito, cuando su dedo encontró su pasaje y se deslizó dentro. Tan apretada. Tan confiada.

Y tan inocente.

Maldita sea. A pesar de toda su palabrería, parecía que seguía siendo virgen. Con un gemido bajo, se relajó hacia atrás, aunque le costó un esfuerzo considerable.

—Por favor, —suplicó ella, agarrándose a su muñeca—. No pares. Ahora no.

—No tan rápido, palomita, —dijo él entre dientes apretados. Su autocontrol estaba peligrosamente cerca de esfumarse—. Quiero hacer esto bien para ti. No quiero hacerte daño.

Sus ojos eran luminosos en la luz parpadeante, como si el sol brillara en un cielo azul claro.

—Nunca podrías hacerme daño.

Aún no era demasiado tarde. Un verdadero caballero habría entrado en razón. Pero él nunca había pretendido ser un santo. La pasión primigenia se había apoderado de él, en cuerpo y alma. Acodándose más arriba, Ivanov apoyó su peso y entró en ella, tan lenta y suavemente como pudo.

Pero tras un respingo momentáneo, Phoebe salió a su encuentro, envainando su vástago en lo más profundo de su calor. Jadeó, luchando por no sobrepasar el límite.

—¿Lo estoy haciendo bien? —Su sonrisa se volvió tentativa.

—Oh, tan bien, —ronroneó. Y oh tan mal. Apartó el pensamiento sin piedad. El cinismo, su escudo habitual, se había desenredado, dejándole enredado en un enredo desesperado de emociones. Esperanza, culpa, miedo, anhelo. Pero la necesidad lo dominaba todo. De algún modo, resolvería las demás más tarde.

Ivanov se retiró ligeramente, dando a su cuerpo un momento para adaptarse al de él, y luego volvió a avanzar.

—Tan bien, —susurró de nuevo, inclinando la cara de ella para tomarla en un beso largo y exuberante.

Aferrándose a sus hombros, ella siguió su ritmo con avidez. Con las extremidades entrelazadas, sintió el latido del corazón de ella, en perfecta armonía con el suyo. Tan cerca. Su tacto despertaba la esperanza, aunque él había jurado no hacerse nunca tan vulnerable.

—Abrázame fuerte, Alexander. —Las palabras plumearon contra su mejilla—. Estoy perdida sin ti. —Él podía sentir la tensión creciendo en su interior, esforzándose por liberarse.

—estoy junto a ti, Phoebe. —Sus manos guiaron las caderas de ella más arriba, uniéndolas más profundamente. Como miel líquida, la calidez de ella lo envolvió. Dos como uno, culminando en otra exquisita oleada de placer, antes de que ella se estremeciera bajo él y diera voz a un grito de dulzura etérea.

Sus propios miembros temblaban, Ivanov no sabía si reír o llorar. Deleitándose en su asombro, sólo era débilmente consciente de la nota más oscura de advertencia que retumbaba en su cabeza. ¿Había cometido el error cardinal de permitir que la lujuria se convirtiera en amor? El apego emocional era el beso de la muerte en su línea de trabajo.

Y sin embargo, en lugar de prestar atención al peligro, se lanzó hacia delante, con su propia exultación ronca haciéndose eco del trueno que retumbaba en los páramos distantes.



—¿Estás despierta, dorogaya?

Phoebe fue despertada de sus ensueños por un beso emplumado en su frente.

—Mmmm... sí. —Dio un lánguido estirón, deleitándose con la elegante calidez del cuerpo de Ivanov apretado contra el suyo—. Pero apenas. —Su piel aún desprendía el aroma almizclado de su relación amorosa y, al acurrucarse más cerca de ella, fue íntimamente consciente de cada matiz de su textura. La tersura de sus músculos, los contornos endurecidos de su pecho, el rastrojo de los bigotes a lo largo de la delgada línea de su mandíbula.

Los primeros rayos del alba encendían una llamarada de oro bajo su caricia extendida.

—Aún es pronto.

—Sí. Pero aunque me resisto a mezclar negocios y placer, el deber me llama. —La sonrisa de Ivanov era dulce pero fugaz—. Será mejor que no me quede aquí en la cama más tiempo.

El deber. Phoebe se levantó con un sobresalto culpable.

—Los niños. Lady Octavia. Debería haber...

Volvió a tirarla hacia las almohadas.

—Todo está bien. Los revisé hace media hora. No es necesario que te apresures a vestirte. Sin embargo, tengo algunas cosas que deseo hacer antes de unirme a los caballeros londinenses para la cacería.

—Alexander, ¿no puedo convencerte de que lo reconsideres?

La resolución azul hielo se derritió, pero sólo por un momento.

—No.

—Entonces, por favor, ten cuidado. ¿Tres contra uno, acechando a través de escarpados páramos espesos de aliagas y pinos? Las probabilidades están en tu contra.

—Suponiendo que haya una conspiración. —Ladeó una ceja—. ¿Crees que están aliados?

—La idea se me había pasado por la cabeza, —confesó. —No podemos descartarla, por muy descabellada que parezca.

—Yo también lo he considerado. Es poco probable, pero estaré alerta, —Las yemas de sus dedos rozaron las comisuras de su boca—. No frunzas el ceño, Palomita. Un rifle de caza no será mi única arma.

—Una pistola o un cuchillo son poca protección a larga distancia. Y un ataque puede venir desde dos ángulos.

—Sun-Tzu dice que si tus enemigos son considerables, prepárate para ellos. Mi verdadera ventaja reside en saber a qué me enfrento. Por otro lado, los caballeros londinenses no pueden saber con seguridad qué tipo de amenaza represento.

Phoebe le cogió de la mano.

—No estés tan seguro de eso. Bianchi es demasiado listo como para no sumar dos más dos.

Ya no sonreía.

—Ojalá nuestras propias conjeturas sumaran algo más que suposiciones. —Con las palmas apretadas como una sola, ella pudo sentir el cálido pulso bajo su carne endurecida. Duro y suave.

Ya no los sentía como dos elementos contrapuestos, sino como parte de un todo.

Él se separó, pero sólo para llevar los dedos de ella a sus labios.

—Te prometo que tendré cuidado, palomita. Dime que harás lo mismo.

—Puedes estar seguro de que no correré riesgos innecesarios. Me propongo mantener a los niños en casa durante todo el día. Lady Octavia dice que hay un baúl lleno de juegos viejos guardados en los desvanes. Entre las lecciones y los bolos no debería tener problemas para mantenerlos ocupados.

—Quedaos aquí en la Torre. Es la parte más segura del castillo.

—Sí, segura como el ojete de una Delaney, —Phoebe miró fijamente a los páramos lejanos —. Eres tú el que estás solos y vulnerables.

—Eso es exactamente para lo que estoy entrenado, Phoebe: trabajar por nuestra cuenta. El peligro es el único compañero constante de nuestras vidas. —Desenredando las piernas de las sábanas arrugadas, se levantó. Un hilo de luz rozó los contornos de su cuerpo desnudo—. Recuerda que soy un profesional. Estoy acostumbrado a cuidar de mí mismo.

Sus palabras no hicieron nada por calmar sus temores.

—Eres de carne y hueso, Alexander. Y lo que recuerdo demasiado bien es lo fácil que un poco de plomo corta los músculos y tendones más duros.

—El truco está en no pensar nunca en el pasado, Phoebe. Sólo en el futuro.

Tenía razón, por supuesto. Un guerrero debe ir siempre un paso por delante de los remordimientos y las recriminaciones. Protegiendo su rostro del resplandor del pedernal, Phoebe encendió la única vela que había junto a la cama.

No mires atrás.

Sin duda Sun-Tzu tenía un aforismo para una situación así, pero a Phoebe no se le ocurría ninguno. Ni líneas heroicas de Homero, ni citas poéticas de Shakespeare. Dijo las únicas palabras que le salían del corazón.

—Mantén los ojos abiertos.

—Y tú, Palomita. —Ivanov terminó de vestirse y se escabulló por la puerta.

Capítulo 20

—Puede que también empaquemos perdigones, pero por mi parte preferiría ver si podemos seguir el rastro de un ciervo de las Highlands, —anunció Jervis mientras repartía los rifles de caza de la sala de armas—. He oído hablar mucho de su tamaño y sigilo. Estaría bien abatir uno.

El comte levantó los hombros.

—Estoy perfectamente dispuesto a acechar cualquier presa que usted elija.

¿Estaban los caballeros simplemente manteniendo la charla habitual antes de una cacería? ¿O había un significado más amenazador en el intercambio? Ivanov se mantuvo a un lado, asumiendo una actitud de indiferencia casual mientras preparaba las bolsas de cartuchos. El comentario no le incluía a él, lo cual estaba bien. No estaba de humor para más juegos, verbales o de otro tipo.

—No estoy seguro ni de poder disparar a un granero, —gimió Talcott. Tenía los ojos enrojecidos y su piel cetrina se asemejaba al vientre de un bacalao—. Me iría llorando, salvo que estoy seguro de que si me quedo aquí, me molestarán para que acompañe a las damas a cualquier maldito montón de rocas que estén deseosas de ver. —Se llevó una mano a la frente e hizo una mueca de dolor—. Prefiero arriesgarme a un ataque de apoplejía recorriendo los páramos que soportar varias horas de los lloriqueos de Annabelle. Maldita sea, uno pensaría que el mundo se ha acabado simplemente porque la muy imbécil ha tenido que aplazar su salida durante una temporada.

Si fuera un caballero, se sentiría obligado a avisar de los planes de la menor de los Talcott, pensó Ivanov. Sin embargo, sus escrúpulos no estaban tan afinados. En realidad, sentía poca simpatía por cualquiera de la familia, salvo quizá por Helen. Atrapada en medio de un derrochador disoluto y una infernal malcriada, era más digna de lástima que de desagrado.

—Todas las jóvenes sueñan con bailes elegantes y pretendientes apuestos. Es natural que se sienta decepcionada, —observó De Villiers.

—Usted es mucho más tolerante de lo que yo sería, —replicó Talcott—. Se comportó como una colegiala impertinente, haciéndome ojitos durante todo el viaje.

—Hay cosas peores que una chica guapa te bata las pestañas. —El conde se volvió—. ¿No está de acuerdo, Monsieur Oliver?

—Se me ocurren muchas, —contestó cortésmente.

—Y luego, por supuesto, hay cosas aún mejores, ¿no? Por ejemplo, acostarse con una mujer hermosa como mademoiselle Sloane. —De Villiers guiñó un ojo a sus amigos londinenses —. Es un pájaro que no me importaría perseguir. ¿Ha tenido por casualidad el placer de arrancarle las plumas?

Ivanov se obligó a mantener la calma.

—Tenía la impresión de que un caballero no habla de sus asuntos privados con una dama, ¿no?

—Pero usted no es un caballero. Y la señorita Sloane no es una dama, —se mofó Jervis—. Las reglas no se aplican.

—Gracias por el recordatorio, —Ivanov pasó una mano por el cañón de su rifle y probó la acción del gatillo.

Por un momento, el único sonido en la habitación fue el eco del agudo chasquido.

—¿Listos, caballeros? —Jervis se echó el arma al hombro y marchó hacia la salida—. Mi ayuda de cámara les seguirá con comida y bebida para todo el día.

Ivanov esperó a que los demás salieran en fila y se puso detrás de Talcott.



—¿Puedo hablar contigo, tía Octavia?

—Hmmph. —Apartándose de las ventanas emplomadas, la viuda relajó el agarre de su bastón e hizo un gesto a Lady Sylvia para que entrara en el salón—. Bueno, no se quede ahí parada. Pase.

Para su sorpresa, Lady Sylvia llevaba una bandeja de plata con dos tazas de té y un tazón de azúcar. Los ojos de la viuda se entrecerraron aún más al ver la sonrisa lobuna de su pariente.

—¿Qué es esto?

—Una ofrenda de paz, —respondió Lady Sylvia—. Deseo disculparme por mi arrebato de anoche.

—Hmmph.

—Y por el aire de tensión que rodeó toda la visita. Esperaba que tal vez pudiéramos... —Se encogió de hombros mientras colocaba la bandeja en la mesa auxiliar—. Pero de nada sirve llorar sobre la leche derramada. Mi grupo se despedirá pronto, y aunque sé que es mucho pedir que nos separemos como amigas, al menos me gustaría hacerlo sin animosidad.

Lady Octavia miró el humeante brebaje con cierto escepticismo. Antes esperaría cicuta que Oolong de su pariente, pero como Lady Silvia parecía sincera, aceptar el gesto de buena voluntad le pareció una pequeña concesión.

—Es una mezcla especial que traje de Londres: una mezcla de especias indias y té negro. —Un chorrito de nata aclaró el intenso color chocolate—. Se disfruta mejor con una buena ración de azúcar. ¿Me permite?

La viuda asintió bruscamente mientras Lady Sylvia sostenía una cucharilla colmada sobre las tazas.

—Pero no espere que me dulcifique —murmuró—. Soy demasiado vieja para cambiar.

Lady Sylvia soltó una ligera carcajada.

—Oh, no me hago ilusiones de cambiar su opinión sobre mí. Sé que me considera superficial y demasiado extravagante en mi gusto por las modas y los amigos. —Lady Sylvia removió su té—. Pero, ¿nunca echa de menos la alegría de la sociedad londinense? ¿El glamour de la Sociedad, el brillo de los salones de baile?

La viuda dio un largo sorbo antes de contestar.

—El oro de los tontos. Bajo el lustroso barniz no hay nada de verdadero valor. Quizá algún día entienda lo que quiero decir.

—Tal vez —Lady Sylvia se salvó de tener que decir más por el pisotón de unos pies pequeños en el rellano de la escalera.

—La señorita Sloane dice que podemos terminar las lecciones temprano. —Prescott entró en la habitación medio paso por delante de su hermana.

—Dice que ha encontrado un gran juego de bolos en el desván y que podemos jugar con él aquí dentro con usted, abuela, —añadió Emma, un poco sin aliento.

—Si mantenéis la voz baja hasta un sordo rugido. —Phoebe les siguió los pasos—. Y si no estamos interrumpiendo una conversación familiar privada. —Su ceja se levantó en forma de pregunta—. Puedo mantener a los niños ocupados en el aula si lo prefiere.

—No es necesario, Srta. Sloane. Ya me iba. —Phoebe se sorprendió al ver que Lady Sylvia cogía la bandeja del té al pasar—. Como parece que el tiempo aguanta, saldremos en breve para ver las ruinas de la abadía de St. Alban.

—Por fin ha llegado a la conclusión de que su presencia es mejor en pequeñas dosis, —dijo secamente la viuda, una vez que la puerta se hubo cerrado.

—¿Qué quería? —La mirada de Phoebe permaneció fija en los paneles de roble pulido.

—Ofrecer una disculpa, si hemos de creer sus palabras. —Lady Octavia acarició con los dedos el pomo de su bastón—. No es tan tonta como yo pensaba. De hecho, si alguna vez me hubiera hablado con tanta franqueza como hoy, las cosas podrían haber sido diferentes entre nosotras.

—Me pregunto qué le hizo cambiar de opinión.

—Yo también. Ella no me pidió dinero. Pero es probable que sólo esté intentando untarme de mantequilla para más tarde.

—Azúcar y especias, —murmuró Phoebe—. Creo que hay una vieja canción infantil…

Un bufido interrumpió sus palabras.

—Hmmph. Ya lo ha intentado. —Una mirada brilló en las gafas de la viuda—. Pero no mordí el anzuelo.

Cualesquiera que fuesen los planes que Lady Sylvia estaba tramando, parecían triviales comparados con la amenaza de una asesina francesa de sangre fría.

Phoebe se estremeció a pesar de su chal.

—Mientras las damas londinenses se dan un festín de pastel de pichón frío y cotilleos de la vieja ciudad entre las ruinas de la abadía, nuestras preocupaciones están más cerca de casa.

—En efecto. —Aunque habló con cierta fuerza, Lady Octavia se vio obligada a reprimir un

bostezo.

—¿Los niños la mantuvieron despierta toda la noche? —preguntó con cierta preocupación —. Si desea echarse una siesta, soy perfectamente capaz de vigilar.

La viuda desechó la sugerencia.

—Dormí como un bebé. ¿Y usted?

Esperó que sus mejillas no traicionaran el delator rubor del calor.

—Ninguna perturbación de la que hablar.

—Srta. Sloane, ¿quiere venir a enseñarme la forma correcta de jugar a los bolos? —llamó Emma desde la esquina más alejada del salón—. Scottie se está inventando sus propias reglas.

—Yo no, —replicó su hermano—. El señor Oliver me enseñó cómo juegan los guardias imperiales rusos.

—Será mejor que medie en una tregua internacional, —murmuró Phoebe. No le apenaba tener algo que le distrajera de Ivanov. Los caballeros llevaban fuera varias horas y ella no podía dejar de imaginar todas las cosas terribles que podían ocurrirle a un individuo en los páramos.

Incluso a uno tan astuto como un lobo ruso.

—Si se cansan de juegos, he traído el libro sobre piratas. —Lady Octavia se frotó el puente de la nariz—. Creo que llamaré para pedir más té.

Pero fue uno de los jardineros locales quien apareció en la puerta, en lugar de Rawley.

—Disculpe milady, pero me han enviado con un mensaje. Me han dicho que es urgente. —Sombrero en mano, se tiró de un mechón de pelo pelirrojo—. Del caballero alto, el tutor.

Phoebe forzó una muestra de calma mientras esperaba a que el hombre continuara.

—¡Bueno, no se quede ahí parado, hombre, escúpalo! —dijo la viuda.

El hombre tragó saliva con cierta confusión.

—Auch, pidió que la señorita se reuniera con él lo antes posible junto al lago. En el cobertizo para botes del viejo laird.

—¿Habló con él? —Phoebe se levantó—. ¿Cuándo?

—Yo no, señorita. —Se pasó una mano por la barbilla canosa, dejando trozos de suciedad adheridos a la áspera barba incipiente—. Fue Jock quien me pasó el mensaje.

Miró a la viuda, que asintió en respuesta a su pregunta no formulada.

—Es un tipo bastante diable, —añadió Lady Octavia, después de despedir al jardinero con un brusco agradecimiento.

Aún así, dudó. Su deber más importante era para con los niños McAllister. En cuanto a Ivanov…

—No le pediría que dejara a los niños a menos que hubiera una buena razón. —La susurro bajo de la viuda se hizo eco de sus propios sentimientos—. Me dejó una pistola cargada y se aseguró de que supiera usarla.

Su mente repasó unos cuantos cálculos apresurados: la distancia al lago, el tiempo que tardaría en hacer el viaje de ida y vuelta.

—¿Está segura?

—Adelante.

—¿Se quedará aquí en la Torre? ¿Y atrancará la puerta de la escalera hasta que regrese? —murmuró ella.

—No tema. Estos viejos muros de la fortaleza han resistido a hordas de salvajes montañeses. No cederán ante un asesino Rana, por escurridizo que sea el reptil.

Phoebe no se atrevió a vacilar más. Cavendish podría cuestionar su juicio, pero no sería la

primera vez que discreparan en estrategia.

—Cuidad de vuestra abuela mientras estoy fuera—, llamó a los niños. —Debo hacerle un recado, pero volveré en breve.

Dando gracias por haberse acostumbrado a llevar los calzones y la camisa bajo el vestido, Phoebe se volvió hacia la puerta.



—Maldita sea. Otro fallo, —gruñó Jervis.

—Quizá haya que reajustar las miras, —dijo De Villiers—. Ninguno de nosotros ha tenido suerte hoy.

—Dispáreme y sáqueme de mi miseria, —resolló Talcott. Dejando caer su rifle, se desplomó sobre un montón de piedras. Tenía la cara de un rojo moteado y los puntos de su camisa y el pañuelo Belcher del cuello estaban empapados de sudor—. Jervis, ¿dónde diablos está tu hombre con los refrescos? Necesito un trago de brandy para fortificar mis fuerzas.

Todavía jugueteando con el cazo de la pólvora, Jervis levantó la vista, molesto.

—Llegará enseguida.

—Será mejor que nos tomemos un descanso para alimentarnos. La última batida a través del brezo fue un poco empinada. —El conde no parecía en absoluto sin aliento por la subida, observó Ivanov. Su paso había sido seguro sobre el terreno desigual, y había manejado bien su arma al cazar un par de perdices. Que se le hubiera escapado embolsar las aves fue simplemente un poco de mala suerte.

Sus miradas se encontraron y De Villiers sonrió.

—Aún tiene que disparar, Monsieur Oliver.

—No deseaba interferir en su deporte. Quizá más tarde.

—¿Teme enfrentar sus habilidades a las de un caballero? —dijo Jervis con una mueca señorial—. Me arriesgaré.

El conde se rió.

—Tiene razón. No tenemos nada que cacarear.

Jervis no pareció encontrar divertida la observación.

—Basta de malditos pájaros. Crucemos esa cresta y adentrémonos en el rodal de pinos. Parece un lugar probable para seguir el rastro de un ciervo.

—La variedad de las Highlands prefiere un terreno más abierto, —murmuró Ivanov, más para sacar de quicio al otro hombre que para ofrecerle un consejo preciso.

—Si quisiera una lección escolar sobre la flora y la fauna de Escocia, habría contratado a un lacayo.

—Estoy seguro de que monsieur Oliver sólo pretendía ser útil. —De Villiers se movió rápidamente para alisar las plumas erizadas de su amigo—. Ah, aquí está su hombre con la comida y la bebida.

El ayuda de cámara se descolgó el gran saco de lona del hombro y empezó a desenvolver los paquetes de queso y jamón frío. Ivanov observó, viendo por primera vez los nudillos deformes y los dedos cicatrizados del hombre. Parecían más hábiles lanzando un puñetazo que anudando el corbatín de un caballero.

—Un poco de clarete, Hartley, y que sea rápido. —Jervis aceptó la botella de su criado y bebió un largo trago—. Vamos, caballeros, no se demoren demasiado. Si queremos tener alguna esperanza de conseguir un premio, no podemos perder tiempo.

Talcott gimió.

—Les esperaré aquí, si no les importa.

—No hay garantía de que volvamos a pasar por aquí, —espetó Jervis, con una sonrisa bastante desagradable curvando las comisuras de su boca. Su humor parecía volverse más irritable por momentos—. Así que, a menos que pueda encontrar su propio camino de vuelta al castillo, le sugiero que nos siga.

Tragando un apresurado bocado de queso y pan, Talcott maldijo de nuevo.

—Cristo, no me dejes aquí en este lugar dejado de la mano de Dios.

—Entonces no te quedes atrás. —Jervis parecía sentir un malicioso placer al descargar su mal humor sobre su amigo. Dejó pasar unos minutos más y luego hizo una señal a su ayuda de cámara para que empezara a recoger.

Talcott maldijo y se puso en pie con dificultad.

—Hartley, échale una mano a su señoría. —Cepillándose las últimas migajas de cheddar de las yemas de los dedos, Jervis cogió su bolsa de cartuchos—. Deja que lleve tu rifle, —le dijo a Talcott.

Su amigo le cedió el arma con gratitud.

Ivanov recogió lentamente su propio equipo, esforzándose por escuchar el intercambio mientras Jervis apartaba a su sirviente para unas palabras. Sin embargo, hablaban demasiado bajo y se vio obligado a retroceder.

—¿Listos, caballeros? —Jervis no esperó respuesta mientras comenzaba a subir por el empinado sendero.



Más rápido, más rápido. Su corazón iba más rápido que sus pies mientras Phoebe se abría camino de vuelta al castillo. Saltando el muro del jardín, esprintó por el patio empedrado. No había rastro de Ivanov -ni de nadie más- en el lago.

Incluso un niño debería haber visto a través de la treta. Pero ella había estado buscando con la mirada soñadora de una enamorada y no con la mirada de halcón de una Delaney.

Atravesó la puerta principal y corrió a ciegas por el pasillo, rezando para que aún hubiera tiempo.

Más adelante, la puerta de la Torre colgaba abierta de par en par sobre sus pesados goznes de hierro.

Subiendo las escaleras de dos en dos, Phoebe sacó la pistola de su cintura. Las sombras atravesaban el rellano, oscuras como los barrotes de hierro que custodiaban la estrecha ventana. Del interior del salón llegaba un silencio ominoso.

Respirando tranquilamente, redujo la velocidad a un paso medido y amartilló su arma. Un empujón de su bota hizo que la puerta se abriera una rendija.

—Lady Octavia.

No hubo respuesta... salvo un ronquido susurrante.

Gracias a Dios. Sacudió suavemente el hombro de la viuda.

—Lady Octavia, debe despertarse.

Un aleteo de pestañas, y finalmente un atisbo de azul apareció tras las lentes de cristal.

—Hmmph —El resoplido fue suave y arrastrado y los ojos parecían más bien vidriosos.

—Te han drogado, —murmuró Phoebe.

La viuda se esforzó por levantar la barbilla.

—Debe de haber sido el té. El sabor era extraño pero pensé que se debía a las especias, —dijo con voz gruesa—. Me tomó por tonta.

—Y a mí, —Phoebe se giró al oír unos pasos que se acercaban.

—¿Pasa algo? —Rawley entró arrastrando los pies en la habitación—. La cocinera y yo vimos a la Srta. Sloane volando por el patio como un murciélago del infierno.

—Los niños... ¿los ha visto? —preguntó ella.

—Vaya, Lady Sylvia y sus amigas se los llevaron de picnic. —Su cara cayó—. Ella dijo que milady estaba durmiendo la siesta, y que usted estaba haciendo un recado. No pensé nada al respecto.

—No tenías motivos para hacerlo. —El carruaje llevaba menos de una hora de ventaja, pero podía dirigirse a cualquier parte. Phoebe cerró los ojos y recordó los mapas que había memorizado. Afortunadamente, un vehículo de ese tamaño tenía pocas opciones. Aún había una posibilidad.

—Rawley, quédate con Lady Octavia.

El único caballo que quedaba en el establo era un viejo caballo castrado de las Highlands que se utilizaba para los ocasionales paseos en carreta hasta el pueblo. Phoebe agarró una brida y un momento después estaba a horcajadas sobre el lomo desnudo del animal, impulsándolo a un galope descarnado. Atravesando los huertos, coronó la colina que dominaba el lago. Desde allí tenía dos opciones: la carretera que bajaba hacia Dornoch o el camino que serpenteaba hacia el sur a través de los páramos hasta Inverness. Haciendo sombra con los ojos, no vio ninguna señal de movimiento. Tendría que actuar por intuición.

Las ruinas de la abadía estaban situadas en lo profundo de las colinas, en un pequeño lago al pie de Beinn Tharsuinn. Cinco millas por carretera, pero no más de dos a vuelo de pájaro.

Rezando por estar en lo cierto, giró su montura hacia el sur.



El camino era lento a través de los espesos pinos, y el poco sol que se filtraba a través de las pesadas ramas no contribuía en nada a aligerar el ánimo de la partida de caza. Talcott se había sumido en un hosco silencio, puntuado por jadeos y algún juramento ocasional. Incluso De Villiers había abandonado cualquier intento de charla trivial. El único sonido era el crujido de las agujas secas bajo los pies.

Bajo la dirección de Jervis, se dispersaron, y en pocos minutos Ivanov perdió de vista a los demás a través de la maraña de oscuros troncos y ramas retorcidas. Hizo una pausa. El bosque parecía receloso, vigilante. Incluso los pájaros cantores habían cesado su gorjeo.

Después de esperar un poco más, se inclinó a través de la maleza, con la intención de mantener a los demás delante de él. El acecho había comenzado. Pero, ¿qué caza se estaba cazando?

Una ramita se quebró. Ivanov miró a su alrededor y vio una forma que retrocedía colina abajo. Se movió rápidamente para alcanzarla.

—¿Se ha perdido, Sr. Hartley?

Sobresaltado, el ayuda de cámara giró sobre sí mismo. El rifle de Talcott aún estaba en sus manos, pero antes de que pudiera ponerlo en acción, Ivanov atrapó su cañón.

—Cuidado. —Un giro brusco lo liberó del agarre del hombre—. Es imperativo tener mucha precaución al manejar un arma cargada.

Hartley frunció el ceño.

—Lord Jervis me pidió que volviera al castillo a por más vino y brandy.

—Creo que eso sería un grave error. Disparar requiere una cabeza clara y una mano firme, ¿no está de acuerdo?

—Las órdenes son órdenes, —gruñó el ayuda de cámara.

Ivanov se echó al hombro el segundo rifle. No es que añadiera ninguna potencia de fuego real a su arsenal. Había tomado la precaución de quitar las balas de todos los cartuchos esa misma mañana.

—Vamos, busquemos a Su Señoría y pidámosle que lo reconsidere.

Hartley le lanzó una mirada contrariada, pero tras contemplar las armas un momento más, pareció pensárselo mejor y de mala gana emprendió el camino de vuelta colina arriba.



Una nube de polvo se arremolinó delante. Phoebe frenó en seco. La parte superior del carruaje, una mancha negra contra los verdes y dorados jaspeados, fue visible durante un instante antes de sumergirse en un barranco boscoso.

Sacando un último impulso de velocidad de su enjabonada montura, alcanzó al vehículo cuando éste aminoraba la marcha en una curva del camino. Al llegar junto al cochero de Lady Sylvia, le llamó para que se detuviera.

Él se volvió para responder, pero un agudo chasquido cortó sus palabras. Su boca quedó abierta durante un instante y luego se desplomó hacia delante, dejando al descubierto un enorme agujero en la nuca.

Desde la maleza al otro lado del camino, Phoebe vio el destello del cañón de un arma girar en su dirección. Tirando hacia atrás de las riendas, se lanzó hacia un lado. El disparo pasó silbando junto a su oído.

Unos centímetros más...

Cayó más bajo: sólo un puñado de crines evitó que cayera bajo los cascos. Cuando su asustada montura se encabritó, se apartó de su flanco y se agarró al pestillo de la puerta del carruaje. El latón dio un bandazo salvaje cuando las ruedas chocaron contra un surco, pero su agarre resistió.

El dolor le atravesó el hombro cuando su cuerpo chocó contra la madera barnizada. De detrás de la ventana acristalada llegó un grito desgarrador. Levantando las piernas, Phoebe pateó el cristal y se arrastró hacia el interior.

Lady Sylvia, con el rostro exangüe como el mármol, intentaba arrastrarse para salir de debajo de Helen Talcott, que había caído desmayada. Ignorando la difícil situación de su hermana, Annabelle empezó a gritar de nuevo.

—¡Stephen! ¡Stephen!

Phoebe la apartó de un codazo y se agachó junto a la ventana más lejana. —Deja de ladrar —, le ordenó. Golpeando uno de los cristales con su pistola, escudriñó el borde de la carretera. Nada.

—¿Estáis bien? —Echó una rápida mirada a los niños. Prescott tenía el brazo alrededor de su hermana, pero aparte de eso, parecían notablemente tranquilos.

—Sí, señorita Sloane, —respondieron al unísono.

—Pero tienes un corte en la muñeca, —dijo Emma con voz preocupada—. Y en la mejilla.

—Meros rasguños, pequeña, —Phoebe se limpió la sangre—. Nada de qué preocuparse.

—¿Por qué tienes una pistola?

Ella vaciló una fracción.

—Piratas. Están intentando abordarnos y pedirnos rescate. Quiero luchar contra ellos.

El carruaje sin conductor había aminorado la marcha hasta avanzar tambaleante.

—Permanecer muy quietos, niños, y no os mováis

Abrió la puerta de golpe. Aún no había señales del enemigo. ¿Cuál de ellos haría el primer movimiento?

La respuesta llegó en un instante. Saliendo de detrás de un matorral de aulagas, una figura se escabulló entre los caballos enjaezados.

Maldita sea. No tenía ángulo para disparar.

No se mueva a menos que sea ventajoso. Era uno de los preceptos básicos de Sun-Tzu. Su mano se tensó y las bisagras de la puerta crujieron. Atrapada en una mortal partida de ajedrez, debía tomar una decisión en una fracción de segundo sobre cómo contraatacar: peón, torre, dama, caballo.

Caballo. Sujetando la puerta como un escudo, giró hacia fuera, ganando el arco suficiente para ver a su atacante alcanzar la percha.

Ambos dispararon al mismo tiempo.

Él esquivó con la rapidez de un rayo, pero la bala de ella alcanzó la culata de su arma, arrancándosela de la mano. Su disparo hizo añicos el panel de la puerta. Gastada su fuerza, la bola de plomo rebotó inofensivamente en el arcén cubierto de hierba.

Desenfundando su segunda pistola, Phoebe saltó al suelo y bordeó la rueda delantera. La pistola del hombre yacía en el suelo, con la culata astillada manchada de carmesí. Así pues, ella había derramado la primera sangre.

Al oír el sonido de unos pasos que se retiraban, se aventuró a dar otro paso, justo a tiempo para ver una figura que se adentraba en el bosque.

Inspiró profundamente. Y lo soltó en un agudo juramento. El arnés había sido rebanado,

dejándolo inservible. Bastardo astuto. Su propio caballo se había desbocado, pero no estaba dispuesta a esperar a ver qué otros trucos se guardaba en la manga.

Eligiendo al más fuerte de los bayos emparejados, liberó al animal de sus traíllas. A caballo harían mejor tiempo y tendrían mucha más libertad para improvisar. Un carruaje pesado, confinado en una carretera sinuosa, era un blanco demasiado fácil. Anudó un juego de riendas y condujo a su improvisada montura hasta el lateral del carruaje.

—Tírame esa manta, Scottie. —Phoebe la dobló sobre la cruz del caballo—. Ahora ayuda a tu hermana a acercarse a mí.

Los sollozos de Annabelle comenzaron de nuevo, un quejido agudo. Helen aún yacía desmayada.

—Bien hecho. —Manteniendo firme a Emma, alcanzó a Prescott—. Deme la mano.

—¿Q…Qué e…está haciendo? —Lady Sylvia finalmente despertó de su aturdido silencio —. Llevando a los niños de vuelta a su legítimo tutor.

—¡No puede pretender dejarnos aquí abandonados! Estaremos a merced de cualquier depredador.

—Tendrán que correr el riesgo. —Phoebe se tomó un momento para recargar su arma gastada—. Agradezca que no le dispare. Quizá la cohorte sea tan indulgente como yo.

Lady Sylvia palideció.

—Yo no... no fue...

Ignorando la vacilante explicación, se balanceó detrás de los dos niños.

—Sujétense bien al arnés. Vamos a dar un duro galope, pero no dejaré que os caigáis.

—Apuesto a que ninguno de los acróbatas de Astley's podría igualar su equitación, —dijo Prescott—. Ha sido un truco buenísimo. ¿Me enseñará a hacerlo?

Los labios de Phoebe se crisparon.

—Gracias, Scottie. Sin embargo, no es uno que me interese repetir. —El viento se había levantado y el cielo empezaba a oscurecerse con las nubes del Mar del Norte. Girando el caballo en un círculo cerrado, hizo un último reconocimiento de los alrededores—. Elegiremos uno aún mejor una vez estemos en casa.

Las sombras que se alargaban proyectaban sobre los árboles una luz ominosa. Las hojas crujían, haciendo más áspero el silbido a través del brezo del páramo. Sin embargo, no había señales del enemigo, ni de refuerzos. Según todos los indicios, el francés trabajaba solo. Pero en Irlanda había encontrado aliados temporales con los O'Malley. También Escocia era un hervidero de intrigas. Había muchos miembros acérrimos de los clanes que consideraban a Napoleón el menor de dos males. De hecho, se pondrían del lado del mismísimo Diablo si eso les ofrecía la oportunidad de librarse del yugo inglés.

—¿Podemos irnos ya a casa? —preguntó Emma en voz baja—. Tengo hambre. Y el Sr. Oliver prometió leerme un cuento ruso sobre una niña y un halcón mágico después del té.

Inclinándose hacia abajo, Phoebe apoyó los talones en los flancos del gran bayo.

—Volaremos, duende, como si tuviéramos alas.

Capítulo 21

Jervis estaba de muy mal humor cuando salieron de entre los árboles y empezaron a rodear el lago.

—Ese maldito conejo estaba lo bastante cerca como para darle una patada —gruñó, haciendo que varios guijarros resbalaran por el sendero.

—Quizás el cartucho falló, —sugirió el conde.

Ivanov se permitió una pequeña sonrisa. Aunque, en realidad, había poco de lo que reírse. Se sentía un poco como los fragmentos de piedra, rebotando sin rumbo por los páramos. Otro día más perdido en una búsqueda inútil. Estiró la tensión de sus hombros, sintiéndose de repente cansado hasta los huesos. Esta misión le estaba pasando factura. Se alegraría de corazón cuando terminara.

¿Lo estaría?

Su paso se ralentizó al pensar en separarse de Phoebe. Ella regresaría a su Academia y esperaría la próxima misión de lord Cavendish, mientras que él iría… Dios sabe adónde. San Petersburgo, Baden-Baden, Viena... dondequiera que el brillo y la alegría ofrecieran un respiro entre las llamadas al deber del príncipe Yussapov. El cosquilleo del champán fino, la emoción de un tórrido romance, el reto de robar las baratijas de algún rico coetáneo. Una vida salvaje, tal vez, pero que siempre se había adaptado perfectamente a su temperamento. Nunca se demoraba lo suficiente como para preocuparse.

Pero sabía que Phoebe no era un devaneo pasajero, ni un capricho gratuito.

Sus cínicas palabras a Yussapov sobre sentar la cabeza volvieron a él con una claridad burlona. Por naturaleza, había sido una bestia solitaria toda su vida, y había un viejo adagio que decía que un perro viejo no podía aprender trucos nuevos.

Sin embargo, Phoebe le había enseñado más sobre la lealtad y el valor en las últimas semanas de lo que él había aprendido en toda su vida. Y sobre el amor.

Se encogió ante la palabra, oyendo el rugido de risa de Yussapov resonar en sus oídos. Amor. Estuvo tentado de reírse él mismo. Pero no podía negar la punzada en su corazón, afilada como un cuchillo, ante la idea de no volver a ver a Phoebe. ¿Tenía ella alguna vez permiso para ausentarse de sus obligaciones? ¿Consentiría ella tomarse una semana en el campo con él, un interludio en el que podrían hablar de lo que les depararía el futuro?

Se le torcieron las comisuras de los labios. Tal vez un perro viejo podría arreglárselas para arrastrarse. O sentarse y suplicar.

—¿Encuentra algo divertido, Sr. Oliver? —Jervis le miró, con un brillo peligroso en los ojos. Se había bebido una botella de clarete durante la caminata por los pinos y ahora se estaba bebiendo otra de brandy.

El alcohol sumado a la ira y la frustración era una mezcla volátil. Sacudido por sus propias cavilaciones, Ivanov se dio cuenta de que la combinación amenazaba ahora con estallarle en la cara.

—Sólo son mis propios pensamientos, —respondió. No parecía tener sentido provocar una pelea a esta hora tardía del día.

—Borre esa sonrisa socarrona de su cara. —Jervis giró repentinamente su rifle.

—Attendez-vous, —dijo el conde en voz baja. —Está cansado, mon ami. Todos lo estamos.

—De lo que estoy cansado es de la exasperante insolencia de este hombre. —El martillo retrocedió con un chasquido audible.

—Vamos, seguro que ustedes los ingleses, con su afinado sentido del honor, no creen en disparar a un hombre por sonreír. —De Villiers exageró una sonrisa, buscando romper la tensión con una broma.

—El maldito debería recibir una lección de modales civilizados, —resopló Talcott—. Se ha comportado de forma demasiado atrevida con sus superiores.

De repente, Ivanov estaba deseando ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar Jervis. El comte tenía razón: un hombre no asesinaba a alguien por una sonrisa. No a menos que sus nervios estuvieran a punto de estallar.

—¿Modales civilizados? —Levantó una ceja, añadiendo una medida extra de sarcasmo a su voz—. ¿Y a cuál de ustedes, honorables caballeros, debo mirar como un dechado de perfección viril?

Un torrente de furia inundó el rostro de Jervis.

—¿Te atreves a burlarte de mí, maldito?

—Randall…

Antes de que el conde pudiera detenerle, Jervis empujó con fuerza el cañón del rifle contra el pecho de Ivanov y apretó el gatillo.

La explosión ahogó el grito de De Villiers. Saltaron chispas, iluminando la mirada de muda conmoción de Talcott.

Ivanov bajó la mirada hacia su abrigo, y durante un latido nadie se movió. El olor a pólvora se arremolinó mientras el disparo resonaba entre los árboles circundantes. Esperó un instante más, luego rodeó con las manos la humeante boca del cañón y sonrió.

—¡Hartley!, —jadeó Jervis—. ¡Por el amor de Dios, ayuda!

Arrancando el arma del agarre del caballero, Ivanov pivotó y en el mismo movimiento blandió la culata hacia arriba, alcanzando al ayuda de cámara con un golpe en la cabeza. Aturdido, el hombre se desplomó en el suelo.

Jervis se giró presa del pánico, abalanzándose sobre el arma de De Villiers. Ivanov hizo girar el rifle en sus manos, un letal borrón de extremidades y acero, y dio un latigazo, atravesando con el cañón las costillas de Jervis.

Ya sin su aspecto señorial, Jervis se hundió de rodillas, gimiendo.

Arrojando a un lado el arma, Ivanov desenfundó sus pistolas ocultas.

—Ayuden a su compañero a ponerse en pie, —ordenó.

—Engendro de Satán, —tartamudeó Talcott—. Nadie salvo el mismísimo Diablo podría sobrevivir a un disparo a bocajarro.

—O alguien que tomara la precaución de extraer las balas de sus cartuchos, —respondió Ivanov—. Pero le aseguro que mis armas no tienen ese problema, así que no intenten nada precipitado.

—¿Nos ha saboteado las balas y la pólvora? —exclamó el conde—. ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Parecía genuinamente desconcertado, pero entonces, pensó Ivanov, Bianchi sería capaz de una gran astucia. Un maestro de la duplicidad, del engaño.

—Eso es exactamente lo que pretendo averiguar. —Tomó posición detrás de ellos, manteniendo una distancia prudente—. Las manos sobre la cabeza, caballeros. Marchen.

El crujido de las piedras marcó una cadencia sombría para el paseo por los jardines amurallados.

Cuando el grupo dobló la esquina del patio, Ivanov vio al solitario bayo de pie junto a la entrada, los restos de un arnés de cuero colgando de sus flancos.

—Vaya, ¿no es ese uno de los de Sylvia...? —empezó Talcott.

—Silencio, —Ivanov sintió que se le contraían todos los músculos. ¿Había cometido un error fatal al permitir que Phoebe se enfrentara sola a las damas londinenses? A estas alturas ya debería saber que las mujeres podían ser oponentes formidables. Su mente empezó a correr a través de las posibilidades…

—Despacio ahora, y permanezcan juntos. —Cruzaron el patio, el humor de Ivanov volviéndose más asesino a cada paso.

—Abra la puerta. —Dio un salvaje empujón a Jervis mientras se deslizaba un paso a un lado. Si estaban cayendo en una trampa, que Su Señoría se llevara toda la peor parte. De hecho, casi daría la bienvenida a las balas o a las espadas. Le ahorraría tener que matar al hombre con sus propias manos.

Jervis vaciló, pero pareció intuir que tras el roble ennegrecido se escondía el menor de los males. Agarró el pestillo y lo abrió de un tirón.

El silencio les recibió. El ramo de velas permanecía en su lugar habitual sobre el aparador, arrojando una luz susurrante sobre el desierto vestíbulo. Ivanov barrió la habitación con una rápida mirada. Nada parecía fuera de lugar.

—Monsieur, —murmuró De Villiers.

Ivanov apretó una de sus pistolas en la nuca del comte.

—Ni una palabra. —Con la otra, hizo una señal al criado de Jervis para que entrara en el pequeño guardarropa que había junto al pasillo principal. El ayuda de cámara no era más que un peón en la partida que se estuviera jugando, pero lo mejor era retirarlo del tablero.

Aún ligeramente aturdido, el hombre no protestó cuando Ivanov cerró la puerta y giró la

llave.

—Ahora a la Torre, —ordenó.

El portal abierto y la escalera oscurecida le produjeron un escalofrío.

—Phoebe, —gritó, decidiendo que el sigilo ya no servía de nada. Si el enemigo estaba aquí, sin duda era muy consciente de su presencia.

Su propia voz ronca, amplificada por la piedra argamasa, fue la única respuesta. Talcott respiró entrecortadamente.

De repente sonaron pasos desde arriba.

—Sr. Oliver…

Ivanov sintió que el aire se le escapaba de los pulmones cuando Phoebe tomó forma desde las sombras. Llevaba puesto su vestido desaliñado, pero el cuello estaba muy torcido y unas botas de montar embarradas asomaban por debajo del dobladillo.

—Parece que usted también ha tenido algún problema.

—¿Están todos bien?— preguntó él, al ver los cortes en sus mejillas.

Ella asintió.

—Aparte de un poco de mareo por la droga en su té, Lady Octavia está bastante ilesa. Al igual que los niños. —Su propia arma mantenía la puntería muerta sobre los otros—. Pero estuvo a punto de fallar.

—Lady Sylvia, —susurró Jervis, con el rostro pálido como la muerte.

El labio de Phoebe se curvó con desprecio.

—No puedo responder por su seguridad. Ni de la de sus amigos. Los páramos pueden ser aún más peligrosos por la noche.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Ivanov.

Ella hizo un relato escueto del engaño de Lady Sylvia y de la persecución que siguió.

—Alcancé el carruaje justo a tiempo.

Su corazón dio un vuelco mientras ella describía con calma el ataque.

—Conseguí golpearle; no más que una herida superficial. Volverá.

—M…mis hermanas, —gimió Talcott—. No puedes dejarlas ahí fuera para que mueran.

—Maldita sea, —gruñó Ivanov, una mezcla de rabia y alivio dando a su voz un extraño filo. Cuando ella le lanzó una rápida mirada, tuvo que contener el impulso de estrecharla entre sus brazos y besarle las manchas de pólvora y arenilla de la cara—. Estoy tentado de dejar que sufran las consecuencias de sus propias argucias.

Phoebe sacudió ligeramente la cabeza.

—Pero supongo que no podemos, en conciencia, dejarlos a merced de los salvajes, —terminó—. No importa que sea lo que Lady Sylvia se merece.

—Mejor recogerlos, —convino Phoebe—. Y luego interrogar a todos al mismo tiempo. Parece que por fin estamos cerca de encajar este rompecabezas.

Ivanov asintió, aunque no podía quitarse de encima la persistente sensación de que faltaba alguna pieza clave.

—¿Podrás aguantar un poco más tú solo?

—Lady Octavia tiene a los niños instalados en sus aposentos con chocolate caliente y pasteles. Con la puerta atrancada estarán suficientemente seguros. —Sus ojos destellaron con una luz de fuego infernal—. No se preocupe por mí. Si nuestro adversario cree que puede pasar por debajo de mi guardia, le espera otra lección.

Ivanov sonrió a su pesar.

—Si yo fuera él, estaría temblando en mis botas.

Talcott dio una risita nerviosa.

—Cualquiera diría que ustedes dos están entrenados para el campo de batalla y no para el aula.

Phoebe le hizo callar con una mirada tranquilizadora.

—Ven, te dejaré para que montes guardia sobre estos caballeros en el salón. Ya hay un fuego encendido en el hogar, y las puertas dobles le dan una vista despejada de este pasillo, —dijo Ivanov. Aunque se resistía a dejarla sola, no tenía otra opción—. Haré que Rawley traiga algo de cuerda, si desea asegurarse de que no causan ningún problema.

—Envié a Rawley y a los demás a la aldea con los jardineros, —respondió ella. Esbozó una fina sonrisa—. Estoy segura de que nuestros visitantes londinenses se comportarán como perfectos caballeros.

—Si no, responderán ante mí, —Hizo una señal a los hombres para que se dieran la vuelta —. Sepan que cualquier transgresión será castigada con algo más que un abedul en el trasero.

—Ten cuidado, Alex, —dijo en voz baja—. Un depredador herido es aún más cauteloso. Y astuto.

Le tocó la mejilla, un gesto tan rápido que se perdió en la penumbra del día que se desvanecía.

—Dos contra uno, me gustan nuestras probabilidades, palomita.

—Sírvanse un poco de brandy. —Phoebe eligió un punto de observación junto al sofá—. Entonces quizás uno de ustedes tendría la amabilidad de encender el fuego.

De Villiers fue al aparador y sirvió una copa. Jervis se unió a él. Talcott hizo un intento poco entusiasta con el pedernal y el acero, pero sus manos temblaban demasiado como para

encender una chispa.

—Lo siento, —murmuró, tratando de calmar los temblores con un chorrito de whisky escocés.

Suspirando, dejó a un lado su pistola y cogió una cerilla. Estaba a medio camino del hogar cuando Jervis se separó de repente de los otros dos caballeros y cogió una espada de la pared. Con un tajo amenazador, avanzó hacia ella.

—Fuera de mi camino. No tuve nada que ver con lo que ocurrió esta tarde; si Sylvia hizo un cambio de planes, que responda por ello. No pienso esperar a ningún magistrado.

Phoebe cogió rápidamente uno de los estoques expuestos y le bloqueó el paso hacia la puerta.

—Usted no irá a ninguna parte, Lord Jervis.

—No intente ser un maldito héroe, Srta. Sloane. —Al verse acorralado añadió una nota de estridencia a su voz—. No quiero hacerle daño, pero le juro que no dudaré en usar esto si debo hacerlo. —Se humedeció los labios—. He entrenado con Ludwig von Mulenberg, el renombrado maestro espadachín prusiano. Así que créame, sólo acabará hecha picadillo si se atreve a interponerse en mi camino.

—¿Von Mulenberg? —Las piedras resonaron de repente con el choque de acero contra acero—. No podría cortar mantequilla ni con una cuchilla caliente.

Jervis retrocedió un paso bajo la fuerza de su ataque. Deslizándose hacia un lado, hizo una finta y luego trató de acuchillarle el brazo con la espada.

Phoebe esquivó el golpe con facilidad.

—Tendrá que reunir una combinación más imaginativa que ésa, señor.

Sus ojos delataron un destello de confusión.

—¿Quién demonios es usted?

—Nadie con quien desee jugar. —Su espada cortó una arrebata mortal a través del aire—. Siéntese, lord Jervis, mientras sus piernas aún están unidas a su torso.

Él atacó en busca de una abertura. Ella contraatacó con una combinación giratoria que casi le arranca la espada de la mano.

—Debería ser usted quien llevara faldas.

Jurando furiosamente, se lanzó hacia delante, con la punta de su arma apuntando directamente a su corazón.

Un hábil giro de su muñeca desvió la hoja. Antes de que Jervis pudiera recuperar el equilibrio, ella le propinó una fuerte patada que le hizo caer de rodillas. Una ráfaga de cortes relámpago salió disparada, y un último tajo afilado hizo que la espada saliera volando de sus manos.

Volvió a tropezar contra la pared. El sudor le había pegado los rizos de moda a la frente, y su aire de arrogancia se había disuelto en una mirada de atónita incredulidad.

—Vuelva con los demás, lord Jervis. —Bajando su arma, Phoebe ya había empezado a pensar en qué otras precauciones podría tomar para proteger el castillo de un ataque. Como le había dicho a Ivanov, no se hacía ilusiones de que una herida superficial hubiera alejado a Bianchi. En todo caso, sería un pique a su orgullo.

El francés no estaba acostumbrado a perder un combate mano a mano contra nadie, y mucho menos contra una mujer.

Al girarse, vio que los ojos de Jervis seguían recorriéndola con desesperación. Al ver su pistola encima del mueble de las curiosidades, echó a correr hacia ella.

Maldita sea. No había posibilidad de atraparle.

Un giro de torbellino hizo girar sus faldas. Sacando el cuchillo de su bota, lo lanzó con el mismo movimiento mortal. Un borrón plateado, un susurro letal -como un halcón- voló por el aire con una precisión infalible.

Su punta cortó la carne y el hueso, clavando la mano de Jervis en la madera. Gritó de dolor y se desplomó, con los brazos extendidos, sobre la caoba incrustada.

Phoebe se le echó encima en un instante.

—Deja de lloriquear como un cerdo, —murmuró, arrancándole el acero aún tembloroso y poniéndole en pie. Una sacudida de su cuello estranguló sus gemidos—. Vivirás.

—Me alegro de no haber decidido atentar contra su persona, mademoiselle Sloane. —De Villiers cambió su postura contra la piedra, su expresión ilegible—. No sabía que el combate cuerpo a cuerpo formara parte del currículo básico de las institutrices inglesas. Quizás el Príncipe Regente debería considerar formar un regimiento especial

—Guarde sus bon mots para otro momento, —espetó Phoebe. Empujó a Jervis hacia el conde.

—Átale la mano, antes de que sangre por toda la costosa alfombra.

Talcott emitió una pequeña arcada y se apretó el pañuelo contra los labios temblorosos.

—Dios todopoderoso. Está bastante loca.

—Al contrario, es bastante magnífica —murmuró el conde.

—Dudo que piense lo mismo dentro de un momento. —Hizo un gesto hacia un conjunto de pesadas sillas de respaldo recto de roble colocadas a lo largo de la pared—. Tomen asiento, todos

ustedes.

Hicieron lo que ella ordenó, aunque Talcott tuvo que ayudar a un medio aturdido Jervis a ocupar su lugar. Una vez allí, Jervis se desplomó contra su amigo con un gemido bajo, un sonido del que enseguida se hizo eco el otro hombre. Phoebe se volvió disgustada. No conseguiría nada coherente de ellos por el momento, decidió.

El comte era otra historia. Se había mantenido notablemente frío durante toda la pelea. Quizá demasiado frío.

Agitándose con una gracia letal, la punta de su espada cortó las dos colas de su pañoleta. Mientras el lino flotaba en el suelo, el acero besó el cuello de De Villiers

—¿Cómo encaja usted en esta sórdida trama?

El comte no se inmutó.

—Como nada más que un observador, mademoiselle.

—¿Le gusta ver cómo asesinan a niños inocentes? —Su voz era engañosamente suave.

Se puso rígido.

—He visto marchar a demasiada gente hacia la guillotina como para sentir placer por el derramamiento de sangre, mademoiselle. Las calles de París estaban a menudo inundadas de carmesí, un espectáculo repugnante del que cualquier hombre civilizado debería avergonzarse.

—¿Así que niega estar trabajando con uno de sus compatriotas, un hombre llamado Bianchi?

—No estoy familiarizado con la persona en cuestión. ¿Quién es?

—No está en posición de hacer las preguntas. —Phoebe desenvainó la espada sobre su garganta—. Si no está aliado con él, o con Lady Sylvia, entonces ¿por qué vino a Escocia?

—Para ser sincero, me aburría un poco en Londres. La sociedad inglesa es bastante

aburrida: la moda es desmañada, la comida es terrible y las damas tienen poco savoir faire. —Hizo una mueca irónica—. Cuando Lady Sylvia me sugirió que acompañara a su grupo a Escocia, me pareció una oportunidad para una pequeña aventura.

—Así que afirma que es inocente de cualquier intriga. —Aunque Phoebe se inclinaba a creerle, insistió—. Demuéstrelo.

—No puedo. —De Villiers se encogió de hombros—. Así que supongo que simplemente tendrá que seguir adelante y matarme. —Era difícil no admirar tanta sangre fría.

—Parece terriblemente indiferente ante la perspectiva.

—Simplemente un poco cínico, —respondió—. Habiendo escapado del Terror por los pelos, considero que considero que estoy viviendo un tiempo prestado. No me gustaría abandonar mi vida mortal, pero si debo hacerlo, intentaré hacerlo con gracia

—No soy tan despiadada como Robespierre. —Ella desenvainó su espada—. Le concederé el beneficio de la duda.

Soltó el aliento en un suspiro audible.

—Merci.

—De nada.

Se rió.

—Mi oferta anterior sigue en pie. De hecho, estoy tentado de convertirla en una propuesta de matrimonio.

—Estoy casada con mi trabajo, —respondió ella moviendo los labios—. Pero gracias por la oferta.

—Enseñar a los niños sus lecciones parece un triste desperdicio de su talento, mademoiselle.

Ella guiñó un ojo

—Pero como ve, a veces me toca azotar a los adultos traviesos.

Capítulo 22

Ivanov arreó a las angustiadas damas hasta el salón, sintiéndose más bien como un acosado perro pastor intentando mantener bajo control a un grupo de corderos asustados. El torrente de lágrimas le había hecho apreciar aún más el valor estoico de Phoebe. A pesar de todos sus aires de grandeza, a las damas de alta alcurnia les vendría bien una lección de verdadera nobleza.

—¡Randall! —Lady Sylvia se agarraba las faldas empapadas. Su pelo negro, mojado por la lluvia, se había soltado de sus horquillas y colgaba pesado alrededor de su pálido rostro. Parecía un cuervo ahogado. Y sonaba aún peor—. ¡Haz algo! —gritó.

Jervis se hundió un poco más en su silla.

—No se siente bien para una conversación cortés, —dijo Phoebe.

—Necesito láudano, —graznó. Levantó el envoltorio de lino manchado de sangre—. Casi me corta la mano.

—Sólo un dedo o dos, —murmuró ella.

La boca de Ivanov se crispó mientras los labios de Lady Sylvia formaban una O de horror. Se sentó con bastante pesadez en la silla.

—Ahora que estamos todos juntos, milady, le sugiero que me cuente lo que ocurre, y sin demora, —dijo Ivanov—. De lo contrario, tendré que ceder el interrogatorio a la señorita Sloane.

Lady Sylvia retrocedió.

—¡No, no, se lo contaré todo! —Tomó una bocanada de aire—. Admito que vinimos aquí planeando secuestrar a los niños. Randall me ayudó a pensarlo…

Jervis hizo una débil protesta.

—Pero juro que nunca quisimos hacerles daño. Ustedes dos añadieron una complicación inoportuna. Al principio, no estábamos seguros de qué hacer. Entonces a Randall se le ocurrió pediros que os unierais a la partida de caza. Debía mantenerle fuera en los páramos durante el día mientras yo encontraba la forma de alejar a los niños de su abuela y de la señorita Sloane.

—Drogar a una anciana era una jugada peligrosa, —dijo Phoebe—. Podría haberle parado el corazón.

—Sólo fueron unas gotas —dijo Lady Sylvia.

—¿Por qué tomarse tantas molestias? —preguntó, aunque podía adivinar la respuesta.

—Necesito dinero. Desesperadamente. —Miró a Ivanov con ojos suplicantes—. Mis deudas en la ciudad aumentaban y mis acreedores se impacientaban cada vez más. No tiene ni idea de lo avara que es mi tía. Sólo porque fue rechazada por la sociedad, no siente ninguna simpatía por el gran gasto que supone formar parte del beau monde. No me quedó otra opción.

Percibiendo la frialdad de su mirada, Lady Sylvia dejó la letanía de quejas. Tras un momento de silencio, prosiguió.

—Todo pretendía ser inofensivo. Disfrazado para que Helen y Annabelle no lo reconocieran, el ayuda de cámara de Randall debía detener el carruaje y llevar a los niños a una cabaña de guardabosques abandonada que descubrimos durante nuestros paseos matutinos. Le seguiría una nota de rescate, indicando a Lady Octavia dónde dejar el dinero. La cantidad no era muy grande, y al encargarnos de todos los detalles del intercambio pensamos ganarnos también sus buenas gracias. —Se mordió el labio—. Todo parecía tan sencillo sobre el papel. Debe

creerme que nunca planeamos utilizar ningún arma. Le juro que nunca he visto al tipo que atacó el carruaje.

—Y sin embargo, su cochero yace asesinado a sangre fría. —Ivanov frunció el ceño—. Parece demasiada coincidencia que un desconocido eligiera su carruaje de la nada. ¿Conocía alguien más sus planes?

Un repentino hipo de Annabelle llamó su atención. Una sensación desagradable patinó por su espina dorsal.

—¿Señorita Annabelle? —dijo en voz baja—. ¿Tiene algo que decir?

La chica parecía muerta de miedo por la mención de un asesino.

—No, no, no, no puede ser, —tartamudeó—. Es un caballero.

Phoebe maldijo en voz baja, haciéndose eco de sus propios sentimientos.

—¿El caballero con el que se reunía en secreto en el bosque? El señor... ¿Nadie?

Talcott se despertó lo suficiente como para gruñir a Helen.

—Se suponía que tenías que estar vigilando a la chica, no dejando que un don nadie de Yorkshire le levantara las faldas.

—Estoy jodidamente cansado de intentar mantener el escándalo lejos de nuestra puerta. Intenta responsabilizarte un poco de este lío, en vez de echar mano de una botella de brandy o de una baraja de cartas.



Se miraron con odio mutuo, demasiado agotados para continuar la pelea. Sin duda se reanudaría de nuevo, ahora que se había disparado la primera salva abierta, pensó Ivanov. Ya era hora de

que Helen reuniera el valor suficiente para defenderse.

Pero aquella escaramuza de Talcott no era la batalla principal. Volvió a mirar a Annabelle y le indicó con la cabeza que continuara.

Ella se secó los ojos enrojecidos.

—S…sí. Dijo que quería casarse conmigo. Pero primero necesitaba arrebatarle su legítima herencia a esa vieja murciélago rencorosa, Lady Octavia. ¡Nunca dijo nada de a… asesinato!

—¿Lady Octavia? —repitió Phoebe, su expresión se tornó incrédula.

—Sí. Verá, es la hermana de su abuelo, y una avara agarrada que se ha quedado con un generoso legado del querido Stephen… —Le costó mucho tartamudear y tragar saliva, pero finalmente salió la lamentable historia de un caballero empobrecido, a quien una rica y rencorosa viuda niega lo que le corresponde. Todo lo que su zagal necesitaba era que su verdadero amor le ayudara a corregir un error para tener un final de cuento de hadas.

—Estaba elaborando un plan para llevarse a los niños y luego devolverlos a cambio del dinero que le correspondía por derecho. Así que cuando me enteré anoche de que Sylvia tenía la intención de llevar a los niños en nuestro viaje a la abadía, le dejé una nota en nuestro lugar secreto, hablándole de la excursión...

La incredulidad de Phoebe se hacía más evidente con cada palabra llorosa.

—Por el amor de Dios, ha estado leyendo demasiadas novelas horribles, —espetó finalmente, cortando el último y lastimero lamento.

—Stephen, —murmuró Ivanov, tratando de agudizar la vaga agitación de inquietud que rondaba en el borde de su pensamiento consciente—. Se hacía llamar Stephen.

—Etienne en francés, —ofreció el conde—. ¿No es ese el nombre que mencionó antes, Mademoiselle Sloane?

—Bianchi, —dijo Phoebe.

Todo se enfocó de repente.

—¡Maldita sea! Cómo se me ha podido pasar...

Antes de que pudiera terminar, Ivanov se vio arrojado contra una vitrina mientras una explosión ensordecedora sacudía la habitación. Los fragmentos crepitaron bajo sus botas y patinó por el suelo hasta donde yacía Phoebe luchando con un gran plinto de mármol que había caído sobre su pierna.

—¿Estás bien?

Ella asintió, aunque su rostro era una máscara de dolor.

—La Torre... debemos llegar a la Torre.

Él la ayudó a levantarse. A través de los primeros remolinos de humo acre, vio que Jervis había quedado inconsciente por un trozo de moldura del techo. Las damas -por una vez misericordiosamente silenciosas- estaban acurrucadas en círculo, mientras Talcott se había puesto a cubierto bajo una silla. Sólo el conde, con la cara espolvoreada de yeso desmenuzado, hacía algún intento por apartar los escombros.

—¡De Villiers! —gritó Ivanov por encima del estruendo de una segunda explosión—. El carruaje sigue fuera. Reúna a sus amigos y sirvientes e intente llegar a Boath. Alerte allí a las autoridades.

El conde hizo una señal de comprensión.

—¡Alex!

Saltó a un lado ante la advertencia de Phoebe, justo cuando un madero del techo se vino abajo.

—¡Vamos! —Hizo una pausa el tiempo suficiente para descolgar una pequeña ballesta de

la pared de armamento—. ¡Por aquí!

El pasillo se llenó de un humo negro y ondulante. Mezclado con la luz de la luna, tenía una extraña luminosidad de otro mundo. Hermosa pero mortal. Apartando la mirada de la espectral visión, vio que Phoebe cojeaba.

—No es tan grave, —dijo ella, captando su mirada—. Está magullada, creo, no rota, —Aceleró el paso—. Deprisa.

—Un momento. —Ivanov la cogió de la manga y la hizo girar en sus brazos. La abrazó durante un latido, rozando con sus labios su mejilla cortada. Ella sabía a humo y sal, a sangre y valor. —Ya lublu tebya.

Sus pestañas chamuscadas se agitaron, ocultando sus ojos.

¿Le había oído bien? Las palabras «te quiero» eran tan extrañas en su lengua que ni siquiera estaba seguro de haberlas pronunciado en voz alta.

—Debemos darnos prisa, —repitió ella.

Él la cogió de la mano y echó a correr.

La puerta de roble que daba a las escaleras de la torre seguía intacta y cerrada por dentro. Una buena señal, esperaba Ivanov, mientras golpeaba el revestimiento.

—¡Lady Octavia! ¡Abra!

El cerrojo se deslizó hacia atrás.

—Ya era hora, joven. Empezaba a pensar que tendría que tomarme la justicia por mi mano. —La viuda, con el bastón preparado, había tenido la suficiente presencia de ánimo para bajar a

los niños al salón del primer piso.

—Parece uno de los experimentos del tío Angus, —dijo Emma.

—O la borda de un barco pirata. ¿Estamos bajo ataque, Sr. Oliver? —preguntó Prescott.

—Sí, muchacho, —respondió sombríamente—. Pero los abordantes pronto verán que no son rivales para nuestra tripulación. —Se palpó los bolsillos. Una pistola y una navaja en su bota. Sumado al bastón de la viuda y al mecanismo medieval en las manos de Phoebe, no era mucho rival para la potencia de fuego del enemigo.

Como si leyera sus pensamientos, Phoebe dijo:

—Lo primero es llevar a los niños y a Lady Octavia a un lugar seguro.

—De acuerdo. —Ignorando el bufido de protesta de la viuda, Ivanov pensó un momento —. Volveremos por la cocina y saldremos a los jardines. Pueden refugiarse en el sótano de raíces mientras damos la vuelta para terminar la lucha.

Ya estaba haciendo un cálculo mental de la distancia. Debería ser capaz de llevar a los dos niños y aún así ayudar a Lady Octavia, si fuera necesario. Pero al volver a abrir la puerta, un muro de llamas le hizo retroceder.

—Maldita sea, —maldijo por encima del rugido acalorado de las chispas—. Ha utilizado nafta.

—Fuego griego, —murmuró Phoebe—. Maldita sea, no tenemos esperanzas de extinguirlo. No con los recursos que tenemos a mano. —Miró el camino que llevaba de vuelta a los aposentos de la viuda—. No podemos quedarnos aquí: el humo y el calor pronto serán abrumadores. Por mucho que odie decirlo, no veo otra alternativa que retirarnos a los pisos superiores.

—¡Espere! Hay unas escaleras ocultas que conducen al sótano detrás de la librería del fondo, —dijo Lady Octavia—. El primer laird era papista y construyó este castillo con una serie

de agujeros secretos para sacerdotes y vías de escape.

—Que Dios le bendiga, —murmuró Ivanov, limpiándose la mancha de hollín y sudor de la frente—. Muéstreme dónde.

—Todas las puertas de esta sección del sótano están cerradas con llave, —recordó Phoebe —. Nos aseguramos de que nadie pudiera entrar ni salir. Incluso los pasadizos de conexión han sido cerrados. El acero forjado está hecho según especificaciones militares. No cederá ante picos o martillos. Sin las llaves estaremos atrapados.

—Quizá no, —respondió la viuda—. Saldremos a la zona que Angus utilizaba como taller y bodega. Si desplazamos los barriles de cerveza, encontraremos una rejilla de hierro que puede retirarse con la hoja de un cuchillo. Detrás de ella, hay un pasadizo subterráneo que conduce a una trampilla junto al borde de la terraza inferior.

—¿Cómo demonios ha descubierto eso? —preguntó Phoebe.

—Con dos chicos traviesos a los que seguir la pista, me atrevería a decir que conozco todos los rincones de este lugar. —Golpeó con su bastón dos de las hojas de acanto entrelazadas talladas en la moldura—. Presione aquí, Sr. Oliver, y aquí. Hace falta un poco más de músculo del que poseo estos días.

Hizo lo que se le ordenaba, y una sección de la estantería pivotó lentamente sobre unas bisagras quejumbrosas, revelando un resquicio de espacio entre las hileras de madera encerada.

—Rápido, —instó Ivanov. Un humo nocivo se filtraba ya en la habitación. Ayudó a los demás a colarse, luego golpeó de nuevo la moldura y se agachó en el interior.

Dejando el arma que había cogido de la exposición medieval, Phoebe se aflojó el corpiño y buscó a tientas la vela que había metido dentro de la camisa. Las capas de lana y lino eran un estorbo. Le dolía la pierna y la maraña de faldas chamuscadas no hacía más que ralentizarla. Cuando la mecha cobró vida por la chispa de su pedernal, se despojó del vestido y la arrojó a un

lado.

Ivanov se detuvo al pasar para contemplar sus ceñidas pieles de ante.

—¿Te ha dicho alguien lo encantadora que estás con poca ropa?

—Deja de mirarme las piernas y quita ese candado de la puerta de la bodega.

—Preferiría beber hasta saciarme de tu deliciosa forma. —Su risa ligera le hizo cosquillas en la oreja. Suave, sensual. Demasiado sensual. Ella necesitaba mantener su mente en las tácticas militares, no en la forma en que sus labios se habían sentido en su mejilla raspada, susurrándole unas palabras. Extraño, pero por un momento fugaz en el pasillo, ella pensó que él había dicho…

En medio de todo el crujido y el estruendo, debió de oír mal su murmullo. Alexander Ivanov no había ocultado su aversión a los enredos emocionales. Eran amigos, sí, y amantes. Pero cuando el humo se disipara, él se iría a la deriva hacia alguna nueva aventura, alguna nueva amante.

Ella retrocedió.

—Demasiado tiempo en el flirteo, y todos podemos acabar degollados.

—Un pensamiento aleccionador. —Ivanov miró alrededor de la aureola de luz proyectada por la vela. Al divisar un trozo de hierro tirado entre un amasijo de viejos balaustres de madera, lo cogió y lo introdujo por el lazo de hierro. Un rápido giro y la aldaba se abrió de golpe.

—Scottie, ven a sostener esta llama en alto —llamó.

Phoebe entregó la vela al muchacho y se acercó torpemente al lado de Ivanov. Juntos apartaron los barriles de cerveza de la pared. La rejilla estaba espesa de óxido y la entrada del túnel estaba cubierta de telarañas y excrementos de ratón. Mirando más de cerca, vio que el pasadizo apenas era más que un espacio para arrastrarse.

—¿Cuándo se utilizó esto por última vez?

—Hace varios años, —admitió la viuda.

—No me gusta su aspecto, —dijo lentamente—. En un clima húmedo como éste, es probable que la tierra sea inestable. El más pequeño bache podría hacer que se derrumbara.

Ivanov aflojó el último tornillo y dejó a un lado la cubierta metálica.

—Parece estar tallada en roca, —dijo mientras se dejaba caer sobre el vientre y se deslizaba hacia el interior. Su voz sonaba extrañamente apagada, como si estuviera envuelto en seda en lugar de piedra—. La distancia no puede ser muy grande.

—Alex, sal de ahí, —espetó. Sabía que no era razonable sentirse tan incómoda—. Enseguida.

Él reapareció un momento después, con el pelo enmarañado de barro y varias sustancias que a ella no le importaba identificar.

—¿Qué ocurre?

—No estoy segura.

Cambió de postura, sintiéndose una tonta. Sus nervios estaban tan agitados que parecía que la tierra se movía bajo sus pies. Alivió el peso de su pierna herida, con la esperanza de calmar sus pensamientos. Pero los temblores se hicieron más pronunciados. Un estruendo ominoso, como el trueno de nubes de tormenta que se acercan rápidamente, reverberó en las paredes.

Su rodilla se dobló cuando la fuerza de una explosión ensordecedora la lanzó hacia delante. Ivanov la atrapó y se llevó la peor parte del golpe mientras caían contra la puerta de hierro. El humo y la ceniza salían del túnel, el olor acre de los productos químicos quemados se mezclaba con el aroma más terroso de las hojas podridas. El sonido se apagó hasta convertirse en un sordo rugido en sus oídos.

—¡Lady Octavia! —Los remolinos grisáceos tardaron un momento en disiparse.

—¡Aquí! —Su cabeza plateada asomó de debajo del banco de trabajo—. ¿Están todos de una pieza?

—Todos lo estamos, gracias a Phoebe, —dijo Ivanov—. ¿Cómo lo supiste?

No podía explicarlo, ni siquiera a sí misma.

—Sentí que estabas en peligro.

—Una Delaney mágica, —murmuró. Sus dedos se enroscaron en la delicada cadena alrededor de su garganta, acariciando el halcón de plata—. Parece que eres mi amuleto de la suerte.

El pulso de ella retumbó contra la palma de él. Pensar en lo cerca que había estado de perderle la hizo estremecerse.

—Bianchi obviamente tuvo la oportunidad de hacer un cuidadoso reconocimiento de las terrazas mientras estábamos ocupados en otra cosa, —dijo Ivanov en voz más alta—. Es como si siempre fuera un paso por delante de nosotros.

El recordatorio le produjo un escalofrío.

—Siéntate, —murmuró Ivanov—. Su pierna necesita un descanso. —Quitó el polvo de una esquina del banco de trabajo.

—No necesito...

—¡Siéntate! —le ordenó—. ¿O tengo que enfadarme? —Phoebe apoyó una cadera en la madera cicatrizada.

Ivanov se inclinó hacia ella, apoyando ligeramente la mano en su muslo. Su tacto había llegado a sentirse como una parte de ella. Cuando esta misión terminara…

Ya se preocuparía de eso cuando llegara el momento. Si llegaba el momento. A pesar del humor bromista, había visto en los ojos de Ivanov que él también reconocía la gravedad de la

situación. Parecía que Bianchi había cambiado de táctica. Ya no le preocupaba capturar a los niños con vida.

Sus manos se crisparon de frustración. Su propia pericia se había vuelto en su contra. Con el túnel sellado, no tenían salida.

Bianchi podría abrirse paso. Pero, ¿por qué se iba a molestar en arriesgarse a un enfrentamiento cuerpo a cuerpo? Pasarían horas antes de que se pudiera conseguir ayuda en el pueblo. Dada su mortífera habilidad con los explosivos, podía tomarse su tiempo para colocar una serie de cargas que derrumbarían esta parte del castillo sobre sus cabezas.

La consternación debió de aparecer en su rostro, porque Ivanov comenzó a silbar una animada melodía.

Sintió que sus ojos se iluminaban con una risa silenciosa.

—No se alarme, Lady Octavia, —dijo entre estrofas—. Encontraremos la forma de salir de aquí, aunque tenga que cavar nuestro camino hasta China con una cucharilla. —Dio una vuelta alrededor del perímetro del taller, deteniéndose en la puerta que daba al cobertizo de la leña.

—Si se imagina que puede asustar a la madre de Angus McAllister con un mísero despliegue de fuegos artificiales, que se lo piense otra vez.

Emma se sacudió el hollín de la trenza.

—La pirotecnia del tío hace un estruendo mucho más fuerte, —dijo con cierto orgullo.

—Eso se debe a que pone especial cuidado en la preparación de los ingredientes, —añadió Prescott—. Dice que es un arte además de una ciencia.

Un arte demasiado letal. Phoebe observó cómo Ivanov tanteaba el pestillo y el grueso marco de la puerta con su cuchillo.

—Es inútil, —dijo sin levantar la vista—. Haría falta una fuerte explosión para arrancar la

puerta de sus goznes. —Sacudió la cabeza antes de que ella pudiera preguntar—. Sólo tengo un poco de pólvora para la pistola. Ni siquiera la suficiente para hacer mella en el roble.

Prescott se aclaró la garganta.

—¿Sr. Oliver?

—¿Sí, muchacho?

—¿Ayudaría si pudiéramos hacer nuestra propia pólvora?

—Ayudaría mucho.

—He visto dónde guarda el tío Angus un suministro de salitre, azufre y carbón vegetal.

—Yo también sé dónde lo esconde, —remachó Emma—. Aunque se supone que no debemos espiar. —Se mordió el labio—. ¿Nos regañará el tío?

—No es apropiado que espiéis, —indicó Phoebe. Era evidente que McAllister se había tomado muchas molestias para ocultar el peligroso material a su sobrino y a su sobrina. Sin embargo, debería haber recordado de sus propias espeluznantes hazañas que los niños tenían una extraña habilidad para descubrir secretos—. Pero en este caso, creo que podemos mostrar un poco de indulgencia.

Los hermanos parecían muy aliviados.

—El maletín está guardado en el cajón marcado como 'Lana'. —Prescott señaló un banco de trabajo apilado con cajas y cestas variadas—. La llave está metida dentro del guante en la pare.

Ivanov desenterró una gran caja de hierro de su envoltorio de piel de oveja mientras Phoebe cogía el viejo guantelete de halcón de su gancho. Estaba rígido por la edad, pero cuando lo puso boca abajo y lo sacudió, cayó una pequeña llave de latón.

La cerradura engrasada de la caja se abrió con un suave chasquido. Un mortero de mármol,

muy ennegrecido por el uso, yacía junto a tres botes de latón.

Salitre. Azufre. Carbón vegetal. Los chinos llamaban a su invento «firedrug», un potente elixir de ying y yang: la esencia fría de lo femenino mezclada con la chispa caliente de lo masculino. Fuego y hielo. Phoebe se sintió un poco mareada por la esperanza de que esa alquimia fuera su salvación.

—En realidad, nunca he hecho mi propio polvo, —murmuró Ivanov—. ¿Y tú?

—Era un requisito básico en mi escuela, —respondió—. Nos sometían a un riguroso curso de estudio.

—Me gustaría asistir a esa escuela, —dijo Emma desde su asiento en las sombras—. En lugar de los horribles lugares que describe la señora Kelso, donde las jóvenes deben aprender cosas como hacer una reverencia a un duque.

Phoebe sonrió mientras rompía un trozo de corteza de sauce carbonizada y empezaba a molerla hasta convertirla en un polvo fino.

—El señor Oliver y yo hablaremos con tu padre sobre qué escuela sería mejor para ti, pequeña, si es que alguna vez considera que deberías ser enviada a un internado.

—¿Hay alguna escuela para piratas? —preguntó Prescott esperanzado—. El coadjutor dice que todos los lores deben ir a Eton para su educación, pero suena muy aburrido.

—Tengo otras recomendaciones que discutiré con tu padre, muchacho, —respondió Ivanov. La observó abrir el bote de azufre y añadir varias pizcas de la acre sustancia amarilla al mortero. Su tono se volvió un poco más tentativo—. Confío en que aprobaras la asignatura.

—No estaría aquí si hubiera suspendido. —Phoebe levantó la vista para descubrir que los niños se habían acercado sigilosamente a la mesa y observaban el procedimiento con gran interés. Dando gracias en silencio por su excéntrica educación, decidió que una lección podría ser la mejor manera de mantener su atención ocupada. Después de todo, eran un público cautivo,

por así decirlo.

—Lo que estoy haciendo aquí es combinar estos tres ingredientes, carbón, salitre y azufre en las proporciones justas para hacer una explosión lo suficientemente fuerte como para volar la puerta del cobertizo de sus goznes.

Los niños asintieron solemnemente.

—Fueron los chinos quienes inventaron la pólvora, ¿saben? —continuó—. Durante siglos se utilizó para trucos de magia y celebraciones.

—Mientras que la civilización occidental decidió darle un uso más práctico —dijo Ivanov secamente.

—Los chinos también experimentaron con su uso en la guerra, —replicó Phoebe—. Crearon flechas de fuego, cohetes y bombas incendiarias para sus catapultas—. Se tomó un momento para hacer un inventario de los demás objetos de la caja de seguridad. Mechas, un fajo de resina de pino pegajosa, una pantalla de corindón ovalada -todo lo básico estaba allí.

—Quizá deberíamos retirarnos a la bodega y descorchar un buen clarete, ya que las damas están haciendo todo el trabajo duro.

Los ojos del muchacho se iluminaron.

—¿O una botella de ron?

Phoebe puso los ojos en blanco ante Ivanov.

—Agradece que no te haya ordenado vaciar la colección de brandy de McAllister y luego mear en una olla.

Los brazos casi se le escaparon.

—¡Qué!

—Hablo muy en serio. —Ella siguió con su molienda—. Se dice que la mejor pólvora se

hace con los orinales de los obispos que beben brandy. El contenido se hervía para obtener los nitratos y luego... no importa el resto de los detalles.

—Gracias a Dios, —murmuró Ivanov—. Si el celibato forma parte de la mezcla, habríamos estado condenados.

—¿Qué es el celibato? —preguntó Emma—. ¿Lo pone el tío en sus polvos?

—Preferiría que no se lo preguntaras, —dijo rápidamente Phoebe, dirigiendo una mirada reprobatoria a Ivanov. Su mirada de impía diversión había vuelto.

—Perdóneme por plantear otra pregunta incómoda, pero ¿deberíamos intentar detener el humo que está entrando por debajo de la puerta?

Lady Octavia, que había estado anormalmente callada durante el último rato, señaló los espesos dedos blancos de vapor que se colaban por debajo de la puerta que daba a la terraza de la leñera

—Tiene un olor de lo más desagradable.

—Maldita sea. —Borrándose la sonrisa de la cara, Ivanov se quitó el abrigo y lo metió por la rendija—. Sal amoniacal, —murmuró después de que una inhalación tentativa le hiciera toser.

Un potente veneno, utilizado en las primeras bombas de humo. Los labios de Phoebe se pusieron en una línea sombría mientras apuraba sus últimos preparativos. Así que Bianchi también estaba bien instruido en la alquimia de la muerte.

—Busca un recipiente metálico y cúbrelo, —le dijo a Ivanov—. Algo pesado.

—¿Vas a volar al bastardo hasta Kingdom Come? —exigió Prescott con voz apagada. La viuda había reunido a los niños y les había cubierto la cara con el faldón de seda de su vestido.

—Primero vamos a intentar volar esta puerta, Scottie. —Decidiendo pasar por alto las palabrotas del muchacho, Phoebe hizo una pequeña hendidura en el suelo de tierra junto a la

puerta exterior—. Entonces nos ocuparemos del, er, malo.

—El bastardo no tendrá ninguna oportunidad contra la señorita Sloane. Ella lo destripará como a una trucha de lago si le pone las manos encima, —dijo Lady Octavia a través del encaje de su pañuelo—. Espero que me permita pasarle el cuchillo de filetear.

—Por ahora, ¿le importaría pasarme la bobina de mecha de cerilla que tiene junto al codo? Y Scottie, ¿me harías el favor de traer la ballesta que dejé al pie de la escalera secreta?

—Ojalá hubieras cogido un trabuco de la pared, —bromeó Lady Octavia—. Me temo que las flechas pasadas de moda no van a servir de mucho contra la potencia de fuego del francés.

Phoebe siguió con su molienda.

—Uno nunca sabe.

—Hablando de potencia de fuego, ¿tenemos un plan, una vez que volemos la puerta? —preguntó la viuda.

—Nuestra idea original sigue pareciendo la apuesta más segura. El Sr. Oliver les ayudará a usted y a los niños a refugiarse en el sótano, mientras yo creo una distracción para llamar la atención de Bianchi.

—Empezaba a pensar que aquí se me consideraba bastante superfluo, —dijo Ivanov. Su tono era indiferente pero sus movimientos eran rápidos, seguros.

—Los hombres tienen propósitos útiles. —Sonrió, a pesar de que sus labios estaban tan incrustados de cordita que parecían a punto de resquebrajarse.

Ivanov le devolvió la sonrisa, una astilla de media luna de un blanco nacarado contra la negrura de las paredes del sótano.

—Me alegra ver que por fin lo ha descubierto, señorita Sloane. —Lady Octavia se rió entre dientes—. Empezaba a preocuparme por usted.

Esperó que la capa de polvo negro de su cara fuera lo suficientemente gruesa como para ocultar su rubor. ¿Sabía la viuda de su nueva intimidad? ¿O era simplemente un disparo en la oscuridad?

Acercando la luz a su trabajo, Phoebe se agachó para examinar la textura. No era perfecta, pero serviría.

—¿Ha habido suerte con el recipiente?

Una olla desechada cayó sobre la mesa de trabajo. El asa estaba rota pero las paredes tenían más de un cuarto de pulgada de grosor.

—También encontré un rollo de alambre de embalar, —añadió Ivanov—. Una vez que todo esté listo, me aseguraré de que la tapa quede bien atada como un tambor.

—Excelente.

Cortó un trozo de la mecha.

—¿Treinta segundos?

—Tiempo más que suficiente. —Vació el contenido del mortero en la olla—. Lady Octavia, tenga la amabilidad de llevar a los niños a la bodega y póngase a cubierto detrás de los barriles de cerveza. Nos reuniremos con usted en un momento.

Acercándose a la puerta, Ivanov hizo unas rápidas mediciones.

—He desplazado el agujero ligeramente hacia la izquierda y he añadido un centímetro de profundidad, —dijo mientras volvía a colocar la tapa en su sitio.

Tras unos cuantos cálculos mentales, asintió.

La llevó y la colocó en su sitio, palmeando cuidadosamente la tierra alrededor de la base. La mecha yacía como una serpiente lánguida sobre el suelo de tierra, esperando una chispa que encendiera su golpe.

—Listo cuando tú lo estés.

Phoebe respiró hondo y encendió la llama.

Capítulo 23

El silencio parecía eterno.

Ivanov contuvo la respiración, intentando oír el siseo de la cordita ardiendo por encima del latido de su corazón. ¿Estaba el aire demasiado húmedo? ¿La mecha demasiado vieja? Un sinfín de cosas podían salir mal.

Sus palmas se aplastaron contra la áspera madera cuando se aventuró a echar un vistazo alrededor de los barriles.

Quince... dieciséis... diecisiete... Phoebe también se movió, su hombro se tensó contra el de él.

—Maldita sea, quizá la chispa no prendió.

Él la sujetó, aún musitando la cuenta silenciosa.

Ella intentó soltarse. Ante la luz de la resina ardiente parecía una Reina Guerrera, inquebrantable, sin miedo a nada salvo a sus propias debilidades imaginarias.

—La mecha puede haber caído…

El BOOM los lanzó de nuevo contra la pared. Por encima de sus cabezas, las botellas se hicieron añicos, llenando el aire de cristales voladores y vino salpicado.

—Una pena desperdiciar un Moselle tan bueno, —murmuró Ivanov mientras protegía su pistola de las gotas. Empujando a Phoebe a un lado, se levantó de un salto y corrió hacia el hueco

en la pared. Tenía un plan propio para enfrentarse al francés.

Se obligó a aminorar el paso mientras atravesaba los restos humeantes de la puerta y subía las escaleras de piedra. Las brasas al rojo vivo crujían bajo sus pies, en marcado contraste con la furia helada que sentía por el hombre que asesinaría a mujeres y niños inocentes.

Ningún paso en falso ahora, se advirtió a sí mismo. Deslizándose fuera del arco, se arrastró a lo largo del erosionado muro de contención cortado en el terreno inclinado. Delante había un pequeño cobertizo de techo empinado para almacenar leña, situado a la sombra de la estrecha terraza de la fregadera. Unas escaleras de granito conducían a otra extensión de piedra.

El gato y el ratón. Había llegado la hora de saber quién era el depredador y quién la presa.

Abriéndose paso entre los escombros humeantes, Ivanov se detuvo para mirar atrás. Ni rastro de los demás. Como había esperado, Phoebe se vio frenada por la necesidad de ordenar la confusión y ayudar a la anciana viuda y a los niños. Probablemente tardaría varios minutos más en salir del turbio caos. Para entonces estaba decidido a enfrentarse solo al enemigo.

Ya no era necesario el sigilo. Ivanov midió el número de escalones hasta la escalera más lejana, y luego se decidió por un desafío directo para atraer a Bianchi a campo abierto.

—Como ve, su cobarde forma de asesinar no tuvo éxito, mon vieux, —le llamó—. ¿Te atreves a enfrentarte a mí de hombre a hombre, o sólo eres capaz de luchar contra mujeres y niños desde lejos?

Sus palabras resonaron débilmente en las piedras cubiertas de hollín.

—Ah, bueno, supongo que yo también tendría miedo de mostrar mi cara si hubiera sido vencido en combate cuerpo a cuerpo por una mujer. —Ivanov hizo una pausa—. Quizá esté perdiendo su destreza.

Una carcajada flotó desde las terrazas cubiertas de niebla en lo alto.

—Soy lo bastante agudo como para enviarle al diable, monsieur. Y a mademoiselle

también. Lástima que deba hacerlo rápido, en lugar de hacerle sufrir por todas las molestias que me ha causado.

Ivanov se esforzó por ver alguna señal de movimiento en el remolino de humo y sombras. Era casi de noche y el crepúsculo que se desvanecía había cubierto los páramos con una bruma purpúrea. Los fuegos que ardían en la torre del castillo añadían una nube de carbón que amortiguaba cualquier sonido de pisadas.

—Yo diría que es usted quien se ha vuelto más molesto. Me ha hecho perseguirle por Irlanda y ahora por Escocia.

El roce de una bota, casi perdido en el crepitar de la madera quemada, sonó desde lo alto. Ivanov se permitió una sonrisa interior mientras se arrastraba un paso más cerca del cobertizo. Desde detrás de su refugio, podía ganar un ángulo-.

Un repiqueteo detrás de él le hizo girarse.

—¡Sr. Oliver! —Observó consternado cómo Emma pasaba corriendo junto a Phoebe, con sus pequeños puños extendidos—. ¡Olvidó su cuchillo!

—¡Vuelve, pequeña! —Pero vio que su grito llegaba demasiado tarde: un destello de acero brillaba en la barandilla de la terraza.

Lanzándose sobre la niña que corría, la atrapó en un abrazo rodante. Una vuelta, dos. Una bala pasó zumbando junto a su oreja, abriendo un surco en la baldosa de pizarra. Todo fue un borrón de extremidades y faldas agitándose. De algún modo consiguió empujar a Emma para que se alejara, hacia la abrigada seguridad de la pared del cobertizo.

Al realizar la desesperada embestida, había perdido de vista su pistola. Yacía no muy lejos, a escasos centímetros de su alcance, pero cuando se estiró para agarrarla, todo se volvió negro.

—¡Emma!

Entre iluminar el camino a Lady Octavia y soltar la cuerda de la ballesta, Phoebe había dejado escapar momentáneamente su agarre de la mano de la niña.

Ivanov reaccionó en un instante, protegiendo la delgada figura de Emma con su propio cuerpo. Cayeron al suelo en el mismo instante en que sonó un disparo. La llamarada de la boca del cañón iluminó un rostro delgado -frente alta, nariz aguileña y labios carnosos tirantes- antes de que la oscuridad se tragara la sonrisa salvaje.

—Quédate atrás, Scottie. —Phoebe agarró al chico por el cuello y lo empujó de nuevo al agarre de la viuda—. Vigila a tu abuela.

Maldiciendo su cojera, se apresuró a subir el último escalón. El resplandor rojizo de las ventanas de la torre mostraba a Bianchi como una esbelta forma negra, que se movía con precisión infernal mientras apuntaba con una de las urnas de mármol y la lanzaba contra Ivanov.

Impactó con un ruido sordo y nauseabundo y se hizo añicos a escasos centímetros de su cabeza. Parecía aturdido por los fragmentos de roca voladora, pues tras un espasmo de su puño, quedó inmóvil en la terraza.

Emma gritó, su voz aguda puntuada por la profunda risa del francés.

—Es usted quien se ha vuelto demasiado torpe para este tipo de trabajo, mon ami. —Bianchi se estaba tomando su tiempo en recargar su pistola para el golpe de gracia. Estaba de espaldas a ella y, en el remolino de niebla y luz de luna, apenas pudo distinguir la pesada mochila que llevaba colgada de los hombros.

Maldita sea. Dejando la improvisada vela de resina, Phoebe apuntó a lo largo de la culata de la antigua ballesta, buscando desesperadamente un tiro claro. Pero la gruesa lona -repleta de suficientes explosivos como para hacer volar la mitad de las Tierras Altas hasta el Mar del Norte-

le servía de escudo.

—Tener corazón es una debilidad fatal, —gritó Bianchi. Todavía regodeándose, el francés metió una nueva bala por el cañón—. Moi, yo no me detengo en los puntos finos de la moralidad. A un banquero o a un artista hábil se le paga por su pericia, ¿por qué no voy a beneficiarme yo también de los talentos que me ha dado Dios, eh? El Emperador es extremadamente generoso al recompensar el mérito por encima del rango o el privilegio. —En otro momento, enroscaría el dedo alrededor del gatillo.

Aunque sus propias manos temblaban, Phoebe luchó contra la desesperación. Seguro que había alguna estrategia en todo su entrenamiento. Sun-Tzu, el maestro militar chino…

Chino. Algo de su anterior clase de historia despertó de repente una idea. Agarró la resina de pino en llamas, la clavó en la punta de su flecha y la dejó volar.

El pequeño dardo apenas hizo ruido al clavarse en la tela. El francés debió de sentir un temblor, porque se dio la vuelta.

Phoebe soltó la ballesta y retrocedió un paso.

Bianchi volvió a reír. Adoptó una postura deliberada en lo alto de la barandilla de la terraza.

—Puede que los arqueros ingleses ganaran la batalla de Agincourt. Pero ésta es una nueva era, un nuevo amanecer... —Un destello de luz, blanca y luego rosa, surgió de detrás de su cabeza.

Phoebe contuvo la respiración.

Súbitamente consciente del peligro, Bianchi giró sobre sí mismo, agitando los brazos, bailando un macabro ballet mientras intentaba desprenderse de la mochila y de su mortífero contenido.

Una última pirueta estalló en un estampido desgarrador, seguido de un estallido de luz

brillante. Las llamas salieron disparadas, rayas rojas y naranjas contra el cielo de terciopelo negro. Una lluvia de chispas doradas al rojo vivo, que brillaban como una miríada de pequeñas estrellas letales, se suspendió por un momento en un esplendor silencioso antes de volver lentamente a la tierra.

—¡Bravo! —Desde las ruinas de la escalera llegó el aplauso de Lady Octavia—. ¡Bravo! He presenciado innumerables pirotecnias a lo largo de los años, pero ninguna tan merecedora de elogios como ésa.

Ivanov se revolvió y se incorporó.

—Es un gran elogio viniendo de la madre de Angus McAllister. —Tenía la cara manchada de sangre por el corte de la frente, pero a través de la mugre y la pólvora esbozó una sonrisa ladeada. —Tal vez los militares deberían aprender este tipo de estrategias. Ciertamente fue muy inusual, aunque altamente eficaz.



—Wellesley y sus generales no necesitan mi ayuda. Sólo tienen que leer sus libros de historia: los chinos llevan siglos utilizando flechas de fuego. —Phoebe se sentó pesadamente en el muro de piedra, invadida por un súbito cansancio—. Fue un golpe de suerte. Y no uno que quisiera volver a intentar.

Desde abajo, en el valle, el tañido de las campanas de la iglesia del pueblo se elevó en contrapunto al trueno moribundo de la explosión. Las llamas del castillo debían de ser visibles a kilómetros de distancia. La ayuda no tardaría en llegar.

Casi sin atreverse a creer que todo había terminado, cerró los ojos.

Las cosas no habían salido exactamente como las había planeado, pero había logrado todo

lo que lord Cavendish le había pedido. ¿Vería él la misión como un éxito? ¿O encontraría fallos en las decisiones que ella había tomado sobre el terreno?

Demasiado agotada en cuerpo y espíritu para contemplar el futuro, Phoebe levantó el rostro a la fresca brisa nocturna. Al diablo las consecuencias. Por ahora, saborearía el leve matiz de las voces de los niños, el suave “Hmmph” de la tos de la viuda y la plumosa calidez de...

Cuando sus pestañas se abrieron, se sorprendió al encontrarlas perladas de lágrimas.

—¿Recuerdas la ilustre lista de Reinas Guerreras de las que hablamos? —Su tacto le impedía pensar con claridad.

—Tu nombre debería añadirse a sus filas.

—No soy más que una anónima soldado de infantería, —logró responder ella—. Mis hazañas nunca podrán escribirse.

Ivanov enmarcó su rostro con sus manos fuertes y capaces.

—Mi valiente y audaz valquiria, tú y tus hazañas siempre estaréis grabadas en mi corazón. —Su beso le hizo cosquillas en la comisura de los labios—. Aunque confieso que se está convirtiendo en algo bastante irritante que sigas teniendo que salvarme el pellejo. Es un golpe a mi hombría.

Ella le abrazó más fuerte, deleitándose en los contornos de su cercanía.

—No parece que haya lesiones graves en tu virilidad, Alex.

—Estoy seguro de que con un poco de cuidados, se le puede engatusar para que se recupere por completo. —Su risita fue secundada por la risita de Emma.

—Sr. Oliver, ¿está besando a la Srta. Sloane?

Aunque se resistía a abandonar sus brazos, Phoebe se zafó de su abrazo.

—Lo estaba, pequeña, —respondió Ivanov—. Pero tengo uno para todas mis valientes

damas. Aquí está el tuyo. —Levantó a la niña contra su pecho y le plantó un ruidoso beso en la frente, ganándose un grito de alegría—. Y el suyo, milady.

—Hmmph. —La viuda se tocó la mejilla arrugada e intentó disimular un resoplido con un bufido—. Si fuera medio siglo más joven, la señorita Sloane tendría que vigilar su espalda. Pero dejemos cualquier otra muestra de sentimiento para más tarde. Será mejor que nos refugiemos en el establo antes de morir de frío. Me atrevo a decir que los aldeanos no tardarán en llegar.

—Con tal de que no tenga que besar a nadie, —murmuró Prescott.

—Le recordaré esa afirmación dentro de varios años, —dijo Ivanov secamente. Del brazo de lady Octavia, comenzó a cruzar la terraza.

Suspirando, Phoebe flexionó su pierna dolorida y se dispuso a ir a la retaguardia. La visión de sus anchos hombros y su cintura afilada fue un triste recordatorio de que en pocos días darían la espalda a este trabajo y partirían hacia nuevas misiones, nuevos retos, nuevos peligros.

Sin duda, nada era tan peligroso como unos ojos azules como el hielo y una sonrisa diabólica. Aquel hombre era, en efecto, un maestro ladrón, pues le había robado el corazón…

Levantó la vista bruscamente para descubrir que él había enviado a los demás y la estaba esperando.

—No pensarías realmente que iba a dejarte sola, ¿verdad?

Le tembló la boca.

—Sálvese quien pueda.

—Esas reglas se esfumaron desde la primera vez que te vi. —Sus dedos rugosos como la piedra atraparon los de ella, apretando sus palmas con fuerza—. Venga el infierno o el mismísimo Lucifer, nos enfrentaremos juntos al fuego, Phoebe.

Capítulo 24

El carruaje de alquiler levantó una nube de polvo al traquetear por la sinuosa curva. Ivanov flexionó sus manos crudas y cambió el agarre de las riendas. Aunque cansados y con los ojos desorbitados, él y Phoebe habían decidido que lo mejor era alejar a la viuda y a los niños de la zona lo antes posible. No parecía que Bianchi tuviera cómplices, pero no estaban dispuestos a correr riesgos. No después de todo lo que habían pasado.

La noche anterior había pasado en un suspiro tras la llegada del magistrado local y una tropa de los granjeros de la zona. Se habían apagado los fuegos, se había conducido a la familia al refugio de la rectoría del pueblo y se había dado una explicación de los hechos. No la verdad exacta, por supuesto, pero una historia que parecía satisfacer a las autoridades. Los experimentos de Angus McAllister con pólvora eran bien conocidos en la zona.

Al decidir qué hacer con la fiesta de Londres, la viuda había aceptado la sugerencia de evitar cualquier escándalo público. Sin duda, algunos de ellos merecían un castigo mayor, pero ya habría tiempo para ello más adelante. De Villiers, el único del grupo que no tenía nada de lo que avergonzarse, se había ofrecido a ocuparse de los preparativos para el largo viaje de vuelta a casa.

En cuanto a sus propios viajes, el ánimo había estado extrañamente apagado desde que partieron de la aldea. A pesar de su triunfo, él no había tenido muchas ganas de hablar y Phoebe parecía perdida en sus propios pensamientos.

¿Encontraba ella los frutos de la victoria tan agridulces como él? Pronto volvería a su vieja vida: vino, mujeres, bailes de vals hasta el amanecer. La perspectiva le dejó un sabor rancio en la boca.

—Deberíamos llegar a Dornoch dentro de una hora. —Phoebe sombreó sus ojos ante el sol escuálido—. Podemos refugiarnos en el White Gyrfalcon mientras decidimos cómo proceder.

Ivanov miró hacia la chirriante cabina, donde Lady Octavia y los niños estaban sentados envueltos en capas de pieles de oveja y tartanes.

—Cavendish debería considerar reunirlos con McAllister, dondequiera que el ejército lo tenga asignado. Napoleón no admitirá alegremente la derrota.

Pero ése no era su problema, se recordó a sí mismo mientras guiaba a la yunta de caballos alrededor de un revoltijo de rocas. Había hecho su trabajo. Era hora de seguir adelante.

Los ojos entrecerrados de Phoebe se agudizaron de repente.

—Hay dos jinetes que vienen hacia nosotros a galope rápido.

Ivanov sintió que ella se ponía rígida y echaba mano a su pistola. Hizo que los caballos se detuvieran.

—Tú ve a vigilar a la viuda mientras yo me encargo desde aquí.

Ella empezó a bajar, luego se detuvo para echar otro vistazo.

—Gitanos, a juzgar por sus envoltorios de colores brillantes y sus pañuelos floreados. Normalmente no intentarán atacar un carruaje de este tamaño.

—Cualquiera puede atarse un trapo chillón alrededor de la cabeza. —Comprobó el cebado de su propia arma y luego la cubrió con su abrigo—. Además, viajé durante un tiempo con una tribu de Westfalia. Esos no cabalgan como los gitanos.

—Cierto. —Se descolgó del estribo para tener una mejor posición ventajosa.

—No nos peleemos por el honor de estar en la línea de fuego.

Pero antes de que Ivanov pudiera decir más, Phoebe esbozó una sonrisa y levantó la mano para hacer una rápida señal.

—No hay peligro. Es una de mis compañeras Delaneys.

—¿Qué demonios...?

—Saludos, Kristen, —dijo Phoebe mientras la amazona principal llevaba a su enjabonado semental junto al carruaje—. ¿Qué te trae tan lejos del nido?

—Las cosas estaban demasiado tranquilas sin ti haciendo saltar chispas. —Desde debajo de la salvaje maraña de cuervos rizos brillaron un par de ojos esmeralda de gruesas pestañas. Ivanov los vio desviarse rápidamente hacia él.

—¿Así que decidiste venir a ayudarme? —Phoebe asumió un aire de despreocupación, pero a él no se le escapó la nota de tensión subyacente en su voz.

Maldito Cavendish. Él sabía lo que ella estaba pensando. Y aunque no se podía culpar al marqués por tomar precauciones, en aquel momento Ivanov tenía ganas de darle un puñetazo sin sentido por dudar de ella.

—Pensamos que podrías necesitar una mano, —dijo Kristen.

La mirada de su amiga se desvió ligeramente, permitiendo a Ivanov un rápido estudio de su rostro. Ésta era el tercera miembro de las Señoritas de Delaney que conocía y, en todo caso, los rumores sobre su impactante belleza habían sido poco exagerados.

Al captar la mirada interrogante de Kristen, Phoebe respondió:

—Como ves, no estoy sola. Permítame presentarle a Alexander…

—Ivanov. —Los pliegues fluidos y los colores alborotados del exótico atuendo oscurecían a medias sus rasgos de huesos finos, pero vio que su boca sensual se afinaba hasta convertirse en

una línea dura—. El bribón que casi estropea la misión de Verety. Y luego casi le rompe el brazo. La Sra. Delaney también nos ha puesto al corriente de algunas más de sus recientes hazañas.

—Esta es mi compañera de habitación, Kristen, —murmuró Phoebe. En voz más alta añadió—. Lo pasado, pasado está, Kristen. El Sr. Ivanov es ahora un aliado.

Kristen enarcó una ceja.

—La campaña oriental del emperador ha hecho ciertamente extraños compañeros de cama.

Phoebe se coloreó ligeramente, pero se salvó de tener que responder por la aproximación del segundo jinete, que se había acercado a un ritmo más pausado.

—¡Ciao, bella! —Le sopló un beso a Phoebe, y luego hizo un alegre saludo a Ivanov—. Ciao, Allessandro.

Phoebe parpadeó sorprendida.

—¿Os conocéis?

—Oh, sí, sí, —respondió el acompañante de Kristen. Al igual que ella, iba ataviado con atrevidos colores y sus bandoleras de cuero estaban erizadas de adornos de latón—. Sandro y yo somos viejos amigos. Nos conocimos hace varios años en una casa de… señoritas encantadoras. Las más encantadoras de todo Milán, eh, amico.

Ivanov tardó un momento en reconocer al tipo como Giovanni Marco Musto, un granuja cuyas hazañas con las mujeres le hacían parecer un niño pequeño. Sus ojos se entrecerraron. No era de extrañar que hubiera necesitado una segunda mirada. Rara vez había visto a Il Serpente con toda la ropa puesta.

—Creo recordar que había dos hermanas gemelas que se habían encaprichado de usted aquella noche, —continuó el italiano—, Sicilianas, morenas como el pecado, con melones dulces y maduros. —Como Marco hablaba con las manos, la traducción era innecesaria—. Que estaban

encantadas de compartir sus frutas…

Ivanov le cortó con una tos aguda.

—¿Hay alguna posibilidad de que hayan traído algo de pan y agua? Ha sido un viaje seco y polvoriento desde los páramos.

Kristen dio un empujón a Marco, provocando un tintineo de campanas.

—Marco tiene provisiones en sus alforjas. Buscará algo mientras le explico a qué hemos venido. —Mostró una sonrisa irónica—- Estamos aquí bajo órdenes oficiales, por si se lo preguntaba.

Aunque las palabras iban destinadas a Ivanov, fue Phoebe quien contestó con marcada incertidumbre.

—¿Lord Cavendish no me creía capaz de hacer el trabajo?

La expresión de su amiga se tornó seria.

—La Sra. Delaney me aseguró que nuestra presencia no tiene que ver contigo, Nonnie. Más bien es una muestra de lo mucho que el marqués quiere estar seguro de que Bianchi no volverá a amenazar a Inglaterra o a sus aliados.

—No lo hará. Phoebe se encargó de eso, —dijo Ivanov—. Encárguese de que reciba el crédito que se merece.

Ella sacudió la cabeza

—No, fue un esfuerzo conjunto.

Ivanov empezó a hablar, pero Phoebe cambió rápidamente de tema.

—Supongo que Lord Cavendish planeó una contingencia para sacar a la familia de Escocia. Nunca deja nada al azar.

—Por supuesto, —Kristen se enderezó en la silla de montar—. En caso de emergencia,

Marco y yo debíamos escoltar a la familia McAllister hasta el pueblo pesquero de Tain. La fragata naval que nos trajo está anclada allí, esperando para llevarlos a la base del Escuadrón del Mar del Norte en Middlesbrough. —El ceño de Kristen se frunció en interrogación—. Pero viendo que usted está al mando de la situación...

—El enemigo ya no es una amenaza, pero el castillo ha quedado reducido a cenizas, —dijo Phoebe—. Parece la opción lógica seguir el plan de Lord Cavendish.

Ivanov no pudo discutirlo. Su razonamiento tenía perfecto sentido. Entonces, ¿por qué se sentía tan perfectamente miserable? No era sólo la idea de un mar agitado lo que le revolvía el estómago.

Pero un golpe procedente del interior del carruaje le recordó que tenía consideraciones más importantes que el tormentoso estado de sus emociones.

—Todo va bien, Lady Octavia. Estos son amigos, no enemigos, —indicó—. Pronto nos pondremos en camino.

—Sí, será mejor que no nos demoremos. La marea pronto cambiará, —dijo Kristen—. Tome el desvío sin señalizar que hay más adelante. Es un atajo hacia la orilla sur de Dornoch Firth. Luego siga la bifurcación de la derecha hacia Tain. Nos adelantaremos e informaremos al capitán de que debe prepararse para levar anclas.

Marco terminó de rebuscar en sus alforjas y arrojó un pequeño saco.

—Lo siento, no hay melones dulces, Alessandro. Sólo sidra y queso. —Su sonrisa era casi tan descarada como las gruesas cadenas que le rodeaban el cuello—. Arrividerci por ahora, bellas.

Si hubiera estado un poco más cerca, Ivanov habría estado muy tentado de estrangularle.

Pareciendo intuir que pisaba terreno peligroso, el italiano dio un movimiento de las riendas e hizo retroceder a su semental unos pasos.

—Tengo una botella de prosecca en mi bolsa de equipaje. Estaré encantado de compartir alguna que otra risa durante el viaje, mientras rememoramos nuestra juventud malgastada. —Señaló mientras hacía una floritura con su mano enjoyada y se alejaba al galope.

—¿Marco? —Phoebe observó a los jinetes un momento más antes de volverse hacia él—. Es uno de los instructores de la Academia.

Ivanov hizo una mueca mientras observaba como se alejaba.

—Me estremezco al preguntar qué enseña.

—Es muy hábil con la espada, —respondió ella con cara seria—. Y con espuelas.

Ivanov sabía que debía reírse, pero de algún modo el sonido se le atascó en la garganta. Dada la lujuria del italiano por las mujeres encantadoras, parecía probable que le hubiera dado a Phoebe un tutorial privado de anatomía. Después de todo, ella había mencionado que sus clases incluían el arte de la seducción.

—Si sigue comportándose como un capullo insufrible, estará pescando sus bacalaos en el Mar del Norte.

—Sería una pena; sus gioielle di famiglia son todo un tesoro.

—¿Quieres decir que le ha visto desnudo?

—Por supuesto, —Una pausa—. En clase de arte. Marco a veces servía de modelo para nuestras clases de dibujo. —Phoebe le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Pasa algo? Tu habitual sentido del humor parece haberte abandonado.

Él no contestó, temiendo que su intento de acento sardónico saliera como un gruñido malhumorado.

Ella esperó un momento antes de continuar.

—Debes saber que su fanfarronería es muy exagerada. En el fondo, Marco es un buen

amigo, inquebrantable en su valor y lealtad.

—Entonces no hay duda de que los dos disfrutaréis de la oportunidad de pasar tiempo en compañía del otro.

Phoebe pareció a punto de volver a hablar, pero luego fijó la mirada al frente y mantuvo un silencio sepulcral.

Maldita sea. En contraste con el color brillante del italiano, se sentía envuelto en un negro implacable. Parecía que su afición rusa por las melancólicas cavilaciones había vuelto. Resultaba extraño, pero en las últimas semanas Phoebe le había hecho olvidar sus muchos defectos, sus muchos fracasos. Y donde en el pasado se había sentido a menudo sin rumbo, ella le había ayudado a redescubrir un sentido de propósito.

Ahora, estaba a punto de volver a estar solo.



Su humor era aún más sombrío tras otra hora de contemplar los días venideros.

—Estoy jodidamente harto de los viajes por mar, —murmuró Ivanov para sí mismo mientras los caballos doblaban la última curva hacia Tain. Añadiendo un juramento en ruso, contempló el pequeño puerto escondido a sotavento de una lengua de piedra.

Un barco solitario estaba anclado, y observó con ánimo decaído cómo arriaban una lancha y comenzaban la corta remada hasta la orilla. Con sus gallardos mástiles y su estrecho casco, el navío estaba claramente diseñado para la velocidad. Volando sobre alas de lona, le llevaría mucho más rápido a puerto y a su despedida con Phoebe.

—La próxima vez que vea a Yussapov, puede que le esculpa la sonrisa en branquias. —Era un cruel corte del destino que tuviera que compartirla con los demás durante la travesía. ¿Qué

posibilidad había de tener algo de intimidad en los abarrotados confines de un barco? Que probablemente estaría demasiado mareado para aprovechar su último rato juntos sólo echaba sal en la herida.

Su mal humor no era compartido por los demás. Los niños corrieron hacia la lancha, ansiosos por estar a bordo de un barco de combate de verdad. Incluso la viuda no parecía disgustada por abandonar suelo escocés.

—¡Mire, mire, Sr. Oliver! —Prescott estaba fuera de sí de alegría al ver la línea de cañoneras de color amarillo brillante bajo la cubierta principal—. Un verdadero barco de guerra. ¿No es asombroso?

—Aplastante. —Su voz tenía un eco bastante hueco.

—Intenta no parecer que acabas de tragarte un bocado de algas, —murmuró Phoebe mientras subían a bordo de la fragata.

—Una bandeja entera de esa cosa viscosa sería más apetecible que la perspectiva de otro viaje por el océano.

—Vamos, sólo será por un día o dos.

La poca resolución que aún poseía se esfumó con la marea. Parecía emocionada por volver a casa.

Una extraña constricción se apoderó de su corazón. Y de su lengua. Sin decir palabra, se dio la vuelta y bajó a cubierta.

Phoebe se apoyó en la barandilla del barco y observó la costa sumergirse bajo las olas azotadas por el viento. La cubierta empezó a cabecear bajo sus pies, el movimiento ascendente y descendente coincidía con las corrientes cruzadas de sus propios pensamientos.

Sentía cierta euforia por haber triunfado sobre un enemigo difícil y peligroso. Sin embargo, había un lado más profundo y oscuro en la victoria. Un abatimiento de espíritu que no podía

expresar con palabras. Había llegado a preocuparse por los McAllister. Y por Ivanov. Probablemente nunca los volvería a ver.

—Pareces endemoniada, —Kristen tomó posición junto a su hombro—. ¿Hay alguna razón?

—Yo… —Mientras se ajustaba un poco más la capa, sus dedos rozaron la cadena de plata que llevaba bajo la blusa—. Debería devolvérsela, —dijo, desabrochando el amuleto—. Ya no necesito más talismanes. Mi misión ha terminado.

Kristen no hizo ningún movimiento para coger el pequeño cuervo.

—Quédatelo.

—Pero...

—Te sienta bien. Además, he elegido otra cosa para ocupar su lugar. —Su amiga separó el cuello de su vestido para revelar un óvalo de oro bruñido.

—¿Has decidido llevar el medallón de tu infancia? —preguntó Phoebe. Kristen era la única de las tres que tenía algún recuerdo vinculado a su pasado.

—Es tan buen talismán como cualquier otro, supongo. —Kristen se encogió de hombros —. Lo tengo desde hace tanto tiempo que el pequeño retrato que hay dentro me parece un amigo, aunque no tengo ni idea de quién es. Quizá la dama, sea quien sea, me sirva de ángel de la guarda. —Su amiga volvió a abrocharse la capa—. Así que quédate con el cuervo.

—Gracias, Kristen. —El amuleto de plata se sintió fresco y reconfortante cuando Phoebe volvió a colocárselo alrededor del cuello. No se había dado cuenta de hasta qué punto se había convertido en una parte de ella. Se habría sentido un poco perdida sin él. Apartándose del escozor del rocío salino, Phoebe se secó la mejilla.

—Lo has hecho bien, —Kristen sonrió—. Sabía que lo harías.

—¿Lo hiciste? —Phoebe suspiró—. ¿A pesar de todos mis problemas con las normas y reglamentos?

—Has provocado tu parte de fuegos artificiales, eso seguro. Pero siempre has sabido en tu corazón qué es lo correcto. —Un rizo apareció en las comisuras de los labios de su amiga—. Así que sigue siempre a tu corazón. No te llevará por mal camino.

—Siempre has sido la más sabia de nosotras tres. Y la más firme.

—Oh, tengo mis altibajos. Pero alguien tenía que encargarse de manteneros a Verety y a ti fuera de los problemas.

—Sois las mejores amigas.

Compartieron un momento de silencio agradable, viendo cómo el sol poniente pintaba el horizonte con suaves tonos rosas y morados, antes de que Phoebe se apartara de la barandilla.

—¿Me disculpas? Será mejor que vaya a comprobar que la viuda y los niños están cómodamente instalados abajo.

Pero una vez abajo, en el estrecho pasillo, sus pasos se desviaron hacia la banda de estribor del barco. Un golpe en la puerta del camarote no obtuvo respuesta.

Apoyando el hombro en el entarimado, la abrió de un empujón. La luz de la lámpara apenas era más que un parpadeo, y en las sombras oscilantes sólo se veían dos botas que sobresalían de la diminuta litera.

—¿Alexander?

—Vete.

Entró de todos modos y se balanceó en el borde de la tabla de la litera.

—Como en los viejos tiempos, contigo chasqueándome y gruñéndome.

—Si quieres más compañía, ve a buscar a esa maldita serpiente italiana. Seguro que estará

encantado de mantenerte entretenida.

—¿Seguro que no estás celoso de Marco? —El golpe rítmico de las olas contra el casco parecía hacerse eco del sonido de los latidos de su propio corazón. Su mano encontró la de él bajo la fina manta de lana—. No lo estés.

Se incorporó lentamente, y en la penumbra ahumada su rostro parecía extrañamente vulnerable. Las sombras manchaban los huecos de sus mejillas y sus ojos eran círculos planos e incoloros de color gris.

—Siento que el mar te haga sentir tan desgraciado. —Phoebe deslizó la mano por su muñeca. Sus músculos se tensaron bajo su tacto y ella comenzó una suave caricia, arriba y abajo, a lo largo de su brazo.

Él emitió un gemido sin palabras.

—Al menos no hay bala que extraer, ni carne desgarrada que suturar. —Su amasamiento se trasladó al nudo de su hombro. Los cierres de su camisa estaban abiertos, el lino aflojado para exponer la curva de su cuello, la cresta de sus clavículas. Trazando la forma de la cicatriz, sintió el calor de la carne fruncida hormiguear a través de las yemas de sus dedos.

—El daño esta vez es en mi corazón. —Soltó una risa sarcástica, sonando casi como antes —. Quizá haya sido alcanzado por una flecha. —Apretó la palma de ella contra su pecho—. ¿Crees que podría resultar fatal si se deja supurar?

—Ah, un destello del Ivanov al que estoy acostumbrada. —Phoebe sonrió, un poco insegura—. Sea lo que sea lo que te aquejaba, parece que estás en vías de recuperación.

Los sonidos de a bordo de maderas crujiendo y mares golpeando flotaban pesadamente en el aire, sin ser interrumpidos por ninguna palabra de Ivanov.

—Echaré de menos tu sentido del humor, —continuó.

Él se apartó de su tacto y se retiró todo lo que le permitía su litera. La distancia era sólo

cuestión de centímetros pero se sentía como un océano entre ellos.

—¿Y nada más? —gruñó.

Su expresión estaba envuelta en sombras pero la autoburla de su voz cortaba el frío húmedo con una claridad penetrante. Le dolía el corazón por su dolor y, sin embargo, el dolor contenía una punzada de esperanza. ¿Lamentaba verla marchar?

Maldijo suavemente en ruso y luego no volvió a hablar.

Uno de ellos debía atreverse a tender la mano a través del abismo, antes de que su profundidad se hiciera insondable. Phoebe sintió un aleteo de miedo en el pecho. ¿Dónde estaba la temeraria infernal de antaño? Inspiró y luego lo soltó de golpe.

—Echaré de menos la luz de tus ojos, y la pequeña cicatriz en la comisura de tus labios que da a tu sonrisa una curvatura raquítica. Echaré de menos que le cantes nanas rusas a Emma y la dulzura de tus manos cuando ayudas a Lady Octavia a levantarse.

Su bota rozó el entarimado pero ella no iba a detenerse.

—Echaré de menos tu risa y tu gruñido y... —Sus palabras se apagaron por un momento—. Y sí, granuja incorregible, echaré de menos tus besos. —Ella le enmarcó la cara con las manos y apretó los labios contra su mejilla—. Te echaré de menos.

—Phoebe... —Él vaciló—. Se dice que tengo una lengua locuaz, pero en este momento me siento desprovisto de comentarios ingeniosos o de ingenio mordaz. Tengo tan poca experiencia en hablar desde el corazón.

No estaba segura de si el eco en sus oídos era el golpeteo de las olas contra el casco o el golpeteo de su pulso.

—Sólo puedo decir que cuando abandoné el barco aquella mañana en Southampton, pensé que nunca volvería a verte. Y me dolió muchísimo, mucho más que las cuchillas o las balas. —Su boca se torció mientras se inclinaba hacia la luz—. ¿Es eso amor? Los poetas parecen pensar

que hay sufrimiento de por medio. Así que debo estar profunda, locamente enamorado.

—Alex... —empezó ella.

—Déjame terminar, palomita, antes de que no pueda hacerlo—. Raspadas y llenas de cicatrices, sus manos trazaron con ternura la línea de su mandíbula, la curva de su cuello. —El destino nos unió de nuevo. Pero el Destino puede ser voluble. No quiero confiar en el azar.

—Si está sugiriendo que se puede convencer a Cavendish y a Yussapov para que coordinen un permiso ocasional para ausentarse del servicio, creo que podríamos negociar un trato.

—Cavendish y Yussapov pueden irse al diablo. Estoy hablando de una alianza permanente, Phoebe.

—Quieres decir...

Un golpe en la puerta cortó su pregunta.

—Hmmph. —Sin pararse en ceremonias, Lady Octavia entró en el camarote, su bastón estabilizándola contra el balanceo del barco—. Parecía un poco verde antes. Pensé que sería mejor comprobar cómo te iba. —Una botella de licor se materializó entre los pliegues de su chal —. El capitán tuvo la amabilidad de ofrecerme esto de sus almacenes. Puede que no calme un estómago revuelto, pero puede ayudar a mitigar el dolor. —Entrecerró los ojos a través de sus gafas—. Aunque quizá hubiera preferido un poco de intimidad a babor. ¿Interrumpo algo serio?

La boca de Ivanov se torció en una leve sonrisa.

—Sólo mi débil intento de convencer a Phoebe de que se case conmigo.

—Bueno, desde luego ha tardado bastante en decidirse. —Se dio unos golpecitos en la barbilla—. Pero pensándolo bien, no es mal momento. No hay necesidad de pasar por todo el folderol de publicar las amonestaciones o procurar una licencia especial. El capitán del barco puede celebrar la ceremonia de boda mañana. A Emma le encantará ser la niña de las flores, y Scottie llevará el anillo…

—No tengo anillo, —soltó Phoebe.

—Yo no tengo un 'sí' —murmuró Ivanov.

Lady Octavia ignoró la segunda afirmación. Sus frágiles dedos se deslizaron dentro de su corpiño y extrajeron una fina cadena de filigrana. Una sencilla banda de oro, bruñida por la edad, colgaba de sus eslabones.

—Esto me ha servido bien, señorita Sloane. Estaré encantada de que la use hasta que tenga la oportunidad de elegir una de su gusto.

—Pero no podría… —Phoebe tartamudeó confundida, abrumada por la amabilidad de la viuda—. Ni siquiera soy de la familia.

—Hmmph. Quizás no de sangre, pero de corazón, siempre será familia para mí, señorita Sloane. —El arrugado semblante de Lady Octavia brillaba a la luz de la lámpara—. Aunque tal vez preferiría no considerarse emparentada con un viejo dragón y dos pequeños paganos de las Tierras Altas.

Familia. Hacía unos momentos había estado sola y ahora estaba rodeada de amor. Parpadeó una lágrima de sus pestañas mientras Ivanov se reía.

—Ciertamente formamos un clan poco convencional, —dijo—. Dudo que los Debrett lo aprobaran.

—Debrett y todos sus distinguidos idiotas pueden irse al diablo, —replicó la viuda—. Una vez reconstruido el castillo, confío en que ustedes dos visitarán Escocia a menudo, tan a menudo como se lo permita su trabajo.

—Puede contar con ello.

Lady Octavia golpeó la cubierta.

—Excelente. Déjeme ir a consultar con el capitán y ver si está dispuesto a arreglar las

cosas.

Ivanov rió entre dientes.

—No se atreverá a desobedecer.

—Hombre perverso. —Ahogando un bufido, la viuda agitó su bastón—. Un último consejo. Un libertino reformado es el marido más interesante. Nunca será aburrido, ni en la cama ni fuera de ella.

Cuando sus risas se apagaron, Ivanov se encontró de nuevo tímido.

—Phoebe, bromas aparte, tendría un vacío bastante grande en mi corazón si me dejaras. Me haces sentir completo. No puedo prometerte que seré un marido perfecto. Conoces mis defectos demasiado bien. Pero lo intentaré.

—¿Estás seguro? —Sus labios temblaron—. Te quiero, Alex, más de lo que puedo decir. Pero también amo el viento en mi pelo y el tacto del acero en mi palma. No deseo retirarme a las tareas domésticas de una esposa convencional. —Hizo una mueca—. No creo que se me diera muy bien zurcir o quitar el polvo o... lo que sea que las mujeres adecuadas hacen todo el día.

—¿Deseas que la asociación sea tanto profesional como personal? —Ivanov sintió que sus ojos chisporroteaban con impía diversión—. Que Dios ayude a cualquier enemigo que se atreva a interponerse en nuestro camino.

—Sea serio. —Phoebe se puso muy solemne—. Difícilmente soy el tipo ideal de esposa para un hombre de noble cuna. Tengo un temperamento infernal y me siento más cómoda en pieles de ante que en un vestido de baile.

—Sí que estás encantadora en cuero, —murmuró—. Y aún más encantadora sin nada.

Observó cómo sus mejillas adquirían un tono rosa encendido a pesar del frescor de la cabina. Cómo le gustaba su cara, su fuego.

—Sin embargo, puede que mi memoria necesite refrescarse un poco.

—¡Alexander! Eso hace cosquillas. —El chillido de Phoebe se disolvió en una carcajada gutural—. Detente. Los niños podrían entrar en cualquier momento.

—No te preocupe, pienso cerrar la puerta con clavos. —Reanudó quitándole los ligueros —. Y si los diablillos se atreven a robarle algo de pólvora al oficial de artillería, les haré caminar por la tabla. —Sus medias se deslizaron hasta las tablas del suelo—. Ahora, por favor, di que sí.

—Sí.

Él la acercó, sólo para retroceder cuando otro golpe seco hizo sonar la puerta.

—Maldita sea, —maldijo mientras Phoebe se alisaba apresuradamente las faldas y corría a abrirla. Un guardiamarina con la cara roja le tendió una carta—. Saludos del capitán, señora. Un mensajero acaba de parar al costado para entregar esto. La orden era que lo recibiera usted sin demora.

Phoebe miró fijamente la oblea de cera negra, coronada con un cuervo en vuelo.

—Gracias. —Contuvo la respiración y esperó a que el pestillo chasqueara antes de abrir el pergamino húmedo como el mar.

Observó cómo su mirada recorría el contenido.

—¿Problemas? —Ella lo pasó por alto sin hacer ningún comentario.

Lord Cavendish escribió en una pulcra letra de cobre:

Ha surgido un asunto de máxima urgencia. Por la presente se le solicita que cambie de barco en Middlesbrough y continúe hacia Hamburgo. Los acontecimientos en Prusia requieren atención inmediata. Como el tiempo apremia, Yussapov y yo hemos acordado aunar nuestros recursos una vez más. Espero que no le importe, pero el Sr. Ivanov parece la elección natural

como socio, dados los talentos que se necesitan. Confío en que las nuevas órdenes no sean demasiado objetables. Si es así, puede pedirle a Kristen que ocupe su lugar, aunque preferiría utilizar sus talentos en otra misión. La elección es suya.

Estaba firmado con una "L" en bucle.

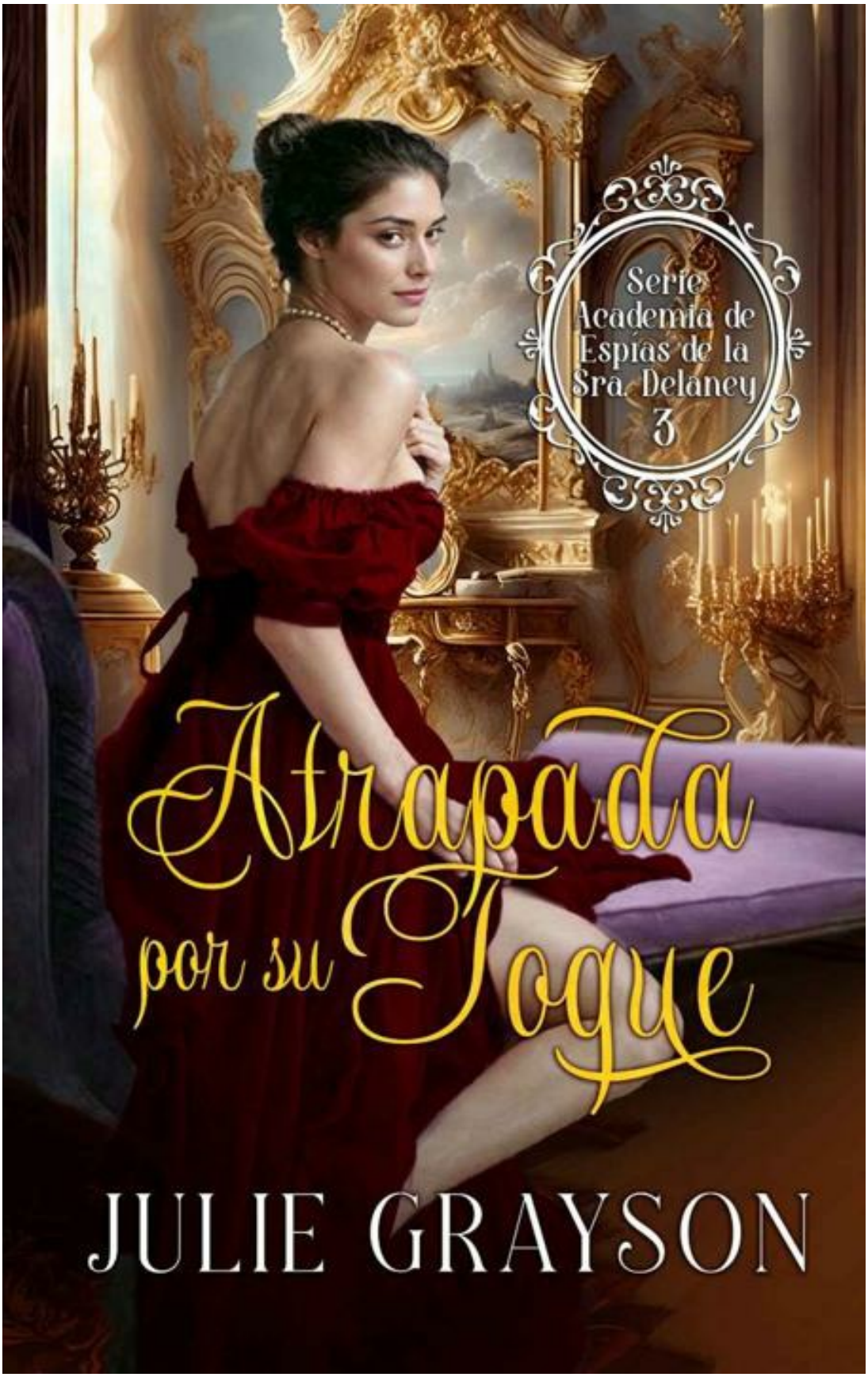
Había una posdata, escrita con otra letra.

Tvaritch, espero que haya descubierto que trabajar con un compañero no es tan oneroso. Después de todo, usted no se está haciendo más joven. Un poco de fuego puede calentar el hielo de sus huesos rusos. Por cierto, esta próxima misión no debería llevarles mucho tiempo a los dos. Después de todo lo que han pasado, Cavendish y yo estamos de acuerdo en que ambos merecen un breve descanso de vuestras obligaciones. He oído que el balneario de Baden-Baden es un buen lugar para un interludio de relajación ininterrumpida. No es de extrañar que sea un lugar tan popular para un viaje de bodas. Ponga el champán en mi cuenta.

Ivanov no pudo contener un ladrido de risa.

—Brindo por ello. —El papel arrugado cayó al suelo—. Ahora, ¿dónde he puesto esos clavos?

Siguiente libro de la serie


Serie
Academia de
Espías de la
Sra. Delaney
3
Atrapada
por su
Toque
JULIE GRAYSON



Lord Mayton solo sería un instrumento que le ayudaría a conseguir su propósito, pero acabó atrapada en una pasión tan embriagadora, que pondrá en peligro su misión… y su corazón.

Sofisticada, elegante y bella eran los calificativos que todos decían de ella, pero **Kristen** no se sentía así. Nadie sabía nada de sus orígenes, solo que vagaba por los barrios marginales más difíciles de Londres. Pero ahora, como una de las Delaney, Kristen tenía la oportunidad de probar su valía.

Para llevar a cabo su misión, debe entrar en un selecto club donde la depravación y el sexo son sus normas más relevantes. Y quién mejor que el más infame libertino de Londres para presentarla en sociedad y así llamar su atención.

Guapo, ingenioso y encantador, Lord Mayton es el favorito de la alta sociedad. Aun así, no puede evitar quedarse prendado por la encantadora condesa viuda. Sin embargo, todo cambia cuando la descubre robando objetos de valor del estudio de un caballero. ¿Debería creer lo peor? ¿O confiará en el tentador murmullo de sus palabras... y en los sensuales susurros de su

cuerpo?

Para desenmascarar a los conspiradores, **Kristen y Mayton deberán superar peligros ocultos,** incluida su propia pasión creciente... que puede ser la fuerza más peligrosa de todas.

Nota

[1] Los cheroots son una clase de puros.

[2]El vodianói, es una criatura ficticia perteneciente al folclore y la mitología eslava.

[3] Es el plato nacional de Escocia.

[4]Es un tipo de galleta tradicional, dulces de mantequilla, típica de Escocia en Reino Unido .